



V. HUGO  
—•—  
RAYOS  
Y  
SOMBRA

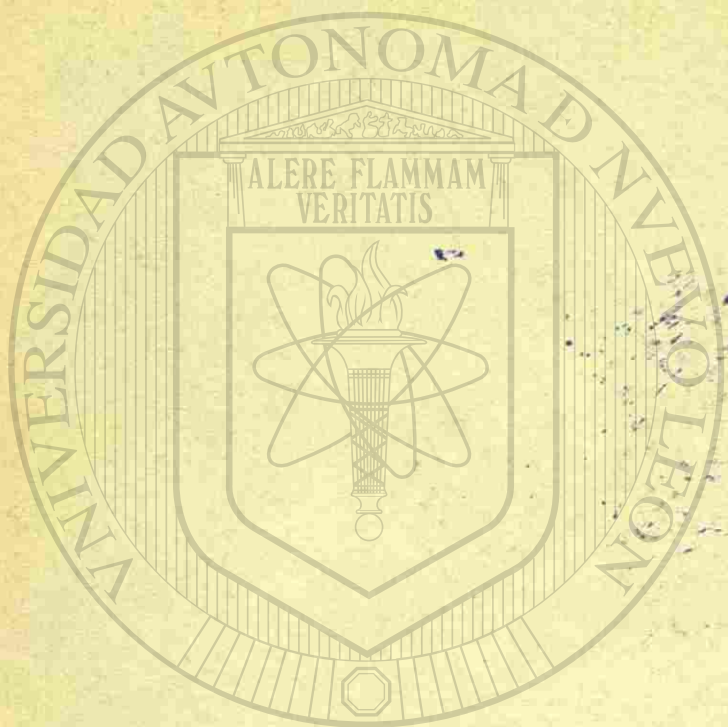
PQ2289  
R3  
S6

R. C.





1020026598



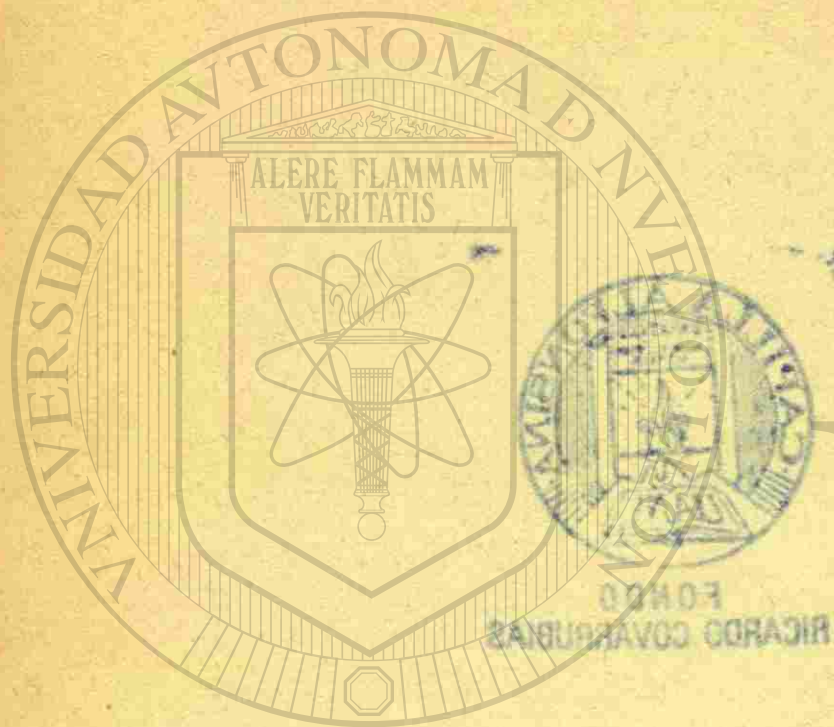
FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





RAYOS Y SOMBRAS

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





BIBLIOTECA DE GRANDES NOVELAS

VICTOR HUGO

RAYOS Y SOMBRAS

CANTOS DEL CREPÚSCULO

VOCES INTERIORES

HOJAS DE OTOÑO

TRADUCCIÓN DE

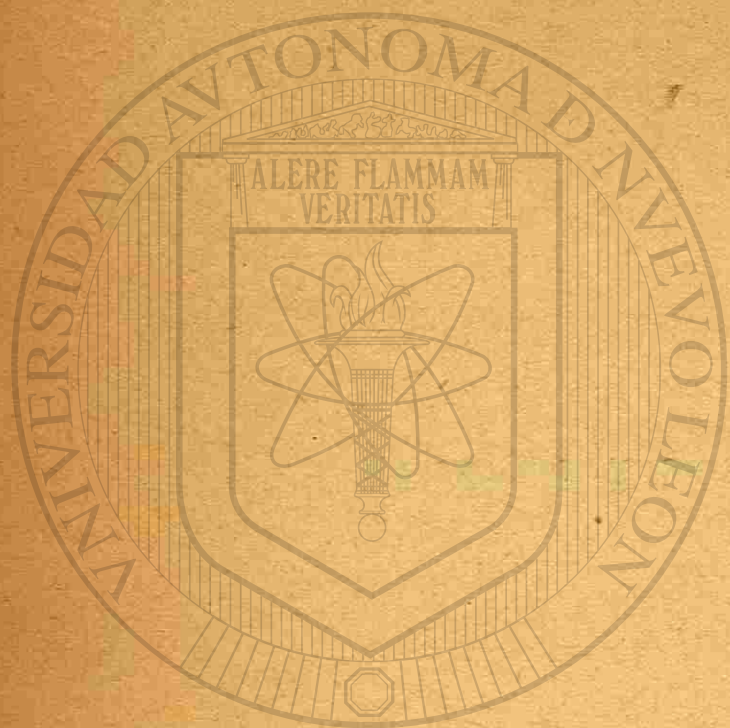
PEDRO PEDRAZA y PAEZ



BARCELONA  
RAMÓN SOPENA, EDITOR  
PROVENZA. 93 a 97

099348

30323



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

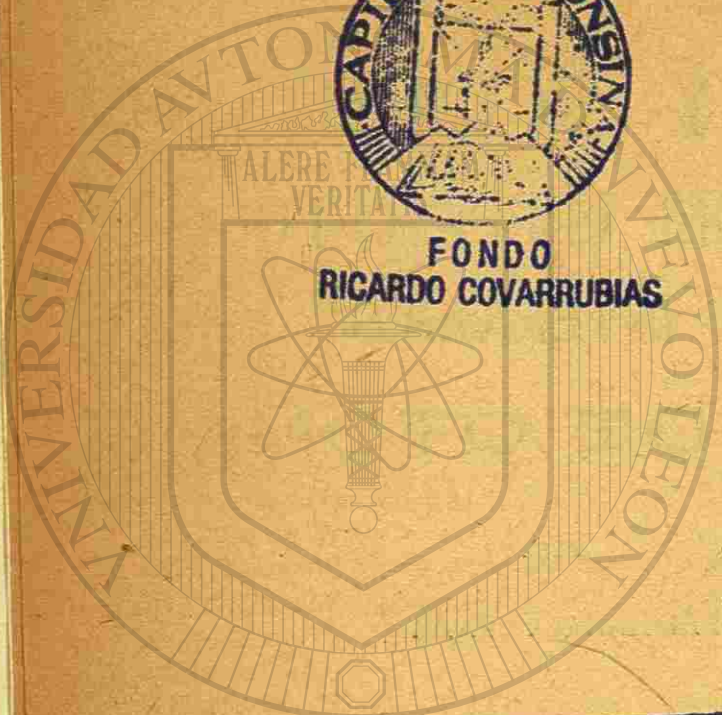


843  
H.

PQ 2289  
.R3  
S6



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS



DERECHOS RESERVADOS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Ramón Sopena, impresor y editor, Provenza, 93 a 97.—Barcelona

## RAYOS Y SOMBRAS

### PREFACIO

Un poeta escribió el *Paraiso* el teatro, tanto por el pensamien-  
*Perdido* y otro poeta escribió las to, como por medio del cora-  
*Tinieblas*. zón.

Entre el Edén y las Tinieblas Sin embargo, existe el drama  
media un mundo; entre el princi- en la poesía y existe la poesía  
pio y el fin media la vida; entre el en el drama. El drama y la poesía  
primer hombre y el último media se compenentran como todas las  
el hombre. facultades en el hombre, como

El hombre existe de dos ma- todos los rayos en el universo. La  
neras: según la sociedad y según acción tiene momentos de fanta-  
la naturaleza. Dios pone en él sia. Macbeth dice: «El vencejo can-  
la pasión, la sociedad pone la ta en lo alto de la torre.» El Cid di-  
acción, y la naturaleza la fanta- ce: «Esta obscura claridad que cae  
sia. de las estrellas.» Scapin dice: «El

De la pasión combinada con cielo se ha disfrazado esta tarde  
la acción, esto es, de la vida en de Escaramuccio.» Nadie puede  
el presente y de la historia en dejar de ver en el mundo ni el  
el pasado, nace el drama. De la cielo azul, ni los árboles verdes, ni  
pasión combinada con la fanta- la noche sombría, ni el silbido del  
sia nace la poesía propiamente viento, ni el trinar de los pájaros.  
dicha. Ninguna criatura puede abstraer-  
se de la creación.

Cuando la pintura del pasado Por su parte, la fantasía tam-  
desciende hasta los detalles de la bién tiene momentos de acción.  
ciencia, cuando la pintura de la El idilio en Gallus es patético  
vida descende hasta las delicade- como un acto quinto; el cuarto  
zas del análisis, el drama se trueca libro de la Eneida es una trage-  
en novela. La novela no es otra dia, y Horacio tiene una oda que  
cosa que el drama desarrollado en mayores proporciones que en

Molière ha convertido en come.



dia: *Donec gratus eram tibi*, es en nuestros días grandes y nobles poetas, que intervengan personal y directamente en las agitaciones cotidianas de la vida política. Pero, a nuestro juicio, un poeta completo, que el acaso o su voluntad le hubieran separado de ellas, al menos por el tiempo necesario, preservándole durante ese tiempo del contacto inmediato con los gobiernos y con los partidos, podría producir también una obra grande.

Todo se completa, todo se acopla y se fecunda por este acoplamiento. La sociedad se mueve dentro de la naturaleza, y la naturaleza envuelve a la sociedad.

El poeta dedica uno de sus ojos a la humanidad y el otro a la naturaleza: el primero de estos ojos se llama observación y el segundo imaginación. De la doble mirada fija siempre en un doble objeto nace en el fondo del cerebro del poeta la inspiración una y múltiple, simple y compleja, que se llama genio.

Apresurémonos a declarar desde ahora, que en todo lo que el autor de este libro acaba de decir como en lo que dirá luego, no ha querido hacer referencia a sí mismo. El humilde y severo artista debe tener el derecho de explicar el arte con la cabeza desnuda y los ojos bajos. Por desconocido e insuficiente que sea, no puede prohibírsele, ante las puras y eternas condiciones de la gloria, esta contemplación, que constituye su vida. El hombre respira, el artista aspira. Por otra parte, no hay ningún pobre pastor que, embriagado con el aroma de las flores y deslumbrado por la luz de las estrellas, no haya exclamado, al menos una vez en su vida, al bañar sus pies desnudos en el arroyo, donde abrevan sus ovejas: «¿Quisiera ser emperador!»

Dicho esto continuemos.

Obras inmortales han escrito

en nuestros días grandes y nobles poetas, que intervengan personal y directamente en las agitaciones cotidianas de la vida política. Pero, a nuestro juicio, un poeta completo, que el acaso o su voluntad le hubieran separado de ellas, al menos por el tiempo necesario, preservándole durante ese tiempo del contacto inmediato con los gobiernos y con los partidos, podría producir también una obra grande.

Ninguna sujeción, ninguna cadena; sería libre en sus ideas y en sus actos; en su benevolencia para con los que trabajan, en su aversión para los que perjudican, en su amor para los que sirven y en su piedad para los que sufren. Sería libre para obstruir el camino a todas las mentiras, de cualquier parte y de cualquier partido que viniesen; libre de uncar los principios que empantanar los intereses, libre para proteger a todas las miserias, libre para arrodillarse ante todos los acontecimientos. Aunque odiase al rey no dejaría de amar al pueblo, ni injuriaría a las dinastías reinantes para consolar a las dinastías caídas, ni ultrajaría a las razas muertas, simpatizando con los reyes del porvenir. Viviría en la naturaleza y con la sociedad. Siguiendo su inspiración, sin más objeto que pensar y obligar a pensar, con el corazón lleno de efusión y la mirada preñada de paz, iría a visitar a su tiempo a la primavera en los prados, al prin-

cipe en el Louvre, al proscrito que descansa el mundo desde en la cárcel. Cuando vituperase Adán y Eva: la paternidad y la aquí o allá una de las leyes de maternidad. En fin, realzaría en los códigos humanos, se sabría todas partes la dignidad de la que pasa los días y las noches criatura humana, probando que estudiando las cosas eternas en el fondo de todos los hombres, el texto de los códigos divinos. por malvados que sean, Dios ha Nada le perturbaría en su profunda y austera contemplación, desde las alturas puede reavivar, ni el paso ardiente de los acontecimientos públicos, porque se chispa que la ceniza no oculta los asimilaría y les daría su significación en su trabajo; ni la vecindad accidental de dolores privados, porque el hábito de pensar nos dota de facilidad para consolar; ni la conmoción interior de sus sufrimientos personales, porque al través de nuestras aflicciones entrevemos a Dios, y después de llorar, meditaría.

En sus dramas, verso y prosa, en sus comedias y novelas, intervendrían la historia y la invención, la vida de los pueblos y la vida de los individuos, las enseñanzas que se desprenden de los crímenes de los reyes, como de las tragedias antiguas, y la útil pintura de los vicios populares, como en la antigua comedia. Velando de propósito las excepciones vergonzosas, inspiraría veneración a la ancianidad, pintando a la vejez cada día más grande; inspiraría compasión hacia la mujer, presentándola siempre débil; inspiraría el culto a las afecciones naturales, demostrando que hay siempre algo sagrado, divino y virtuoso en los dos grandes sentimientos sobre

que descansa el mundo desde Adán y Eva: la paternidad y la maternidad. En fin, realzaría en todas partes la dignidad de la criatura humana, probando que en el fondo de todos los hombres, por malvados que sean, Dios ha colocado una chispa, que un soplo desde las alturas puede reavivar, chispa que la ceniza no oculta ni el fango extingue; esta chispa es el alma.

En sus poemas consignaría consejos para los tiempos presentes, fantásticas inquisiciones sobre el provenir: el reflejo, ya deslumbrador, ya siniestro, de los sucesos contemporáneos. Hablaría de los panteones, de las tumbas, de las ruinas, de los recuerdos; de la caridad para con los pobres, de la ternura para con los miserables, de las estaciones, del sol, de los campos, del mar, de las montañas; miraría furtivamente al santuario del alma, en el que se perciben sobre misterioso altar como por la puerta entreabierta de una capilla, las hermosas urnas de oro que encierran la fe, la esperanza, la poesía y el amor; haría, finalmente, la profunda pintura del yo, que es la obra más amplia, más general y más universal que el pensador puede realizar.

Como todos los poetas que meditan y que superponen constantemente su espíritu al universo, dejaría brillar al través de todas sus creaciones, poemas o dramas, el esplendor de la creación de Dios. En sus tragedias se oiría



cantar a los pajaros y se vería sufrir al hombre en sus paisajes. Nada más diverso, en apariencia, que sus poemas, que en el fondo tendrían unidad y coherencia. Su obra, considerada como síntesis, se parecería a la tierra; tendría producciones de todas clases, pero presidiría una sola idea a todas sus concepciones; produciría flores de todas las especies, pero sólo tendría una savia para todas las raíces.

Profesaría culto a la conciencia como Juvenal, el que noche y día sentía tener un testigo dentro de sí mismo, *nocte dieque sum gestare in pectore testem*; el culto al pensamiento como Dante, que dice que son los condenados «los que no piensan» *le gente dolose ch'anno perduto il ben del intelletto*; el culto a la naturaleza como San Agustín, que sin temer ser declarado panteísta, llama al cielo «una criatura inteligente»: *Caelum caeli creatura est aliqua intellectualis*.

Lo que conseguiría con el conjunto de su obra, con todos sus dramas, sus poesías y sus pensamientos amontonados, ese poeta, ese filósofo, ese espíritu, lo que conseguiría sería realizar la gran epopeya misteriosa, de la que cada uno de nosotros encierra un canto dentro de sí mismo, de la que Milton escribió el prólogo y Byron el epílogo: el poema del hombre.

Esta vida imponente del artista civilizador, este vasto trabajo

de filosofía y de armonía, este ideal del poema y del poeta, tiene derecho a proponérselo todo pensador como objeto, como ambición, como principio y como fin. El autor de este libro ha dicho ya en otra parte y más de una vez, que es uno de los que lo intentan con perseverancia, con conciencia y con lealtad. Nada más. No deja correr a la ventura lo que han dado en llamar su inspiración; se dirige incesantemente hacia el hombre, hacia la naturaleza y hacia Dios. Cada obra nueva que produce levanta más el velo que oculta su pensamiento, y quizá los espíritus reflexivos habrán echado de ver la unidad que preside a la colección de sus obras que a primera vista parecen aisladas y divergentes.

Piensa el autor que el verdadero poeta, independientemente de los pensamientos que le sugiere su propia organización y de los que le sugiera la verdad eterna, debe contener la suma de las ideas de su tiempo.

Respecto a este volumen de poesías que publica ahora, hablará poco. Lo que quisiera que fuese lo ha dicho en las líneas precedentes; lo que sea realmente podrá apreciarlo el lector.

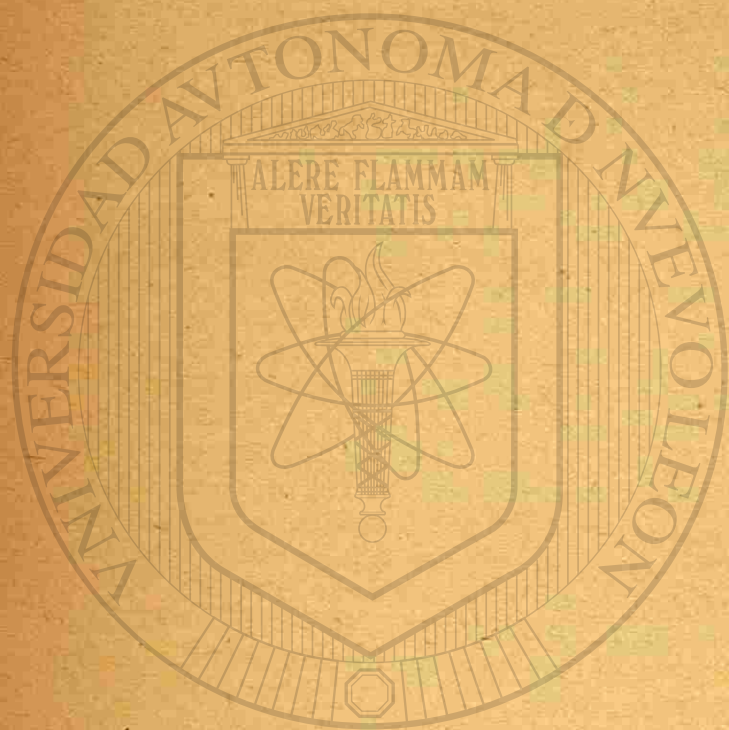
No hablará el autor del estilo ni de la forma de este volumen, porque los que acostumbran a leer lo que él escribe saben desde hace largo tiempo que admite algunas veces y en ciertos casos la vaga semiluz en el pensamien-

to, pero que casi nunca la admite en la expresión. Sin desconocer el mérito de la elevada poesía del Norte, representada en Francia por admirables poetas, su gusto literario le hace preferir la forma meridional y exacta. Es apasionado del sol; la Biblia es su libro; Virgilio y Dante son sus divinos maestros. Es un poeta cuya infancia sólo ha sido una larga fantasía interpolada con estudios exactos, y esta infancia es la que ha formado su espíritu co-

mo es hoy. No comprende que haya incompatibilidad entre lo exacto y lo poético. El número existe en el arte lo mismo que en la ciencia. El álgebra entra en la astronomía, y la astronomía es del dominio de la poesía; el álgebra entra en la música, y la música es del dominio de la poesía. El espíritu del hombre posee tres llaves que lo abren todo: el número, la letra y la nota. Saber, pensar, imaginar. Esto es todo.

4 de Mayo de 1840.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE CULTURA Y EDUCACIÓN

## RAYOS Y SOMBRAS

---

brador? Entrégate enteramente al Dios que adoras, y no te confundas con los hombres que viven en constante y rumorosa agitación.

I

### FUNCIÓN DEL POETA

I

¿Por qué te aislas, ¡oh poeta! entre la multitud? ¿Qué son para ti los partidos, caos sin rayos? En su atmósfera viciada, muere marchita tu poesía, su soplo disipa tu incienso, y tu corazón en las serviles luchas, es como esas hierbas de las ciudades que pisan los pies de los transeuntes.

\*\*

En las brumosas capitales, ¿no oyes con espanto cómo se chocan esas dos potencias, el pueblo y el rey? Sus odios y sus rencillas, ¿por qué quieres que hieran tus oídos, oh poeta, maestro, sem-

\*\*

Alma depurada, vete a resonar en el concierto pacífico; flor sagrada, vete a abrir tu corola bajo los amplios cielos del desierto; busca, soñador, las soledades, las grutas discretas; busca el olvido para encontrar el amor; busca el silencio para oír la voz severa y tierna de las alturas; busca la sombra para ver brillar la luz.

\*\*

Vete a los bosques, vete a las playas; confunde tus cantos inspirados con la canción de las hojas y con el himno de las olas; Dios te espera en las soledades; Dios no se encuentra entre las muchedumbres; el hombre es pequeño, ingrato y vano; en los campos todo vibra y suspira; la



naturaleza es la gran lira, de la que el poeta es el arco divino.

\* \*

Librate prudentemente de nuestras tempestades; que para ti las cosas del Imperio, que pasan peligrosamente sin brújula y sin timón, sean como el bajel que en sombría noche de diciembre ve pasar el pescador desde el fondo de su choza, en la que yacen amontonadas las secas redes, oyendo el ruido siniestro que mueven los mástiles agitados por la tormenta.

II

—¡Ay! exclama el poeta; estoy enamorado de las aguas y de los bosques, y brotan en mí los más felices pensamientos de sus apacibles murmullos. La creación no conoce el odio, ni pone obstáculos ni cadenas. Los prados y los montes son bienhechores; los soles me explican las rosas, y ante la serenidad de las cosas, mi alma brilla por todas partes

\* \*

Te amo, santa naturaleza, y quisiera absorberme en ti, pero en este siglo de lucha, cada uno se debe a los demás, cada pensador constituye una fuerza. Dios creó la savia para el tronco, las ramas

floridas para los pájaros, el arroyo para la hierba de las llanuras, para las bocas las copas llenas de licor y el pensamiento para los espíritus.

\* \*

Así lo quiere Dios en estos tiempos revueltos en los que cada uno trabaja y sirve. Malhaya el que diga a sus hermanos: me vuelvo al desierto; malhaya el que se calza las sandalias cuando los odios y los escándalos atormentan y agitan al pueblo; vergüenza al pensador que se mutila y, cantor inútil, abandona la ciudad.

\* \*

El poeta, en tiempos impíos, debe preparar la venida de días mejores. Es el hombre de las utopías; debe tener los pies aquí y las miradas en otra parte; ya se le insulte, ya se le elogie, semejante a los profetas, debe sostener en la mano una antorcha, y agitándola sobre todas las cabezas, hacer llamear siempre el porvenir.

\* \*

Comprende, cuando los pueblos vegetan, que sus sueños llenos de amor se componen de las sombras que en él proyectan los hechos que brillarán un día. Se burlan de él; mas, ¿qué importa? Piensa, y más de un alma escri-

be en el silencio lo que la multitud no comprende. Compadece a sus frívolos despreciadores, pero sabe que hay sabios falsos que al oírle se le ríen en voz alta y que, no obstante, meditan en voz baja.

\* \*

Muchedumbre que extiendes sobre nuestras ilusiones las olas de la duda y de la ironía, como el Océano sobre las playas su suello y sus sollozos, la idea augusta que te regocija aun tartamudea en estos momentos, pero lleva el sello de la vida. Eva contiene la raza humana, un huevo contiene un águila, una bellota contiene la encina y una utopía es una cuna.

\* \*

De esa cuna, cuando llegue la hora, veréis salir deslumbrados una sociedad mejor, para corazones mejor preparados a recibirla; de ella veréis salir el deber que da a luz el derecho, el orden santo, la fe triunfante y las costumbres, ese cambiante grupo que al andar alegre o lúgubre, va sembrando tras sí algo, que la ley recoge cuando pasa después.

\* \*

Mas para cobijar esos poderosos gérmenes se necesitan corazones inspirados, puros, firmes,

penetrados de rayos divinos. Sin marineros naufraga el bajel, y como a los dos flancos de un navío, para hender las olas de la multitud insensata, a los dos costados del pensamiento es preciso que remen grandes espíritus.

\* \*

Lejos de vosotros, santas teorías, códigos prometidos del porvenir, está ese retórico de pálidos labios, que vive sin esperanza y sin recuerdo, que siguió en otros tiempos la luz de vuestra estrella, pero que después, rasgando el velo de las ilusiones, dejó que violasen su alma lo que hay de más infame: la avaricia y la ambición

\* \*

Lejos de vosotros, esos escribas de corazón sórdido, que en secreto dicen con impudencia a la espléndida corrupción: «Cortesana, acaríciame» y que a veces, en su embriaguez, del templo donde soñó su juventud se atreven a repasar el camino y acercarse hipócritamente a las ideas castas, llevando en las manos el hedor de la crápula.

\* \*

Lejos de vosotros, esos doctores, de los que desconfía el sabio, que a su pesar es severo con ellos; esos doctores que en su propio



interés, comercian con la filosofía; mercaderes viles y enriquecidos que abrigan el templo y que turban las oraciones del sacerdote, fijando en las columnas de la iglesia sus inmundos escritos.

\*\*

Lejos de vosotros, esos jóvenes infames que cuentan sus días por noches y que las pasan deshonrando a las mujeres que el hambre arrastra al antro del vicio; cobardes que, cuando delirán, debe decirles una voz secreta: «Esa mujer que el oro atrajo y que la orgía hizo caer, no tuvo más remedio que elegir entre dos tumbas entre la *Morgue* y tu lecho.»

\*\*

Lejos de vosotros, las insensatas cóleras que rugen en las callejuelas; lejos de vosotros, esos gatos populares que se convertirán en tigres algún día, y los aduladores del pueblo o del trono, y los egoístas, que de sí hacen el centro y lo mejor, y todos aquellos que son tizones sin llama, cuyo pecho está sin alma, cuya alma está sin Dios.

\*\*

Si sólo existiesen semejantes hombres, ¡justo Dios, con qué amargura el poeta maldeciría este siglo! Se velaría la faz, y llorando al caer el día, de pie en el umbral

de su casa, al descender la noche siniestra, arrojaría la ceniza a los cuatro puntos del horizonte.

\*\*

Pero Dios nunca nos abandona; nunca, ocultándose tras los montes, el sol desaparece por completo; siempre en los silenciosos valles, siempre en las almas ciegas, siempre en los corazones que el orgullo corrompe, deja brillar algunos rayos en las cimas y las verdades en algunas frentes.

\*\*

Valor, pues, espíritus pensadores, cerebros que roe la ansiedad, corazones enfermos, almas heridas que rogáis y que pensáis.

\*\*

Doctores que vagáis sin objeto y sin tregua, que creéis que con sólo extender la mano veréis adquirir forma a vuestros pensamientos en la obscuridad de los caminos;

\*\*

Filósofos cuyo espíritu padece, y que poseídos de divino espanto os agarráis a los bordes del abismo, suspendidos de las malezas del barranco;

\*\*

Náufragos de todos los sistemas que de la borrasca triste y

vencedora sausteis temblando, sin salvar de ella más que vuestro corazón;

\*\*

Sabios que veis nacer el alba todas las mañanas en medio de las flores y que regresáis bañados de celestes claridades;

\*\*

Hombres perseverantes que deseáis conseguir la felicidad y no perdéis nunca por completo la esperanza, ese paño del manto del Señor;

\*\*

Tened, tened valor, que en la sombra o en la espuma, el fin aparecerá muy pronto: el género humano, empañado por la bruma, es el enigma, pero no es la palabra.

\*\*

Bastantes noches y bastantes tempestades han oscurecido vuestras vidas; levantad la frente, levantad los ojos, que brilla la luz en las alturas.

\*\*

¡Pueblos! ¡Oid al poeta! ¡Escuchad al sagrado soñador! En vuestra noche, que sin su auxilio sería incompleta, sólo él vierte alguna luz. Penetrando en la obscu-

ridad de los tiempos futuros, sólo él distingue en sus senos sombríos el germen que todavía no se ha desarrollado. El poeta es cariñoso como una mujer, y Dios habla a su alma en voz baja, como habla a los bosques y a las olas.

\*\*

El es el que, a pesar de los abrojos del camino, a pesar de la envidia y de las burlas, marcha inclinándose sobre las ruinas y recogiendo las tradiciones. De la tradición fecunda sale todo lo que cubre el mundo, todo lo que cobija el cielo. Toda idea humana o divina, que echa raíces en el pasado, extiende su ramaje en el porvenir.

\*\*

El poeta brilla y refleja su luz sobre la verdad eterna; su alma la hace resplandecer con maravillosa claridad, inundando con su luz las ciudades y los desiertos los palacios y las cabañas, los llanos y los montes. La enciende para todos, porque la poesía es la estrella que guía hasta Dios a los reyes y a los pastores.

75 de marzo.—1.º de abril de 1839.



## II

EL 7 DE AGOSTO DE 1829

Era el 7 de agosto; era el primer día de su último año de reinado. Solos, en un real sitio, dos hombres, caminando el uno al lado del otro, por lugares en que tenían que tocarse codo con codo, iban hablando. Ese recuerdo quedó grabado en mi corazón. El primero tenía el aspecto triste, grave y fatigado, y su débil cabeza soportaba un grave proyecto. Dos charreteras, con corona, sobrecargaban su uniforme verde, con orillo purpurino, y la orden del Toisón caía sobre su pecho, suspendida por un largo cordón ondeado de azul cambiante. Era un rey anciano, con los cabellos plateados, que se doblaba bajo el peso de los años y bajo el peso de la monarquía. El otro era un joven que jamás visitaba los palacios, un poeta, un viandante, una voz inútil.

\*\*

Estaban hablando los dos sin festigos, sin misterios, en un gabinete sencillo y solitario, pero majestuoso. Las acciones de los hombres dejan sus huellas en los sitios donde pasan: bajo aquel

mismo techo realizáronse en otros tiempos grandes sucesos y ocurrieron grandes ideas. Allí mismo, cruzando las dos manos sobre la espalda, conmoviendo el piso con sus terribles pasos, con frecuencia el emperador, siendo señor del mundo, absorto en sus colosales proyectos, paseaba desde la puerta hasta la ventana.

\*\*

Una mesa y un sillón de terciopelo reflejaban en las lunas de un espejo sus pesados y dorados pies. Por una puerta-vidriera se entreveían en otras cámaras multitud de armarios de Boule, de vajillas del Japón, de lacas, de esmaltes y de candeleros de oro de muchísimos brazos; se entreveía un salón rojo adornado con espejos de Venecia, lleno de bronces griegos, en el que se multiplicaban las arañas de cristal.

\*\*

¿De qué trataban el poeta joven y el rey anciano? De un pobre ángel caído, del amor que redimía el alma de Marion, lavándola como a la Magdalena, que hacía cojear, que la estropeaba, arrastrándola, la censura, serpiente que la había mordido en el pie.

\*\*

El poeta quiso presentar en el teatro a Luis XIII, a ese monarca

que era gobernado por un sacerdote, a todo un siglo, a un marqués, a verdugos, a locos, a batederos, para que acudiese la multitud y para que a través del llanto, en un drama chispeante y sombrero, viera pasar la sombra del pálido cardenal.

\*\*

El anciano vacilaba: «¿Para qué sirve presentar sin velos a Luis XIII, a ese rey miserable? ¿para qué remover su cadáver en la tumba? ¿A qué conduce esto?... ¿No han pasado ya esos tiempos? ¿no vamos caminando hacia la libertad? ¿No es hora ya, después de quince años de prueba, de restablecer el dique y de contener el río? Ciertamente, un rey puede tomar lo que ha dado. En cuanto al teatro, estando como está minado el trono, es necesario ahogar con las dos manos llamas tan audaces, porque el público es el pueblo, y una comedia puede hacer brotar chispas que enciendan el fuego de las revoluciones.»

\*\*

Con el debido respeto a los reyes, el poeta luchaba firmemente, como hombre apasionado por el arte y por la libertad, y contestó al noble anciano:—«Todo es grave en este siglo, en el que nada está fijo. El arte tranquilo y poderoso se expresa con franqueza. Le pertenecen los reyes muertos; nadie

puede disputárselos: no es su enemigo, y no hay por qué encolerizarle ni entregarle al odio de los que desean torturarle; ¡no deben torturar al poeta, cuya mano cerrada está llena de truenos! Los tiranos de abajo perjudican al rey de arriba. El pueblo, que lo presencia, recoge las palabras de la Musa cuando la indignación, hasta el rey que se reverencia, sube desde la frente pensadora del artista. Señor, no debemos apoyarnos en lo que se bambolea: la censura es un techo ruinoso, mal apuntalado, dispuesto siempre a desplomarse sobre las gentes que abriga. Señor, el soplo imprudente, lejos de apagar aviva la hoguera, y de un arte luminoso hace un arte incendiario. Por otra parte, deseando sólo que adquiriera verdadero esplendor real esta gran nación, en vez de los cuadros dignos de imitación que ofrecía en ella el gran Luis, el Rey-sol, que teniendo bajo su cetro el equilibrio del mundo hacía dichoso a Racine y dejaba en libertad a Molière, se ofrece el espectáculo que causan un grupo de censores armados, que hablan en voz baja, y que, cazadores traidores, acostados en tierra, esperan la hora en que el drama, ese digno león, entre en su antro, esto es, en la historia.»

\*\*

Al llegar aquí vió el anciano, volvió hacia él la cabeza, y llevando más allá su pensamiento



inquieto, olvidándose del drama y del poeta, éste, pensativo sondeaba el vasto destino que entreveía en el fondo de aquel triste rey. Después, escogiendo palabras que no pudiesen herir los augustos oídos, díjole: que los tiempos traen consigo corrientes irresistibles; que ni puentes, ni canales, ni subterráneos, ni nadie, excepto Dios, puede detener y domar las olas del pueblo, cuando llega la hora de la marea alta para este Océano; que el navío más poderoso zozobra o se pierde cuando quiere navegar contra la corriente y contra los vientos; que en esta lucha insensata siempre encuentra rocas donde destrozarse detrás de él; siempre encuentra al siglo, a las costumbres, y el espíritu al que osa oponerse, y que debía haber servido de puerto para salvar la nave. Hijo de una vendeana—prosiguió el poeta,— en su corazón no habría ya acaso amor pero no anidaba el odio y le suplicaba que creyera, al menos en aquellos momentos, al que se inclinaba mirando hacia el pasado, y cuya compasión era como una hiedra, que se pegaba a los reyes, esto es, que se pegaba a las ruinas. El destino hace a veces terribles jugadas, y los reyes deben pensar, en sus días tempestuosos, en la nube oscura que se ve aparecer en el lejano horizonte. Para el que no piensa, en aquellos días aparecía tranquila la Francia; pero en su cielo, empañado por escasa bruma, en el que

todo parecía azul, él, que era pensador, veía a cada momento la luz lejana de algún relámpago.

\* \*

Carlos X, sonriendo, respondió: —«Oh, poeta!»—Pbr la noche todo estaba resplandeciente de luz y de alegría en aquella festividad; gozoso Saint-Cloud, veía llegar hasta él soldados, príncipes, criados, que atropelladamente llegaban al suntuoso palacio, cuya fachada, reproducida por el reflejo en el Sena, parecía acariciar cariñosamente las líneas de sus árboles. Chispeando el Louvre, parecía contestar a su júbilo desde lejos, allá en el centro de la ciudad; y ese regio conjunto ofrecía un aspecto tranquilo, y su reposo solemne tenía un no sé qué de grandioso, que parecía que había de ser eterno.

\* \*

¡Holyrood! ¡Holyrood! ¡Abadía fatal, en la que la ley dura, amarga e inflexiva del destino está escrita por todas partes; claustro, palacio y tumba, cuyos muros austeros encierran a los reyes, a la muerte y a Dios; a esos tres grandes misterios, a esas tres sombrías majestades!...

\* \*

Castillo desmoronado, valle expiatorio, en el que el pensador

o ye en los aires y en la historia, dando un doble consejo a los ambiciosos, dos voces confundidas que rugen: el rumor del mar profundo y el ruido lejano de las revoluciones.

\* \*

Soledad, donde algunas veces se ven venir los cervatillos de las colinas inmediatas a hollar bajo las encinas los céspedes dormidos, y que para aspirar el viento en el claro del bosque, asustados y temblando, se empinan sobre sus pies.

\* \*

Noble iglesia, donde rezaban los reyes del tiempo viejo, que bajo los arcos góticos tenían por pavimento las tumbas de los monarcas sus antecesores; puerta tan custodiada en otros días por guardias y por arqueros, y que un pastor ahora cierra por medio de una vieja llave.

\* \*

Pradera, en la que, cuando la guerra agitaba aquella comarca, los lores montañeses reunían a sus clans semisalvajes y sus groseros batallones; en la que ahora, sobre la hierba y al sol, bajo la hiedra, las viejas descalzas, que marchan sobre las piedras, ponen a secar sus andrajos.

\* \*

¡Holyrood, Holyrood! Los abrojos brotan en tus losas. Las cabras pacen al pie de tus torres feudales. ¡Oh furor de los ardientes rivales que corren a encontrarse! ¡Amores! ¡Damley! ¡Rizziol ¿qué es de vuestra nada? ¡Los dos están allí, uno al lado de otro, convertidos, respectivamente, en una sombra y en una mancha que ensucia el pavimento!

\* \*

¡Terrible lección se desprende de tus bóvedas fúnebres, que pueden leer los humanos en tus trastornados muros, que tienen impreso el sello de una fortuna extraña, y que se ven iluminados por ese reflejo de luna que lanza el pasado...!

\* \*

¡Oh palacio, oh ruina, rodeados de augusta aureola, benditos seáis! Ante vosotros nos inclinamos con respeto, porque el anciano rey de Francia encontró allí hospitalidad melancólica y sombría, que reciben y que devuelven los Estuardos a los Borbones.



\*\*

Pero no es la iglesia, con sus bóvedas sublimes, con sus pórticos, con sus vidrios de colores, con sus lámparas, lo que atrae mis miradas, no; es esa boardilla mezquina y situada allá arriba, de donde sale una armonía tierna y sonora, como si cantase un pájaro en el alero de su tejado.

\*\*

El edificio santo es hermoso, pero ese miserable aposento me atrae; a la altiva encina prefiero el nido de musgo y al huracán el céfiro; mi espíritu, cuando se pierde entre las olas del mar, prefiere el alga oscura a los gigantes acantilados y la pobre golondrina a la esplendidez del Océano.

## III

AL REY LUIS FELIPE

*después de la sentencia de muerte pronunciada el 12 de julio de 1839.*

Por vuestro ángel, que voló al cielo, a la manera de una paloma; por ese niño real, tierno y frágil como una caña, ¡perdonad una vez más; perdón en nombre de la tumba; perdón en nombre de la cuna!

12 de julio, media noche.

## IV

Imponente se alza la vasta iglesia; en sus altos campanarios se ostenta la ojiva adornada de flores de piedra; resplandece su pórtico con su rosetón abierto, y la noche hace hormiguar bajo la bóveda enorme, ángeles, vírgenes, el cielo y el infierno, todo un mundo espantoso y confundido, como entrevisto al través de un sueño

## II

¡Mezquino tugurio! Al través de un claro entre las hojas, su pequeña ventana se abre como maravillada cerca del pórtico gótico; su verde persiana, suspendida por tres clavos, atada por un extremo y suelta por el otro, se abre coquetonamente como un abanico de desmesurado tamaño.

\*\*

A la parte exterior tranquilamente duerme un gato, cerca de una hermosa azucena, que llena con sus raíces y corona con sus flores un tiesto de forma extraña, de porcelana azul, que ostenta, pintado, un hermoso paisaje chino, en el que algunos pavos reales-abren sus anchas y plateadas colas.

\*\*

En el interior de aquel aposento de vez en cuando brilla y pasa una sombra, una figura, un hada, una joven hija del pueblo, que entona alegres canciones; una huérfana, que vive sola en ese asilo, cuyo aspecto inocente y tranquilo indica que puede mirar y ver distintamente el rostro del Señor.

\*\*

Sólo al verla se comprende su inocencia. Del manantial de su alma mana agua pura; es ave tierna e ignora que existen cazadores; las alas de esa mariposa conservan todo el polvo de oro; brillando tanto sus ojos, ¿para el corazón de la tierna virgen guarda toda su luz; la perla del rocío del alba se mantiene aún en la corola de la flor.

\*\*

A esa oscura boardilla parece que la vista vea llegar todo un

mundo de alegría; el rumor de la plaza y de los transeuntes, los juegos y la algazara de los niños, las mujeres que con tardo paso entran en la iglesia, el sonido de las canciones que se oyen en las calles, rayos de luz de arriba y reflejos mil de abajo.

\*\*

¡Niña feliz! A su alrededor, como alrededor de un templo todo es puro y modesto, todo ofrece buenos ejemplos. La abeja labra la miel, la flor sonríe mirando al cielo, el campanario da sombra, y ante la ventana, todas las noches, sumisa a las órdenes del Creador, aparece una resplandeciente estrella.

\*\*

El cuello virginal de la doncella no se descubre entre preciosos y transparentes encajes de que ella carece, porque le cubre púdicamente un limpio pañuelo; no lleva perlas en la frente, pero tampoco arrugas; sus ojos castos y vivos tienen miradas límpidas; brillando tanto sus ojos, ¿para qué quiere diamantes?

## III

En el ángulo del aposento se ve la modesta cama. Sobre la mesa está abierto el libro en el



que Dios se hace visible para nosotros y que encierra la leyenda devota de los santos; y en un rincón obscuro, cerca de la chimenea, entre la Santa Virgen y un ramo bendito, aparece clavado en la pared con cuatro alfileres el retrato de Napoleón.

\* \* \*

¡Aquella águila encerrada en esa jaula! ¿Por qué no? En la obscuridad de esa mansión serena, en la que nada es sombrío, donde descansa la hermosa niña, pura como una azucena, en esa morada de paz, de gracia y de alegría, pláceme oír en el fondo de mi fantasía el ruido de los pesados cañones que rodaron hacia los campos de Austerlitz.

\* \* \*

Junto al retrato del emperador, constituyendo el orgullo de la pobre huérfana, brilla una cruz de honor, símbolo de victoria, cruz de un soldado, muerto como un héroe en el campo de batalla, padre que desde el fondo de su tumba hace brillar un rayo de gloria sobre su hija.

\* \* \*

¡Cruz de Napoleón! ¡Joya de la guerra! ¡Corona de laurel circundada de brillantes rayos! Cuan-

do él conduca a sus valientes a los encarnizados combates para que conquistasen el mundo, la dejaba suspendida sobre todas las frentes durante la guerra, y después de terminada les decía: — ¡Venid por ella!

Después les entregaba su cruz, y vertían lágrimas los ojos de aquellos héroes que adoraban en silencio a aquel semidiós invencible: hubiérase dicho que encendiendo con su alma la de sus soldados, y tocando sus pechos con sus dedo de fuego, hacía brotar en ellos aquella estrella del corazón.

V

Cuando despierta esa joven, canta; después trabaja pensativa, sentada en su silla de paja, codeada y bordando, y mientras que, pensando en Dios, sencilla y sin temor, se dedica a cumplir su tarea, el silencio se sienta en el umbral de su puerta.

\* \* \*

Así, Señor, protegéis su morada; así en ese solitario refugio, ninguna inquietud, ningún quebranto turba la paz de la doncella, que ruega por los que mueren en los naufragios, y cuya ora-

ción puede subir hasta el cielo, sin empañar la serenidad del firmamento.

\* \* \*

\* \* \*

Pero si el áspid se esconde entre la hierba, ¡ay! el gusano roe la fruta más hermosa. Para turbar una vida basta una mirada. El mal puede aparecer a los fulgores de una antorcha bendita. La curiosidad que arde en el espíritu de la virgen, abre más tarde una llaga en el corazón de la mujer.

\* \* \*

Un libro antiguo, inmundo, de esos que causan náuseas, quedó olvidado en un armario viejo; Eva; Voltaire, que es la serpiente, una novela del siglo anterior, la duda, la ironía, se oculta en corruptor reinado de Voltaire, un rincón de tu bendito aposento; de ese genio, que a cumplir fatal misión fué lanzado al mundo por el demonio.

\* \* \*

VI

Epoca que, manchada de vino y de sangre, hasta en tu agonía, conservaste la risa delirante del festín; siglo diez y ocho impío y castigado, sociedad sin Dios, por Dios destruída, que rompiendo con el hacha el cetro y la espada, siendo joven ofendiste al amor y siendo vieja a la piedad,

Mesa testigo de la desenfundada orgía, que terminas en patíbulo; mundo, ciego para Cristo, alumbrado por Satanás, avergüéncense tus escritores ante las naciones; su fama proyecta la sombra de tus delitos y su sombra gloria surge de las revoluciones.

VII

Frágil barca que bogas a pocos pasos de un abismo, guárdate, niña, conserva tu corazón, que no sufre todavía, pobre hija de Eva; Voltaire, que es la serpiente, la duda, la ironía, se oculta en corruptor reinado de Voltaire, un rincón de tu bendito aposento; de ese genio, que a cumplir fatal misión fué lanzado al mundo por el demonio.

¡Tiembala! ¡Ese sofista ha sondeado muchos lodazales! ¡Tiembala! ¡Ese sabio falso ha causado la perdición de muchos ángeles! Ese demonio, ese negro milano se precipita sobre los corazones felices, los desgarras, y muchas veces, de sus crueles uñas, yo he visto caer pluma tras pluma esas blancas alas, que hacen que vuele el alma y se remonte hasta el cielo.



\* \* \*

Cuenta todos los latidos que hacen palpar tu seno; el menor movimiento de tu espíritu en la obscuridad, si se inclina hacia él, hace resplandecer sus ojos, y como un lobo que está ojo avizor, como un tigre que acecha, hay momentos que levanta la monstruosa cabeza, que sólo para el poeta es visible.

VIII

¡Ayl si tu casta mano abriera ese libro maldito, moriría repentinamente Dios en tu corazón leal; inclinarías triste tu serena frente, para ver pasar en lontananza por espléndida alameda deslumbradoras carrozas que vuelan arrastradas por aligeros caballos, y mañana acaso te burlarías del virginal pudor.

\* \* \*

Turbarían tu sueño por la noche, en el lecho, visiones extrañas, que harían huir al más tímido de los ángeles; ya no dormirías, ni tendrías deseos de cantar; y tu espíritu, hundido ya en el océano de los delirios, iría vacilando, desarraigado como alga flotante, desde el placer al oprobio y del flujo al reflujo.

IX

Te está mirando la cruz honorífica de tu padre, que con la Guardia imperial murió heroicamente; pídele consejo, ángel tentado; deja que te aconseje también, que te guíe y que te salve, esa azucena que embellece tu ventaba y que confunde su aroma con el perfume de tu virginidad.

\* \* \*

Deja que te aconsejen los santos afilerados en la puerta de la fachada de la iglesia; deja que te aconseje la blanca paloma que pasa volando por delante de tu ventana; oye la voz del órgano que entona religiosos himnos; toma consejos del azul puro del cielo, que tan de cerca ves desde tu morada.

\* \* \*

Deja que te aconseje la ingeniosa aguja, que te ayuda en tu labor, que está presente cuando tu rezas y que te dice en voz baja: «Trabaja». ¡Escúchala! Dios hizo que nacieran del trabajo dos hijas: la virtud que da pureza a la alegría, y la alegría que presta atractivo a la virtud.

\* \* \*

Escucha ese sinnúmero de voces acentuadas y cariñosas, que murmuran en los vientos, que bajan de las nubes, que ascienden vagamente de los sitios silenciosos, que salen de las castas gotas del rocío, que te repiten los cantos de los pájaros y que te dicen todas a la vez: «Sé pura como el cielo».

\* \* \*

Sé pura como el cielo, como la ola y como el alba, como el alegre nido, como la torre altiva, como la gavilla de la mies, como la estrella, como la flor, como todo aquello que sonríe, como todo lo que canta, como todo lo que descansa en la paz de la inocencia.

\* \* \*

Vive serena; la calma del corazón se retrata en el rostro. La tranquilidad constituye la majestad del sabio. Sé alegre. La fe no necesita ser austera; la sonrisa de la mujer es un reflejo del cielo; la alegría es aquel calor que lanza en las almas la claridad celestial que se llama la verdad.

\* \* \*

Llénese, pues, de alegría tu espíritu, que la alegría lo vivifica todo en la naturaleza inmensa.

En la cumbre de las torres derruidas Dios coloca deliciosos nidos y florecillas que brillan entre la hierba espesa, porque hasta en su natural tristeza las mismas ruinas necesitan de juventud, luz y vida.

\* \* \*

Sobre todo sé buena. La bondad contiene todas las excelentes cualidades. Indulgente, el Señor hizo nacer de la bondad los pensamientos fraternales. La bondad constituye el fondo de las naturalezas augustas. Con esa sola virtud formó Dios el corazón de los justos, como modeló con un solo zafiro la cúpula del cielo.

\* \* \*

De ese modo permanecerás siempre pura como la azucena y blanca como el cisne entre los seres marcados por la señal divina; y exenta de miedo y de cuidados serás de los que, amontonando las riquezas de las acciones buenas, logran que su barca fondee en el puerto, rezan todos los días y duermen tranquilos todas las noches.

EL POETA A SÍ MISMO

Mientras que sobre los bosques y sobre los prados derrama el cielo sus luces y su esplendor, tú, poeta tranquilo, reparte pródigamente entre las familias, los



niños, las doncellas y aun entre los ancianos tus cantos religiosos

\* \* \*

Señala con el dedo el puerto a todos aquellos que luchan contra el mar, azotados por el aquilón; muestra a las doncellas el faro luminoso de la inocencia, a la multitud el altar escarnecido por el impío, a los jóvenes el porvenir, a los viejos la eternidad.

\* \* \*

Para que se imite tu deseo en todos los mortales, enseña a todos ellos el lado más saliente de la verdad; para que todo aquel que piensa encuentre en ti el modo de calmar su pensamiento, inculca la idea de Dios en todos los corazones, sembrando en cada uno la palabra reveladora.

\* \* \*

De este modo, silenciosamente en la obscuridad, tu espíritu, que es un soñador solitario, del cual brotan los versos, que Dios bendecirá, se identificará con la mente del pueblo que te escucha, y saldrán de ella como salen las raíces de una encina entreabriendo un suelo de granito.

29 de junio de 1839.

## V

Se creía ciegamente en los tiempos en que el pastor nocturno, en el espacio, por encima de él, veía algunas veces, envuelto en un negro torbellino de lluvias y de truenos, pasar velozmente la deslumbradora sombra de un profeta, que un espíritu arrastraba hacia el desierto.

\* \* \*

Se creía ciegamente en la época de los bardos y de los trovadores, cuando armado todo un mundo se lanzaba a la conquista del monte calvario para libertar la Santa Cruz, para visitar el lago sombrío donde Jesús salvó a Pedro, y el Horeb y el Cedron, y las antiguos sepulcros de los reyes.

\* \* \*

Se creía ciegamente en aquel siglo religioso en el que el rey Luis, en el momento de robar a Luisa La Vallière, se arrodillaba asustado ante un crucifijo; en el que el altar brillaba al lado del trono; en el que el rey decía: «Padre mío, sólo Dios es grande!» y el obispo le respondía: «Dios sólo es grande, hijo mío!»

\* \* \*

\* \* \*

Ahora los pastores duermen en los barrancos, Jerusalem está en poder del Turco y las mieses divinas no tienen ya segador; la monarquía camina hacia su ocaso y se levanta el sol del pueblo, ¡ay! el hombre ya no cree; el hombre sólo desvaría: ¿qué es lo que vale más, Señor?

29 de marzo de 1839.

En el interior de aquel monte se ha labrado una pagoda, y cuando llega el día de inaugurarla, cae derribada la puerta que cegaba su entrada; el pueblo, entusiasmado, corre a admirarla, y entonces el ídolo, que es un feto ciego y monstruoso, sale de la hendidura montaña.

10 de abril de 1839.

## VI

¡Oh pueblo! Dentro del cráneo de esos hombres, en la mente taciturna y venerada del tribuno y del cenobita, en esa frente, de la que un día las revoluciones, entreabriéndola, harán salir visiones, habita un pensamiento espantoso.

\* \* \*

De este modo en la India, algunas veces, el curioso pasajero contempla con respeto un monte misterioso, cuya cima toca en las nubes, y sin acercarse a él, medita y cree que en aquellas rocas, que en aquellas aguas y en aquellos tristes bosques se oculta una divinidad.

## VII

### EL MUNDO Y EL SIGLO

¿Qué es lo que habéis hecho, Señor? ¿De qué sirve vuestra obra? ¿Para qué sirve el agua del río y el relámpago de la tormenta? ¿Para qué los prados, donde los arroyos lavan el césped, y en los verdes collados los inmensos ganados, entre los que ladran los perros de caza? ¿Para qué la primavera, en la que el aire es tibio y todo florece, y la abeja ladrona que roba la esencia a las flores? ¿Para qué esa niebla que sube de las aldeas? ¿Para qué esa sombra que proyecta el ramaje de los árboles? ¿Para qué ese mar sembrado de islotes? ¿Para qué los bosques inmensos,



las grutas y los sitios sombríos? nada en el misterio y sin levantar la vista hacia los consejos divinos, ¿Para qué, todas las tardes, durante el verano, abrasado por el sol como por un carbón candente, entre vapores removidos por los vientos, alumbran su ocaso nubes encendidas? ¿Para qué enrojecer los viñedos, lanzando sobre ellos rayos que hinchan los racimos maduros? ¿Para qué inclinar sobre sus ejes móviles el globo monstruoso con todas sus ciudades, los montes y los mares que flotan a su alrededor, haciendo que se mueva en rotación vertiginosa, para que la luz lo dore o para que la sombra lo oculte? ¿De qué os sirven las olas, las nubes, y de qué, en el más profundo secreto, dentro de la flor germine el fruto? ¿Para qué fecundar el éter y las olas, rodear a los soles de mundos, poblar de astros errantes la inmensidad de los cielos, amontonar en todos los sentidos millones de leguas, y con la vaguedad de lo infinito teñir de indefinido color azulado las llanuras y las montañas? ¿Para qué instalar en las alturas y en las profundidades tan espantoso hacinamiento de sombras y de esplendores? ¿Para qué perfumar, calentar, nutrir, brillar, amar y traducir incesantemente para los ojos carnales y para los ojos del pensamiento vuestra idea eterna en espectáculo eterno? ¿Sucede todo eso para que en este siglo, en el que la ley cae convertida en cenizas, el hombre pase sin ver, sin creer, sin comprender, sin buscar

la vista hacia los consejos divinos, que flotan en las altas esferas bajo la forma sagrada o bajo el velo brillante de una nube o de una estrella? ¿Todo eso sucede para que esta época, en el sombrío fastidio en que se nutre, convierta al oprimido de ayer en opresor de hoy para que le desgarran sus locos sueños; para que el pueblo, multitud en la que yacen confundidos tantos sabios, lo mismo que los reyes, tenga la brutalidad por última razón y responda a las balas ciegas con los adoquines estúpidos? ¿Todo eso sucede para que los motines conmuevan las ciudades, para que hasta la libertad se convierta en tirana? ¿Todo eso sucede para que el honor de los antiguos gentiles-hombres, conducidos por ellos mismos al carril que seguimos, se ligue tristemente a los partidos? ¿Es acaso para que a su odio se añada un juramento a la mañana que al viejo puñal se le pone una nueva hoja? ¿Todo esto sucede para que el príncipe, hombre que nació de una mujer para brillar pronto y vivir poco, se imagine ser rey, como vos sois Dios? ¿Todo eso sucede para que los justos vivan tristes, para que reine la iniquidad, para que la envidia lacere los corazones que hubiera engrandecido el amor? ¿Todo eso sucede para que el sacerdote, triste y defectuoso apóstol, camine abriendo un ojo y cerrando el otro, insulte a la natu-

raleza en nombre del verbo escrito, y no comprenda que aquí todo está en el espíritu, que el soplo de Dios lo mismo alcanza a los hombres que a la arcilla, y que el árbol y la flor son también vivos comentarios del Evangelio? ¿Todo eso sucede para que a nadie, en fin, grande o pequeño, inquiriendo los caminos de la tumba, le inquiete lo desconocido, y como el buey conducido por el instinto, cada uno trace su surco sin pensar en la espiga; para que la humanidad, careciendo de profetas, abandonase la admiración que vuestras obras le causaban; para que el hombre no vea brillar en su corazón el alba, ni la azucena, ni el ángel, ni el niño, ni el alma, ese rayo de luz pura, ni la creación, ese inmenso panorama...?

\*\*\*

Por eso pensativo exclamo muchas veces:—«¿Estaremos quizás condenados y malditos? ¿Los que vivimos hoy gozando de falsa prosperidad, seremos desheredados de la herencia de nuestros padres? Señor, haceos cargo de que los hombres de esta época están ciegos, lejos de vos y flotando entre muchas sombras. Extinguid vuestros soles o reanimad su fuego; corregid vuestro mundo o concededle un alma.

17 de julio de 1839.

## VIII

AL SENOR DUQUE DE \*\*\*

Julio, vuestro castillo, que tiene la torre vieja y la casa nueva, se refleja en el Loire por la parte en que el río, cerca de Blois, ensanchando su espléndido cauce, como una madre que habla en voz baja a su niño que tiene en su regazo, estrecha una deliciosa isla en sus brazos replegados. Poseéis todos los bienes que el hombre puede alcanzar. Os sonreís viendo cómo llega el verano, y oiréis muy pronto, al través de los árboles, las risas alegres que desde la aldea llagarán hasta vuestra heredad. Pasado ya el abril, veis en ella que llega ahora el mayo, el mes del amor; mayo que cada día extiende más sus verdes vestiduras y que, como el niño levita, encargado de adornar el templo, suspende en las floridas ramas las flores, de las que sale el incienso, y los nidos, de los que surge el canto.

\*\*\*

Me escribís que en este momento el friso blasonado de vuestra chimenea está sobrecargado con un montón de antiguas ruinas



las grutas y los sitios sombríos? nada en el misterio y sin levantar  
 ¿Para qué, todas las tardes, du- la vista hacia los consejos divinos,  
 rante el verano, abrasado por el que flotan en las altas esferas bajo  
 sol como por un carbón candente, la forma sagrada o bajo el velo  
 entre vapores removidos por los brillante de una nube o de una  
 vientos, alumbran su ocaso nubes estrella? ¿Todo eso sucede para  
 encendidas? ¿Para qué enrojecer que esta época, en el sombrío  
 los viñedos, lanzando sobre ellos fastidio en que se nutre, convier-  
 rayos que hinchan los racimos ta al oprimido de ayer en opresor  
 maduros? ¿Para qué inclinar so- de hoy para que le desgarran sus  
 bre sus ejes móviles el globo locos sueños; para que el pueblo,  
 monstruoso con todas sus ciuda- multitud en la que yacen con-  
 des, los montes y los mares que fundidos tantos sabios, lo mismo  
 flotan a su alrededor, haciendo que los reyes, tenga la brutalidad  
 que se mueva en rotación verti- por última razón y responda a  
 ginosa, para que la luz lo dore las balas ciegas con los adoqui-  
 o para que la sombra lo oculte? nes estúpidos? ¿Todo eso sucede  
 ¿De qué os sirven las olas, las para que los motines conmuevan  
 nubes, y de que, en el más pro- las ciudades, para que hasta la  
 fundo secreto, dentro de la flor libertad se convierta en tirana?  
 germine el fruto? ¿Para qué fe- ¿Todo eso sucede para que el  
 cundar el éter y las olas, rodear a honor de los antiguos gentiles-  
 los soles de mundos, poblar de hombres, conducidos por ellos  
 astros errantes la inmensidad de mismos al carril que seguimos,  
 los cielos, amontonar en todos los se ligue tristemente a los parti-  
 sentidos millones de leguas, y dos? ¿Es acaso para que a su odio  
 con la vaguedad de lo infinito se añada un juramento a la ma-  
 feñir de indefinido color azulado nera que al viejo puñal se le  
 las llanuras y las montañas? ¿Pa- pone una nueva hoja? ¿Todo  
 ra qué instalar en las alturas y esto sucede para que el príncipe,  
 en las profundidades tan espanto- hombre que nació de una mujer  
 so hacinamiento de sombras y de para brillar pronto y vivir poco,  
 esplendores? ¿Para qué perfumar, se imagine ser rey, como vos  
 calentar, nutrir, brillar, amar y sois Dios? ¿Todo eso sucede para  
 traducir incesantemente para los que los justos vivan tristes, para  
 ojos carnales y para los ojos del que reine la iniquidad, para que  
 pensamiento vuestra idea eterna la invidia lacere los corazones que  
 en espectáculo eterno? ¿Sucede hubiera engrandecido el amor?  
 todo eso para que en este siglo, ¿Todo eso sucede para que el sa-  
 en el que la ley cae convertida en cerdote, triste y defectuoso após-  
 nizas, el hombre pase sin ver, sin niza, camine abriendo un ojo y ce-  
 creer, sin comprender, sin buscar rrando el otro, insulte a la natu-

raleza en nombre del verbo es-  
 crito, y no comprenda que aquí  
 todo está en el espíritu, que el  
 soplo de Dios lo mismo alcanza  
 a los hombres que a la arcilla, y  
 que el árbol y la flor son tam-  
 bién vivos comentarios del Evan-  
 gelio? ¿Todo eso sucede para que  
 a nadie, en fin, grande o pequeño,  
 inquiriendo los caminos de la tumba,  
 le inquiete lo desconocido, y  
 como el buey conducido por el  
 instinto, cada uno trace su surco  
 sin pensar en la espiga; para que  
 la humanidad, careciendo de pro-  
 fetas, abandonase la admiración  
 que vuestras obras le causaban;  
 para que el hombre no vea bril-  
 lar en su corazón el alba, ni la  
 azucena, ni el ángel, ni el niño, ni  
 el alma, ese rayo de luz pura, ni  
 la creación, ese inmenso pano-  
 rama...?

\*\*\*

Por eso pensativo exclamo mu-  
 chas veces:—«¿Estaremos qui-  
 zás condenados y malditos? ¿Los  
 que vivimos hoy gozando de fal-  
 sa prosperidad, seremos deshere-  
 dados de la herencia de nuestros  
 padres? Señor, haceos cargo de  
 que los hombres de esta época  
 están ciegos, lejos de vos y flo-  
 tando entre muchas sombras.  
 Extinguid vuestros soles o re-  
 animad su fuego; corregid vuestro  
 mundo o concededle un alma.

17 de julio de 1839.

## VIII

AL SENOR DUQUE DE \*\*\*

Julio, vuestro castillo, que tie-  
 ne la torre vieja y la casa nueva,  
 se refleja en el Loire por la parte  
 en que el río, cerca de Blois,  
 ensanchando su espléndido cauce,  
 como una madre que habla en  
 voz baja a su niño que tiene en  
 su regazo, estrecha una deliciosa  
 isla en sus brazos replegados. Po-  
 seéis todos los bienes que el hom-  
 bre puede alcanzar. Os sonreís  
 viendo cómo llega el verano, y  
 oiréis muy pronto, al través de  
 los árboles, las risas alegres que  
 desde la aldea llagarán hasta  
 vuestra heredad. Pasado ya el  
 abril, veis en ella que llega ahora  
 el mayo, el mes del amor; mayo  
 que cada día extiende más sus  
 verdes vestiduras y que, como el  
 niño levita, encargado de adornar  
 el templo, suspende en las flori-  
 das ramas las flores, de las que  
 sale el incienso, y los nidos, de los  
 que surge el canto.

\*\*\*

Me escribís que en este momen-  
 to el friso blasonado de vuestra  
 chimenea está sobrecargado con  
 un montón de antiguas ruinas



que en otros tiempos ganaron para todo, dejad tranquilos esos batallas, de espadas, de cimbras, campos, o por mejor decir, esas etcétera, etc. Me escribís también que vuestros arrendadores, de el alba por ocultos senderos, cavando con los bueyes, han tropezado con un sepulcro al abrir y contemplando en ese pintoresco paisaje cómo se regocija un surco. Vuestro campo de César Dios en la estación de las rosas; ha tenido que sufrir esta muesca; y después, entrando en casa y Os pertenecía todo un campo de batalla, y vuestros rudos leñadores, con el ruido de sus hachas, sacando del cofre carcomido el han turbado con frecuencia las ejemplar antiguo del Virgilio que sombras de esos seres que vagan yo he leído tantas veces, e iluminando vuestra alma con las entre vuestras encinas, haciendo antiguas claridades, leed al tierno al mismo tiempo huir a los cuervos y eximio poeta, ¡oh Juliol y meditat.

\*\*

Sabeis, amigo mío, que, espectador serio, he meditado muchas veces en esos campos gloriosos, a los que el arado obligó, a ellos que fueron testigos de antiguas guerras, a dar cosechas como los campos ordinarios; que semejantes a un rey caído, que teme despertar, cuando se le aparece su antigua gloria al soñar, durante el día dejan que camine el boyero por sus trigales y durante la noche que reciban la visita de las águilas.

\*\*

Aunque sois hijos de un siglo en el que todo se vende, respetad la Roma muerta que está al lado de la aldea viva, y ya que en vuestro corazón tenéis compasión

Porque han llegado los tiempos presentidos por el poeta. Hoy día, en esa llanura silenciosa, en esos campos, algunas veces el labrador inclinado sobre el surco, encuentra la negra punta de un dardo que cree caída del cielo, y otras veces ve que chocan confusamente en el fondo del terreno que escarba, cascos vacíos, dardos tomados de orín, y abriendo tumbar colmadas de humanas ruinas, le hace palidecer el tamaño de los esqueletos romanos.

Mayo de 1839.

tranquilo la felicidad compañera de los niños, que es un reflejo puro de la felicidad de las madres.

## IX

\*\*

A FANNY DE P.

Ya que tu edad temprana lo consiente, ríe, que todo te acaricia: ¡hermosa niña, juega, canta, sé flor, sé aurora!

\*\*

No pienses en lo que encierra el porvenir; el cielo es negro y la vida sombría; no pienses que el hombre en el mundo solo hace un poco de ruido en el seno de abundante sombra.

\*\*

Por desgracia sabemos que la vida es muy triste: niña, con frecuencia los ojos que más brillan son los que derraman mayor cantidad de lágrimas.

\*\*

Tú que no has sufrido aún ningún dolor, todo lo posees, delirio y alegría, la inocencia que hace soñar y la ignorancia que hace sonreír.

\*\*

Como aquel que reza antes de morir, permíteme que te bendiga azucena preservada del soplo antes de que abandone yo la de los vientos, llena tu corazón tierra: ángel, estás llamada a

El candor embellece tu semblante, y yo prefiero a todas las claridades, la que veo brillar en tus pupilas, que sale del foco de tu alma.

\*\*

Vives sin inquietudes y sin pesares; la familia te idolatra; en el verano corres por entre las flores y en el invierno juegas junto al hogar

\*\*

La poesía, emanación de los cielos, mora cerca de ti, niña; tu madre la refleja en sus ojos y tu padre en su pensamiento.

\*\*

Aprovecha esa hermosa edad, disfruta, que la alegría se disipa en seguida, y los que vivimos más tristes hemos tenido también nuestra infancia deslumbradora.

\*\*



convertirte en martir; niña, serás una mujer.

Febrero de 1840.

X

Como en los estanques adormecidos bajo el dosel de los bosques, en muchas almas se ven dos cosas a un mismo tiempo: el cielo, reflejado en el agua que apenas se mueve con todos sus rayos y todas sus nubes, y el fondo del estanque, sombrío, dormido y sucio, en el que reptiles negros vagamente hormigean.

7 de mayo de 1839.

XI

(FIAT VOLUNTAS)

¡Pobre mujer! ¡Se le ha trastornado el juicio! En los salones indiferentes, en conversaciones fútiles, el mundo anunció ayer que estaba loca, y añadió hoy que había muerto; yo solo en el cementerio, hollando los céspedes, visito la tumba, en la que se enterró su vida después de morir su razón.

\*\*

¡Loca y muerta! Dios mío, ¿por qué? Por un niño frágil, cuyas pupilas están cerradas para siempre; por un recién nacido, de colores frescos, que hace poco, como las moscas penden de las flores, pendía de su seno, riendo y llorando, privándola del sueño durante noches enteras; por ese niño que está callando, por ese niño que ahora está dormido.

\*\*

Cuando vió a su hijo por la tarde de un día triste, porque ella llamaba su hijo a esa sombra vana, cuando vió a su hijo helado, no lloró. La leche ya inútil de su seno, con la fiebre, de repente, turbaron su cabeza, haciendo temblar los labios; y desde ese día, sin ver y sin hablar, permaneció indiferente a todo, buscando en la obscuridad una cosa perdida, a su hijo desaparecido en la vaga extensión; y algunos momentos inclinaba el oído al andar, como si debajo de tierra oyese el susurro de un cántico.

\*\*

Una mujer del pueblo, que un día la vió pasar por la calle acosada por una multitud, al ver cuánto sufría, adivinó su desgracia. Los hombres, al ver su hermosa frente lívida y sus mi-

radas iras, que perseguían una quimera, exclamaban: — «¡Pobre local!»; pero esa mujer decía: — «¡Pobre madre!»

\*\*

Pobre madre, en efecto. Suspiros ahogados interrumpían algunas veces su voz, que murmuraba: — «¡Mi hijo!» Algunas veces, en la calle, hundidos los pies en el barro, buscaba con la vista una claridad desaparecida en el cielo; porque el alma del niño, al volar a las supremas regiones había llevado consigo el juicio de su pobre madre.

\*\*

Inútil era decirle, hablando con voz remisa que esos son acontecimientos naturales de la vida; que todo aquel que nace, muere; que hay niños que Dios, que todo nos lo presta, pero que nada nos da, para que refresquen nuestras frentes con sus alas blancas, hace que se posen como pájaros por un día solo en los árboles del mundo; inútil era decirle todo esto, porque ella no lo oía; con la vista fija, miraba siempre ante sí abrirse los brazos de su hijo. De sus juguetes había formado una capilla, y así murió la pobre en menos de dos meses; que nada es tan poderoso como los pequeños brazos de los niños muertos para arrastrar pronto las madres a la tumba; donde el niño cae,

RAYOS.—3

pronto la mujer cae también. ¿Qué es para ella una casa desierta? ¿Qué es para ella un lecho sin la cuna al lado? ¿Para qué sirven las miradas maternales si no han de velar al niño que duerme? ¿Para qué sirve su blanco seno sin los labios rosados del

\*\*

Después de pasar mucho tiempo con el corazón y con los ojos apagados, vagando alrededor de la tumba de su hijo, la desventurada perdió la vida a los dos meses. Ayer estuvo loca y hoy murió. Basta que un pájaro se pose en una playa, para que otro compañero suyo se apresure a seguirle, y siempre hay un tercero que va delante. Apenas acababa de abrir sus alas a los vientos, fué el hermoso niño a caer dentro de la tumba; ella le siguió después, como una paloma sigue a otra paloma.

\*\*

Yo exclame: — «¡Señor! vuestras leyes son austeras. ¡Señor! las habéis rodeado de misterios, así para el hombre como para el amor, para los árboles y para las aves, hasta para el líquido nutritivo de que necesita el niño en la cuna, que es a un tiempo, amebrosía y veneno, miel dulce y licor amargo, destinado a nutrir al hijo o a matar a la madre!»

17 de febrero de 1837.



## XII

A LAURA, DUQUESA DE A.

Ya que no han comprendido, en su mezquino pensamiento, que cuando se ha poseído esplendor, poder y orgullo como tú lo has poseído, sería un acto magnánimo para Francia conceder la limosna de una fosa a tu noble féretro (1);

Ya que no han comprendido que la que sin temor celebró siempre la gloria y castigó a los verdugos, tiene derecho a reposar sobre la colina santa, descansar a la sombra de los héroes;

Ya que el recuerdo de nuestras grandes batallas no arde encendido en ellos como sagrada antorcha; ya que no tienen corazón ni entrañas; ya que te han rehusado hasta la piedra para edificar tu sepulcro,

(1) El Consejo municipal de París rehusó conceder seis pies de tierra en el cementerio del Padre-Lachaise para la viuda de Junot, antiguo gobernador de París.

El ministro del Interior también rehusó un pedazo de mármol para dicho monumento.

(Periódicos de febrero de 1840.)

Nos corresponde a nosotros entonar un cántico expiatorio; nos corresponde a nosotros manifiestarte nuestro duelo, de rodillas; nos corresponde a nosotros hacer revivir tu recuerdo, enterrándolo en versos afectuosos y tristes;

Nos corresponde a nosotros esta vez preservar tu muerte del olvido, que es su pálido compañero; nos corresponde deshojar rosas sobre tus cenizas; nos corresponde cubrir de laureles tu ilustre nombre;

Ya que una estúpida afrenta, pobre mujer muerta, sube hasta tu frente, que el César coronó, a mí, a quien ofreciste la mano de amiga, me corresponde decirte en voz baja: —«¡Nada temas! ¡Yo te defiendo!»

Tengo que cumplir mi misión; porque armado con una lira que debe lanzar a los vientos himnos irritados y ardientes, custodié el tesoro de las glorias del imperio, y no he de consentir jamás que nadie atente contra ellas.

Tu noble corazón conservaba para mí fieles recuerdos: en nues-

tro cielo siniestro y en nuestros tristes días tu espíritu cernía sobre mí sus generosas alas muchas veces como un águila y como un ángel siempre:

## XIII

Porque tuerte para sufrir tus desgracias y abnegada para remediar las nuestras, abandonada a la tempestad, víctima de tu adversa suerte, no imitaste el funesto ejemplo de tantos otros y de una cobardía hiciste surgir un puerto de refugio;

Porque tú, la Musa ilustre, y yo, el obscuro apóstol, hemos traído a la tierra la misma misión y un profundo lazo nos ata el uno al otro, a ti, viuda de un héroe, y a mí, hijo de un soldado.

Por lo que, sin desmayar jamás en esta Babilonia, besando los desgarrones de las vilipendiadas banderas, exclamé defendiendo al emperador: —«Devolvedle su Columna!» y exclamé defendiéndote: —«Concededle su tumba!»...

Febrero de 1840.

¡Pozos de la India! ¡Tumbas monumentales, que en vuestro interior sólo ofrecéis a la perturbada vista un amasijo de gradas y de rampas, fríos calabozos, corredores alumbrados por lámparas, conjunto que rueda girando sobre sí mismo, vigas en las que la araña tiende sus tenues hilos, bloques que bosquejan por todas partes siniestros perfiles, techumbres de granito, agujereadas como frágiles telas, por cuyos grandes huecos se ve brillar alguna estrella, caos que forman los muros, cámaras, tramos, confusas y ruinosas escaleras, criptas que llenan de religioso horror vuestra inmensa y prodigiosa bóveda, cavernas donde nadie se atreve a penetrar, ante vuestras profundidades he palidecido con frecuencia, como se palidece ante un abismo, espantosas Babeles que fantaseó Piranesol...

¡Entrad si os atrevéis!... Sobre el dormido pavimento las sombras de los arcos se cruzan tristemente; el empedrado en algunas partes, torciéndose bajo los escombros, se entreabre para dejar libre á paso escalones sombríos, que por una gradería en caracol se hunden en un subte-



ráneo sin tondo, mientras otros y moverse el monstruoso edificio. escalones suben hasta arriba, hasta llegar al techo. ¿A dónde van? Dios lo sabe. Por los huecos de un arco vacío, un hilo de agua que cae despide lívida claridad. Una bóveda de verdosa frente, gotea dentro de un pozo. En la obscuridad, un pesado montón de rocas sin apoyo se ve detenido por zarzas trepadoras; una cuerda que pende de un montón de apilados maderos cae hasta el nivel de la mano del viajero curioso. En una cueva, inclinado sobre un libro y leyendo, un viejo sobrehumano, debajo de una roca, que amenaza desplomarse, parece que viva allí olvidado por la muerte. Esfinges, bueyes de bronce, acurrucados sobre el estrave, forman los chapiteles de los pilares decrepitos; el áspid de ojos ardientes, agitando sus pupilas, desliza su cabeza chata por las hendiduras de las piedras. Todo se mueve y se tuerce bajo los techos entreabiertos. Las paredes rezuman y se ven hormiguar, a través de las hojarascas rojas, saliendo por entre los mármoles, monstruos que podrían tomarse por raíces de aquellos árboles. Por todas partes, en las paredes del sombrío monumento, un no sé qué de horrible se arrastra confusamente, y el que recorre ese dédalo disforme, como si se apoderara de él un enorme pólipo, por encima de él y por debajo, parece que sienta vovir

En esas horas en que el espíritu y la vista, recorriéndolo todo, tratan de ver en la noche el fondo de las cosas, mis miradas se perdieron en esos terribles sitios, y contemplándolos, he exclamado muchas veces: — «Sueños de granito, grutas fantásticas, criptas, palacios, tumbas repletas de varios rumores, sois menos brumosos, menos ignorados, menos profundos y menos desesperados que el destino; el destino, ese antro habitado por nuestros temores, en el que el alma, perdida en espantosos laberintos, en el fondo, al través de la obscuridad, y produciendo ruidos sordos, en un abismo desconocido, mira caer la corriente de los días!»

14 de abril de 1839.

## XIV

EN EL CEMENTERIO DE...

La multitud de los vivos ríe corriendo tras sus locuras, ya en busca de placeres, ya al encuentro de los dolores; pero yo, que soy soñador, me imagino que

\*\*

los olvidados muertos tienen sus miradas fijas en mí. celestial, la azucena parece más pura y el pájaro más tierno.

\*\*

\*\*

Saben que soy el hombre de las soledades, el paseante que medita bajo el follaje de árboles espesos, el espíritu que encuentra, considerando todos los dolores, en la superficie de todo la duda, y en el fondo de todo la paz.

¡Allí es donde yo vivo! Cogiendo rosas blancas, consolando las tumbas abandonadas desde hace mucho tiempo, paso y vuelvo a pasar; separo las ramas, nuevo ruido en la hierba, y los muertos parece que se regocijen.

\*\*

\*\*

Saben que me inclino y medito sobre los bojés, sobre las fosas y sobre las cruces; oyen el rumor de mis pasos cuando camino sobre las hojas secas, y me han visto contemplar las sombras de los bosques.

Allí sueño, y vagando por el campo sumido en el letargo, veo, con los ojos abiertos de mi pensamiento, cómo se transforma mi alma en un mundo mágico, espejo misterioso del universo visible.

\*\*

\*\*

Comprenden mi voz, que se levanta en medio del mundo, mejor que vosotros, vivos luchadores; los himnos de mi lira, que se ocultan en mi alma, para vosotros son cánticos y para ellos son sollozos.

Mirando sin verles, escarabajos misteriosos, ramajes confusos, formas y colores vagos, allí, sentado sobre las piedras caídas, y en plena obscuridad, me asaltan deslumbramientos de claridades y de flores.

\*\*

\*\*

Olvidados por los vivos, les queda la naturaleza. En el jardín de los muertos, donde un día reposaremos todos, el alba lanza una mirada más serena y más

Allí el sueño ideal que se posa sobre mis párpados, flota como velo luminoso entre la tierra y mis miradas; allí mis dudas ingratas se funden en plegarias, que empiezo a murmurar de pie y que termino de rodillas.



ráneo sin tondo, mientras otros y moverse el monstruoso edificio. escalones suben hasta arriba, hasta llegar al techo. ¿A dónde van? Dios lo sabe. Por los huecos de un arco vacío, un hilo de agua que cae despide lívida claridad. Una bóveda de verdosa frente, gotea dentro de un pozo. En la obscuridad, un pesado montón de rocas sin apoyo se ve detenido por zarzas trepadoras; una cuerda que pende de un montón de apilados maderos cae hasta el nivel de la mano del viajero curioso. En una cueva, inclinado sobre un libro y leyendo, un viejo sobrehumano, debajo de una roca, que amenaza desplomarse, parece que viva allí olvidado por la muerte. Esfinges, bueyes de bronce, acurrucados sobre el estrave, forman los chapiteles de los pilares decrepitos; el áspid de ojos ardientes, agitando sus pupilas, desliza su cabeza chata por las hendiduras de las piedras. Todo se mueve y se tuerce bajo los techos entreabiertos. Las paredes rezuman y se ven hormiguar, a través de las hojarascas rojas, saliendo por entre los mármoles, monstruos que podrían tomarse por raíces de aquellos árboles. Por todas partes, en las paredes del sombrío monumento, un no sé qué de horrible se arrastra confusamente, y el que recorre ese dédalo disforme, como si se apoderara de él un enorme pólipo, por encima de él y por debajo, parece que sienta vovir

En esas horas en que el espíritu y la vista, recorriéndolo todo, tratan de ver en la noche el fondo de las cosas, mis miradas se perdieron en esos terribles sitios, y contemplándolos, he exclamado muchas veces: —«Sueños de granito, grutas fantásticas, criptas, palacios, tumbas repletas de varios rumores, sois menos brumosos, menos ignorados, menos profundos y menos desesperados que el destino; el destino, ese antro habitado por nuestros temores, en el que el alma, perdida en espantosos laberintos, en el fondo, al través de la obscuridad, y produciendo ruidos sordos, en un abismo desconocido, mira caer la corriente de los días!»

14 de abril de 1839.

#### XIV

EN EL CEMENTERIO DE...

La multitud de los vivos ríe corriendo tras sus locuras, ya en busca de placeres, ya al encuentro de los dolores; pero yo, que soy soñador, me imagino que

\* \* \*

los olvidados muertos tienen sus miradas fijas en mí.

celestial, la azucena parece más pura y el pájaro más tierno.

\* \* \*

\* \* \*

Saben que soy el hombre de las soledades, el paseante que medita bajo el follaje de árboles espesos, el espíritu que encuentra, considerando todos los dolores, en la superficie de todo la duda, y en el fondo de todo la paz.

¡Allí es donde yo vivo! Cogiendo rosas blancas, consolando las tumbas abandonadas desde hace mucho tiempo, paso y vuelvo a pasar; separo las ramas, nuevo ruido en la hierba, y los muertos parece que se regocijen.

\* \* \*

\* \* \*

Saben que me inclino y medito sobre los bojes, sobre las fosas y sobre las cruces; oyen el rumor de mis pasos cuando camino sobre las hojas secas, y me han visto contemplar las sombras de los bosques.

Allí sueño, y vagando por el campo sumido en el letargo, veo, con los ojos abiertos de mi pensamiento, cómo se transforma mi alma en un mundo mágico, espejo misterioso del universo visible.

\* \* \*

\* \* \*

Comprenden mi voz, que se levanta en medio del mundo, mejor que vosotros, vivos luchadores; los himnos de mi lira, que se ocultan en mi alma, para vosotros son cánticos y para ellos son sollozos.

Mirando sin verles, escarabajos misteriosos, ramajes confusos, formas y colores vagos, allí, sentado sobre las piedras caídas, y en plena obscuridad, me asaltan deslumbramientos de claridades y de flores.

\* \* \*

\* \* \*

Olvidados por los vivos, les queda la naturaleza. En el jardín de los muertos, donde un día reposaremos todos, el alba lanza una mirada más serena y más

Allí el sueño ideal que se posa sobre mis párpados, flota como velo luminoso entre la tierra y mis miradas; allí mis dudas ingratas se funden en plegarias, que empiezo a murmurar de pie y que termino de rodillas.



\* \*

Como vuela la paloma nasta el hueco de las rocas para encontrar en ellas la gota de rocío que cae antes de que aparezca el sol, mi espíritu sediento, a la obscuridad de las tumbas va a beber una gota de fe, de esperanza y de amor.

Marzo de 1840

XV

Madres, el niño que juguetea alegre en vuestro hogar, más delicado que las flores y más tranquilo que el cielo, os debe inspirar que tengáis cariño, pudor y prudencia. El niño es una llama pura cuyo calor acaricia; es la alegría santa; es la felicidad sagrada; es un reflejo dorado del nombre paterno, cuyo reflejo os basta para ver con claridad en la obscuridad de vuestra alma. Madres, el hijo que lloráis y que voló hacia el cielo, cuando levantáis la frente hacia la esfera estrellada, derrama sobre vuestros dolores un fulgor augusto, porque el inocente brilla tanto como el justificado. Os hace ver con dulce claridad, al través del orgullo, de las virtudes, de las desgracias y de la noche que enluta vuestra

alma, a Dios en su profunda tranquilidad. Que viva o que muera el niño, siempre brilla. En el mundo, en el que necesitamos el auxilio de todos, en el que nuestros días inciertos están pendientes de tantas ignotas contingencias, es un guía que desvanece las brumas que a nuestro alrededor levantan las dudas y los vicios; cuando vive el niño, enseña a las madres la verdadera senda del deber; cuando el niño muere, descubre a éstas la verdad sin velos; en el mundo es para ellas una antorcha y en el cielo es una estrella.

27 de marzo de 1840.

XVI

¡Marineros, oh, marineros! daréis al viento las velas; bogaréis, unas veces alegres y otras con abatimiento, contemplando al fulgor de las estrellas la playa, el escollo o el puerto, según el viento os empuje;

\* \*

Envidiosos, hincaréis el diente en el basamento de las estatuas; pájaros, cantaréis; ramajes, os cubriréis de hojas verdes; puertas, crujiréis cubiertas de hiedra; campanas, haréis vivir y soñar a las aldeas;

\* \*

Viajeros, acomodando vuestra naturaleza a las costumbres de todos los hombres, vagaréis meditando sobre la tierra; pensativos recorreréis el mundo en que habitamos, acordándoos algunas veces de los que moran en las tumbas;

\* \*

Encinas, creceréis en el fondo de las soledades en brumosas lontananzas; viejos sauces, adoptaréis tristes actitudes y contemplaréis vagamente vuestra propia imagen en los arroyos;

\* \*

Nidos, temblaréis al sentir dentro de vosotros cómo se van formando las alas de los pequeños pajarillos; surcos, os estremeceréis al sentir la trepidación del crecimiento del trigo; antorchas, arrojareis rojas chispas que formarán un torbellino humeante, parecido a un espíritu conturbado;

\* \*

Rayos, manifestaréis el poder de Dios, a quien adoran los mares riachuelos, nutriréis las flores, cuyos capullos se abrieron en abril; vuestras corrientes reflejarán la sombra del hombre, pero fluirán

siempre y el hombre se extinguirá en breve.

\* \*

Cada cosa y cada alma, cada ser y cada objeto seguirán su curso, su ley, su pasión, y su fin, aportando su piedrezuela para la obra indefinida, que, con el curso del género humano, constituye la creación.

\* \*

Y yo contemplaré a Dios, padre del mundo, que nos entrega, para mitigar nuestra sed, tanto en la sombra, como en la claridad, el cielo, esa inmensa urna, en la que podemos beber la calma y la serenidad.

5 de mayo 1839.

XVII

ESPECTÁCULO TRANQUILIZADOR

Todo es luz, todo alegría; la diligente e incansable araña ata a los tulipanes de seda sus redondos encajes de plata.

\* \*

La estremecida mariposa fija sus asombrados ojos en el estanque espléndido, donde pulula todo un mundo misterioso.



\* \* \*

La rosa parece que, rejuvenecida, extiende sus pétalos a las obisas, y el pájaro canta armoniosamente en las ramas bañadas por los rayos del sol.

\* \* \*

Su voz bendice a Dios que, visible siempre para los corazones puros, formó el alba, párpado de fuego, para el cielo, pupila azul.

\* \* \*

En el fondo de los bosques, donde se embotan todos los ruidos, el temeroso gamo corre y brinca, y en las alfombras de musgo brilla el escarabajo como un objeto de oro vivo.

\* \* \*

La luna, durante el día, está pálida como un alegre convalesciente, y con ternura abre sus ojos de ópalo, cuya dulzura exquisita descende hasta nosotros.

\* \* \*

La abeja con el alelí juguetea, acariciando la vieja tapia; el surco caliente alegremente se despierta removido por el oscuro germen.

\* \* \*

Todo vive y ostenta su belleza; iluminada por un sol ardiente, la sombra huye del agua que pasa, y el cielo se ostenta azul sobre el collado verde.

\* \* \*

La llanura brilla dichosa y pura, el bosque verdea, la hierba florece. Mortal, nada temas; la naturaleza es poseedora del gran secreto y se sonríe.

1.º de junio de 1839.

## XVIII

¡Me entusiasma el armonioso repique de las campanas en tus viejas ciudades, oh antiguo país, fiel guardián de las costumbres domésticas, noble país de Flandes, en el que el cierzo se entibia, calentado por el sol de Castilla y se junta al mediodía! El toque matutino suena en la hora inesperada y loca que el ojo del hombre cree ver ataviada como una danzante española que apareciese súbitamente por el hueco vivo y clarísimo que dejaría una puerta que se abriese en el obscuro ambiente de la noche que huye. Llega sacudiendo sobre los techos

aletargados su delantal de plata, horas meditando para volver a bordado de notas musicales de mágicos sonidos; despertando sin de mi cerebro, mis ideas, mis miramientos a los cansados durmientes; saltando a pequeños pasos como un pajarillo alegre; vibrante como un dardo que tiembla en el blanco donde acaba de clavarse; por una delicada escalera de cristal invisible, espantado y danzarín, desciende de la altura; y el espíritu, ese atento vigilante que no carece de ojos y de oídos, mientras que él va, viene, sube y baja siempre, oye el ruido que sus pasos producen al marchar de grada en gradal

colocar en su sitio, en el fondo de mi cerebro, mis ideas, mis planes, mis visiones, los objetos eternos de mi meditación, Dios, el hombre, el porvenir, la razón y la demencia, y mis sistemas, montón sombrío, andamiaje inmenso, descompuesto de repente por las preguntas que al azar hace un niño. Pero ya que por fin, sondeando mis destinos, me preguntáis por mis años juveniles; ya que, hijos míos, todo lo queréis saber, os voy a referir mis primeros instintos y mi primera esperanza.

\* \* \*

## XIX

LO QUE SUCEDÍA EN LAS FULDENSES  
HACIA 1813

Niños, puras y hermosas frentes inclinadas hacia mí, boquitas adornadas con dientes de esmalte, que me preguntáis el por qué de todas las cosas, que me interrogáis sobre más de un gran problema, pretendiendo que de lo que es obscuro para mí mismo os dé a conocer el sentido verdadero y la palabra decisiva, os apoderáis de tal modo de mi espíritu pensador, que en repetidas ocasiones, cuando salís de mi estancia, hijos míos, paso algunas

Tuve durante mi efímera infancia tres maestros: un jardín, un anciano sacerdote y mi madre. El jardín era grande y misterioso; altísimas tapias le ocultaban a las curiosas miradas, estaba lleno de mil flores y de mil insectos, lleno de susurros y de aromas; en su centro era casi un vergel y en su fondo era casi un bosque. El sacerdote excesivamente empapado de Tácito y de Homero, era un anciano cariñoso; mi madre... era mi madre. Así crecía yo, bajo esa triple influencia.

\* \* \*

Un día... ¡Oh, si Gautier me prestara su lápiz, con un solo trazo os dibujaría una figura que, como funesto augurio, entró un día en



casa de mi madre. Era un doctor de frente estrecha, de aspecto solemne, que si os lo pudiera mostrar conseguiría hacer abrir vuestros labios con esa risa deslumbradora y cándida que muchas veces me enajena. Cuando entró ese hombre, estaba yo jugando en el jardín, y al verle me quedé parado de repente. Era el director de un colegio cualquiera.

\* \*

Los tritones que Coypel suele agrupar alrededor de una concha, los faunos con que Watteau pobló los bosques, las brujas de Rembrandt, los gnomos de Goya, los distintos demonios, las pesadillas varias con que Callot, riéndose, atormentaba a San Antonio, son feos, pero no carecen de artísticos atractivos; son deformes, pero un destello de vida anima sus semblantes, y muchas veces sus ojos lanzan rápidos relámpagos: ese doctor era muy feo, pero además era muy estúpido.

\* \*

Perdonadme si os hablo con la franca sinceridad del estudiante; hago mal. Procurad olvidar lo que os acabo de decir, puesto que, toda vez que he perdido la gracia de la niñez, perturbada por un pedante, no debo conservar la cólera de aquel entonces.

\* \*

Ese hombre, calvo y vestido de negro, repugnante para mí y que a primera vista sobresaltó a mi madre, a pesar de su humilde actitud, venía a traer consejos y solícitas prevenciones.— Que el niño no estaba bien dirigido; que muchas veces se llevaba el libro para dar rienda suelta a sus pensamientos en los bosques; que crecía a la ventura en esta soledad; que debía corregirse esto; que el estudio severo debía hacerse en la obscuridad de los claustros; que una lámpara colgada del techo, que alumbraba a cien estudiantes que están escribiendo, aclara mejor el sentido de las obras de Horacio, a Cátulo y a Virgilio, que el sol, que deja caer sus rayos en los árboles y en las flores; en una palabra, que era preciso que los niños, separados de sus madres, estuviesen sujetos, trabajasen mucho y se les obligase a derramar algunas lágrimas. Además de esto, el colegio ofrecía con amabilidad al niño, que suspira por la libertad, el aire y el sol, sus bancos de madera, sus corredores flanqueados de dormitorios, sus salas con cerrojos, y en las que en todos los pilares está esculpido con un clavo viejo el fastidio de los estudiantes. Sus maestros que le obligan cargándole de mamotrecos a escatimar las horas del recreo con recargos

de trabajo y sin agua, sin prados, la inquietaba y la privaba sin sin árboles, sin frutos maduros, tregua del descanso. su joven corazón había de encerrarse entre cuatro paredes.

\* \*

\* \*

Quando se despidió aquel hombre, mi madre quedó triste y preocupada por sus palabras. ¿Qué hacer? ¿Quién tenía razón? ¿El sombrío colegio o aquella casa feliz? ¿Quién logra mejor la educación en la infancia, el estudiante turbulento o el niño solitario? Estos problemas, estas cuestiones, la hacían titubear; el asunto era grave. Mi madre, después de todo, era una sencilla mujer, cuya alma no formaron los libros, sino el destino; ¿cómo había de tener valor para oponerse a ese trágico profeta, que con tono y con ademanes magistrales le hablaba en nombre de los griegos y de los latinos? El sacerdote, sin duda, era sabio; pero, ¿enseña mejor sólo un profesor que un colegio? Además, el hombre más vulgar pronuncia en ocasiones palabras sacramentales, como:—«Es indispensable» «Así conviene» etc. que turban muchas veces a la mujer más despejada. ¡Pobre madre! ¿Qué camino escogería de los dos? La suerte de su hijo pendía de sus manos, en las que temblorosa sostenía la pesada balanza, y creía que en algunos momentos ésta se inclinaba hacia el colegio, oponiendo mi felicidad futura a mi felicidad presente. Esta idea

Era en el verano, la hora en que asoma en el cielo la luna, una de esas hermosas noches parecidas al día, que tienen menos claridad que él, pero más ternura, y mi madre paseaba por el parque triste e indecisa como siempre, preguntando en voz baja al agua, al cielo, al bosque, y escuchando al azar las voces que oía. Era en aquellos momentos en que el jardín está en apacible calma, cuando en la maleza corre el invisible insecto, cuando los rayos claros de la luna hacen brillar la loza azul de la cúpula oriental del sombrío Val-de-Grace, y el claustro del convento arruinado, pero agradable a la vista; cuando en las estatuas, silenciosamente, se mueve la sombra que proyectan las ramas; cuando las flores de los árboles y de los arbustos, juntando sus perfumes a los cantos de los pájaros, se reflejan en las balsas y en los charcos, o se esconden entre las hierbas; cuando el abedul, inclinada su soberbia copa sobre los estanques y confundiéndola con la de los álamos blancos, tiembla suspendido sobre la superficie del agua; cuando el cielo brilla por entre los claros del ramaje, y de las chimeneas salen nubes de humo; cuando ese delicioso jardín, radiante paraíso, con sus múltiples voces habla a mi



madre en voz baja, diciéndole de la tierra, hacia el secreto de cariñosamente:—¡Déjanos a tu todo lo que se presente ante sus pasos. Convertiremos al niño en hombre y al hombre en poeta. Debes escogernos a nosotros para formar sus sentidos, porque nosotros le enseñaremos de qué manera desde el alba hasta la noche, desde las encinas hasta los mosquitos, la vida bajo mil aspectos sonríe en las verdes llanuras, llenándolo todo de reflejos, de colores y de sombras. Te lo devolveremos sencillo e iluminado por la contemplación del cielo, y haremos que germine en él por todas partes esa bondad que nace del espectáculo de la naturaleza. Déjanos a tu hijo; le formaremos el corazón de suerte que comprenda a la mujer y el espíritu sencillo, en el que nacerán con facilidad sueños y quimeras; de ese modo tomará a Dios como libro y los campos por gramática, y su alma, como la de todos los soñadores, a la manera que el sol que fecunda las flores, lanzará rayos sobre todas las ideas.»

\* \*

«Deja con nosotros a tu hijo y no te inquietes, madre cariñosa; no entregues su frente pura y su alma cándida a la multitud, que la multitud es un torrente que destroza todo aquello que arrastra. Los niños tienen miedo como los pájaros. Deja que tu hijo se entregue a nuestros aires puros, a nuestros húmedos vapores, a nuestros suspiros ligeros; nosotros sólo le inspiraremos buenos pensamientos y substituiremos a la claridad del alba de su inteligencia, la ardiente luz del día; Dios aparecerá visible ante sus miradas, porque nosotros somos las flores, las ramas, las claridades, la naturaleza, el manantial eterno que mitiga la sed de todas las clases, que lava todas las alas; los bosques y los campos, que sólo comprende el sabio y que forman la educación de los grandes espíritus. Deja que crezca tu niño entre nuestros rumores sublimes. Le saturaremos de esos íntimos aromas que el soplo celestial esparció en todos nuestros dominios, que hacen salir del corazón del hombre y ascender hasta Dios como el canto de un laúd, como el incienso de un pebetero, la esperanza, el amor, la oración y el éxtasis. Haremos que sus ojos se inclinen hacia las sombras

Así hablaron, en las horas en que la ciudad estaba dormida, el astro, la planta y el árbol: mi madre los escuchaba.

\* \*

¿Cumplieron, hijos míos, su sagrada promesa? Lo ignoro; sólo sé que mi querida madre les

prestó asentimiento, y dispensá- que los corazones en que Dios dome del encierro del colegio, pone ecos para todos los rumores confió mi juventud a las tiernas que anima misterioso sentido, en lecciones de la naturaleza. un sonido, en un vago murmullo, oyen y aprenden los consejos de la naturaleza.

\* \*

Desde entonces, esperando que llegase la noche, durante cuyas horas me dedicaba al estudio, todo el día, libre y feliz, podía recorrer según mi capricho el delicioso jardín, contemplando sus dorados frutos, el agua corriente o estancada, los gigantescos árboles, las pintadas flores y los prados y los bosques, que mi espíritu por la noche volvía a ver reflejados en Virgilio como en un espejo.

\* \*

Hijos míos, disfrutad de los campos, de los valles, de las fuentes, de los caminos, que la última luz de la tarde llena de voces lejanas; de las olas y de los surcos, en los que germina el pensamiento a la par que germina la espiga. Cogeos de las manos y recorred el parque, y cuando oigáis cantar a un pájaro, imaginad que en sus trinos oís la voz de Dios. La vida, con el choque de pasiones contrarias, os espera; sed buenos, profesad siempre unos a otros cariño fraternal, y unidos contra el mundo que rompe el espíritu, seréis siempre fuertes; no olvidéis nunca que los seres escogidos creados para la poseía y para la ilustración;

que los corazones en que Dios pone ecos para todos los rumores que anima misterioso sentido, en un sonido, en un vago murmullo, oyen y aprenden los consejos de la naturaleza.

Mayo de 1839.

XX

AL ESCULTOR DAVID

I

¡David! A la manera que un gran rey reparte, entre los príncipes sus hijos, sus Estados por provincias, Dios concede a cada artista un imperio distinto: al poeta le da la inspiración esparcida por todo el universo, la vida y el pensamiento, el espléndido enjambre de variadas estrofas, que vuelan desde el hombre hasta el ángel y desde el monstruo hasta la flor; al escultor le atribuye el imperio de la forma; al pintor los colores; al músico el mundo indefinible de los sonidos.

\* \*

Le da la forma al escultor.— Si, pero sabes muy bien, tú, que eres eminente escultor, que la forma es el todo y es nada. No es nada sin el espíritu, es todo cuando expresa la idea. Se nece-



madre en voz baja, diciéndole de la tierra, hacia el secreto de cariñosamente:—¡Déjanos a tu todo lo que se presente ante sus pasos. Convertiremos al niño en hombre y al hombre en poeta. Debes escogernos a nosotros para formar sus sentidos, porque nosotros le enseñaremos de qué manera desde el alba hasta la noche, desde las encinas hasta los mosquitos, la vida bajo mil aspectos sonríe en las verdes llanuras, llenándolo todo de reflejos, de colores y de sombras. Te lo devolveremos sencillo e iluminado por la contemplación del cielo, y haremos que germine en él por todas partes esa bondad que nace del espectáculo de la naturaleza. Déjanos a tu hijo; le formaremos el corazón de suerte que comprenda a la mujer y el espíritu sencillo, en el que nacerán con facilidad sueños y quimeras; de ese modo tomará a Dios como libro y los campos por gramática, y su alma, como la de todos los soñadores, a la manera que el sol que fecunda las flores, lanzará rayos sobre todas las ideas.»

\* \* \*

«Deja con nosotros a tu hijo y no te inquietes, madre cariñosa; no entregues su frente pura y su alma cándida a la multitud, que la multitud es un torrente que destroza todo aquello que arrastra. Los niños tienen miedo como los pájaros. Deja que tu hijo se entregue a nuestros aires puros, a nuestros húmedos vapores, a nuestros suspiros ligeros; nosotros sólo le inspiraremos buenos pensamientos y substituiremos a la claridad del alba de su inteligencia, la ardiente luz del día; Dios aparecerá visible ante sus miradas, porque nosotros somos las flores, las ramas, las claridades, la naturaleza, el manantial eterno que mitiga la sed de todas las clases, que lava todas las alas; los bosques y los campos, que sólo comprende el sabio y que forman la educación de los grandes espíritus. Deja que crezca tu niño entre nuestros rumores sublimes. Le saturaremos de esos íntimos aromas que el soplo celestial esparció en todos nuestros dominios, que hacen salir del corazón del hombre y ascender hasta Dios como el canto de un laúd, como el incienso de un pebetero, la esperanza, el amor, la oración y el éxtasis. Haremos que sus ojos se inclinen hacia las sombras

Así hablaron, en las horas en que la ciudad estaba dormida, el astro, la planta y el árbol: mi madre los escuchaba.

¿Cumplieron, hijos míos, su sagrada promesa? Lo ignoro; sólo sé que mi querida madre les

prestó asentimiento, y dispensá- que los corazones en que Dios dome del encierro del colegio, pone ecos para todos los rumores confió mi juventud a las tiernas que anima misterioso sentido, en lecciones de la naturaleza. un sonido, en un vago murmullo, oyen y aprenden los consejos de la naturaleza.

\* \* \*

Mayo de 1839.

Desde entonces, esperando que llegase la noche, durante cuyas horas me dedicaba al estudio, todo el día, libre y feliz, podía recorrer según mi capricho el delicioso jardín, contemplando sus dorados frutos, el agua corriente o estancada, los gigantescos árboles, las pintadas flores y los prados y los bosques, que mi espíritu por la noche volvía a ver reflejados en Virgilio como en un espejo.

\* \* \*

Hijos míos, disfrutad de los campos, de los valles, de las fuentes, de los caminos, que la última luz de la tarde llena de voces lejanas; de las olas y de los surcos, en los que germina el pensamiento a la par que germina la espiga. Cogeos de las manos y recorred el parque, y cuando oigáis cantar a un pájaro, imaginad que en sus trinos oís la voz de Dios. La vida, con el choque de pasiones contrarias, os espera; sed buenos, profesad siempre unos a otros cariño fraternal, y unidos contra el mundo que rompe el espíritu, seréis siempre fuertes; no olvidéis nunca que los seres escogidos creados para la poseía y para la ilustración;

XX

AL ESCULTOR DAVID

I

¡David! A la manera que un gran rey reparte, entre los príncipes sus hijos, sus Estados por provincias, Dios concede a cada artista un imperio distinto: al poeta le da la inspiración esparcida por todo el universo, la vida y el pensamiento, el espléndido enjambre de variadas estrofas, que vuelan desde el hombre hasta el ángel y desde el monstruo hasta la flor; al escultor le atribuye el imperio de la forma; al pintor los colores; al músico el mundo indefinible de los sonidos.

\* \* \*

Le da la forma al escultor.— Si, pero sabes muy bien, tú, que eres eminente escultor, que la forma es el todo y es nada. No es nada sin el espíritu, es todo cuando expresa la idea. Se nece-



sita que, bajo un cielo, a los radiantes fulgores del sol, de pie bajo las lámparas del templo o de noche en un antro sagrado, en el fondo de un bosque dormido o en el escenario de un teatro, la figura de piedra, de cobre o de yeso, ostente inspiradamente, en su frente digna, el rayo de la belleza, el relámpago de la gloria. Poderoso aliento debe prestar movimiento a su nariz; vigorosa fuerza debe henchir su pecho; risueña gracia debe perfilar sus dedos, y en su boca muda debe adivinarse la voz. Preciso es que sea dura y fría al contacto de la mano, pero viva se se la mira, y que ante el pensamiento, ante las miradas del alma y ante las miradas del cielo, ostente su majestuosa desnudez, como estaba Adán desnudo ante la presencia de Dios. Es preciso que, como la casta Venus, surja del seno de las olas, sembrando desde lejos la vida y el amor en el mundo y convirtiendo a su alrededor, en su genial continente, por todas partes donde se derrame y caigan gotas de oro del agua que humedece su cabellera, cada hierba en una flor y cada ojo en una estrella. Se necesita, cuando el arte cristiano anima al escultor, que teniendo el mismo encanto alcance mayor elevación, que ame platónicamente, y sonriendo se burle de Satán, que, en el martirio, cante sufriendo el tormento de la rueda, o que, virgen divina, estrella de los mares, su mirada

sea tan amorosa que apacigüe la cólera de las olas.

## II

¡Esto es lo que tú conoces, noble escultor; tú, que desde las profundidades del arte te trasladaste al santuario siendo muy joven, para ya no salir jamás de él! Espíritu que, posándose sobre las más altas cumbres, para crear tu obra grande y armoniosa te apropiaste de la inspiración de los genios; tú, que eres el maestro a la par severo y tierno, que ilumina a un mismo tiempo con sus dobles rayos de inspiración el joven Rafael y el viejo Miguel Angel; tú, que sabes tan perfectamente cuál es el soplo del genio que algunas veces, como sombrío viento, arrastra al escultor desde la oda ligera hasta la inmensa epopeya.

## III

Los grandes hombres, esos héroes o pensadores, esos semidioses, sucesivamente han pasado radiantes por delante de los pueblos; unos armados con la espada, los otros con un libro en la mano; éstos señalando con el dedo el camino que los demás han de recorrer, aquéllos forzando a la causa que brote del efecto; el

artista trayendo una fantasía y el hombre se aventura a penetrar el sabio trayendo un hecho; uno en su sombrío y brillante desierto encuentra el imán, la imprenta, to, y cuando el arte apaga su la brújula; otro descubre un mundo, sed en el manantial purísimo de la naturaleza. Todos esos hombres, corazones sencillos, espíritus de la verdad, que sintetizan en ellos la humanidad entera, pensativos o brillando, están de pie en la historia, y todos sufren su martirio después de haber conseguido su triunfo. La virtud es un libro austero y victorioso, que todos los padres deben hacer que deletreen sus hijos; cada hombre ilustre que nace marcado con el sello divino, de ese gran alfabeto es una letra santa. A sus pies están agrupados sus sagrados símbolos; los astros, las liras, el compás, los leones desmesurados y las águilas de ojos de fuego y de amplísimas alas. El escultor deslumbrado contempla esas figuras, y piensa en la patria, en las tumbas célebres, en las ciudades a las que deben ofrecerse ejemplos eternos; y en su magnífica visión, alumbrados por suaves reflejos, engrandeciéndose sobre el suelo más y más a cada momento, como bajos relieves latentes confusamente en el fondo de su espíritu, que torturan el pensamiento, barren en la obscuridad los enormes frontones.

## IV

¿No es cierto que, silenciosamente, en tu cerebro así se va bosquejando el edificio y cons-



truyéndose la obra? ¿No es esto lo que experimenta tu alma conmovida cuando se remueve dentro de ella un tenebroso panteón? ¿No es así, maestro, cómo se une el hombre a la arquitectura y la idea a la piedra granítica? ¡Qué noble es en esos momentos tu misión! En los umbrales de tu frontón recibes como un huésped la visita de esos hombres superiores. Sobre un bloque de Paros te sientas cara a cara, con todos esos héroes, y allí, ante tus miradas, que no desfallecen jamás, esas sombras, que tú convertirás en bronce o en mármol, se estremecen ante ti. El porvenir te pertenece, el porvenir, que es el fin de todos los deseos y que tu puedes concedérselo a quien tú quieras. Trátalos a todos con eximia equidad, siendo a un mismo tiempo sacerdote y escultor, juez y poeta a la vez, aceptando a este, rechazando a aquel, celebrando a Napoleón y condenando a Atila, engrandeciendo algunas veces al uno con el contraste del otro, quitando de su sitio al guerrero para colocar mejor al apóstol, tú creas dioses! Tú le dices, descendiendo de tu altura, al veterano soldado o al anciano humilde pastor:—«Entrad; os conozco, y voy a coronaros.»—Y tú dices también a los reyes:—«No sé quiénes sois!»

## V

Porque no basta haber sido reyes ni haber llevado en la mano el cetro, el globo y la cruz, para que el poeta digno y para que el digno escultor hagan brillar aternamente vuestro negro paño mortuario y os hagan abrir las puertas del Pantheon; vosotros mismos, ¡oh reyes! sois quienes con vuestras propias manos edificáis el edificio de vuestra gloria o de vuestra ignominia. Se puede vencer al mundo, disponer de un pueblo, influir sobre un siglo, curar sus llagas o enconarlas: cuando acabéis de cumplir vuestra respectiva misión, de su cumplimiento saldrá una voz, de odio o de amor, sombría como el ruido que producen los cerrojos en las torres, o tierna como el quejido de la tórtola, que hará conmover las piedras de vuestras tumbas. Esta voz, que es el porvenir, que está inclinado de antemano y que oye desde lejos, no admite adulaciones ni caricias, ni mentiras ni hosannas, no; los vicios repugnantes, las traiciones y los crímenes, así como los sacrificios y las virtudes sublimes, constituyen un testimonio íntegro e irrevocable.

## VI

¡Que la inspiración no abandone nunca tu taller! En él, el si-

lencio, el arte, el estudio, que hace transeuntir las horas con rapidez, lanzados en un rincón los ensayos que rechazaste, teniendo a una parte a Juan Goujon y a la otra a Phidias, piedras empujadas a desbarrar, algunas estatuas inmóviles, bustos en actitud de meditar, esparciéndose allí no sé qué tranquilidad que se desprende de los artesones; todo es grandioso, todo encanta. Tú, a quien ilumina el interior del arte divino, miras pasar grave y silenciosamente por tu alma tranquila, a la luz que procede de las regiones celestes, todos los nobles aspectos de la figura humana. Como por el interior de una iglesia transita lentamente y pensativo un gran pueblo, al que un Dios sonríe, esos fantasmas serenos pasan a través de tu espíritu. Vagan en el fondo de tus poéticas fantasías, llenas de sombra y de claridad, de vagos pórticos, que unas veces son palacios dorados, otras dormidas tumbas; secreta arquitectura, inmenso amontonamiento, del que emanan rumores gozosos o plañideros, llena las perspectivas de tu inmenso pensamiento. ¡La antigua Babel, que murió, revive en la imaginación de los soñadores, revive en tu cerebro, David! La espiral se enrosca, el pilar se proyecta, y en el fondo de tu imaginación vegeta el bosque de frondosos capiteles, lleno de pájaros y de flores.

## VII

Entre tanto, tú, que recorres senderos desconocidos, petrificador del bronce, moldeador de los pensamientos, hazte cargo de la pequeñez de los hombres y permanece altivo sobre todos los partidos. Conserva la dignidad de tu sublime cincel; no dejes que pase por tu mármol la lima de las sombrías pasiones que roen a tantos espíritus. Miguel Angel tuvo por suya a Roma y tu dominas en París; da, pues, a tu patria el noble ejemplo de que los merecedores viles no entran en el templo, de que los furiosos de los tribunos no penetran en el corazón del artista sagrado. Niega tu arte a las cortes y consagra tus vigilias al pueblo; pero aparta de tus oídos las palabras de los que te adulan en las plazas. Debes en tu taller entregarte a la fantasía y detestar todos los vicios en que esté sumergida la humanidad, gradualmente deslumbrándote con tus propias obras; aquello que esos hombres maquinan destruir o edificar en las tinieblas, no equivale a las miradas que diriges a lo alto buscando la belleza pura, lo grandioso en el arte; su misión es rastreara y la tuya Augusta, y no debéis confundiros ni un solo momento en la misma visión, en



la misma ceguera, en los mismos deseos odiosos o insensatos, ellos, que son esclavos de pigmeos, y tú, que eres padre de colosos.

Abril de 1840.

## XXI

## A UN POETA

Ocultas tu vida, amigo, y difundes tu espíritu. Un cerro cubierto de césped; un barranco, por cuyas escarpadas laderas suban triscando las blancas cabras; un valle cubierto por las ramas de los árboles, cuajados de nidos de pajarillos, murmuradores, parlantes, que el viento mueve blandamente, desde cuya altura cae algunas veces, como cae un zéqui de oro arrojado por una mano distraída, un rayo de sol en tu alma recogida; un montón de rocas, colocadas caprichosamente por la naturaleza para despertar los ecos en el fondo del bosque dormido, es lo que te hace falta para retiro, para vivienda. Allí es donde debes pasar tus días en un hogar situado en uno de esos sitios, que allí se deslizará tu vida tranquila e ignorada, y allí dirigirás tu corazón hacia los niños y tu alma hacia los muertos. Desde allí, al mismo tiempo, puedes lanzar al mundo siguien-

do el capricho de tu vagarosa imaginación, los vuelos libres de tu poesía, que, atravesando por las roncadas ciudades y por los campos taciturnos y elevándose hasta lo infinito, despertará en las almas inmensa corriente de ideas, y tú vive feliz en la obscuridad y gozarás de tranquilidad venerable y sagrada, misterioso pensador. Si alguna vez el viajero, enfermo o desengañado, llega casualmente a tu retiro, podrá aspirar en él la paz, la esperanza, el olvido del cansancio y el olvido del peligro, bebiendo todo eso en tu espíritu límpido, sin sospechar y sin creer que un pueblo entero apaga su sed en el mismo manantial. Sé pequeño como una fuentecilla y grande como un río.

26 de abril de 1839.

## XXII

## UNA GUITARRA

Gastibelza, hombre armado con la carabina, cantaba de este modo:—«¿Hay alguno en este país que conozca a Doña Sabina? Bailad, cantad, villanos, que la noche se extiende ya por los campos y por la ciudad... ¡El viento que sopla de la montaña me volverá loco!

¿Quién de vosotros ha conocido a Doña Sabina, mi señora? Su madre era la vieja morisca de Antequera, que por las noches silbaba en la Torre-Magna como un buho... ¡El viento que sopla de la montaña me volverá loco!

Bailad, cantad. Se han de gozar los bienes que cada hora nos ofrece. Era joven, y sus ojos alegres encerraban fatal augurio, así como eran deslumbradores... ¡El viento que sopla de la montaña me volverá loco!

Comparada con ella parecía la reina, cuando por la tarde pasaban ambas por el puente de Toledo. Un rosario de la época de Carlo-Magno adornaba su cuello... ¡El aire que sopla de la montaña me volverá loco!

El rey, viéndola tan hermosa, decía a su sobrino:—«Por una sonrisa suya, por un cabello, por un beso, yo daría, infante, toda la España y las tierras del Perú...» ¡El viento que sopla de la montaña me volverá loco!

No sé si yo adoraba a esa dama; sólo sé que por una sola de sus miradas cariñosas, yo, que nada poseo, contento hubiera pasado en el presidio diez años de mi vida... ¡El viento que sopla de la montaña me volverá loco!

Un día clarísimo de verano, un día feliz en que fué a pasear a la playa con su hermana, cuando jugueteaban las dos, alcancé a ver su pie y hasta la rodilla... ¡El viento que sopla de la montaña me volverá loco!

Cuando contemplaba a esa joven, yo, pastor de este cantón, creía ver a la hermosísima Cleopatra, que, según dicen, atado por el cabestro guiaba a su antojo a César, emperador de la Alemania... ¡El viento que sopla de la montaña me volverá loco!

Bailad, cantad, villanos, que ya llegó la noche. Un día Doña Sabina lo vendió todo; vendió su hermosura de paloma y su amor por una alhaja, por un anillo de oro del conde de Saldaña... ¡El viento que sopla de la montaña me volverá loco!



\* \* \*

Si no me siento en un banco, voy a caer al suelo, porque estoy rendido. Doña Sabina huyó con ese conde por el camino de Cerdaña, y donde fueron no sé... ¡El viento que sopla de la montaña me volverá loco!

5 de mayo de 1836.

## XXIII

## OTRA GUITARRA

¿Cómo lograremos, suspiraban ellos, huir de los alguaciles con las barquillas de que disponemos? —Remad, decían ellas.

\* \* \*

¿Cómo, suspiraban, olvidar las querellas, miserias y peligros? —Dormid, decían ellas.

\* \* \*

¿Cómo, suspiraban, lograremos encantar a las hermosas sin tener a mano filtros sutiles? —Amad, decían ellas.

18 de julio de 1838.

## XXIV

Quando me hablas de gloria, amargamente sonrío; esa voz, que tú crees veraz, sé yo muy bien que miente. La gloria rápidamente se disipa; la envidia, que ostenta sangrienta antorcha, no perdona a esa estatua que se sienta en el umbral de una tumba. La prosperidad se desvanece; el poder cae y se pierde; el amor que consuela vale más y hace menos ruido.

\* \* \*

No quiero otra cosa en el mundo que tu sonrisa y tu voz cariñosa, aire libre, sombra y flores y rayos de luz en el bosque; sólo quiero que me acompañen en mis alegrías o en mis dolores, tu mirada, que es mi estrella, y tu boca, que es mi flor.

\* \* \*

Bajo tus rosados párpados, que ocultan luz celestial, todo un

universo dormita, pero yo en ellos sólo busco amor. Mi pensamiento, urna profunda llena de magnífico licor, que bastaría para llenar el mundo, sólo quiere llenar tu corazón.

\* \* \*

¡Cantal que te oigo extasiado. ¡Rietel que así soy feliz. Así me olvido de la multitud rumorosa y lejana. Sumido en amorosa embriaguez, en vano, para romper nuestros nudos, veo pasar soñando a los poetas luminosos. Me aconsejan que me separe de ti; pero yo prefiero, a la gloriosa música que me despierta, tus canciones que me adormecen.

\* \* \*

Prefiero a que mi nombre celebrado brille con luz inmortal, que una mitad de mí mismo quede en la tierra para amarte. Deja que en el misterio y en la obscuridad melancólico te adore, que la tristeza es el sitio sombrío donde el amor brilla más. Ángel de ojos radiantes, mujer de vida desgraciada, haz que vuele contigo mi alma bajo tus alas y deja que rinda mi corazón a tus pies.

12 de octubre de 1837.

## XXV

AL PASAR POR LA PLAZA DE LUIS XV  
UN DÍA DE FIESTA PÚBLICA

—«Soñador, me dijo ella. ¿por qué venís aquí tan triste? ¿Por qué embebido en vuestros pensamientos, venís a meditar a una fiesta pública?»—Mientras ella me preguntaba, apoyando su hermoso brazo en el mío, le contesté:—«En esta plaza fué donde nuestra época inquieta colocó una piedra para ocultar una idea; en esta plaza en un día de brillante sol, la gran nación de la gran ciudad acudió a ver pasar con pompa y fausto a una tierna hermosura, a un ángel, que parecía haber plegado las alas, virgen el día anterior, y que entonces mostraba en su rostro la fresca palidez y el asombro propios de la recién casada; a una mujer que al mismo tiempo era reina, estrella y flor; que unía, para encantar a la multitud por su presencia fascinada, al dulce nombre de Antonieta el sagrado nombre de María. Su príncipe, el esposo, la seguía, y al ver cómo se sonreían uno al otro, el público, que se fijaba en ellos, exclamó:—¡Cuánta dicha!»



\* \* \*

Si no me siento en un banco, voy a caer al suelo, porque estoy rendido. Doña Sabina huyó con ese conde por el camino de Cerdaña, y donde fueron no sé... ¡El viento que sopla de la montaña me volverá loco!

5 de mayo de 1836.

## XXIII

## OTRA GUITARRA

¿Cómo lograremos, suspiraban ellos, huir de los alguaciles con las barquillas de que disponemos? —Remad, decían ellas.

\* \* \*

¿Cómo, suspiraban, olvidar las querellas, miserias y peligros? —Dormid, decían ellas.

\* \* \*

¿Cómo, suspiraban, lograremos encantar a las hermosas sin tener a mano filtros sutiles? —Amad, decían ellas.

18 de julio de 1838.

## XXIV

Desde mi choza yo la vi pasar, y ya no supe más de ella. Desde aquel día vivo triste y disgustado, ocioso y pensativo, la vista fija en el camino que ella siguió y con la daga colgada de un clavo. ¡El viento que sopla de la montaña me ha vuelto loco!

Quando me hablas de gloria, amargamente sonrío; esa voz, que tú crees veraz, sé yo muy bien que miente. La gloria rápidamente se disipa; la envidia, que ostenta sangrienta antorcha, no perdona a esa estatua que se sienta en el umbral de una tumba. La prosperidad se desvanece; el poder cae y se pierde; el amor que consuela vale más y hace menos ruido.

\* \* \*

No quiero otra cosa en el mundo que tu sonrisa y tu voz cariñosa, aire libre, sombra y flores y rayos de luz en el bosque; sólo quiero que me acompañen en mis alegrías o en mis dolores, tu mirada, que es mi estrella, y tu boca, que es mi flor.

\* \* \*

Bajo tus rosados párpados, que ocultan luz celestial, todo un

universo dormita, pero yo en ellos sólo busco amor. Mi pensamiento, urna profunda llena de magnífico licor, que bastaría para llenar el mundo, sólo quiere llenar tu corazón.

\* \* \*

¡Cantal que te oigo extasiado. ¡Rietel que así soy feliz. Así me olvido de la multitud rumorosa y lejana. Sumido en amorosa embriaguez, en vano, para romper nuestros nudos, veo pasar soñando a los poetas luminosos. Me aconsejan que me separe de ti; pero yo prefiero, a la gloriosa música que me despierta, tus canciones que me adormecen.

\* \* \*

Prefiero a que mi nombre celebrado brille con luz inmortal, que una mitad de mí mismo quede en la tierra para amarte. Deja que en el misterio y en la obscuridad melancólico te adore, que la tristeza es el sitio sombrío donde el amor brilla más. Angel de ojos radiantes, mujer de vida desgraciada, haz que vuele contigo mi alma bajo tus alas y deja que rinda mi corazón a tus pies.

12 de octubre de 1837.

## XXV

AL PASAR POR LA PLAZA DE LUIS XV  
UN DÍA DE FIESTA PÚBLICA

—«Soñador, me dijo ella. ¿por qué venís aquí tan triste? ¿Por qué embebido en vuestros pensamientos, venís a meditar a una fiesta pública?»—Mientras ella me preguntaba, apoyando su hermoso brazo en el mío, le contesté:—«En esta plaza fué donde nuestra época inquieta colocó una piedra para ocultar una idea; en esta plaza en un día de brillante sol, la gran nación de la gran ciudad acudió a ver pasar con pompa y fausto a una tierna hermosura, a un ángel, que parecía haber plegado las alas, virgen el día anterior, y que entonces mostraba en su rostro la fresca palidez y el asombro propios de la recién casada; a una mujer que al mismo tiempo era reina, estrella y flor; que unía, para encantar a la multitud por su presencia fascinada, al dulce nombre de Antonieta el sagrado nombre de María. Su príncipe, el esposo, la seguía, y al ver cómo se sonreían uno al otro, el público, que se fijaba en ellos, exclamó:—¡Cuánta dicha!»



\*  
\*  
\*

Después que esto dije, callé, porque mi corazón quedó sombrío; dejé que mi compañera se ocupara de la fiesta y de sus innumerables ruidos; del río, que surcaban muchos bajeles empavesados; del pueblo, de los niños que jugaban, de la alegría que rebosaban todos los rostros al oír los acordes de las músicas. Abstrayéndome yo en el pensamiento fijo que me preocupaba, me decía a mí mismo:—«Poder sobrehumano que, según tu voluntad, diriges a los hombres, abismo en cuyo fondo desde Adán está dando vueltas el género humano! ¡Cómo nos coges y cómo nos rechazas! ¡Cómo te burlas de nuestras prosperidades! ¡Oh Dios, edificamos nuestras obras de piedra sobre la arena! ¡Está sumergido el hombre en profunda noche! Todo lo que el hombre edifica, en cuanto la obra está terminada, se desmorona sobre él, y sucede que, cuando creemos alcanzar venturoso porvenir, la suerte se burla de nosotros, y bajo nuestros mismos pasos comienza a cavar la tierra preparando nuestro hundimiento. Luis XVI, el día mismo de sus bodas, había sentado ya el pie en la plaza fatal, en la que, formándose lentamente a impulsos del soplo del Altísimo, a la manera que un grano en la tierra, germinaba su cadalso.

10 de abril de 1839.

## XXVI

## MIL CAMINOS Y UN SOLO OBJETO

El cazador, sentado sobre la hierba del bosque, sueña hermosas mujeres, y en la obscuridad cree algunas veces ver cómo pasan formas indecisas. El soldado piensa en la suerte que le ha cabido, mientras sirve de fundamento a los imperios, y entre sus lejanos recuerdos entrevé vagas sonrisas. El pastor aguarda paciente, mirando la bóveda azulada, la hora apacible en que se va a abrir la estrella, flor de fuego, que nace de un tallo invisible. Contempla cómo las jóvenes doncellas, al segar los trigos de oro, entonan canciones, que acaso delatan los ensueños de su imaginación. Mira cómo vaga por los floridos campos, con la espalda encorvada y con los ojos inclinados al suelo, el poeta, ese cazador que quiere prender en sus lazos a los elevados pensamientos. Mira en alta mar cómo los marineros ansían volver a la tierra, cansados de luchar con las olas y desean con anhelo ver el humo de su hogar. Mira cómo se elevan a las alturas los célebres pensadores, esos espíritus que dominan a los mortales, de igual manera que las encinas

dominan a los otros árboles del bosque. Mira cómo la madre se complace en evocar en su imaginación al hijo que nacerá de ella, sombra que ha de convertirse en luz, germen que adquirirá vida.

\*  
\*  
\*

Todos, tanto los que viven alegres, como aquellos que viven abrumados por la tristeza, llevan, sin nubes y sin manchas, una palabra que brilla escrita en su frente y otra palabra que llevan escondida en el alma. Según los designios del Señor, esta palabra es diferente en cada uno de los mortales: en unos es Gloria, en otros es Felicidad; en estos Virtud, en aquellos Patria. La palabra escondida no cambia jamás, es la misma en todos los corazones; en ellos canta o susurra en voz baja. Es la palabra que tiene el mayor fastidio y pesar; es el misterioso suspiro que lanza todo lo creado; es la palabra de la que brotan las otras palabras, como de un tronco que llena con sus ramas todas las lenguas del mundo; es el verbo obscuro o luminoso, que brilla en los reflejos de los ríos, en el faro, en el sol, en las sombrías y solitarias antorchas; que se confunde con el ruido de los cañaverales, con el rumoroso estremecimiento de las palomas; que charla y ríe en las cunas y que vive en el fondo de los sepulcros:

que hace abrir en los bosques los gérmenes de las hojas, los murmullos y las alas, la clemencia en el corazón de los reyes magnánimos y la sonrisa en los labios de las hermosas; es la que junta los prados con las aguas; es el encanto que participa del gorjeo más tierno de los pájaros y del perfume más grato de las rosas; es el himno que el abismo de los mares canta al empujar las velas al puerto; es el misterio de los vastos océanos; es el secreto de las estrellas; esta palabra, que fundó eternamente la segunda de las dos Romas, se llama fe, en el lenguaje del cielo, y amor, en el lenguaje de los hombres.

\*  
\*  
\*

Amar es poseer el hilo del laberinto, luz que alumbra todos los caminos, copa al alcance de todos los labios; amar es comprender el cielo; es tener, estando dormidos o despiertos, claridad para los ojos y música para los oídos; es inclinar el alma hacia la parte divina de todas las cosas; por eso tú, ídolo mío, confundes tu corazón y tus sentidos, en el retiro en que me recibes, con los diálogos que susurran las olas, los astros y las hojas. Los cristales dejan pasar la luz, y de igual manera, a pesar de las brumas y de las dudas, al través del amor pasan todas las verdades, ángel mío. El hombre y la mujer, grupo feliz. cuyos corazones laten al



unísono, ven en el cielo a su alrededor y son transparentes el uno para el otro; retratan, como un lago que refleja un astro en sus aguas cristalinas, del Dios invisible la luminosa figura. ¡Amémonos! Los bosques están frondosos, el estío brilla resplandeciente de luz; los gérmenes se entreabren, las olas se derraman y la hierba crece. Que recorra lejos de nosotros la multitud caminos insensatos; amémonos, roguemos a Dios y dejemos que divaguen nuestros pensamientos. El amor ofrece a nuestra alma la prueba de que existe Dios: es indispensable que haya un cuerpo en alguna parte para que el espejo proyecte su sombra.

23 de mayo de 1839.

## XXVII

Quando yo duerma acércate a mi lecho, como al Petrarca aparecióse Laura, que si al pasar me rozas con tu aliento, de repente mi boca se entreabrirá

\*\*

Sobre mi frente, cuando termina en mi imaginación un sueño largo y sombrío, tu mirada, como un astro que sale, la ilumina y de repente otro grato sueño me arrullará.

\*\*

Si después, sobre mis labios, donde voltea una llama, relámpago de amor, al pasar depositas un beso, convirtiéndote de ángel en mujer, de repente mi alma despertará.

19 de junio de 1839.

## XXVIII

A UNA JOVEN

En determinadas ocasiones un perfume despierta un pensamiento. Hermosa joven, acariciada por el alba de la vida, cerrad ese abanico alado, de púrpura y de oro, que se agita en vuestras manos como una gran mariposa, y después escuchadme.—Dios concedió el aroma a las flores. La rosa que se marchita sobre vuestro seno, no exhalaría ese perfume que, como incienso divino, sube hasta vuestro lindo rostro, si su tallo, del agua, del aire y de la verdura, de toda la creación no tomase algún elemento, si por algún punto no se hubiera sumergido profundamente en el seno misterioso de la tierra. Allí, por medio de un trabajo lento, cuyo secreto mecanismo sólo Dios conoce. de la frescura de la ola que

corre, de la claridad y la luz del día, del soplo de lo que fluye, de

lo que vegeta o se arrastra, del espíritu que vive en la obscuridad subterránea, humo, honda o vapor, se apropió algo; la calma del antro sombrío, del diamante sus luces, del bosque la sombra y acaso algún hálito inefable del mar lejano. Es un viviente alambique preparado por Dios, en el que se funde y se rehace la tierra con los bosques, los campos, las nubes y las aguas; y el aire, penetrando en la humilde raíz, resignada a este trabajo desconocido, para la hermosa flor que desde la naturaleza llega hasta vos, que os encanta y que conmueve vuestro espíritu, por que el alma de la flor habla al corazón de la mujer.

16 de mayo de 1837.

## XXIX

A LUIS B

Me entregaba a mi fantasía, Luis, en el momento en que moría la última luz de la tarde y los postreros rayos del sol chisguerdan ese perfume tan suave, que desde la naturaleza llega oír hacia el cielo ascender confundamente múltiple e inmensa alabanza de las dos extremidades de la creación.

\*\*

Oídme una palabra más y después os dejaré entregada a vuestras fantasías. Para que pueda cumplir la ley de su destino, cada cosa en el mundo tiene su supremo atractivo; para que la flor despida agradable olor y para que la virgen ame, para que la vida del gran centro común, las corolas tengan alma y las mujeres su perfume, fecundadas las otras por el sol que brilla o unas por el amor que fascina, necesitan flor y belleza; necesitan tener por raíces, aquéllas el mundo real y ésta el mundo ideal; las

Lo que Dios creó diminuto elogiaba a lo que Dios creó gigantesco, y me pareció ver que sonreía el coloso al átomo y la estrella a la antorcha; parecía dotada la naturaleza de un alma amante. La montaña exclamaba:—«Qué hermosa es la flor!» El mosquito exclamaba:—«Qué hermoso es el Océano!»

Agosto de 1839.



## XXX

En el mundo, donde plegamos nuestra tienda al declinar el día, no esperes encontrar la felicidad; conténtate con el amor; excepto él, todo se desvanece. El hombre es un árbol al que la savia falta antes de florecer, y su vida siempre se desliza por la pendiente de la desgracia. Todos los mortales corren tras de la alegría, y la esperanza sonríe a todos ellos; todos tienden su mano temblorosa hacia algún objeto brillante. Pero a todas las almas, modestas u orgullosas, la desgracia llega a pasos lentos, como un espectro que tiene los pies de piedra. Todo nos falta, excepto los pesares. La felicidad para el hombre en este valle de lágrimas sólo es la sombra de las cosas que están más allá de él. La esperanza es el alba indecisa que aparece en el horizonte de nuestros deseos; es el reflejo dorado, que vislumbramos en lontananza, de un rayo misterioso; es el reflejo, obscuro o brillante, que en su eterna calma vierten sobre nosotros las felicidades del cielo; son las visiones inefables que a nuestros ojos malditos brillan a través del ramaje de los árboles del paraíso; es la sombra

que, en nuestras playas, proyectan esos árboles prodigiosos, cuyos vagos murmullos oye el alma en sus delirios; a ese reflejo de bienes sin nombre le damos el nombre de felicidad, e, insensatos, queremos coger con las manos esa sombra, que es la sombra que proyecta Dios. Nadie puede ascender a esas alturas; preciso es permanecer en la tierra: si nos hace sonreír lo que soñamos, lo que sufrimos en la realidad nos hace llorar. Ya que todo un Dios tuvo que padecer sangriento Calvario, tenlo por seguro, no debemos lamentar nuestra suerte: suframos, ya que ésta es la ley severa de la vida, y amemos, ya que ésta es la ley suave. ¡Amemos! Liguemos nuestras dos vidas: el que es prudente no se expone solo en una barca; los dos ojos constituyen la fisonomía, las dos alas forman el pájaro. ¡Liguémonos los dos! Todo nos invita a amarnos; ya que la vida es corta, tengamos una sola vida para los dos, tengamos para los dos una sola esperanza. Ya que nacimos para sufrir, encontraré alivio a mis dolores si mis ilusiones constituyen tus ensueños, si mis lágrimas se confunden con tu llanto

20 de mayo de 1838.

## XXXI

## ENCUENTRO

Después de dar una limosna al más joven, pensativo el filósofo se paró a contemplarlos. Prolongado ayuno había enflaquecido sus cuerpecitos; eran cuatro, y estaban sentados en tierra formando corro: repartían entre sí un pedazo de pan negro y lo comían con avidez, pero con aspecto tan triste y tan doliente, que al verlos, cualquiera mujer hubiera prorrumpido en llanto. Estaban abandonados en el mundo aquellos cuatro niños, perdidos entre la muchedumbre humana. Carecían de padre y de madre, y no podían disponer ni de un miserable tugurio que les sirviera de abrigo. Iban con los pies descalzos, exceptuado el último que arrastraba, con sus pies vacilantes, unos zapatos viejos demasiado grandes para él, atados con una raída cinta. Con frecuencia pasaban las noches durmiendo en los fosos de los fortificaciones. Sus manos enrojecidas habían sido rosadas cuando esos infelices nacieron al mundo. El domingo vagaban por la aldea pidiendo de puerta en puerta. El más pequeño, pálido y enfermizo, cantaba una canción obscena, cuyo

sentido no comprendía, para hacer reír a algún inmundo viejo que se embriaga en alguna taberna, y la canta con tanta gracia, que algunas veces las abyectas monedas que por ello le dan mitigan su hambre; monedas del infierno ofrecidas por su pecado sobre las que ha escupido su inmunda baba el demonio. Durante algunos momentos comen, detrás de un matorral, temblando como cervatillos, porque les pegan muchas veces y los arrojan de todas partes. De esta manera esos inocentes condenados pasan todos los días hambrientos por delante de la puerta de mi casa, por delante de las puertas de las vuestras, y vagan al azar conducidos por el mayor.

\* \* \*

Entonces el que meditaba miró hacia lo alto; sus ojos sólo vieron el éter tranquilo y cálido, el sol benévolo, la atmósfera llena de alas doradas, la serenidad de la bóveda azul y la dicha y los cantos risueños de los pájaros alegres, que desde el firmamento caían llegando hasta los niños.

33 de abril de 1837.



deliciosas palabras que se pronuncian a media voz: el amor renace en los corazones, como las hojas en el bosque.»

## XXXII

\* \* \*

Cuando os congregáis multitudes tumultuosas, para ir a perseguirle hasta su soledad, excitándoos unos a otros, furiosos, encarnizados, el verdadero pueblo, el pueblo serio, que creía al oír vuestros alaridos que ibais buscando a un dragón en su antro, dragón de ojos ardientes y de vientre escamoso, se asombra al darse cuenta de que es objeto de vuestras persecuciones un hombre pensador, misterioso y bueno.

21 de abril de 1839.

## XXXIII

## LA SOMBRA

El le decía:—«Tristes son vuestras canciones. ¿Qué tenéis? Ángel inquieto, ¿por qué empañan las lágrimas vuestros dulces ojos? ¿Por qué como junco doblado por una ráfaga de viento, inclináis la frente, que está más sombría por momentos? Debéis regocijaros porque llega la primavera, la hermosa estación del mes de abril, los céfiros, los aromas, las canciones, los besos, las sonrisas y las

Ella le respondió con voz sonora y grave:—«Amigo, vos sois muy fuerte. Seguro de que Dios os encamina, teniendo la vista fija en un objeto, seguís vuestro camino, marchando recto y orgulloso, sin miedo al mañana, sin inquietaros por el pasado, y nada puede turbar, arrebatada toda vuestra alma, la hermosa visión que os oculta la vida. Pero yo lloro. Silenciosa, siguiendo vuestros pasos, alcanzada por los golpes que vos no sentís, teniendo el corazón semejante al vuestro, excepto en abrigar esperanza, sufro en este mundo, mientras vos cantáis en otro distinto. Todo me entristece; el porvenir que yo veo al resplandor de una luz engañadora, la agria razón que rechaza al amor, y los punzantes celos, cuando otra mujer pretende conseguir de vuestros ojos una de esas miradas que trastornan el corazón, y la suerte, que nos persigue sin cansarse jamás. Cuanto más brilla el sol, estoy yo más sombría. Vos camináis, yo os sigo; andáis, y yo tiemblo, y mientras que, formando mil proyectos entre los dos, parece que vos ignoréis todos los ángulos difíciles que hay que cruzar en la tierra, yo me arrastro siguien-

do vuestros pasos, pobre mujer herida. La sombra proyectada por un cuerpo erguido, aparece a veces quebrada.»

Abril de 1839.

gos del amor, perdidos en el fondo del bosque, y el árbol bajo cuya copa, al confundir sus almas cambiando sus besos, se olvidaron de todo.

\* \*

## XXXIV

## TRISTEZA DE OLIMPIO

No estaban oscuros los campos, ni los cielos silenciosos; el día brillaba en la azul e inmensa esfera de los cielos, el aire era perfumado, las praderas aparecían verdes cuando volvió a ver aquellos sitios, en los que tantas heridas había recibido su corazón.

\* \*

Sonreía el otoño; los collados hacia las llanuras inclinaban sus árboles frondosos, que empezaban a amarillear; el cielo estaba sereno, y los pájaros, elevando las miradas a lo alto, decían quizás a Dios algo del hombre en sus cánticos sagrados.

\* \*

Quiso volver a verlo todo; el estanque que está junto al manantial, la casucha donde la limosna vació su bolsa, el antiquísimo fresno, los sitios retirados testi-

Buscó el jardín, la casa aislada, la verja tras la que se sumerge la vista, en una oblicua calle de árboles, y se ven los vergeles en declive. Caminaba pálido y pensativo, y al ruido producido por sus pasos, veía detrás de cada árbol levantarse la sombra de los pasados días.

\* \*

Oía susurrar en el interior del bosque querido al delicioso viento, que pone en conmoción nuestras almas, despertando en ellas el amor, que, agitando la encina o balanceando la rosa, parece ser el espíritu universal que va posándose sucesivamente sobre todos los objetos.

\* \*

Las hojas caídas en el bosque solitario, que al pisarlas se levantaban del suelo, corrían por el jardín; no de otro modo, algunas veces, cuando el alma está triste, nuestros pensamientos vuelan por un momento con alas descompuertas y vuelven a caer de repente al suelo.



deliciosas palabras que se pronuncian a media voz: el amor renace en los corazones, como las hojas en el bosque.»

## XXXII

\* \* \*

Cuando os congregáis multitudes tumultuosas, para ir a perseguirle hasta su soledad, excitándoos unos a otros, furiosos, encarnizados, el verdadero pueblo, el pueblo serio, que creía al oír vuestros alaridos que ibais buscando a un dragón en su antro, dragón de ojos ardientes y de vientre escamoso, se asombra al darse cuenta de que es objeto de vuestras persecuciones un hombre pensador, misterioso y bueno.

21 de abril de 1839.

## XXXIII

## LA SOMBRA

El le decía:—«Tristes son vuestras canciones. ¿Qué tenéis? Ángel inquieto, ¿por qué empañan las lágrimas vuestros dulces ojos? ¿Por qué como junco doblado por una ráfaga de viento, inclináis la frente, que está más sombría por momentos? Debéis regocijaros porque llega la primavera, la hermosa estación del mes de abril, los céfiros, los aromas, las canciones, los besos, las sonrisas y las

Ella le respondió con voz sonora y grave:—«Amigo, vos sois muy fuerte. Seguro de que Dios os encamina, teniendo la vista fija en un objeto, seguís vuestro camino, marchando recto y orgulloso, sin miedo al mañana, sin inquietaros por el pasado, y nada puede turbar, arrebatada toda vuestra alma, la hermosa visión que os oculta la vida. Pero yo lloro. Silenciosa, siguiendo vuestros pasos, alcanzada por los golpes que vos no sentís, teniendo el corazón semejante al vuestro, excepto en abrigar esperanza, sufro en este mundo, mientras vos cantáis en otro distinto. Todo me entristece; el porvenir que yo veo al resplandor de una luz engañadora, la agria razón que rechaza al amor, y los punzantes celos, cuando otra mujer pretende conseguir de vuestros ojos una de esas miradas que trastornan el corazón, y la suerte, que nos persigue sin cansarse jamás. Cuanto más brilla el sol, estoy yo más sombría. Vos camináis, yo os sigo; andáis, y yo tiemblo, y mientras que, formando mil proyectos entre los dos, parece que vos ignoréis todos los ángulos difíciles que hay que cruzar en la tierra, yo me arrastro siguien-

do vuestros pasos, pobre mujer herida. La sombra proyectada por un cuerpo erguido, aparece a veces quebrada.»

Abril de 1839.

gos del amor, perdidos en el fondo del bosque, y el árbol bajo cuya copa, al confundir sus almas cambiando sus besos, se olvidaron de todo.

## XXXIV

## TRISTEZA DE OLIMPIO

No estaban oscuros los campos, ni los cielos silenciosos; el día brillaba en la azul e inmensa esfera de los cielos, el aire era perfumado, las praderas aparecían verdes cuando volvió a ver aquellos sitios, en los que tantas heridas había recibido su corazón.

\* \* \*

Sonreía el otoño; los collados hacia las llanuras inclinaban sus árboles frondosos, que empezaban a amarillear; el cielo estaba sereno, y los pájaros, elevando las miradas a lo alto, decían quizás a Dios algo del hombre en sus cánticos sagrados.

\* \* \*

Quiso volver a verlo todo; el estanque que está junto al manantial, la casucha donde la limosna vació su bolsa, el antiquísimo fresno, los sitios retirados testi-

\*

Buscó el jardín, la casa aislada, la verja tras la que se sumerge la vista, en una oblicua calle de árboles, y se ven los vergeles en declive. Caminaba pálido y pensativo, y al ruido producido por sus pasos, veía detrás de cada árbol levantarse la sombra de los pasados días.

\* \* \*

Oía susurrar en el interior del bosque querido al delicioso viento, que pone en conmoción nuestras almas, despertando en ellas el amor, que, agitando la encina o balanceando la rosa, parece ser el espíritu universal que va posándose sucesivamente sobre todos los objetos.

\* \* \*

Las hojas caídas en el bosque solitario, que al pisarlas se levantaban del suelo, corrían por el jardín; no de otro modo, algunas veces, cuando el alma está triste, nuestros pensamientos vuelan por un momento con alas descompuertas y vuelven a caer de repente al suelo.



las misteriosas azadas que atan  
nuestros corazones.

\* \*

Contempló durante mucho tiempo las magníficas formas que la naturaleza ostenta en los campos sumidos en la calma, y estuvo allí pensativo hasta la noche; todo el día vagó a lo largo del barranco, admirando sucesivamente el cielo que no es otra cosa que la faz divina reproducida por el divino espejo del lago.

\* \*

¡Ayl Recordando sus amorosas aventuras, lo escudriñaba todo, y absteniéndose de entrar en los sitios cerrados, como un paria, anduvo errante durante todo el día. Al anoecer, sintiendo que la tristeza le oprimía el corazón, exclamó:

\* \*

—«Visitando estos sitios con el alma conmovida, quise saber si la copa conservaba todavía el licor que en otro tiempo contuvo, quise ver qué había hecho este dichoso valle de los recuerdos que de él había conservado mi corazón.

\* \*

«Poco tiempo es suficiente para cambiarlo todo! La tranquila naturaleza todo lo olvida, y rompe en sus continuas metamorfosis

\* \*

«Nuestros rústicos asilos de hojarasca se han convertido en inextricables malezas; el árbol en cuya corteza escribimos nuestros nombres está ya derribado; nuestras rosas han sido saqueadas en los cercados por los niños; que jugaban saltando el foso.

\* \*

«Una pared cegó la fuente donde en las horas calurosas ella bebía al bajar de los bosques; loqueando, cogía el agua en el hueco de su mano y dejaba caer líquidas perlas de entre sus dedos.

\* \*

«Han empedrado el camino áspero y desigual, que entre la arena se dibujaba bien, de cuya angostura nos relamos con frecuencia, porque con frecuencia le recorríamos los dos estrechados uno contra otro.

\* \*

«Aquí falta un trozo de bosque y allí está más frondoso; no queda casi nada vivo de lo que ayer contemplé; y como un montón de ceniza apagada y fría, el montón de mis recuerdos se dispersa a todos los vientos.

\* \*

«No volverán jamás para mí las dichas horas ya pasadas? ¿Acaso nuestra existencia ha terminado ya? El aire juguetea con las hojas llevando consigo mis quejas y la casa me mira como si va no me conociera.

\* \*

«Otros pasan ahora por donde antes nosotros hemos pasado; como nosotros vinimos aquí, otros vendrán; y el sueño que empezó a bosquejarse en nuestras dos almas, otros le continuarán sin poderlo terminar quizás.

\* \*

«Nadie en el mundo termina ni concluye nada, ni los peores ni los mejores de entre los mortales; todos nos despertamos en el mismo punto del sueño; todo empieza en este mundo y todo termina fuera de él.

\* \*

«Vendrán otros felices amantes a disfrutar en este delicioso refugio, reunidos en alegres parejas, todo lo que la naturaleza, al amor que se esconde, presta de fantástico y solemne.

\* \*

«Otros desconocidos vendrán a gozar de nuestros campos, de nuestras grutas, de nuestros retiros; y otras mujeres, que indiscretamente vendrán aquí a bañarse, turbarán el agua pura que en otros días bañó tus pies desuados.

\* \*

«Inútilmente hemos sentido aquí mutua adoración; nada resta ya de estos floridos sitios, en los que confundíamos nuestras dos existencias, participando de la misma pasión; ¡la impasible naturaleza todo lo ha cambiado!

\* \*

«Decíme, barrancos, arroyos, vides, grutas, bosques y malezas: ¿vais a elevar vuestros murmullos para otros amantes, vais a prodigarles vuestra sombra y vuestros olores, y olvidarnos a nosotros, tan identificados con vuestra belleza, que prestábamos de continuo atención á vuestros rumores sin tratar de turbar vuestros misterios?

\* \*

«Responded, valle puro, hermosa soledad, que la naturaleza abraza en tan hermoso retiro: cuando



dormiremos los dos en la actitud nuestro amor, y obliga al valle que da a los muertos la forma de lugar de nuestras delicias a borrar la tumba, ¿seríais capaces de nuestras huellas y a olvidar nuestros nombres. ser insensibles hasta el punto de creer, sabiendo que hemos abandonado esta vida, muertos nuestros amores y continuar, sin embargo, sonriendo y halagando a otros amantes?

\* \*

«Cuando veáis vagar por vuestros senderos nuestras sombras, que recorrerán vuestros montes y vuestros bosques, ¿no nos contaréis ya esos secretos, que se revelan a los amigos antiguos cuando los volvemos a ver?

\* \*

«Y si en escondido retiro de vuestros bosques, ocultos en la espesura, dos amantes se acarician tiernamente, ¿no murmuraréis a su oído estas palabras:— Ahora que gozáis de la vida, pensad en los muertos?

\* \*

«Dios nos concede prestadas por un momento las praderas y las fuentes, los bosques susurrantes, las rocas mudas, los cielos azules, las llanuras y los lagos, para halagar nuestros corazones, nuestra fantasía y nuestro amor; después nos priva de ellos; apaga nuestra llama, sumerge en la noche el antro donde irradiaba

nuestro amor, y obliga al valle que da a los muertos la forma de lugar de nuestras delicias a borrar nuestras huellas y a olvidar nuestros nombres.

«Pues bien; olvidadnos, casa, jardín, arboleda; hierba, borra los caminos que hemos recorrido; abrojo, esconde nuestras huellas; cantad, pájaros; corred, arroyuelos; creced, ramas y hojas, que aquellos a quienes habéis olvidado nunca se olvidarán de vosotros.

\* \*

«Vosotros habéis sido para nosotros, la sombra del amor en sí mismo, el fresco oasis que encontramos en medio del desierto; vosotros fuisteis el secreto refugio, donde ella y yo hemos llorado cogidos de las manos.

\* \*

Todas las pasiones se alejan medida que avanzan los años, llevándose unas la máscara y otras el puñal, como compañía de histriones que viaja cantando, y que desaparecen trasponiendo los collados.

\* \*

«Pero tú, amor, nunca desapareces; tú, que a modo de estrella o como antorcha luminosa disipas

nuestras nieblas; tu, a quien develada que palpita todavía... bemos la alegría y sobre todo las ¡Eres tú, que estás adormecido, lágrimas; tú, a quien en la juventud se maldice y en la vejez se adora, sagrado recordo!»

Octubre de 183...

\* \*

«En esos días en los que inclina la cabeza el peso de los años; cuando el hombre, que ya no forma proyectos, sin ilusiones y sin objeto, conoce que sólo es ya una ruina de sí mismo, en la que yacen derribadas sus virtudes y sus fantasías,

XXXV

LA MÚSICA DATA DEL SIGLO DIEZ Y SEIS

\* \*

«Cuando nuestro pensamiento descende hasta el fondo de nuestro ser a contar, en nuestro triste y helado corazón, como se cuentan los muertos en un campo de batalla, cuántas son las ilusiones disipadas y los dolores sufridos;

\* \*

«A la manera que aquel que busca con una lámpara en la mano, lejos de la realidad, lejos del mundo burlador, el pensamiento llega lentamente por obscura vertiente hasta el fondo desolado del abismo interior;

\* \*

«Y allí, en aquella densa oscuridad, el alma, en sus más escondidos repliegues, siente una cosa

Antiguos amigos míos, jóvenes en otro tiempo, que ahora, como yo, soportáis el peso de los años, ¿quién de vosotros, repetidas veces, cuando la aflicción ha torturado vuestro espíritu, no buscó la calma en las armonías de un canto? ¿Quién no dejó penetrar las melodías en su pensamiento, y sin olvidar a los seres queridos que fallecieron, no encontró satisfacción y lágrimas a un mismo tiempo oyendo los concertados sonidos de los instrumentos y la armoniosa cadencia de las voces humanas?

II

Escuchad, escuchad; a una señal del maestro el arco se precipita sobre todos los violines; la orquesta, estremeciéndose, se ríe en el sitio que en el teatro le está destinado. Así, por la tarde,



cuando del campo se escapa un sordo murmullo, oímos aunque no los vemos, la risa estridente de los vendimiadores en la viña. Como sobre la columna un frágil chapitel, el dulce son de la flauta eleva sus notas agudas. Las escalas musicales, castas hermanas escondidas, vaciando y llenando alternativamente sus ánforas inclinadas, se cogen de las manos y cantan por turno, mientras que ligero viento hace flotar a su alrededor, como ligero velo de un divino grupo, sus encajes de sonidos que el flautín recorta súbitamente. Ya suena el clarín; al oírle todo se despierta sobresaltado y salta a un mismo tiempo. Las cajas producen mil ecos, batiendo sus flancos enormes, y hacen aullar al rebaño de los instrumentos grandes, y el aire se llena de los acordes furiosos que lanzan las serpientes de cobre, vasto tumulto en el que se oye suspirar al oboe. De repente, de arriba a bajo, la cortina se corre, y sombría y viva toda la sinfonía aparece en un himno; después, como en un caos que volviera a apoderarse de un mundo, todo se pierde entre los pliegues de profunda niebla. Cada forma del canto pasa diciéndo:—«¡Basta!» Los sonidos chispeantes dispersados se extinguen. La noche que va esparciendo y agrandando sus vapores, borra el contorno de las vagas melodías. Los corazones escuchan y el alma se conmueve oyendo el

concierto que vuela a todos los vientos con alas de llama, oyendo ese mar en el que el creciendo hincha sus olas movedizas.

## III

Poderoso Palestrina, antiguo maestro, antiguo genio, yo os saludo, porque sois el padre de la armonía; el gran río de la música que beben los humanos sale de vos como mana el agua de un manantial; Gulck y Beethoven, esas grandes ramas, proceden del árbol de vuestra inspiración y se han formado con vuestra savia; Mozart, vuestro hijo, ha tomado de vuestros altares esa nueva lira que los mortales desconocían antes de él y que sonó en el siglo diez y seis vigorosamente pulsada por vuestros dedos creadores, y a vos, maestro, se dirigen todos nuestros suspiros en cuanto una voz canta y en cuanto un alma responde a ella.

## \* \* \*

Ese maestro, semejante al Creador, hizo brotar de su imaginación ese universo de sonidos dulces y sombríos a la vez, ecos del Dios oculto, del que el mundo es la voz. ¿Ese joven, hijo de la rubia Italia, se apoderó acaso del alma inmensa de ese pueblo llena hasta los bordes? ¿Qué soplo, qué trabajo, qué intuición le con-

virtió en gigante, en dios de las emociones, al que se dirigen todos los mortales, sobre el que se apoya la parte noble del corazón humano? ¿Dónde adquirió esa voz que oímos de rodillas? ¿Quién vierte en él lo que él a su vez, vuelve a verter sobre nosotros?

## IV

¡Misterio profundo que envuelven las infancias sublimes! ¿Quién hace que nazca la flor en la pendiente del abismo y el poeta al borde de las pasiones? ¿Qué Dios hace aparecer a su vista fantasías extrañas, mostrándole al astro en la obscuridad, y de qué modo bajo un crespón negro ve la sonrisa embriagante de una beldad, el ideal, al través del transparente velo de la realidad?

## \* \* \*

¿Quién coge de la mano a un niño desde la infancia y le dice:— «En la aurora de tu existencia y antes que el sol del mediodía haya marchitado tu corazón, ven, que quiero entreabrirte innumerables profundidades; ven, que quiero llenar de luz tus ojos ensombrecidos; ven, que quiero que oigas conmigo lo que sólo se explica más allá de este mundo, el murmullo confuso de las esferas y de las flores, porque, niño, sabe esto, el astro en el cielo y la rosa

en el jardín y todo aquello que es inocente en el mundo tartamudea como tú. Serás poeta, esto es, el hombre que ve a Dios. No temas a la ciencia, que aunque es áspero el camino que a ella conduce, es el que eligen los grandes corazones; la religión y la poesía esmaltan los dos bordes de sus matorrales florecientes, y tú puedes coger por el camino el espino blanco y las campanillas azules; andarás por él durante muchas leguas sin que te sientas dominado por el fastidio ni la fatiga. Ven, oye las vagas pláticas de la naturaleza; ve en cada objeto resaltar la parábola, en el ser universal contempla el eterno símbolo, el hombre y el destino, el árbol y el bosque, y contempla cómo, pendientes de las ramas los dolores que nos abruma, los consuelos para mitigarlos se inclinan hacia nuestras frentes, y contempla cómo, de un modo semejante al espíritu radiante del justo, el sol esplendente, encendido en los cielos, aparece como una gloria?»

## v

Así también Palestrina, en el hombre y en la naturaleza debió oír esas voces y esos murmullos. En la edad en que el corazón sonríe, él, ya pensativo, debía haber recogido en su espíritu, como el río recoge en las ondas fugitivas, todo lo que caía en él de las nubes



o de las playas. Debió pasearse meditando desde la niñez por los campos desde la hora del alba; debió pasear por los sitios más recónditos de los espesos bosques y por el borde de los precipicios, unas veces sumido en la obscuridad, otras deslumbrado por quimeras, y abrir su alma cuando la primavera baña las flores del vergel en el agua de los estanques, cuando la hiedra sube enroscada a las ramas y cuando la hierba confunde, al mezclarlos, los botones de oro con las margaritas.

En la hora indecisa del crepúsculo de la tarde, en la que todo se adormece, en la que el corazón olvida sus sufrimientos, los pájaros sus cantos y los rebaños dejan sus pastos, ¡cuántas veces ante su vista el carro de un labrador, grupo vivo de ruido de caballos y de voces, ha trepado con gran esfuerzo por el flanco abrupto de algún collado del bosque, por algún camino abierto entre las amarillentas tierras, mientras que cerca de un arroyo, que huía por lejanía de una destemplada campana en el fondo de un valle obscuro...!

¡Cuántas veces, prestando oídos al rumor de las cabañas, a la brizna de hierba que silba entre

dos piedras, al chirrido penetrante del zueco, la sombra entre las tumbas de los monjes, al campo dorado por el alba donde las mieses conversan entre sí, al inclinarse para vernos pasar, como un numeroso y soliviantado pueblo que se asoma al borde de los caminos; a la abeja que canta zumbando al hablar a las rosas: cuántas veces, escrutador tenebroso, sueña, tratando de explicarse qué es lo que se comunica entre sí!

\* \* \*

¡Cuántas veces, al anochecer, después de sus largos paseos, sin hacer caso al pasar de las serenatas que oía debajo de los balcones, cuando se retiraba contento, grave y mudo, algo extraordinario sentía moverse en su corazón! Abeja, elaboraba su miel, y por grados iba viviendo todo lo que fermentaba en su pensamiento, dedicándose al santo trabajo de los poetas

\* \* \*

En su cerebro, imagen del universo, el aire corría, los pájaros cantaban, las llamas y las olas se agitaban, y la cosecha de mieses doraba la tierra, y las casas y los montes se confundían en la obscuridad; llegaba la noche, que obliga al bruto a esconderse en su antro, al hombre en su morada, y los espesos bosques, que un

céfiro grato removía dulcemente, renaciendo gozosos al desaparecer el invierno, sacudían sus frondosos penachos verdes. ¡De este modo en espíritu, en forma, en sombra y en luz, el mundo entero se derramó en su alma!

VI

No fue pintor ni escultor; fué músico. Llegó, nuevo Orfeo, después del Orfeo antiguo, y así como el Océano sólo aporta sus olas, él sólo aportó al arte del misterio y de la vaguedad la lira que llora en voz baja, cantando en alta voz, que lleva a todos un sonido que cada uno traduce en distinta palabra; el laúd en el que se retrata de un modo inefable la indefinible fantasía que se disipa al rayar la primera luz de la aurora; porque él no veía nada por la parte brillante, porque su espíritu, del mundo que a su vista hormigueaba en la indefinida sombra, amortiguaba los colores y sacaba la armonía.

\* \* \*

Por eso siempre su himno, al descender del cielo, penetra en los espíritus por su lado religioso, como un rayo de luz por los cristales de una iglesia. Cuando oímos sus cantos, idealizados por nuestra alma, parece que sus armonías, hiriendo las fibras delicadas

del corazón, nagan sonreír al justo y meditar al perverso; parece que nos hacen respirar perfumes de incensarios y de cirios, y nos parece asistir a la aparición de uno de esos ángeles vírgenes, que Giotto soñaba y que el Dante veía; seres tranquilos que se ciernen sobre el mundo inquieto, con sus ojos azules, con su vestidura de ópalo, y que mientras en la esfera límpida se abre en el Oriente el punto de oro de una estrella, por un hermoso campo de tréboles vagan sonriendo.

VII

¡Dichosos los que vivieron en aquel sublime siglo, en que, lanzando todavía sus dorados reflejos en la cumbre del genio humano, el antiguo sol gótico moría en el horizonte! En aquel siglo, en el que llevándose a la tumba su secreto, muerta ya la catedral sobre una tierra infiel, no hacía ya brotar iglesias a su alrededor. Epoca inmensa, obstruida aún por todas partes, como una Babel arruinada en escombros, de torreones, de campanarios, de flechas entrelazadas, de vastos y diferentes edificios; enorme hacinamiento de genios y de piedras, que iba sepultándose poco a poco en la obscuridad; misterioso siglo, en el que la ciencia



obscura agonizaba a la sombra del antiguo Dédalo, mientras que en el otro extremo del nebuloso horizonte, entre el Tasso y Lutero, entre esas dos frondosas encinas, serena e iluminando con su luz pálida, la cúpula maravillosa de la arquitectura santa, en el cielo que admiraba Alberto Durero, ascendía la música, esa preciosa luna del arte!

29 de mayo de 1837.

XXXVI

LA ESTATUA

Hacia mucho frío y parecía que tiritaba. Bajo un dosel de ramas secas, una antigua estatua, con la espalda negra y los pies cubiertos por la hierba, representación de un viejo fauno, colocado en el parque desierto, con la frente inclinada, tocaba las ramas de los árboles, y la mitad inferior de un cuerpo se perdía dentro del tazón de mármol. Allí estaba pensativo, atado a la tierra, y como toda cosa inmóvil, olvidado.

Le rodeaban muchos árboles, azotados por un viento de hielo, que, como él, habían envejecido en aquel mismo sitio; entre gigan-

tescos castaños, desprovistos de hojas y de pájaros, entre las ramas taladas, aparecía su figura pálida. Desagradable noche de invierno, sin estrellas y sin luna, caía con rapidez entre la niebla difusa. Más lejos, otros árboles cruzaban entre sí su desnudo ramaje; más lejos aún, otros se destacaban en el espacio, levantando en el celaje gris multitud de pequeñas ramas negras, torcidas y entrelazadas, y aparecían por todas partes, confundidos unos con otros en el horizonte, perdido en vapores vagos, como un gran rebaño de enormes erizos. Allí sólo se veía el viejo fauno, un cielo sombrío y un bosque negro.

Al acaso, entre la bruma podían distinguirse a lo lejos, en una larga terraza, sentadas sobre la hierba, cerca de un pequeño estanque, indecisas ninfas, a las que en otros tiempos avergonzaban las miradas, y ahora avergonzaba el olvido de aquel parque desierto

El viejo fauno se reía. Entre las dudosas sombras que entristecían la alberca y que provocaban el rubor de las ninfas, el viejo fauno se reía; me acerqué a él, observando para mí que todos los grandes escultores, deseando ser admirados, condenan para

siempre las ninfas a ostentar el pudor y los faunos la risa continua.

\* \* \*

Compadeciendo al pobre mármol y sin herir sus oídos, porque el mármol oye lo que se le dice con el pensamiento, le hablé de este modo:—«Habitante de las selvas, sois hijo del siglo galante; ¿cuántas cosas habréis presenciado en aquella época feliz! ¿Pertenecíais a la corte? ¿Asistíais a sus fiestas? Para que os divertirais os colocaron cerca esas ninfas. Para vos, en esos bosques, hábiles manos han interpolado para vuestro recreo, los dioses griegos con los Césares romanos, y entre fuentes, artísticamente adornadas, han construido en el jardín dédalos inextricables. Habitante de las selvas, contadme algo de lo que presenciasteis en aquellos tiempos felices; reveladme los secretos de ese fastuoso pasado, colmado de amoríos discretos, en el cual, formando parte de la corte de los grandes reyes, abundaban los grandes poetas. Deben estar frescos estos recuerdos en vuestra memoria. Referídmelos, como podríais contárselos a los árboles, a los vientos o a la hierba jamás pisada por pie alguno. ¿Desde un extremo al otro de esta espesa fila de árboles, antiguo y griego burlón, habéis visto algunas veces pasar cerca de vos, al lado del hermoso Lau-

trec, a la reina bearnesa, Margarita, la de los ojos tiernos, y habéis lanzado miradas oblicuas a Hércules Farnesio? ¿Solo, cubierto con el verde follaje mojado, amable hijo de las selvas, habéis aconsejado, según las aficiones de cada uno, a Racau como pastor, a Regnier como sátiro? ¿Habéis visto algunas veces, hacia el mediodía, sudar a Vicente de Paul aconsejando a Gondi, sentados los dos en ese banco? ¿Siguieron vuestras escrutadoras miradas a Ana de Austria y a Buckingham, a Luis y a la Fontange, y visteis si volvían la faz ruborizada para dirigir la vista hacia vos, al oír vuestras risas, desde lo más espeso del bosque? ¿Os consultaron sobre el tirso o sobre la hiedra cuando en aquel famoso baile de forma singular, la corte del dios Febo o la corte del dios Pan llamaban a la Montespán con el nombre de Amarilis? ¿Huyendo de los cortesanos, que desdeñaban oírle, La Fontaine no vino hasta vos llorando a contaros las pesadumbres de sus ninfas de Vaux? ¿Qué os decía Boileau, qué os decía Legrais a vos, fauno literato, que en los pasados tiempos sosteníais un diálogo en una deliciosa égloga con el poeta Virgilio, y que hacíais surgir sobre el naciente césped al pesado espondeo (1) y al ligero dáctilo? ¿Habéis visto jugar en la

(1) Espondeo y dáctilo son metros o medidas de determinados versos latinos. (N. del T.)



espesura del bosque a la apasionada Chevreuse y a la soberbia Thiange? ¿Su cariñoso grupo os rodeó alguna vez tan locamente que el sol recortara de súbito, abriéndose paso al través de una nube, vuestro perfil lascivo sobre su garganta desnuda? ¿El árbol que os da sombra preservó algunas veces de los rayos del sol la púrpura roja del traje que vestía el cardenal Mazzarino? ¿Tuvis-teis la honra de ver cómo Molière vagaba pensativo por el jardín? ¿Alguna vez recitando en voz alta algún verso melodioso, os ha tuteado familiarmente, como es costumbre entre semidioses? ¿Ese pensador, que penetraba todos los corazones, no tenía miedo de vuestra desnudez, y en su espíritu no os confrontó con el hombre, encontrándoos, espectro cínico, menos triste, frío, perverso e irónico, que este último al comparar vuestra risa petrificada a nuestra risa humana?»

\* \*

Así le hablé bajo el espeso ramaje, y ni siquiera me contestó con un murmullo. Incliné el oído sobre el frío mármol, pero nada oí que me hablara del pasado. La pálida claridad del día que expiraba, iluminaba vagamente al inmóvil sátiro, mudo a mis palabras y sordo a mis súplicas.

\* \*

Meneé la cabeza y me ateje abandonándole allí. Entonces, de

los oscuros matorrales, de las ramas secas y de los antros secretos, esparcidos por los bosques, me pareció que de repente salía una voz, que en mi alma despertaba un eco vago y sonoro, como si saliera del fondo de un ánfora:

\* \*

—«Imprudente poeta, qué ¿pretendes? ¡Deja en paz a los faunos abandonados bajo los árboles! ¿Ignoras que es una impiedad visitar los sitios secretos y sacudir, aunque sea impulsados por el cariño, ese musgo que pende de los siglos arruinados y perturbar con voces indiscretas el recuerdo de los muertos en sus sombríos retiros?»

\* \*

Entonces me marché, pasando por los jardines que se desvanecían ya en las sombras de la noche, mientras que las ramas de los árboles se cubrían de misterios y detrás de mí el fauno solitario, obscuro jeroglífico de un antiguo alfabeto, continuaba riendo en presencia de la noche que se acercaba.

\* \*

Caminaba contemplando con miradas tristes esos dulces recuerdos de la beldad, de la primavera y de la aurora, en el ambiente y a mis pies, esparcidos,

sonruidos y notantes; hojas muráis al oído del pastor, dormido del anterior verano, mujeres de sobre las flores; vientos, olas, tiempos que pasaron para no volver, y entreveía a lo lejos, murmullos, bosques que ofrecéis bajo sombríos ramajes, mármoles en el bosque y sombras en el pasado.

Diciembre de 1837.

## XXXVII

Siempre he sentido cariño para con los seres alados. Cuando era niño, buscaba nidos de pájaros entre las espesas ramas, y en seguida construía para los pajarillos jaulas de caña, que yo colocaba sobre el musgo verde: más tarde les soltaba abriendo las puertas de su encierro, y ellos, o no se escapaban, o si huían al bosque, venían a mí cuando yo les llamaba. Durante mucho tiempo nos amamos una paloma y yo. Ahora he aprendido el arte de domesticar las almas.

12 de abril de 1840.

## XXXVIII

VERSOS ESCRITOS EN LA TUMBA DE UN NIÑO EN LA ORILLA DEL MAR

Hiedra, césped, hierba, flores y cañas, iglesia en la que el espíritu ve a Dios. insectos que mur-

muráis al oído del pastor, dormido sobre las flores; vientos, olas, murmullos, bosques que ofrecéis materia de meditaciones al viajero, frutos que caéis del árbol, estrellas que caéis del cielo, pájaros alegres, olas quejumbrosas, céfiro que murmura en los prados, mar en cuyo seno se cría la perla, tierra donde germina la espiga, naturaleza de donde todo sale y adonde todo vuelve, no mováis ruido alrededor de esa tumba; dejad que el niño duerma, dejad que lllore la madre.

1840.

## XXXIX

A. L.

Toda esperanza es frágil como una caña. Dios tiene en su manos nuestras vidas y las hila en su huso fatal; cuando el hilo se rompe, nuestra existencia acaba, porque en cada cuna germina una tumba.

\* \*

En otro tiempo, el porvenir con luz radiante se presentaba a mi alma deslumbrada; era un cielo cubierto de estrellas, una ola coronada de espumosa cresta, pero ese falso espejismo se desvaneció.



\* \* \*

Si a tu lado alguno llora déjale que llore sin preguntarle el por qué; las lágrimas sirven y muchas veces consuelan; además, las lágrimas, niña, siempre lavan algo.

2 de junio de 1839.

XL  
«CERULEUM MARE»

Quando medito sentado sobre un acantilado o en el interior de un bosque, en una noche del estío, poseyendo triste experiencia de la vida, contemplo la eternidad.

A través de mi obscura suerte distingo a Dios con claridad, como a través del ramaje de los árboles se entrevé el firmamento.

El firmamento, en el que los mentidos sabios buscan, como lo hacemos nosotros, el consejo y la verdad; el firmamento lleno de nubes, el firmamento colmado de soles.

Soplo divino purifica nuestro barro; el mundo se debe enteramente a Dios; cada flor es una alabanza de su poder y cada perfume un incienso que hacia él se dirige.

De noche paréceme percibir que el mismo Dios se inclina hacia el hombre palpitante. La tierra reza y el cielo ama. Alguno habla y alguno oye con atención.

Sin embargo, Señor, ocultas tu presencia a nuestros anhelos; pones la copa allá arriba y dejas los labios aquí abajo.

Pero un día nos revelarás, Dios mío, ese tu secreto impenetrable; cuando vayamos a ver de mundo en mundo extenderse más cada vez tu inefable unidad;

Quando busquemos en los cielos que tú gobiernas la sombra de los que hemos amado en la tierra, a la manera de una banda de grandes águilas que vuela a las cumbres de los montes.

\* \* \*

Porque cuando la muerte nos reclama, el espíritu rompe la cárcel del cuerpo; porque la tumba es un nido, en el que el alma abre sus alas como lo hace el pajarillo.

¡Oh, Señor! La miserable criatura podrá ver, cuando le llegue su hora, la otra parte de la naturaleza que hoy desconoce sobre la que viertes la claridad del día.

Y poetas y pensadores podremos entonces comparar con los mundos que creaste los mundos que soñó nuestra imaginación.

Esperando nuestra hora vagamos por el mundo como rebaño sin pastor, encerrando en nosotros este gran misterio; ojo limitado y mirada infinita.

El hombre elige su camino a la ventura, y siempre, por su propia voluntad o a la fuerza, vive doblegado bajo el peso de las pasiones.

\* \* \*

Vagamos en la obscuridad yendo donde otros se encaminaron y oímos voces fúnebres, que pronuncian palabras para nosotros desconocidas.

Todos los pensadores parece que se esfuerzan en aterrorizar a las frágiles criaturas; el sabio dice:—«El cielo está vacío!» El sacerdote dice:—«El infierno está lleno!»

Médicos sin medicinas, ¡oh dolor! profetas de vista torpe; unos entregan a Satanás nuestras almas, y otros quieren apartarlas de Jesús.

La humanidad, sin ley y sin guía, siguiendo desconocida senda, es como un viajero que recorre ignorados caminos después que el sol se ha escondido en el ocaso.

Camina, pero la niebla cubre la llanura, el huracán azota los árboles, y los objetos que apenas percibe presentan aspecto siniestro.



rad que brille alguna claridad en ese libro misterioso.

\* \*

De este modo, caminando entre escombros, en este siglo, el género humano, al pasar, ve figuras sombrías que se inclinan a su paso.

\* \*

Nosotros los soñadores nos recogemos fatigados bajo un techo que se desploma, y contemplamos a la muchedumbre que a tientas se sumerge en la obscuridad.

\* \*

Buscamos con taciturna inquietud, tratando de adivinar el problema que nos propone la obscuridad que a todos nos rodea; y mientras que nos extraviarnos en esos vanos deseos, el destino impasible sigue realizando su misión.

\* \*

Y oímos en la noche de nuestra esclavitud el soplo del destino que pasa y el rumor producido por el roce al volver las hojas del libro de nuestra existencia.

\* \*

Cuando ruge ese viento que nos empuja al sepulcro, juntad las manos y bajad los ojos, y procu-

¿De dónde surgirá la luz? Dios dice:—«De vosotros mismos; encended el corazón por alguna parte para que os alumbre».

\* \*

Cuando el corazón arde en llamas, se puede sin temor leer lo que escribe el Señor. Leída a su claridad santa, la palabra virtud significa felicidad.

\* \*

Es preciso amar; si existe amor, en vano la obscuridad trata de cegar los ojos de nuestro espíritu: creed y abrid los párpados; amad y verán vuestras pupilas.

\* \*

Desde lo alto de los cielos numinosos, las verdades en lontananza han de limitarse a reflejar en el libro del alma sus vagas claridades.

\* \*

De noche no hay ojos que puedan leer a la sola luz de las estrellas; pero el amor baja hasta nosotros para prestarnos su luz, y una lámpara ayuda a los soles.

\* \*

Para que en la sombra que nos envuelve podamos leer en todos los momentos, el amor añade su claridad humana a los rayos de luz celestial.

\* \*

Amad, pues, porque todo nos prueba que el espíritu sólo destella poca luz, y todo el problema se encierra muchas veces en el corazón de una mujer, nos suministra la explicación de Dios

\* \*

Así medito, así me preocupo, mientras que a los ojos asombrados de los marineros la noche sombría sumerge a cada instante grupos de astros en las olas.

\* \*

Creando en el imperio de Dios, humilde y religioso le admiro, y aspiro por los poros de mi cuerpo ese espectáculo prodigioso.

\* \*

Entre las olas mecidas por los vientos y el cielo, abismo deslumbrador, siempre los ojos del pensamiento ven algo que sube o que desciende.

\* \*

Gota de agua pura o chispa de la llama, ese verbo íntimo que no está escrito en ninguna parte, o viene a condensarse en mi alma o resplandece en mi espíritu.

\* \*

Y la idea desnuda, al través de las olas o del éter, llega hasta mi corazón, desde el fondo del cielo, como una estrella, o desde el fondo del mar, como una perla.

Agosto de 1839.

## XLI

Dios que sonríe y que otorga, Dios que auxilia al que en él espera, si sois buena estará satisfecho. El mundo en el que todo chispea, pero en el que nada se inflama, si sois hermosa, estará entusiasmado. Mi corazón en el retiro amoroso donde le embriagan vuestros ojos lindos, si sois feliz, estará contento.



## XLII

## LOS NÁUFRAGOS

¡Cuántos marineros, cuántos capitanes, que marcharon alegres a remotos países, desaparecieron en un mar proceloso, en una noche sin luna, sepultados para siempre en la inmensidad ciega del Océano!

\* \*

¡Cuántos capitanes murieron junto con la tripulación! La tempestad, de sus vidas arrancó todas las páginas, y el soplo del huracán dispersó todo el libro; al sumergirlos en el abismo, cada ola, a su vez, recogió parte de su botín; una se apoderó del esqui y otra de los marineros.

\* \*

Nadie sabe qué fué de ellos, al rodar en las sombrías extensiones, chocando contra escollos desconocidos; y muchos seres queridos han muerto después de haber esperado inútilmente durante muchos días a los que ya nunca regresarían a su hogar.

\* \*

Hablando de vosotros en las veladas de invierno, formando

círculo, sentadas sobre anclas mohosas, vuestras familias os recordarán, refiriendo vuestras aventuras, mientras que ya dormíais el sueño eterno en el fondo de los mares.

\* \*

Preguntábanse unos a otros:— «¿Dónde estarán? ¿Serán reyes en alguna isla? ¿Nos habrán abandonado para vivir en país más fértil?»—Después, poco a poco, fueron enterrando también vuestro recuerdo. El cuerpo se pierde en el agua y el nombre en la memoria. El tiempo, que sobre lo pasado extiende espeso velo, sobre el Océano extiende el olvido más profundo.

\* \*

No se tarda en olvidar a los infortunados náufragos. Solas, durante las largas noches de tempestad, vuestras pálidas viudas, cansadas de esperaros, se ocupan todavía de vosotros, removiendo las cenizas de su hogar a la par que las cenizas de su corazón.

\* \*

Y cuando la muerte cierra para siempre sus párpados, nadie os recuerda ya; ni una grosera piedra contiene vuestro nombre dentro de un cementerio; no está escrito en la corteza de un sauce, que el otoño deshoja; nadie se acuerda ya de vuestro nombre.

\* \*

¿Dónde están los marineros que se ahogaron en el mar en las noches oscuras? Olas gigantes, vosotras conocéis sus lúgubres historias; olas, tan temidas de las madres, vosotras las referís en las mareas altas, y por eso al referirlas rugís cuando por la noche llegáis hasta nosotros azotando las playas.

Julio de 1836

## XLIII

## NOCHES DE JUNIO

En el verano, cuando el día ha desaparecido, la llanura salpicada de flores derrama aroma embriagador, y con los ojos cerrados y el oído atento a todos los rumores, dormita a medias en un sueño transparente.

\* \*

Los astros son mas puros, la sombra más agradable; vaga media luz tiñe la cúpula eterna, y el alba, tierna, y pálida, esperando la hora de aparecer, diríase que vagua toda la noche por debajo del cielo.

1837.

## XLIV

## SABIDURÍA

A Luisa B.

¿No hay que esperar, pues, que nada grande, santo, puro, nada que sea digno del cielo, nada que ennoblezca el siglo en que vivimos brote del corazón del hombre? ¡Del hombre, sujeto a las necesidades del cuerpo! ¿Será siempre su tarea sólo gozar, descender a tumbas a la tumba, perseguir todo aquello que se arrastra y todo lo que vuela, consagrarse al sórdido interés y afanarse por la loca vanidad; llenar, sin cuidarse del deber, una carta con frases o palabras, o un mostrador de escudos; no levantar nunca la vista a las alturas y reirse del sacrificio y de la virtud? Esta es tu vida, hombre; sólo tienes, de noche y de día, por esperanza y por objeto, por culto y por amor, la moneda inmunda arrastrada por el fango, y que al cogerla te ensucia las manos; sin comprender que meditar es tu destino, que tu destino es ser mago y ser fey, ser un alquimista que alimiente el fuego bajo ese sombrío



## XLII

## LOS NÁUFRAGOS

¡Cuántos marineros, cuántos capitanes, que marcharon alegres a remotos países, desaparecieron en un mar proceloso, en una noche sin luna, sepultados para siempre en la inmensidad ciega del Océano!

\* \*

¡Cuántos capitanes murieron junto con la tripulación! La tempestad, de sus vidas arrancó todas las páginas, y el soplo del huracán dispersó todo el libro; al sumergirlos en el abismo, cada ola, a su vez, recogió parte de su botín; una se apoderó del esquiife y otra de los marineros.

\* \*

Nadie sabe qué fué de ellos, al rodar en las sombrías extensiones, chocando contra escollos desconocidos; y muchos seres queridos han muerto después de haber esperado inútilmente durante muchos días a los que ya nunca regresarían a su hogar.

\* \*

Hablando de vosotros en las veladas de invierno, formando

círculo, sentadas sobre anclas mohosas, vuestras familias os recordarán, refiriendo vuestras aventuras, mientras que ya dormíais el sueño eterno en el fondo de los mares.

\* \*

Preguntábanse unos a otros:— «¿Dónde estarán? ¿Serán reyes en alguna isla? ¿Nos habrán abandonado para vivir en país más fértil?»—Después, poco a poco, fueron enterrando también vuestro recuerdo. El cuerpo se pierde en el agua y el nombre en la memoria. El tiempo, que sobre lo pasado extiende espeso velo, sobre el Océano extiende el olvido más profundo.

\* \*

No se tarda en olvidar a los infortunados náufragos. Solas, durante las largas noches de tempestad, vuestras pálidas viudas, cansadas de esperaros, se ocupan todavía de vosotros, removiendo las cenizas de su hogar a la par que las cenizas de su corazón.

\* \*

Y cuando la muerte cierra para siempre sus párpados, nadie os recuerda ya; ni una grosera piedra contiene vuestro nombre dentro de un cementerio; no está escrito en la corteza de un sauce, que el otoño deshoja; nadie se acuerda ya de vuestro nombre.

\* \*

¿Dónde están los marineros que se ahogaron en el mar en las noches oscuras? Olas gigantes, vosotras conocéis sus lúgubres historias; olas, tan temidas de las madres, vosotras las referís en las mareas altas, y por eso al referirlas rugís cuando por la noche llegáis hasta nosotros azotando las playas.

Julio de 1836

## XLIII

## NOCHES DE JUNIO

En el verano, cuando el día ha desaparecido, la llanura salpicada de flores derrama aroma embriagador, y con los ojos cerrados y el oído atento a todos los rumores, dormita a medias en un sueño transparente.

\* \*

Los astros son mas puros, la sombra más agradable; vaga media luz tiñe la cúpula eterna, y el alba, tierna, y pálida, esperando la hora de aparecer, diríase que vaga toda la noche por debajo del cielo.

1837.

## XLIV

## SABIDURÍA

A Luisa B.

I

¿No hay que esperar, pues, que nada grande, santo, puro, nada que sea digno del cielo, nada que ennoblezca el siglo en que vivimos brote del corazón del hombre? ¡Del hombre, sujeto a las necesidades del cuerpo! ¿Será siempre su tarea sólo gozar, descender a tumbas a la tumba, perseguir todo aquello que se arrastra y todo lo que vuela, consagrarse al sórdido interés y afanarse por la loca vanidad; llenar, sin cuidarse del deber, una carta con frases o palabras, o un mostrador de escudos; no levantar nunca la vista a las alturas y reirse del sacrificio y de la virtud? Esta es tu vida, hombre; sólo tienes, de noche y de día, por esperanza y por objeto, por culto y por amor, la moneda inmunda arrastrada por el fango, y que al cogerla te ensucia las manos; sin comprender que meditar es tu destino, que tu destino es ser mago y ser fey, ser un alquimista que alimiente el fuego baio ese sombrío



alambique que se llama alma, viado! En todo el universo, los haciendo pasar por ese ardiente seres, los montes, los bosques y crisol a la naturaleza y al mundo, las praderas, el día que dora el buscando y encontrando en ellos cielo, el agua que lava los barrancos, conservan como el día que a Dios.

\* \*

El bruto se mueve invariablemente dentro de su esfera y el elemento se rige por sus reglas. El molusco vive en las olas y el águila en la nieve. Todo en el mundo tiene su región, su objeto y su destino. La espuma del mar no es un desecho inútil; el oleaje sabe lo que hace y el viento no ignora quién le impulsa; como el templo que brilla con la claridad suave de las lámparas, obedientes las estrellas brillan en el cielo azul; todas las mañanas, vibrando como santas liras, los pájaros cantan alabanzas al Creador. El ser está lleno de amor y el mundo está lleno de fe. Todo en el mundo observa indefectiblemente su ley y obedece al mandato divino; el pájaro a su instinto y el árbol a sus raíces. El enorme Océano que se detiene en la playa, la golondrina que se dirige al Sur, el imán que señala siempre al Norte, la nube amontonada sobre islas de hielo, que, atravesando la altura de los cielos, pasa al soplo del abril desde el Polo hasta el Ecuador, la savia que se esparce por las fibras de las ramas, todos los objetos creados siguen imperturbablemente su marcado camino; sólo el hombre se ha extra-

## II

Al hablaros yo de este modo, me escuchabais y me comprendiais; y vos, cuya alma ingenua se transparenta en vuestras palabras, me dirigisteis entonces vuestra calmante e inefable sonrisa:

\* \*

—«La humanidad se regenera, y aunque vacilante y caminando en la obscuridad, se dirige ha-

cia la aurora. Todo hombre tiene en el mundo dos aspectos; el del bien y el del mal. Vituperarlo todo es no comprender nada. Las almas de los humanos tienen liga de oro y de plomo. El espíritu del sabio debe ser prudente y no debe lanzar indistintamente sus rayos por todas partes. Para el siglo actual, como éste le hace sufrir, es siempre injusto, y todo en él le parecen delitos. Nuestra época, tan insultada, tiene su lado sublime; vos mismo lo habéis dicho, enojado poeta!»

\* \*

En vuestro aposento, asilo nuestro y respetado, así me contestasteis, sencilla y serena. Vuestra frente brillaba con el reflejo de los damascos de color de escarlata, y para mí, en aquel momento, a la luz de vuestros ojos levantados, el techo se convirtió en cielo.

\* \*

El acento augusto y pacífico de la razón, la equidad, la bondad seráfica, el olvido de los agravios y de los errores de los demás, que tanta majestad presta a las almas virtuosas, dotaban a vuestras hermosas palabras de la tranquila grandeza que en sí encierra todo lo natural.

## III

¿Por qué os presentáis continuamente ante mi imaginación, días de mi niñez y de mi alegría? ¿Quién te abre a cada momento en nuestros corazones casi marchitos, oh flor luminosa de los recuerdos lejanos? ¡Qué cándido y qué feliz era yo entonces! En la clase, un banco de encina gastado, una mesa, un pupitre, un tintero negro y pesado y una lámpara me acogían grave y cariñosamente. Mi maestro, como os he dicho con frecuencia, era un sacerdote, tranquilo y bondadoso, de mirada penetrante, candoroso como un sabio, maligno como un niño, que, abrazándome, decía de mí con elogio:—«Aunque no tiene más que nueve años, ya explica a Tácito». Estudiaba con Eugenio, a quien Dios arrebató la vida, y a pesar de mis pocos años me preocupaba la meditación. Mientras escribía, usando muchos barbarismos al desarrollar el tema impuesto, tratando de buscar sentidos inesperados a las frases de los autores, con la frente y la espalda inclinadas sobre la mesa, me parecía oír confusamente en mis oídos las palabras griegas y latinas, bachilleras y familiares, tiznadas de tinta, y alegres como estudiantes, cuchichear, como los pájaros reunidos sobre un rama, entre las hojas del pesado diccionario. Rumores más dul-



ces que el rumor que produce un perrazo había destruído; o una bandada que vuela, soplos apagados como los suspiros de la noche, que hacían a cada momento, bajo las manecillas de cobre, estremecerse ligeramente las páginas del libro antiguo.

Después que cumplíamos nuestra tarea, corríamos ligeros a jugar en los inmensos jardines; yo, con paso desigual, seguía a mis hermanos mayores, y las estrellas tranquilas iluminaban el horizonte, y el tierno ruiñeñor, cantando en la obscuridad, daba lecciones de música a toda la naturaleza; mientras que yo, niño locuaz y aturdido, lanzando a todas partes miradas francas pero osadas, y chispeando de gozo, llevaba bajo el brazo, atados con tres cordeles, a Horacio con sus festines, a Virgilio con sus selvas, a todo el Olimpo, a Theseo, a Hércules, a Ceres y a Juno, a la hidra de Lerna y al famoso León de la roca Nemea.

\*\*\*  
Cuando llegaba a casa de mi madre, en repetidas ocasiones, gracias al azar miserable que se burla del niño, sentía grandes pesadumbres y grandes cóleras, porque no había encontrado como siempre junto a los tejos seculares, el hermoso jardincillo que yo me cultivaba, y que al pasar,

porque alguien en mi cuarto había abierto las jaulas y había dejado volar a los pájaros, que muy contentos se habían ido muy lejos a buscar la libertad, o quizás a dar en manos del cazador. Yo corría entonces rabiando y rojo de indignación a contárselo a mi madre y maldecía al perrazo, al jardinero estúpido y a los infames cazadores; pero con una sola mirada mi madre me devolvía la perdida calma.

## IV

Ahora ya no me encoierizo por encontrar una jaula vacía, porque se pongan mis pájaros al alcance de los tiros del cazador, ni porque un perro destroce las flores de un jardinillo; esas insignificantes catástrofes desesperan a los niños; pero como en una iglesia, el hombre se tranquiliza en los grandes dolores. Cuando ha sufrido terribles pesadumbres, el corazón adquiere reposo, como los ojos adquieren sueño. De los negros guarismos de nuestros sufrimientos la sabiduría es la suma. Comprobándola Dios, parece que dice al hombre:—«Haz que pase tu espíritu a través de las desdichas, como el grano en la criba, y saldrá de ellas mejor». Viví, sufrí, juzgo y me calmo. Si algunas veces aun la cólera hace inclinarse en mi alma la balanza en donde peso el mundo y mi corazón; si sólo

abriendo un ojo condeno y vituperando con francas palabras, vos, noble y santa mujer, conseguís que mi voz irritada y agria vuelva a adquirir la calma en que vive de ordinario mi espíritu; conozco que vos tenéis bastante poder para disipar mis tempestades, y que conseguís del hombre austero y triste lo que obtuvo en tiempos pasados del niño tierno su madre, aquel gran corazón que duerme el sueño eterno.

## V

Ahora escuchadme.—Mi razón, que vacila, oye algunas veces tres voces poderosas que murmuran, una después de otra y algunas veces todas a un tiempo. La primera voz me dice:—«Irrítate, poeta, al ver que el infierno aplaude todo lo que esta época imagina, crea o intenta. ¡Permanece airado! Este siglo es como una impura red que el hombre atrae la voluptuosidad y los vicios. La verdad, que hizo en otro tiempo resplandecer a Roma, se remontó al cielo; el amor es ya desconocido para el hombre. No rechaces la Musa armada, que en otras épocas visitaba como austera amiga a los dos sombríos gigantes, Amós y Jeremías. Los hombres son ingratos, envidiosos, mendaces y malvados; algunos perpetran crímenes, y a todos los deslumbra la vanidad: unos tienen la sangre

de Caín y todos tienen la sangre de Eva. Señor, la cruz se bambolea y la oración asoma ya a pocos labios. Murmuran de ti dentro de tu mismo templo; el Evangelio era la sagrada ley y el sacerdote el ejemplo noble; el libro y el sacerdote ya no existen. La fe, esa hoguera que estaba encendida en todos los hogares, que designaba a Cristo los hombres escogidos, que purificaba en otros tiempos los labios de los apóstoles, sólo es ya un carbón apagado, con que los niños ensucian, burlándose, las paredes de los templos».

\*\*\*

La segunda voz me dice:—«¡Perdona y ama! El Dios que adoramos es indulgente y no será severo para con el hombre. ¡Soñador! respeta a la hormiga tanto como al león, que en la naturaleza nada hay pequeño. El ser universal se compone de átomos, y Dios vive en todos ellos. Cultiva en tu corazón el amor y la piedad. Si la suerte te obliga a examinar de cerca al hombre, que por lo general es frívolo, ciego y temerario, temple la severidad del juez con las lágrimas del hermano. Cuanto existe en el mundo, aire, flor, césped, el grupo de niños que juega a la puerta de tu casa, el mendigo sentado en la hierba, la contemplación de esas mujeres desdichadas que viven bañadas en lágrimas, como las algas en el mar; el hombre, ese



espectador; el mundo, ese cuadro; que le amen ¡Oh sabiduría! ¡Espí-  
 todo ese conjunto augusto, que ritu puro! ¡Serenidad suprema!  
 al insensato desazona, debe con- ¡Zeus! ¡Irmensull! ¡Wishnou! ¡Jú-  
 seguir de ti que dirijas cada vez piter! ¡Jehová! ¡Dios que buscaba  
 más los anhelos de tu vida hacia Sócrates y que Jesús reveló! ¡Uni-  
 ese ojo misterioso que, invisible co y verdadero Dios! A ti, que  
 testigo de todo, nos mira a todos haces morir a los hombres y  
 sin cesar. No enciendas ningún creas el cielo para una eternidad;  
 infierno con ningún tizón ardien- a ti, que colocado en el espacio,  
 te, no agraves ningún peso. De- en esa tienda cuyos lienzos con-  
 muestra la existencia del alma y mueve tu poderoso aliento, ¿qué  
 de Dios, que el espíritu es inmor- te importan los mortales insen-  
 tal y la tumba irrevocable, y satos que se arrastran unos tras  
 suaviza el rigor de esa mano di- otros hacia las tinieblas del ocaso,  
 vina, que a menudo nos oprime y que son fantasmas de los que  
 y que graba con signos inmorta- no te acuerdas, y que son, ante  
 les la palabra *Jamás* sobre los tu faz inmensa, vanas sombras  
 sepulcros y la palabra *Siempre* que van y vienen?...»  
 en los altares.»

\*  
\*\*

La tercera voz me dice:—«¿Qué  
 más da amar que odiar? Los can-  
 tos, las imprecaciones, que entre-  
 mos o que salgamos, el bien, el  
 mal, la muerte, ni los vicios, qué  
 importa todo esto al cielo radian-  
 te?... ¿Por eso la vegetación viva  
 y ciega produce menos hojas,  
 menos árboles, menos líquenes,  
 menos hierbas y menos agua?  
 ¿Por eso las olas son menos azu-  
 les y el bosque menos frondoso?  
 El sol que sonríe a las flores en  
 los jardines, a los reyes en los  
 palacios, a los forzados en los  
 presidios, ¿pierde su brillo y vierte  
 menos rayos cuando el mundo se  
 olvida de una virtud? No; Pan  
 no ha menester de que le recen ni

VI

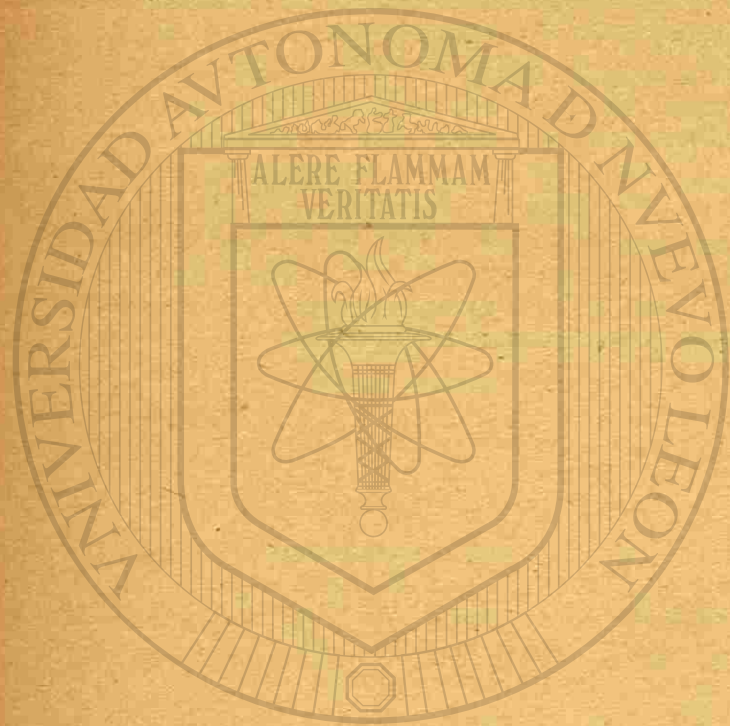
En mi oscuro cuarto de estu-  
 dio, donde sobre una mesa hay  
 muchos libros entreabiertos, don-  
 de una Biblia sonríe a Virgilio,  
 oigo yo esas tres voces. Si mi cere-  
 bro débil se asombra, persisto, y  
 sin temores y sin sobresalto las  
 dejo ejecutar en mí lo que se  
 proponen. Porque los hombres,  
 perturbados con esas metamor-  
 fosis, componen su sabiduría con  
 la menor ciencia posible. Todos  
 cometen el error de ver la verdad,  
 cada uno desde su ventana, y  
 sólo por un lado, sin que ninguno  
 de ellos, atraídos por ese peñasco  
 sublime, le dé la vuelta y suba

hasta su cumbre. Y de ese triple entornece de antemano los versos  
 aspecto de las cosas del mundo, que en embrión llevo en mi mente,  
 de ese triple consejo, que el hom- para acabar de crearlos en los  
 bre no alcanza a comprender; de campos con el aroma que se  
 mi corazón, que Dios ve, en el exhala de las llanuras, a la som-  
 que el odio se embota, brota una bra que proyectan las nubes y al  
 benevolencia tierna y universal, murmurio de las fuentes.  
 que dora como la luz del alba y

Abril de 1840.

FIN DE «RAYOS Y SOMBRAS»





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE CULTURA Y EDUCACIÓN

## CANTOS DEL CREPÚSCULO

### PREFACIO

La poesía que encabeza esta colección indica el pensamiento que entraña. El prelude explica los *Cantos del Crepúsculo*.

Todo en la actualidad, así las ideas como las cosas, la sociedad y el individuo, pasan por un crepúsculo. Cuál sea éste y qué vendrá detrás de él, es la cuestión más ardua de todas las que se agitan confusamente en este siglo. La sociedad espera que todo lo que está en su horizonte se ilumine o se extinga por completo. Nada más diremos sobre esto, y también seremos parcos en palabras respecto a esta colección.

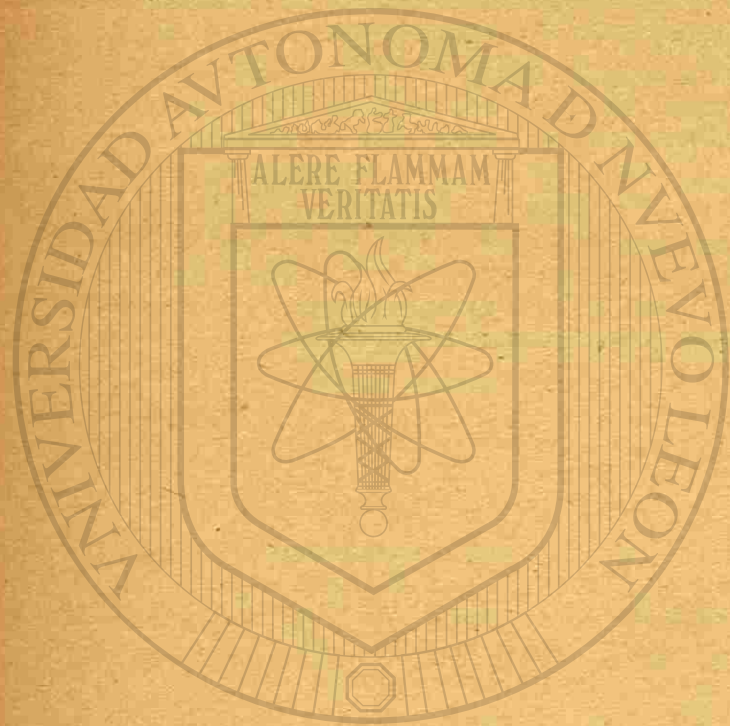
¿Para qué hemos de hacer notar el hilo casi invisible que liga este libro de poesías a los libros precedentes?... Ofrece el mismo pensamiento con otras inquietudes, las mismas olas con otros vientos, la misma frente con diferentes arrugas, la misma vida en distinta edad.

El autor no insiste sobre esto; sólo deja subsistir en sus obras lo que es personal, por ser mu-

chas veces un reflejo de lo que es general; no cree que su *individualidad*, como se dice hoy día con poca propiedad, valga la pena de estudiarse más que bajo este concepto, por lo que cualquiera idea que se forme de ella sólo se entreverá confusamente en sus libros. Lejos está el autor de suponer que las partes de que consta particularmente éste, puedan considerarse como materiales positivos para escribir la historia de cualquier corazón humano: hay muchas fantasías en este libro.

Lo que principalmente ha tratado de expresar en esta colección, lo que en ella más ha preocupado al autor es el estado extraño y crepuscular del alma y de la sociedad en el siglo en que vivimos: es esa bruma exterior, esa vacilación interior; es esa semclaridad que nos rodea; por eso se hallan en este libro las esperanzas confundidas con las dudas, cantos de amor interrumpidos por lamentos, cierta serenidad compe-





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE CULTURA Y BIBLIOTECA

## CANTOS DEL CREPÚSCULO

### PREFACIO

La poesía que encabeza esta colección indica el pensamiento que entraña. El prelude explica los *Cantos del Crepúsculo*.

Todo en la actualidad, así las ideas como las cosas, la sociedad y el individuo, pasan por un crepúsculo. Cuál sea éste y qué vendrá detrás de él, es la cuestión más ardua de todas las que se agitan confusamente en este siglo. La sociedad espera que todo lo que está en su horizonte se ilumine o se extinga por completo. Nada más diremos sobre esto, y también seremos parcos en palabras respecto a esta colección.

¿Para qué hemos de hacer notar el hilo casi invisible que liga este libro de poesías a los libros precedentes?... Ofrece el mismo pensamiento con otras inquietudes, las mismas olas con otros vientos, la misma frente con diferentes arrugas, la misma vida en distinta edad.

El autor no insiste sobre esto; sólo deja subsistir en sus obras lo que es personal, por ser mu-

chas veces un reflejo de lo que es general; no cree que su *individualidad*, como se dice hoy día con poca propiedad, valga la pena de estudiarse más que bajo este concepto, por lo que cualquiera idea que se forme de ella sólo se entreverá confusamente en sus libros. Lejos está el autor de suponer que las partes de que consta particularmente éste, puedan considerarse como materiales positivos para escribir la historia de cualquier corazón humano: hay muchas fantasías en este libro.

Lo que principalmente ha tratado de expresar en esta colección, lo que en ella más ha preocupado al autor es el estado extraño y crepuscular del alma y de la sociedad en el siglo en que vivimos: es esa bruma exterior, esa vacilación interior; es esa semclaridad que nos rodea; por eso se hallan en este libro las esperanzas confundidas con las dudas, cantos de amor interrumpidos por lamentos, cierta serenidad compe-



netrada de tristeza, abatimientos que se regocijan vigorizados de repente, desfallecimientos que cobran bríos, esa tranquilidad acompañada del sufrimiento, esas turbaciones interiores que se traslucen apenas en la superficie de los versos, los tumultos políticos examinados con calma, esos retornos religiosos de la plaza pública a la familia, el temor de que todo desaparezca y nos deje en la obscuridad, y en algunos momentos la gozosa y ardiente fe en el progreso eterno y posible de la humanidad.

En este libro, indigno de ocuparse de objetos tan grandiosos, combaten entre sí todos los enemigos; la duda y el dogma, el día y la noche, el punto sombrío y el punto luminoso, como en

todo lo que se presenta ante nuestra vista, como todo lo que pensamos en este siglo, en nuestras teorías políticas, en las opiniones religiosas, en la existencia doméstica, en la historia y en la vida que llevamos.

La última palabra que añade a lo dicho el autor, es, que en esta época de espera y de transición, en esta época en que la discusión es tan encarnizada y de tal modo llevada a su último extremo, en la que sólo se escuchan, se comprenden y se aplauden estos dos monosílabos, sí y no, no pertenece la resolución definitiva a los que niegan, ni a los que afirman, sino a los que esperan.

25 de octubre de 1.

## PRELUDIO

¿Qué nombre hemos de darte, época de transición en que nos encontramos? Baña todas las frentes lívido sudor, y en las alturas del cielo, lo mismo que en el corazón de los hombres, se confunden las tinieblas con las luces

\* \*

Todo se confunde en ella; los que se extravían en los senderos y buscan su camino a través de los campos; las cañas verdes que frotan unas con otras sus lucientes hojas; los *Angelus* lejanos envían sus tañidos a los cielos;

\* \*

Creencias, esperanzas, pasiones, desesperación, nada de esto aparece en plena claridad y nada de esto está obscuro por completo; y el mundo, sobre el que flotan las apariencias, parece cubierto por una sombra en la que todo reluce.

\* \*

La miedra que de estremece en las hendiduras se las bóvedas; el aquilón que ataca al marinero que perece; los carros detenidos en las vueltas de los caminos, enganchándose unos a otros por el eje, como nosotros por el espíritu:

\* \*

El ruido que produce esta sombra encallece el pensamiento; todo se confunde en ella, desde el canto del cazador hasta el estremecimiento de la hoja que roza el aire y que oculta un nido u oculta una flor.

\* \*

El pordiosero lloroso que camina extenuado; el que se entrega a Satanás o el que invoca a Jehová; el clamor de los transeuntes



que se pierde a los lejos; voz al del corazón que siente, el rumor de los pasos que se disipa;

\*\*

Las olas, cuyo número tú solo, Dios, cuentas; el viento que huye; el pedrusco que el arroyo lava de sus impurezas, y todo aquello que, para realizar los vanos proyectos del hombre, la reja dice al surco y la rueda al empedrado;

\*\*

Y la barca, dentro de la que en la obscuridad se oye gemir una lira y que abandonando las playas se entrega a la corriente, y el órgano de los bosques que suspira en las montañas, y el murmullo de voces que surge del seno de las ciudades,

\*\*

Y el hombre que gime y que duda; porque en este siglo, víctima de sonrisas burlonas, todas las convicciones al poco tiempo dejan el poso de la duda, que no es otra cosa que las heces del fondo del corazón.

\*\*

Y de esos ruidos diversos se compone el extraño canto, temible o propicio, que entona nuestra época que trabaja, como sepulturero o como nodriza; que al azar prepara un monumento o tal vez cava una tumba.

\*\*

¡El Oriente! ¿qué es lo que veis en el Oriente, poetas? Volved hacia allí los ojos y los espíritus.— «Ay! respondieron las voces de aquéllos, durante mucho tiempo mudas; vemos que nace allá abajo un día misterioso.

\*\*

»Un día misterioso en el callado cielo, que blanquea el horizonte más allá de las colinas, semejante al lejano fuego de una fragua nocturna que se distingue antes de oír el ruido de los martillos.

\*\*

»Pero ignoramos si esa aurora lejana anuncia el verdadero día, el ardiente sol, porque sobreviniendo sobre nosotros la obscuridad, esa hora inesperada, lo que creemos Oriente puede ser el Occidente.

\*\*

»Quizás sea una noche lo que tomamos por una aurora; quizás ese sol que el hombre desea ver en su cenit y derramar sus rayos en el horizonte, quizá ese sol que esperamos, es un sol que entra en su ocaso.»

\*

¡Señor! ¿es verdaderamente una aurora que alborea? Nuestra an-

siedad crece de punto a cada instante. ¿Vemos demasiado ya o no vemos bastante aún? Señor, ¿estamos en el fin o en el principio?

\*\*

Se extiende por el alma y por la tierra espantoso crepúsculo. Los ojos que ha de alumbrar, en otro universo, ese ignorado sol, que viene o que se va, ¿están cerrados ya, o no se han abierto todavía?...

\*\*

Ese confuso tumulto, que para nuestros espíritus quizás es el ruido que hormiguea en todos los lugares, de alas que en todas partes se disponen a volar, quizás lo produzca en estos momentos el mundo, que dice: ¡Adiós!

\*\*

Ese tumulto confuso que hiere nuestros oídos, puro algunas veces como un hálito y delicioso como los sonidos de un laúd, quizás lo ocasiona un edén que se despierta. Quizás en estos momentos el mundo exclama: ¡Hurra!

\*\*

Allí el árbol se estremece; ¿de alegría o de tristeza? Allí canta el pájaro; ¿llora o ríe? Allí habla el Océano; ¿está contento o quejumbroso? Allí el hombre murmura; ¿canta o gime?

\*\*\*

Gozando de tan poca claridad, ningún alma está tranquila. Sentado en un banco y apoyado en la pared, se encorva el anciano sacerdote, y apenas su vista en la luz del día nebuloso le permite deletrear el libro oscuro que tiene en sus manos.

\*\*

En vano, sacerdote, piensas y te esfuerzas en tu trabajo. El hombre no comprende ya lo que Dios le reveló. Por todas partes, los sentidos dudosos erizan tupidos matorrales; la amenaza está aquí abajo, pero la promesa está allá arriba.

\*\*

¡Que importa! Sin saber cuál será nuestra suerte futura, dormidos o despiertos el destino nos arrastra; ya sea para morir, ya sea para vivir, nuestro siglo no tiene más remedio que cumplirlo.

\*\*

El horizonte, donde resuena un murmullo vago y sonoro, ¿debe palidecer pronto, debe pronto enrojecerse? Espíritu del hombre, espera en estos momentos a que la sombra vaya a descender o el astro vaya a surgir.



Vuelto como los demás hacia el Oriente incierto, recogiendo todos los ruidos dulces o formidables, los murmullos de las alturas, que responden a los nuestros, y los suspiros de cada

uno y los rumores de todos, el poeta, en sus cantos rebosantes de amargura, refleja, como eco triste y sereno, todo lo que el alma sueña y todo lo que el mundo canta o balbucea, esperando lo que nos ofrezca el porvenir.

de octubre de 1835.



## CANTOS DEL CREPÚSCULO

rras. Julio os dió, para salvar a vuestras familias, tres de esos hermosos soles que incendian las Bastillas; vuestros padres no tuvieron más que uno sólo.

I

VERSOS ESCRITOS DESPUÉS DE JULIO  
DE 1830

I

¡Hermanos míos, también vosotros contáis con jornadas gloriosas, con victorias coronadas de flores, con cívicos laureles, con muertos enterrados, con triunfos que son tan halagüeños en la aurora de la vida y con estandartes noveles, pero ya agujereados, y capaces de causar envidia a las viejas banderas de Austerlitz!

\*\*

Podéis estar orgullosos, porque equivaléis a vuestros padres. Habéis sacado vivos del sudario los derechos del pueblo, que éste conquistó después de muchas gue-

Sois sus dignos hijos; su sangre, que corre por vuestras venas, y su alma, que habéis heredado, os prestan un valor heroico. Continuasteis lo que ellos comenzaron; vuestra madre es la fecunda Francia, que cuando le parece, para servir de ejemplo al mundo, hace que transcurra un siglo entero en un solo día.

La Inglaterra celosa, como la Grecia homérica; toda Europa os admira; la joven América se levanta y os aplaude batiendo palmas desde las playas de sus mares. Tres días os han bastado para romper vuestras cadenas, sois descendientes de una raza de bravos, sois hijos de gigantes,



Vuelto como los demás hacia el Oriente incierto, recogiendo todos los ruidos dulces o formidables, los murmullos de las alturas, que responden a los nuestros, y los suspiros de cada

uno y los rumores de todos, el poeta, en sus cantos rebosantes de amargura, refleja, como eco triste y sereno, todo lo que el alma sueña y todo lo que el mundo canta o balbucea, esperando lo que nos ofrezca el porvenir.

de octubre de 1835.



## CANTOS DEL CREPÚSCULO

rras. Julio os dió, para salvar a vuestras familias, tres de esos hermosos soles que incendian las Bastillas; vuestros padres no tuvieron más que uno sólo.

I

VERSOS ESCRITOS DESPUÉS DE JULIO  
DE 1830

I

¡Hermanos míos, también vosotros contáis con jornadas gloriosas, con victorias coronadas de flores, con cívicos laureles, con muertos enterrados, con triunfos que son tan halagüeños en la aurora de la vida y con estandartes noveles, pero ya agujereados, y capaces de causar envidia a las viejas banderas de Austerlitz!

\*\*

Podéis estar orgullosos, porque equivaléis a vuestros padres. Habéis sacado vivos del sudario los derechos del pueblo, que éste conquistó después de muchas gue-

Sois sus dignos hijos; su sangre, que corre por vuestras venas, y su alma, que habéis heredado, os prestan un valor heroico. Continuasteis lo que ellos comenzaron; vuestra madre es la fecunda Francia, que cuando le parece, para servir de ejemplo al mundo, hace que transcurra un siglo entero en un solo día.

La Inglaterra celosa, como la Grecia homérica; toda Europa os admira; la joven América se levanta y os aplaude batiendo palmas desde las playas de sus mares. Tres días os han bastado para romper vuestras cadenas, sois descendientes de una raza de bravos, sois hijos de gigantes.



\* \*

Por vosotros trazaron ellos el círculo triunfal de planos de batallas, el camino victorioso que, partiendo de Francia para abarcar el mundo, y pasando por Moscou, por Cádiz, por Roma y por el Cairo, va desde Jemmapes hasta Montmirail.

\* \*

Sois los hijos de aquellos belicosos liceos, en los que aplaudisteis nuestras pasadas victorias, en los que buscabais descanso a la sombra de los pliegues de un estandarte; por los que con frecuencia Napoleón, absorbido en su gran pensamiento, pasando, cruzado de brazos, por en medio de vuestras espesas filas, os magnetizó con sus miradas.

\* \*

¡Aguila, que ellos debían seguir! Aguila de nuestro ejército, cuyas sangrientas plumas están sembradas en muchos sitios; tú que los cobijaste bajo tus alas paternales, contéplalos con alegría; eres madre y debes estar satisfecha, porque has dado a luz tan bravos aguiluchos

II

Cuando, asustada nuestra ciudad, se despertó una mañana sorprendida y agarrotada, en-

vuelta en una red de inicuas leyes, cada uno de vosotros exclamó:—«Esto es una infame traición! Los pueblos tienen su mañana. Para hacerles que pierdan el camino no basta que una mano desleal le cambie el letrado indicador.

\* \*

«Cuando la palabra brilla, destruye los imponentes obstáculos. Verdad, tú sabes cómo los dientes destrozan las mordazas; puede un rey cerrarte su Louvre, apagar la antorcha que te ilumina o hacer que la extingan los criados, pero esa llama abrasa al que la toca, y tu boca no se puede cerrar con la misma facilidad que la puerta de un palacio

\* \*

«¿Consentiremos que todos nuestros adelantos, que el progreso que debemos a nuestros padres que el trabajo de la raza humana se pierdan para nosotros en un instante? ¿Dejaremos que nos arrebaten las leyes y las Constituciones? ¿Veremos impasibles que derriben encarnizados como si fuera un frágil edificio, tu obra de cuarenta años, laboriosa Libertad?

\* \*

«¿Por semejantes hombres se han blandido las espadas desde el Norte al Mediodía? ¿Por hom-

bres como éstos se han sembrado el gentío de los arrabales y en todos los campanarios resonaba el toque de rebato.

IV

\* \*

«¿Los insensatos que cometen semejantes atentados, no se dan cuenta de que desde que su poder se eleva el horizonte se pone más negro? ¿En la ceguera de su locura no ven que está rebosando la copa, que se les espía desde lejos, que en lontananza relampaguea, y que el león popular aguza siniestramente las garras?»

III

Todos se sublevaron; el hombre, el niño, la mujer: todos los que no carecían de alma, todos los que podían disponer de sus brazos, todos acudieron. Tumuluosamente la ciudad se lanzó impetuosamente noche y día contra batallones enteros. Inútilmente las balas, la metralla, los obuses y los cañonazos desgarraban las entrañas de la ciudad; lienzos de pared y edificios caían arruinados; en las puertas de las casas había hacinamientos de cadáveres; las bocas de los cañones desde lejos abrían brechas en la muchedumbre; pero ella volvía a cerrarse compacta como un mar, y con su ardiente resuello aumentaba

tres días, tres noches en aquella fragua el pueblo se encendía en fuego, destrozando la banda bearnesa con el hierro de la lanza de Jena. En vano diez nuevas legiones se lanzaron con impetu en el formidable foco, porque caballos y jinetes se fundieron en él como las ramas secas que arden en un brasero.

\* \*

¿Cómo conseguiste apaciguar tu cólera, soberana ciudad, vencedora en tres días? ¿Cómo conseguiste, río popular, entrar de nuevo en tu lecho y volver a seguir tu interrumpido curso? Tierra que temblabas al furor tempestuoso de la venganza popular, ¿cómo conseguiste ser inteligente, cómo conseguiste saber elegir al castigar?

\* \*

Es que había muchos corazones estoicos entre vosotros, ciudadanos; es que la heroica juventud luchaba a vuestro lado. En adelante, en todas las ocasiones estaréis unidos por un alma común, por el alma que brilló en todas vuestras hazañas. Os honraron



esas jornadas: ayer no erais sino una multitud, pero hoy ya sois un pueblo.

\* \*

A pueblo semejante han embestido los audaces consejeros del perjurio, calamidades que la Providencia envía en días determinados a los últimos reyes de una raza fatal. ¡Desgraciados aquellos que creen, cegados por su profundo error, que pueden apoderarse de la libertad del mundo, como de un pájaro que se pilla en un lazo!

\* \*

No ocultéis nada de lo que pasó. Las cicatrices embellecen la frente de los soldados. Dejemos que conserve la ciudad herida las cicatrices del combate. Llenemos con sus heroicos muertos los sepulcros del Pantheon; no permitamos que se borre ningún recuerdo; restituyamos su tumba a Luis XVI y su columna a Napoleón.

Dejadme que lllore a la raza muerta que trajo el destierro y que el destierro se volvió a llevar. Acompañemos siquiera hasta las fronteras a los antiguos reyes de nuestros padres. ¡Rinde, bandera de Fleurus, los honores militares a la oriflama que se val

\* \*

No pronunciaré palabras que puedan molestarles; no quiero que les maltrate la despedida de la lira; no he de ofender al anciano que camina hacia el destierro; no debo ensañarme con el caído; no quiero apretar la corona de espinas que la mano del infortunio puso sobre sus cabellos blancos.

\* \*

Cuando son desgraciados, mi voz apenas termina el himno que elevó a sus dolores, cuya cadena se prolonga. En mis cantos bendigo siempre al destierro y a la tumba, y mientras que los demás saludan la aurora de un nuevo reinado, mi poesía, en viaje luctuoso, irá mucho tiempo aún desde Santa Elena hasta San Dionisio.

\* \*

Pero que sirva de lección fatal y eterna a esos pigmeos, extranjeros en la tierra natal, que hacen reinar a los reyes por satisfacer sus ambiciones, y que, petrificándolo todo bajo su grupo inmóvil, acurrados, atizan con su soplo débil la ceniza aun mal apagada de las revoluciones.

VI

Magnífico se os ofrece el porvenir, juventud de Francia, jóvenes amigos míos; un siglo puro y pacífico se abre paso ante vosotros. Cada día traerá una nueva conquista. Veremos majestuosamente, desde la base hasta la cumbre, subir de grada en grada a la irresistible libertad.

\* \*

Vuestros gigantescos padres fueron fuertes y generosos. Intimidadas las naciones, se pusieron bajo su tutela; tan victoriosos fueron en la guerra, que todos los pueblos proclamaban el nombre de Francia, abandonando sus antiguos hábitos y acudiendo a cubrirse con la sombra de Napoleón.

\* \*

A vosotros os impulsa también esa noble ambición. Lograd que en todas partes sea libre el pensamiento y que cada nación sea soberana de sí misma. Enseñad la libertad a los que viven en las tinieblas de la obscura noche, alumbradles el camino, guíad sus pasos y haced que la humanidad se dirija hacia ese sublime objeto.

\* \*

Que el espíritu, según sus deseos, Nápoles se estremece; lloroso siga con más libre vuelo a las el pueblo y asustado, corre, se

artes, a la poesía o a la ciencia; que para todo el que lo implore, el trono tenga eco benévolo y sonoro; que, para hacer al rey más digno, aumente y repita incessantemente todos los consejos de la prudencia y todas las quejas de la desgracia.

\* \*

Sacerdotes, id a rezar ante las fosas; ¿qué vais a hacer en las catacumbas ostentando brillantes vestiduras de púrpura y de oro? Id allí, pero sin lujosa mitra, sin vana pompa, sin levantar un trono en esos sitios sagrados, que sólo requieren oraciones y limosnas; una cruz de madera y un altar de piedra es suficiente para los hombres, como basta para Dios.

VII

Desde este momento, si os dedicáis sólo a encaminar bien las almas, si sois pobres como el pueblo y modestos como las mujeres, nada debéis temer; la Iglesia es vuestro puerto de refugio: cuando durante mucho tiempo ruge la boca del Vesubio, cuando la espumosa lava como un vino en su cubete asoma roja a sus bordes,

\* \*



postra ante la tierra convulsiva, y los gigantes campanarios, conmoviéndose hasta su base, tocan involuntariamente a rebato.

\* \*

De repente estalla un relámpago; fuera del inmeso cráter salta a borbotones, frenéticamente la erupción, y ¡adios frontón griego y templo toscano! Las llamas, las llamas con su fuego pintan las velas de color de púrpura, y se extiende la lava como una cabellera por las espaldas del volcán.

\* \*

Corre la lava profundamente, esa lava que fecunda los campos y que abre puertos en las olas; mar, playas, archipiélagos, todo se estremece a un tiempo; las olas de fuego ruedan rojas y humeantes y los palacios de Nápoles tiemblan, como las hojas de los bosques cuando sopla el huracán.

\* \*

¡Prodigioso caos! Las calles se llenan de ceniza, la tierra vuelve a vomitar las casas desaparecidas, cada techo extraviado choca con el techo próximo, el mar salta en el golfo, la llanura se enciende

Dios así lo quiere; destruyendo las ciudades, llenando los valles de escombros, borrando las islas, trastornando mar y tierra, perdona el Vesubio, junto a su cráter, a la humilde ermita, en la que, arrodillado reza un anciano sacerdote.

10 de agosto de 1830.

## II

## A LA COLUMNA

Muchos diputados pidieron que la Cámara interviniese para que las cenizas de Napoleón fuesen trasladadas a la Columna de la plaza de Vendôme. Después de corta deliberación, la Cámara pasó a la orden del día.

(Cámara de los diputados  
Sesión del 7 de Octubre de  
1830.)

## I

Cuando él edificaba con sus manos colosales ese pilar enorme para su trono, apoyada por la Europa que era su vasalla; ese bronce ante el que todo es polvo y arena, sublime monumento, dos veces imperecedero, fundido en su gloria y en el duro bronce;

diente lanzó a brazadas los cañones enemigos.

\* \*

Cuando le construía, para que un día en la ciudad la guerra extranjera o la guerra civil se estrellasen contra él y para que palidiesen en nuestras plazas los frágiles herederos de César y de Alejandro, nos ofreció ese espectáculo magnífico.

\* \*

El recorrió la tierra, seguido de sus fieles veteranos, que constituían su nación militar, y cuyos nombres conocía; los reyes huían en su presencia; los reyes no tenían su talla; les vencía y recorría los campamentos enemigos recogiendo todos sus cañones.

\* \*

Después regresaba con su grande ejército, embarazando con su botín el paso de la Francia y su Luovre de granito, y los parisenses le recibían con locas aclamaciones de júbilo, a la manera que los aguiluchos reciben al águila cuando vuelve a su nido con la presa.

\* \*

Y apartando con el pie todo ese metal sonoro, iba a visitar el inmenso recipiente, donde hervía aún en estado líquido el monumento cuyo molde forjó su pensamiento, y en su foco ar-

Después partía de nuevo a ganar otras batallas; despojaba otra vez a sus enemigos de los afustes dispersos, y transportando el bronce cogido a la Roma francesa, preguntaba a los fundidores que se inclinaban hacia el horno ardiente:—¿Tenéis bastantes?

\* \*

El ideó este monumento; los fuegos del polígono, la bomba, el sable y el oro de la dragona constituyeron sus primeros juegos: siendo general, como por vía de pasatiempo, se apoderó de las pirámides; siendo emperador, quiso realizar algo más grandioso.

\* \*

Y construyó esa Columna. Con su mano romana torció, mezclando en su colosal monumento los despojos de todo un siglo famoso, los Alpes, que se inclinaron a su paso; al Nilo, al Rhin, al Tiber, al brillante Austerlitz, al frío y nebuloso Eylau.

\* \*

Porque cual antiguo Encélado, probó a escalar el trono universal, removiendo la tierra y el cielo y amontonando durante veinte



años a Wágran sobre Marengo, y del Tabor? Porque haya mandado a Champaubert sobre Arcole, a Pelion sobre Ossa.

\* \*

Cuando pasaste grave y sereno en un inolvidable día por la plaza de Vendôme, héroe adorado por el pueblo, y tranquilo descubriste su magnífico monumento, que contenía con gesto pacífico a tus cuatro águilas de bronce;

\* \*

Cuando a tu alrededor bullían innumerables vasallos, como se congregaban alrededor de Paulo Emilio los niños romanos, yo, niño también entonces de seis años, colocado en primera línea ante tu paso y ansioso por ver tu fisonomía, te aplaudía frenético de entusiasmo.

\* \*

¡Quién te hubiera dicho entonces, al contemplarte colocado en la cima de la Columna, soñando aún en porvenir más deslumbrador, que llegaría un día que habrías de sufrir la afrenta de que muchos abogados pleitearan para que ese monumento no guardase tus cenizas!...

II

Espera, loca juventud, que no es hora todavía. ¿A qué conduce hablarnos de Arcole, de Wágran

y del Tabor? Porque haya mandado un ejército, porque se haya apoderado de algunas ciudades, ¿creéis que va a debilitarse la Europa, si él no atraílla alrededor de su tumba a los jadeantes Demóstenes?

\* \*

Por otra parte el cielo no está tranquilo y nos perturban fatales inquietudes; en el desigual empedrado de la ciudad aun resuena el eco de sus pasos. ¿Por qué tributarle esos honores supremos? ¿Por qué edificarle un templo? ¿Somos un pueblo extraño! ¡Dejad pasar a todos los grandes hombres! Napoleón tiene mucha prisa.

\* \*

¿Vivimos ya tranquilos y sin temor alguno? Pensaremos en ese inmortal cuando los demás héroes tengan sus monumentos; entretanto, tened paciencia; que esperen sus restos humanos, esos despojos de Napoleón, que su valor se tranquilice, y mientras tanto, que entreguen su medida al sepulturero del Pantheon.

III

Sitiar cien ciudades, ganar sesenta batallas, llenar el universo con su nombre; conseguir en el mundo cuanto se propusiera; haber arrebatado en su bélica carrera el Kremlin al czar Pedro y

el Escorial a Carlos V; hacer pesar su recuerdo sobre nuestros enemigos aterrorizados; devorar tan amargas lágrimas en la cárcel de su destierro; haber alcanzado incomparable fortuna, haberse apoderado de un cetro único, ¡y no poder comprar seis pies de tierra debajo de los cañones que conquistó!

IV

Comprenderíase que naciese este temor de que la áspera libertad temiese sembrar en la ciudad sus cenizas; que fuera esa estoica virgen la que proscibiera el nombre glorioso del emperador que nació para reinar y para conquistar, que recordaba a Esparta y a Roma, y que temiera que la sombra de un grande hombre la impidiese realizar sus propósitos.

\* \*

Pero no; la libertad tiene ya conciencia de su fuerza. Un trono es bajo su mano como el muérdago en la corteza de un árbol, cuando la raza de los reyes falta al derecho jurado. Y entre nosotros hemos visto pasar de una manera maravillosa a la raza más antigua y a la más moderna; este siglo, en menos de treinta años, ha devorado a las dos.

\* \*

La Francia guerrera y apacible tiene dos hijas de la misma sangre; la una hace al ejército invencible, la otra poderoso al pueblo. La gloria, que no es la primogénita, ni tiene ejército, ni corona, ni pavés, ni cetro; la gloria no es falaz, y no debe causar miedo a su hermana mayor la libertad.

V

Han rechazado la reliquia inmortal por envidia, porque palidecen ante ella; temen ver a su frente al emperador y de que se eclipsen las lámparas que alumbran sus festines ante el sol brillante de Austerlitz.

\* \*

Eso, no obstante, hubiera sido digno. Si dentro de la Columna los franceses hubieran sabido que se guardaban los inmortales despojos del emperador, ¿quién es capaz de prever en una guerra civil hasta dónde éstos hubieran entusiasmado todos los corazones?

\* \*

Si alguna vez el extranjero, ¡oh ciudad soberanal trajera a pacer los caballos de la Ucrania



en tu suelo querido, sin duda alguna esos huesos hubieran germinado, dando luz a soldados en tu recinto conmovido.

\* \*

Acaso, Columna, algún día, descendiendo a tu base el peregrino pensativo y contemplando con éxtasis esos despojos mortales, arrodillado ante ti, querría pesar el polvo que un Napoleón puede ocupar en el hueco de la mano

\* \*

Hubieran podido conservarse esos maravillosos despojos y contemplar en ellos el brazo fuerte, el atrevido pecho, el pie que durante doce años acicateó al mundo, el hueco de aquellos ojos que fascinaron a las multitudes, la frente prodigiosa y el cráneo fundido en el molde del globo imperial.

\* \*

Entonces nos parecería oír que desde lo alto de la Columna salía el confuso ruido de armas de las batallas y rugir las bocas de los cañones, el relinchar de los caballos, el barullo de las ciudades almenadas, de los clarines, de los tambores, el temible estrépito de este grito: ¡Napoleón!

\* \*

Retóricos tímidos que acabáis de envolveros en la toga, no qui-

sisteis consolar a esa viuda, digna de ser venerada por todos los partidos, y al repartiros el imperio de Alejandro, tenéis miedo de una sombra, tenéis miedo de un puñado de cenizas. ¡Oh, sois muy pequeños!

VI

Permanece en tu sepulcro, permanece en el espumoso peñasco, en el que con la rapidez de una bomba caíste caliente aún y humeante. Permanece en la áspera isla de Santa Elena, en la que sorprendido el hombre, contempla en toda su magnitud los azares de la fortuna; permanece en la obscuridad que te envuelve bajo el sauce sagrado, cuyas hojas se desparraman por todo el universo.

\* \*

Al menos allí duermes sin que nadie te ultraje. Con frecuencia allí te despiertan los llantos de cariño y de rabia de un soldado rojo, que se arrodilla ante ti. Desde allí puedes ver, si te levantas de tu sarcófago, desde lo alto de las playas, por la extensión azul de las aguas, correr hacia tu roca solitaria todas las velas de los barcos, como si corriesen a buscar el verdadero centro de la tierra.

también reserva para tu tumba centenaria (única majestad de que es cortesano) profundo gemido, infinito y cariñoso, que hará que tu sombra no eche aquí de menos el incesante murmullo del Océano.

9 de octubre de 1830.

VII

Duerme, que quizás llegará el día en que iremos a buscarte, pues para nosotros eres como una divinidad y nunca fuiste el señor; porque nos afecta tu destino fatal, y, ya sigamos la bandera tricolor, ya nos guíe la oriflama, no estamos pendientes de esa cuerda infame que te arranca de tu pedestal.

\* \*

Celebraremos por ti magníficos funerales; quizás también nosotros libremos nuestras batallas; defenderemos y haremos que sea respetado tu sepulcro; reuniremos ante él a la Europa, al Africa y al Asia, y llevaremos allí a la poesía joven cantando a la libertad.

\* \*

Te encontrarás bien entre nosotros, tendido bajo tu Columna, en el seno del poderoso París que fermenta y que hierve bajo un cielo que tantas tempestades han ensombrecido, debajo del empedrado sobre el que ruedan los cañones, sobre el que las legiones pasan, sobre el que el pueblo ruge a semejanza de la mar.

\* \*

Si el pueblo sólo reserva para los tiranos los rayos y el abismo,

Aquellos que murieron heroicamente por la patria tienen derecho a que la multitud acuda a rezar ante sus tumbas. Entre los nombres célebres su nombre será el más ilustre; comparadas con la suya, todas las glorias serán efímeras y se disiparán. Como una cariñosa madre, la voz de un pueblo entero los mecerá en la sepultura.

\* \*

¡Gloria a nuestra eterna Francia! ¡Gloria a los que murieron por ella; a los mártires, a los valientes, a los fuertes, a los que les imitan, a los que desean ocupar un sitio en el templo de la inmortalidad y mueren como los héroes.

\* \*

Para los que así sucumben, para conservar su memoria, el alto



en tu suelo querido, sin duda alguna esos huesos hubieran germinado, dando luz a soldados en tu recinto conmovido.

\* \*

Acaso, Columna, algún día, descendiendo a tu base el peregrino pensativo y contemplando con éxtasis esos despojos mortales, arrodillado ante ti, querría pesar el polvo que un Napoleón puede ocupar en el hueco de la mano

\* \*

Hubieran podido conservarse esos maravillosos despojos y contemplar en ellos el brazo fuerte, el atrevido pecho, el pie que durante doce años acicateó al mundo, el hueco de aquellos ojos que fascinaron a las multitudes, la frente prodigiosa y el cráneo fundido en el molde del globo imperial.

\* \*

Entonces nos parecería oír que desde lo alto de la Columna salía el confuso ruido de armas de las batallas y rugir las bocas de los cañones, el relinchar de los caballos, el barullo de las ciudades almenadas, de los clarines, de los tambores, el temible estrépito de este grito: ¡Napoleón!

\* \*

Retóricos tímidos que acabáis de envolveros en la toga, no qui-

sisteis consolar a esa viuda, digna de ser venerada por todos los partidos, y al repartiros el imperio de Alejandro, tenéis miedo de una sombra, tenéis miedo de un puñado de cenizas. ¡Oh, sois muy pequeños!

VI

Permanece en tu sepulcro, permanece en el espumoso peñasco, en el que con la rapidez de una bomba caíste caliente aún y humeante. Permanece en la áspera isla de Santa Elena, en la que sorprendido el hombre, contempla en toda su magnitud los azares de la fortuna; permanece en la obscuridad que te envuelve bajo el sauce sagrado, cuyas hojas se desparraman por todo el universo.

\* \*

Al menos allí duermes sin que nadie te ultraje. Con frecuencia allí te despiertan los llantos de cariño y de rabia de un soldado rojo, que se arrodilla ante ti. Desde allí puedes ver, si te levantas de tu sarcófago, desde lo alto de las playas, por la extensión azul de las aguas, correr hacia tu roca solitaria todas las velas de los barcos, como si corriesen a buscar el verdadero centro de la tierra.

también reserva para tu tumba centenaria (única majestad de que es cortesano) profundo gemido, infinito y cariñoso, que hará que tu sombra no eche aquí de menos el incesante murmullo del Océano.

9 de octubre de 1830.

VII

Duerme, que quizás llegará el día en que iremos a buscarte, pues para nosotros eres como una divinidad y nunca fuiste el señor; porque nos afecta tu destino fatal, y, ya sigamos la bandera tricolor, ya nos guíe la oriflama, no estamos pendientes de esa cuerda infame que te arranca de tu pedestal.

\* \*

Celebraremos por ti magníficos funerales; quizás también nosotros libremos nuestras batallas; defenderemos y haremos que sea respetado tu sepulcro; reuniremos ante él a la Europa, al Africa y al Asia, y llevaremos allí a la poesía joven cantando a la libertad.

\* \*

Te encontrarás bien entre nosotros, tendido bajo tu Columna, en el seno del poderoso París que fermenta y que hierve bajo un cielo que tantas tempestades han ensombrecido, debajo del empedrado sobre el que ruedan los cañones, sobre el que las legiones pasan, sobre el que el pueblo ruge a semejanza de la mar.

\* \*

Si el pueblo sólo reserva para los tiranos los rayos y el abismo,

Aquellos que murieron heroicamente por la patria tienen derecho a que la multitud acuda a rezar ante sus tumbas. Entre los nombres célebres su nombre será el más ilustre; comparadas con la suya, todas las glorias serán efímeras y se disiparán. Como una cariñosa madre, la voz de un pueblo entero los mecerá en la sepultura.

\* \*

¡Gloria a nuestra eterna Francia! ¡Gloria a los que murieron por ella; a los mártires, a los valientes, a los fuertes, a los que les imitan, a los que desean ocupar un sitio en el templo de la inmortalidad y mueren como los héroes.

\* \*

Para los que así sucumben, para conservar su memoria, el alto



Pantheon eleva hasta las nubes, por encima de las mil torres que embellecen la ciudad de París, reina de nuestras modernas Tyros y de nuestras Babilonias, esa corona de columnas, que los rayos del sol doran eternamente.

## IV

## BODAS Y FESTINES

\* \*

¡Gloria a nuestra eterna Francia! ¡Gloria a los que murieron por ella; a los mártires, a los valientes, a los fuertes, a los que les imitan, a los que desean ocupar un sitio en el templo de la inmortalidad y mueren como los héroes!

\* \*

Para semejantes muertos, en vano la noche sombría del olvido, a la que va a parar y desvanecerse todo lo que desaparece, pasa por su sepulcro, ante el que nos prosternamos; porque todos los días aparece para ellos la gloria, esa aurora cuya luz serena hace brillar su memoria y dora su recuerdo.

\* \*

¡Gloria a nuestra eterna Francia! ¡Gloria a los que murieron por ella; a los mártires, a los valientes, a los fuertes, a los que les imitan, a los que desean ocupar un sitio en el templo de la inmortalidad y mueren como los héroes!

Julio de 1831.

La sala es grande, espléndida; la mesa es inmensa. Siempre por algún extremo empieza el mágico festín, en el que se amontonan el oro, el cristal y la plata cincelada. En esa larga mesa tienen sitio todos los sexos y todas las edades. El veterano que ha tomado parte durante cuarenta años en los trabajos de la guerra, grave y serio; el joven rubio a quien apenas apunta el bozo, la joven de miradas tiernas, el niño que balbucea, el anciano que tartamudea, todos comen, todos tienen apetito, y el apetito les regocija, y los que más se encarnizan en la comida son aquellos que ya no tienen dientes y los que no los tienen aún.

\* \*

Cascos, cimbras, florones, banderas triunfales, leones coronados, buitres, bucéfalos, estrellas de plata en obscuro campo de sinople, abejas de oro sobre campo de gules de púrpura y azucenas en fondo de azur, cadenas, todas las formas extrañas de la heráldica, como leopardos alados, águilas y grifos, se arremolinan alrededor de los convidados, se encaraman

a los techos, se retuercen en los arabescos de las alfombras, surgen su atrevido pieo en la copa esculpida y suspenden en los artesones cortinajes deslumbradores, que cuelgan desde las vigas del techo hasta las cabezas de los comensales y cuyas franjas soberbias las rozan, como pasan los pájaros rozando la hierba con las alas. Como en el banquete todo resuena y todo brilla, parece que se lo disputen la luz y el ruido.

\* \*

Por todas las ventanas sale el rumor de la fiesta. Los convidados ciñen sus frentes con coronas y ocupan un trono donde se sienta el orgullo, llevando un cetro en la mano y una cadena al pie; algunos quizá quisieran escabullirse de allí, y el esclavo mejor atado es el dueño de la casa.

\* \*

El poder embriagador que convierte al hombre en Dios; el amor, miel y veneno a un tiempo mismo; el amor, filtro de fuego, que se compone de los confundidos hálitos del hombre y de la mujer, de los estremecimientos de la carne y de las ilusiones del alma; el placer, hijo de la noche, cuyos ojos ardientes de esperanza languidecen por la mañana y se encienden por la noche; las jaurías, los picadores, la caza, los que pasan el día corriendo por el campo

en pos del sonido de la bocina; los lechos de cedro y de plata sobredorada, contruidos, más bien que para el sueño, para la voluptuosidad; los lujosísimos palacios, que al pobre envidioso hacen crujir los dientes; los parques majestuosos de los que entre la hojarasca se distinguen las paredes, en los que de noche se oyen músicas que salen del seno de los estanques; el pudor de las beldades, fácilmente vencido; la justicia vendida por la cantidad de oro convenida; el terror de los pequeños, el respeto de los transeuntes; la guerra, que es elemento que sazona la felicidad de los poderosos; el cañón lleno hasta la boca de metralla, que asoma el largo cuello fuera de las murallas; el regimiento en marcha, pólipa de mil pies; la gran capital, produciendo su multiplicado murmullo; todo lo que lanza al cielo, sea ciudad, sea ejército, olas de polvo y olas de humo; el presupuesto, enorme monstruo, admirable pez al que todos le echan el anzuelo por todas partes y que, flotando en olas de oro, arrastra el vientre cubierto de escamas que son las monedas: tales son los manjares divinos que en platos dorados sirven a los convidados cien criados a un mismo tiempo y que en los hornillos del laboratorio sombrío y subterráneo que arde en la obscuridad prepara noche y día para el real festín ese alquimista que se llama Destino.



\* \*

El sombrío anfitrión no quiere que haya platos vacíos, y los sirven con tal profusión, que hartan a los más voraces; que para elegir mejor entre los sabrosos bocados tienen por consejeros a su conciencia, o lo que así se llama; compañera perspicaz, guía segura del hombre, al que por imprudencia, las nodrizas de los reyes, desde que éstos empiezan a jugar, les sacan los ojos.

\* \*

En esa larga mesa se sientan los grandes y los felices del mundo, para gozar del inagotable bienestar de su vida, para embriagarse en el espléndido festín, en el que a través de esplendores brillantes ven desfilar por su imaginación flotantes imágenes; y las risas, las conversaciones, las lámparas y los vinos provocan en el alma ardiente torbellino, mientras que la vista deslumbrada vaga alegremente desde todo lo que fluye hasta todo lo que llamea.

\* \*

Pero de repente, mientras que los cantos y las risas hacen olvidar a los convidados el mundo exterior; en los momentos en que la mesa, la sala, los criados, los comensales y las lámparas brillan con más esplendor y la orquesta escondida difunde más

alegres y más voluptuosos sonidos; en los momentos culminantes de la embriaguez y del delirio, en los que se hace burla con desprecio del pueblo, que, cubierto de andrajos, está sentado a la puerta, suenan en la escalera precipitadamente los pasos de alguien que sube, los pasos de uno a quien nadie esperaba y que, sin embargo, la prudencia pedía que se contase con él

\* \*

No cerréis la puerta. Os precisa abrirla y dejar que entre al que se presente. Y unas veces es la muerte y otras el destierro que llega jadeante; la una con el sepulcro, el otro con una tienda; la muerte con pies de plomo, el destierro con pasos ligeros, espectro que viste un traje extranjero.

\* \*

El espectro es espantoso; entra en la sala y proyecta sobre todas las frentes su sombra colosal; los convidados se encorvan como los árboles al solpo de los vientos; el espectro escoge a uno de ellos, con frecuencia al que está más ebrio, le separa de la mesa, con asombro de todos, y se lo lleva cuando aun tiene los labios mojados de vino.

20 de agosto de 1832.

\* \*

V

NAPOLEÓN II

I

¡Mil ochocientos oncel! ¡Felices aquellos tiempos en que los pueblos innumerables prosternados esperaban ante una negra nube saber la voluntad del cielo, cuando veían conmoverse las monarquías seculares y contemplaban el Louvre, que tronaba y relampagueaba como un nuevo monte Sinaí

\* \*

Inclinados, como el caballo que oye el rumor de los pasos de su dueño, se decían unos a otros: —«Grande será el ser que nazca; mañana espera tener un heredero el glorioso imperio. ¿Qué será lo que conceda el Señor al hombre que, superior a César, absorbe en su suerte la suerte del género humano?»

\* \*

Mientras hablaban así, la enorme y brillante nube se entreabrió, apareciendo en ella el hombre predestinado; estáticos los pueblos enmudecieron a impulsos del respeto y él, levantando los brazos, presentó al mundo un niño recién nacido.

\* \*

En cuanto el niño respiró, sobre la cúpula de los Inválidos ondearon estremecidas las banderas, como se estremecen las espigas al soplo de los vientos; y el primer grito del niño, que la nodriza apacigua, hace saltar y aullar de contento a los cañones monstruosos agazapados en el edificio.

\* \*

El, orgulloso de este acontecimiento, abrió al fin los dos brazos, que hasta entonces tenía siempre cruzados sobre el pecho, y el niño, sostenido por las manos paternas, inundado por los resplandores de sus pupilas imperiales, lanzaba miradas brillantes.

\* \*

Cuando presentó al heredero de sus tronos a las antiguas naciones y a las antiguas coronas, satisfecho como el águila que ha subido a descansar a una alta cumbre, exclamó con júbilo: —«El porvenir me pertenece: el porvenir es mío.»

II

No, el porvenir no pertenece a nadie; el porvenir sólo pertenece a Dios. Cada vez que suena una hora en el reloj, todo lo viviente se despide de nosotros. El porvenir es un misterio. Todas las cosas



que nos deslumbran en el mundo, gloria, fortuna militar, corona real, brillantes victorias, ambiciones realizadas, sólo se posan un momento sobre nosotros como los pájaros en las extremidades de las ramas.

No; por poderoso que sea el hombre, ya ría, ya llore, nunca consigue hacerte hablar, ni que abras antes de tiempo la mano helada, fantasma mudo, sombra nuestra, espectro enmascarado, que sigues nuestros pasos y al que llamamos Mañana.

¡Mañana! ¿Quién sabe lo que traerá mañana?... El hombre siempre hoy la causa y Dios hace que madure mañana el efecto. Mañana es el rayo que rasga el velo, es la nube que apaga la luz de la estrella, es el ariete que bate las torres, es el astro que cambia de zona, es el trono con el terciopelo desgarrado, que deja ver su armazón de madera.

Mañana es el caballo que cae al suelo cubierto de espuma; mañana es, ¡oh conquistador! Moscov, que arde de noche como una antorcha; es tu guardia veterana, que cubre de cadáveres la llanura; mañana es Waterlío, mañana es Santa Elena, mañana es la tumba.

\* \*

¡Pudiste entrar en las ciudades al galope de tu corcel, cortar las guerras civiles con el filo de tu acero; pudiste cegar el paso del altivo Támesis, tener fascinada a la victoria, enamorada de tus clarines; romper las puertas cerradas, sobrepujar a todos los capitanes, conceder como insignia a tus ejércitos la estrella de tus espuelas; pero Dios se reservó la duración de todo esto y te dejó un pequeño espacio de tiempo; pudiste ocupar todo el sitio de la tierra; pudiste tomar, impulsado por tu ambición, la Europa a Carlo-Magno y el Asia a Mahoma, pero no podrás nunca conquistar el Mañana que está en poder del Eterno!

III

¡Terrible lección la que sufriste! Cuando tu hijo recibió como un chupador la corona de Roma, revestido con un nombre resonante; cuando fué presentada la temblorosa frente real ante el pueblo, maravillado de ver que un rey era al mismo tiempo tan grande y tan pequeño;

\* \*

Quando su padre para él había ganado tantas batallas; cuando hubo acumulado las filas de sus ejércitos, murallones vivientes, al-

rededor de la cuna del risueño según la fuerza de sus dientes, se recién nacido; cuando ese gran apoderó de la presa; Inglaterra obrero había casi casi ya reeditado el mundo, como su imaginación soñaba; Austria el águila y el aguilucho

\* \*

\* \*

Quando las manos paternas lo tenían todo preparado para dotar al tierno niño de esplendores eternos; cuando podía suponer que tenía segura una existencia magnífica para él; cuando para alojarse un día al monarca hereditario, se habían abierto ya bajo tierra los cimientos de mármol para sus palacios;

\* \*

Quando para calmar su sed habían colocado delante de Francia un enorme cáliz, lleno del vino de la esperanza, antes que pudiera gustar una sola gota de ese veneno dorado, antes que sus labios rozasen los bordes de la copa, sobrevino un cosaco que, arrebatando al niño y colocándolo a su grupa, azorado huyó con él.

IV

El águila, una tarde, se cernía en las bóvedas azules, y una fuerte ráfaga de viento le rompió las dos alas; al caer produjo en los aires luminoso surco, y entonces todos se abalanzaron a su nido con siniestra alegría; cada uno,

Ya sabéis el destino que le dieron al gigante histórico. Durante seis años en su destierro le encerraron, pasando los cerrojos los prudentes reyes, poniendo su gran figura en estrecho calabozo

\* \*

El destierro no hubiera sido tan doloroso para él si no hubiera amado algún ser en el mundo; pero los corazones de león son los verdaderos corazones de padre, y él amaba entrañablemente a su hijo; sólo conservaba en la cárcel dos cosas: el retrato de un niño y el mapa de un mundo, su corazón y su genio.

\* \*

Por la noche, cuando sus miradas se perdían en el techo de su dormitorio, lo que agitaba su imaginación era aquello que le atraía de su pasado—mientras sus carceleros, centinelas colocados allí para espiar de día y de noche el vuelo de sus pensamientos, veían aparecer sombras pasajeras sobre su frente.

\* \*

No le preocupaba la brillante epopeya que poco tiempo antes



había escrito con la punta de la espada; no eran Arcole, Austerlitz ni Montmirail; ni el recuerdo de las altísimas pirámides, ni el pachá del Cairo y sus caballos nómadas, que mordían el pretal del suyo.

\* \*

No era el ruido de las bombas y de la metralla, que a sus pies durante veinte años produjeron las batallas, desencadenadas en negros torbellinos, cuando con sus manos plantaba en ese mar proceloso sus banderas en medio de la refriega, como si fuesen los mástiles levantados por la correcta alineación de sus batallones.

\* \*

No pensaba en Madrid, en el Kremlin ni el Pharo, ni en la diana resonando al romper el día, ni en sus vivacs dormitando a la luz de las estrellas, ni en sus cabezudos dragones, ni en sus granaderos épicos, ni en sus rojos lanceros que hormiguearon entre las picas, como las amapolas entre la espesura de los trigos.

\* \*

No le preocupaba nada de eso, sino únicamente el recuerdo de un hermoso y sonrosado niño, que dormía con la boca semiabierta, mientras que, cariñosamente, su cuidadora nodriza, enseñándole una gota de leche suspendida en

el pezón del pecno, se excitaba a que se sonriese.

\* \*

El padre entonces apoyaba los codos en los brazos del sillón y desahogaba el pecho henchido de sollozos, y lloraba de cariño.— ¡Bendito seas, pobre niño, hoy desaparecido de la tierra, único ser que podías distraer su pensamiento de la infortunada pérdida del trono del mundo!

v

Hoy los dos han muerto.— Señor, tenéis el terrible derecho de disponer de los mortales. Empezasteis por arrebatarnos al héroe invencible; después hicisteis lo mismo con el niño; diez años os bastaron para preparar el sudario del padre y el del hijo. Gloria, juventud y orgullo son los bienes que la tumba nos arrebató. El hombre bien quisiera dejar alguna cosa junto a la puerta de su sepulcro, ¡pero la Muerte le niega este consuelo! Cada elemento vuelve adonde todo debe descender: el aire se apodera del humo, la tierra de las cenizas y el olvido del nombre del hombre.

vi

¡Oh, revoluciones! ¡Soy el último de los marineros e ignoro lo que Dios elabora en la obscuridad,

debajo del tumulto de vuestras olas. La multitud se burla y os odia; pero, ¿quién sabe de qué manera Dios trabaja? ¿Quién sabe si el oleaje que se estremece, si el grito de los amargos abismos, si la tromba, si los truenos y los rayos son necesarios para que los mares produzcan la perla?

\* \*

Entretanto es temible esa tempestad para los pueblos y para las naciones, porque es un mar ciego y sordo el pueblo en revolución. Poeta, ¿de qué sirve tu cantar? Los cánticos que tu genio esboza caen en las olas inquietas, que no los oyen; la bruma enronquece tu voz, el viento lleva lejos tu pluma, ¡pobre pájaro que cantas en la punta del mástil de un buque perdido!

\* \*

Larga es la noche y la tormenta eterna; el cielo no presenta ni un pequeño espacio azul; hombres y cosas, en revuelta mezclanza ruedan hacia el abismo; todo abate el rumbo y se hunde en las olas, reyes en la cuna y señores del mundo; el grande y el infante Napoleón. Todo se borra, todo se desata; una ola sucede a otra, y la que pasa, olvida lo mismo al Leviatán que al Alción.

Agosto de 1832.

## VI

## APROPÓSITO DEL BAILE DE HOTEL DE VILLE

El Hotel de Ville ilumina de día a bajo su fachada; el príncipe y mil luces brillan allí, y la fiesta de esta noche va a resplandecer como alumbra la inspiración en la frente del poeta sagrado. Pero esa fiesta no ha sido, amigos míos, un pensamiento oportuno; nada justifica que Francia ofrezca este banquete; verdaderamente no es un baile lo que se necesita para aliviar los dolores de la ciudad.

\* \*

Hubiera sido más oportuno cerrar algunas llagas abiertas de las que asustan a los hombres pensadores, apuntalar la escalera que desde abajo llega hasta arriba, aumentar los talleres, disminuir los patíbulos; hubiera sido preferible socorrer a los niños pobres que carecen de pan; hubiera sido preferible devolver el paraíso al desdichado impío en vez de encender arañas y a que pasen la noche despiertos algunos locos entregados al vértigo del baile.

\* \*

Reinas de nuestros hogares, mujeres puras y generosas, flores



había escrito con la punta de la espada; no eran Arcole, Austerlitz ni Montmirail; ni el recuerdo de las altísimas pirámides, ni el pachá del Cairo y sus caballos nómadas, que mordían el pretal del suyo.

No era el ruido de las bombas y de la metralla, que a sus pies durante veinte años produjeron las batallas, desencadenadas en negros torbellinos, cuando con sus manos plantaba en ese mar proceloso sus banderas en medio de la refriega, como si fuesen los mástiles levantados por la correcta alineación de sus batallones.

No pensaba en Madrid, en el Kremlin ni el Pharo, ni en la diana resonando al romper el día, ni en sus vivacs dormitando a la luz de las estrellas, ni en sus cabezudos dragones, ni en sus granaderos épicos, ni en sus rojos lanceros que hormiguearon entre las picas, como las amapolas entre la espesura de los trigos.

No le preocupaba nada de eso, sino únicamente el recuerdo de un hermoso y sonrosado niño, que dormía con la boca semiabierta, mientras que, cariñosamente, su cuidadora nodriza, enseñándole una gota de leche suspendida en

el pezón del peco, se excitaba a que se sonriese.

El padre entonces apoyaba los codos en los brazos del sillón y desahogaba el pecho henchido de sollozos, y lloraba de cariño.— ¡Bendito seas, pobre niño, hoy desaparecido de la tierra, único ser que podías distraer su pensamiento de la infortunada pérdida del trono del mundo!

Hoy los dos han muerto.— Señor, tenéis el terrible derecho de disponer de los mortales. Empezasteis por arrebatarnos al héroe invencible; después hicisteis lo mismo con el niño; diez años os bastaron para preparar el sudario del padre y el del hijo. Gloria, juventud y orgullo son los bienes que la tumba nos arrebató. El hombre bien quisiera dejar alguna cosa junto a la puerta de su sepulcro, ¡pero la Muerte le niega este consuelo! Cada elemento vuelve adonde todo debe descender: el aire se apodera del humo, la tierra de las cenizas y el olvido del nombre del hombre.

¡Oh, revoluciones! ¡Soy el último de los marineros e ignoro lo que Dios elabora en la obscuridad,

debajo del tumulto de vuestras olas. La multitud se burla y os odia; pero, ¿quién sabe de qué manera Dios trabaja? ¿Quién sabe si el oleaje que se estremece, si el grito de los amargos abismos, si la tromba, si los truenos y los rayos son necesarios para que los mares produzcan la perla?

Entretanto es temible esa tempestad para los pueblos y para las naciones, porque es un mar ciego y sordo el pueblo en revolución. Poeta, ¿de qué sirve tu cantar? Los cánticos que tu genio esboza caen en las olas inquietas, que no los oyen; la bruma enronquece tu voz, el viento lleva lejos tu pluma, ¡pobre pájaro que cantas en la punta del mástil de un buque perdido!

Larga es la noche y la tormenta eterna; el cielo no presenta ni un pequeño espacio azul; hombres y cosas, en revuelta mezclanza ruedan hacia el abismo; todo abate el rumbo y se hunde en las olas, reyes en la cuna y señores del mundo; el grande y el infante Napoleón. Todo se borra, todo se desata; una ola sucede a otra, y la que pasa, olvida lo mismo al Leviatán que al Alción.

Agosto de 1832.

## VI

APROPÓSITO DEL BAILE DE HOTEL DE VILLE

El Hotel de Ville ilumina de día a bajo su fachada; el príncipe y mil luces brillan allí, y la fiesta de esta noche va a resplandecer como alumbra la inspiración en la frente del poeta sagrado. Pero esa fiesta no ha sido, amigos míos, un pensamiento oportuno; nada justifica que Francia ofrezca este banquete; verdaderamente no es un baile lo que se necesita para aliviar los dolores de la ciudad.

Hubiera sido más oportuno cerrar algunas llagas abiertas de las que asustan a los hombres pensadores, apuntalar la escalera que desde abajo llega hasta arriba, aumentar los talleres, disminuir los patíbulos; hubiera sido preferible socorrer a los niños pobres que carecen de pan; hubiera sido preferible devolver el paraíso al desdichado impío en vez de encender arañas y a que pasen la noche despiertos algunos locos entregados al vértigo del baile.

Reinas de nuestros hogares, mujeres puras y generosas, flores



que perfumáis nuestras viviendas, flores en la cabeza, barro en los pies y odio en el pecho.

permanecer virtuosas, que nunca habéis combatido contra el mal, a quienes la infame envenenadora del hambre nunca ha dicho:— «Vendedme vuestro cuerpo, esto es, vuestra alma»; vosotras cuyo corazón alberga la alegría y la inocencia, vosotras que asistís alegres a esta fiesta, mientras hay otros que sufren en otras partes, porque no sabéis que existen esos dolores, porque la casualidad os puso en la esfera más alta y vivís y brilláis sin ver, pues tanto os deslumbran los rayos de la felicidad, a los que bajo de vosotras gimen en las tinieblas.

\* \* \*

El príncipe, el rico, el universo entero sólo piensa en regocijarse al ver que nadáis en la abundancia. Poséis la belleza, disfrutáis de ricas galas; el susurro de las fiestas os embriaga, y como vuelan hacia la luz las mariposas, voláis hacia todos los goces de la vida. Acudís a este baile ignorando que entre la gente que os sigue, que entre la muchedumbre que sólo llega hasta las puertas, se encuentran otras mujeres, vestidas con tanto lujo como vosotras, que se adornan para luego venderse en las calles; que como vosotras para acudir al baile, deslumbrantes y semidesnudas, se presentan para veros pasar, ocultando su desgracia tras cínica sonrisa, llevando

Mayo de 1832.

## VII

señor, si queréis proteger a Francia, no debéis consentir las eternas luchas ni que la devoran, ni la existencia de esos tronos que se levantan y que se derriban en un momento, ni las tristes libertades que unos y otros nos conceden y que nos arrebatan, ni el torrente de lágrimas, de pasiones y de ideas que siembran en las costumbres sus olas desbordadas; ni esos tribunos que oponen una Constitución a un abuso, ni la guerra, cada vez más sombría y más profunda, que hacen los partidos al poder y el poder a los partidos; ni la repulsión de los grandes, que irrita a los pequeños; ni esos rumores, esos choques, esos clamores, esos sistemas que se fraguan en la obscuridad y que consiguen que el tumulto, el odio y el ruido informen los discursos, y que son la causa de que por la noche, cuando queremos entregarnos al reposo, se oiga el estrépito que producen los pesados cañones que ruedan por el empedrado.

30 de agosto de 1832.

dió en el ocaso; ayer exclamábamos: Grecia, Atenas, Esparta, Leónidas, Botzaris, Demóstenes, Canaris... luego llegó el entreacto, y ahora en nuestra imaginación, que llenaba tu apoteosis, la borramos para escribir en ella otros nombres. ¡Adiós, héroes griegos! Vuestros laureles están marchitos y nuestras miradas se dirigen a otras orientaciones. Ya no se oye forjar tu gloria sobre el yunque de la prensa, gigante que enciende todos los fuegos, prodigioso ciclope de voz tonante, a la que más de un Ulises hizo saltar el único ojo algunas veces. ¡Oh prensal Eres un obrero que despiertas todos los días y que deshaces con frecuencia lo que hiciste el día anterior; pero ya que es así, forja al menos con tus manos soberanas una armadura de bronce para todo aquello que sea justo.

\* \* \*

Te habíamos olvidado; pero, ¿qué te importa? Te resta, notable marino, el oleaje que te sostiene sobre tu navío, el viento propicio y la estrella de la tarde, que te ve partir. Te queda la esperanza, el azar, las aventuras, tus viajes, el cambio eterno de objetos y de lugares, la gozosa llegada y la alegre partida; el orgullo que siente el hombre libre de vivir en un brick fuerte, ligero y bien provisto, ya tenga que franquear sinuoso estrecho, ya le balancee,

## VIII

### A CANARIS

¡Canaris! ¡Te habíamos echado en olvido! Cuando ha pasado la hora del héroe, cuando el actor sublime hizo ya llorar o reír y pronunció en su tiempo las palabras que Dios le dictaba; cuando, llegados en el momento oportuno de las revoluciones, los grandes hombres acabaron de realizar sus trascendentales actos, brillantes o sombríos, y vuelven a entrar en la obscuridad, su nombre se olvida del mismo modo que el de los actores. Y hasta que llegue el día en que un inspirado poeta pueda crear un mundo, se apodere de ellos y encienda una aureola sobre su frente, nadie los recuerda y la multitud clamorosa que otras veces, en el instante de verlos aparecer, los aplaudía, si se les nombra delante de ella, estupefacta, pregunta: —¿Quién es ese hombre?...

\* \* \*

Te habíamos olvidado, Canaris, y se había eclipsado tu gloria. Movemos mucho calmoreo, pero en él no suenan aclamaciones ni cantos en tu alabanza; la multitud no sabe ya pronunciar tu nombre ilustre; el sol de tu fama se escond-



suavemente el Océano, ya le combatan los aquilones y las tempestades.

\* \*

Te quedan, ¡oh griego! el cielo sin nubes y el mar azul, tus ligeras águilas que en un vuelo recorren una legua, tu sol puro en todas las estaciones, la tranquila belleza de los tibios horizontes, tu lenguaje armonioso y sensual, que con el transcurso del tiempo ha participado de los idiomas de Italia, el idioma de Homero, en el que el Dante ha ingertado algunas palabras. Te quedan tus tesoros de hombre libre; el largo fusil con arabescos, el yatagán espléndido, los anchos calzones de hilo, los caftanes de terciopelo rojo franjeados de oro. Cuando tu navío huye sobre el mar, costean-do orgullosas playas célebres, te queda el goce de entrever, ya un frontón blanco en las brumas de la tarde, ya en un sendero cercano al mar a una mujer de Tebas o de Salamina, aldeana de lindos ojos, que va a vender trigo y que aguja la yunta de bueyes, sentada sobre un carro homérico, como la antigua Isis en los bajos relieves de Egipto.

Octubre de 1832.

## IX

Sola al pie de la torre, de la que sale la voz del amo, cuya sombra aparece a cada momento en el umbral de la puerta, acostumbrada a ver que el esposo se convierte en verdugo, pálida y arrodillada en el suelo, estás, triste Polonia, vencida y atada y próxima a la muerte. Tus manos blancas a falta de tus hijos estrechan sobre el pecho un crucifijo empapado en tu sangre. Los bachkirs (1) han pisoteado tu manto real, que conserva aún las huellas de los clavos de sus sandalias. Cada instante se oye rugir una voz, el ruido de pasos, y se ve relucir un sable; y tu, cogiéndote a los muros que bañas con tus lágrimas, y levantando los moribundos brazos, la decaída frente y los ojos empañados ya por la sombra de la muerte, exclamas: — «Francia, hermana mía, ¿no quieres venir a defenderme?»

Septiembre de 1835.

## X

AL HOMBRE QUE VENDE A UNA MUJER

Es una vergüenza, no sólo para esta mujer, que fué sagrada para todos, de corazón débil, pero de

(1) *Bachkirs*: pueblos que habitan al pie de los montes Urales, al Sudeste, entre los ríos Ural y Volga.—(N. del T.)

alma grande, sino también para él, porque significa la deshonra de su nombre en lo futuro, los blancos cabellos de su padre infamados, la profanación del pudor público; es el honor, es la fe, es la compasión, es el juramento lo que con infame cobardía ese judío vendió

\* \*

Judío, los impuros mercaderes a los que vendiste su alma aguardarán mucho tiempo, antes que otro hombre más miserable aún vaya a reclamarles el fondo del saco lleno de oro que hicieron vomitar sobre ti.

\* \*

Eres más que judío, eres un inmundo pagano, un renegado, vergüenza y escoria del mundo, un apóstata, un traidor extranjero, que nos obliga a pensar que, después de los trastornos y de las guerras civiles, queda aún algún bandido, algún forzado, que quiere hincar el diente en Francia en el pan de la traición.

\* \*

¿No comprendiste, miserable, que siempre debe mirarse con respeto a los proscriptos; que no se debe golpear el pecho que nos alimentó; que una hija de reyes, de la que fuimos vasallos, no debe ponerse en venta en un infame antro, y que, aunque dejó de reinar, no dejó de ser mujer?

\* \*

Vuelve a la obscuridad, guarida de todos los monstruos infamantes, que desde hace cuarenta años babea nuestras ruinas; vuelve a tu cloaca y no asomes nunca la cabeza a la luz del día; y como el humo que abandonado a los vientos infecta y todos, al pasar cerca de él, lo evitan, vague tu vida a la ventura de ribera en ribera. No hables, cállate porque acabas de vender el tesoro del honor, y no puede haber excusa alguna para tu crimen.

\* \*

Sin encontrar jamás un amigo que te reciba al abrigo de su techo, anda como otro judío errante, camina cargado con el oro que se ve relucir entre los dedos de tus manos mal cerradas. Todos los bienes del mundo, como maduros racimos, penden de las vides que hallas en tu camino, porque en la tierra el rico todo lo consigue excepción hecha del honor, porque el honor no se compra. Apresúrate a gozar, maldito, y camina sin tregua, y que todos, al verte pasar, exclamen: — «¡Ese es el cobardel!» ¡Camina! sin tener otro compañero que tu remordimiento. ¡Camina! El desprecio público, que es la sombra de la vileza, de año en año crece y rechaza sin cesar, haciéndose cada vez más denso para los traidores perversos.



que vende a su ciudad, grupo de miradas siniestras, raza ingrata y vil, todos ellos te recibirán jubilosos, y Louvel, asqueado, se negará a estrecharte la mano.

\*  
\* \*

¡Cuando llegue el día en que la emboscada de la muerte, que se abre de pronto para los mortales, espantado, te haga pasar de la vida a la realidad sombría, eterna e inmóvil; cuando cada vez más solo y más débil te afiances inútilmente a tu tesoro; cuando la muerte se te acerque, estando acostado sobre un montón de oro y vacíe con brusco movimiento tu mano llena y crispada, con la misma facilidad que el hombre abre la mano de un niño, entonces en el abismo adonde se precipitan los traidores, unos sucios de cieno, otros manchados de sangre, caerás perdido en la playa fatal entrevista por el Dante, caerás condenado y sumido en la desesperación, para que tu crimen no quede sin castigo y para que tu alma, errando entre las otras almas, sea la más abyecta entre las más infames! Cuando los hombres mendaces cuyos repugnantes nombres escribió la historia te vean entre ellos, esos hombres, a quienes el oro hizo cometer toda clase de delitos, a los que todos los pueblos, al pasar, escuchan en el rostro, los más desconocidos como los más famosos, que conservan aún en los labios la huella de un beso traidor, Judas que vende a su Dios, Leclerc

que vende a su ciudad, grupo de miradas siniestras, raza ingrata y vil, todos ellos te recibirán jubilosos, y Louvel, asqueado, se negará a estrecharte la mano.

Julio de 1835.

## XI

Príncipe, permitidme que os recuerde vuestra memorable acción, sin pensar en la alta esfera que ocupáis. Un padre con sus hijos, envueltos en profundas tinieblas, corrían a perderse en el fondo de un abismo de dolores, el padre en el crimen y las hijas en la deshonra. Como viajeros extraviados durante la noche se llaman unos a otros de un extremo a otro de la montaña; en la pendiente del abismo se dirigieron a vos, llamándoos; yo también os llamé y os dije:—«Esos pobres extraviados van a caer en el precipicio; tendedles la mano, socorredles!—Vos mirasteis a la orilla del camino; sin preguntar sus nombres os inclinasteis para tenderles las manos, los salvasteis, y a mí, a quien pensativo contemplabais, me disteis las gracias.

\*  
\* \*

Eso es noble, eso es grandioso, señor. Recogidos bajo la tienda de campaña que tuvisteis la bondad de desplegar para ellos, están

allí recobrando la esperanza, la fuerza y el valor, y tratando de entrever, merced a los rayos de vuestra gracia, que han taladrado sus oscuras nubes, el horizonte menos triste para proseguir su camino. Ese grupo, estremecido aún, por vos se libra de la perdición, y como el pájaro mojado por la tempestad, se abriga en una encina, esperando para volar que se le seque la humedad de sus alas.

su fluido tesoro las enhiestas puntas de hierro que se levantan hacia el cielo, así es el dichoso príncipe de caritativos sentimientos, que ve, como desde lo alto de los cielos sombríos e inflamados, llegar todo su oro a las manos de los necesitados.

15 de septiembre de 1834.

## XII

A CANARIS

Joven de corazón noble, obrad siempre de este modo: abrid siempre la puerta al pobre; tended siempre la mano al borde del abismo, en el que se precipita la desgracia y del que sale convertida en crimen; sed la llave santa que muchas veces reemplaza a la antorcha, que abre la esperanza y cierra la tumba.

\*  
\* \*

Sed el refugio, el apoyo, el techo y el puerto del que es infeliz; que así conseguiréis que derramen en vuestras manos lágrimas de cariño el proscrito, la joven que va a extraviarse, el anciano necesitado y los niños que tiritan de frío y carecen de madre y de pan.

\*  
\* \*

Como la altiva nube, que en vuelo sublime deja que le roben

¿En qué consiste que mi pensamiento se dirige de continuo hacia ti, griego ilustre, en quien nadie piensa más que yo? ¿En qué consiste que yo solo trato de rehabilitar tu gloria? Mientras que muchos retóricos locuaces suben a los tablados para llamar la atención, ¿por qué mi espíritu se vuelve hacia ti, hacia ti que estás olvidado por el mundo? Es que te vi tranquilo y grandioso cubierto de laureles. Los que cantamos somos apasionados de los guerreros, como sin duda tú lo serás de los poetas. Tus acciones proprocionan materia a nuestros cantos, porque el héroe es fuerte y el poeta es sagrado. Los poderosos poetas que ningún viento arrastra son semejantes al volcán de Sicilia, que muchas veces habrás visto humear; sobre las olas, esos poetas, como el Etna llameante, conservan la lava



en el corazón y dejan que fructifiquen las espigas en la oscuridad.

\* \* \*

Además, tuvo siempre mi alma por instinto, cuando el caos de humo y de llamas, cuando el gran torbellino que nos arrastra hacia el día y hacia la noche pasó rugiendo sobre los héroes y sobre los sabios, y cuando después que ha pasado se suele ir a visitar la playa, el anhelo de ir yo también a ella a recoger a los naufragos, a los olvidados y a los muertos.

\* \* \*

No eches nada de menos; que tú sacaste la mejor parte. Envejecer en este París que se lamenta y que llora, que canta deslumbrado por mil visiones; ser admirado dos días por una desconocida multitud; oír en el abismo, al que afluyen todos los arroyos, el ruido que produce un nombre que cae de improviso sobre la muchedumbre; ser arbusto entre la hierba y gigante entre los pigmeos, todo esto no equivale, hijo del mar, a la dicha de surcar esas olas que vieron partir a Argos y llegar a Colón.

\* \* \*

Si tú nos vieses, hijo del Archipiélago, cuando la prensa dirige a todos unánime llamamiento,

fortificar a toda prisa un derecho que tratan de destruir; y a la multitud, entregada al que nos quiere dirigir contra un poder pigmeo tocando a rebato, arrojarnos en tropel al asalto de una ley, cómo despreciarías nuestros combates de niños, tú que rompes las cadenas con sacudidas solamente; ¡tú, cuyo fuerte brazo durante la noche envía los capitanes pachás que están solazándose con sus icoglans, sus negros y sus mujeres desnudas a despertarse en el otro mundo!

\* \* \*

¿Qué te importa que te olviden aquellos de quienes tú te reirías si los vieras de cerca? ¿Qué te importan sus corazones de cera o de piedra, ese tratante, que es una sanguijuela del pueblo, que sólo sirve para llenarse de oro, como la esponja se llena de agua; ese comerciante ávido, puesto de codos sobre el mostrador, ni ese joven enervado, de rostro imbécil, eunuco del corazón, que sólo admira en París las mujeres de raza y los caballos de precio? ¿Qué te importa París que sucesivamente se duerme y se despierta, y sufre pesadillas, esperando con impaciencia que brille la luz del día? ¿Qué te importa Londres, en el que el hospital es inferior al Hipódromo, ni Roma, que sólo es ya la sombra de lo que fué la antigua Ciudad Eterna?

\* \* \*

¿Qué te importa de todo eso? Entretanto, tú, de pie en el puerto, vendes a algún inglés un pasaje a bordo de tu buque; o haces rodar y alinear en la playa los fardos que durante mucho tiempo el marcader ha esperado; o sonriendo acoges a tus iguales, a tus amigos los patronos de Corinto y de Argos, y quizás en estos momentos alguna mujer de Grecia a la que una venda pagana sujeta las negras trenzas, que es madre fecunda o acaso doncella, fija en ti sus hermosos ojos transparentes, recuerda a Psara, a Chío y el mar que Canarias llenó con su fama, y admirándote desde lejos, como se admira a un rey sin osar hablarte, pasa rezando por ti.

21 de mayo de 1833.

\* \* \*

### XIII

No había cumplido aún veinte años y había abusado ya de todo lo que puede amarse, mancharse o romperse. Las pálidas voluptuosidades, al oírle, salían atropelladamente de su impura guarida, cuando su sombra pasaba cerca de ellas. Agotaba noche y día su savia en las orgías, como se gasta la cera ardiente en la mecha de los cirios. En el verano se dedicaba a la caza y en el invierno acudía al teatro de la Opera, a

oír por casualidad a Gluck o a Mozart. Jamás apagaba su sed en los grandes manantiales que hicieron brotar Homero y Shakespeare. No creía en nada, no soñaba nunca; el aburrimiento hostezaba en la cabecera de su lecho. Su ironía infecunda ladraba a todo lo que era digno y noble; compraba el amor y era capaz de vender a Dios. La naturaleza, el mar, el cielo y las estrellas no le inspiraban otra cosa que el fastidio; no le gustaba el campo; su madre le aburría, y al fin, enervado, y no sabiendo ya qué hacer, sin odio y sin cariño, antes de morir, desazonado por el temor del día siguiente, una noche que encontró una pistola a mano, arrojó el alma al cielo, como el que arroja una taza vacía al techo del gabinete.

\* \* \*

Joven, fuste cobarde, imbécil y perverso y no te compadecemos. Cuando recorre un campo el hierro cortante del arado, ¿compadecemos acaso a la cizaña que destruye? Pero sí que compadecemos con todo nuestro corazón a la que tuvo la desdicha de dar a luz semejante hijo, a tu madre, pobre y anciana mujer, encorvada por el peso de los años, que te mecía en la cuna y a quien tu arrastras al sepulcro

\* \* \*

También compadecemos, y es sagrada para nosotros, a pesar d



en el corazón y dejan que fructifiquen las espigas en la oscuridad.

\* \* \*

Además, tuvo siempre mi alma por instinto, cuando el caos de humo y de llamas, cuando el gran torbellino que nos arrastra hacia el día y hacia la noche pasó rugiendo sobre los héroes y sobre los sabios, y cuando después que ha pasado se suele ir a visitar la playa, el anhelo de ir yo también a ella a recoger a los naufragos, a los olvidados y a los muertos.

\* \* \*

No eches nada de menos; que tú sacaste la mejor parte. Envejecer en este París que se lamenta y que llora, que canta deslumbrado por mil visiones; ser admirado dos días por una desconocida multitud; oír en el abismo, al que afluyen todos los arroyos, el ruido que produce un nombre que cae de improviso sobre la muchedumbre; ser arbusto entre la hierba y gigante entre los pigmeos, todo esto no equivale, hijo del mar, a la dicha de surcar esas olas que vieron partir a Argos y llegar a Colón.

\* \* \*

Si tú nos vieses, hijo del Archipiélago, cuando la prensa dirige a todos unánime llamamiento,

fortificar a toda prisa un derecho que tratan de destruir; y a la multitud, entregada al que nos quiere dirigir contra un poder pigmeo tocando a rebato, arrojarnos en tropel al asalto de una ley, cómo despreciarías nuestros combates de niños, tú que rompes las cadenas con sacudidas solamente; ¡tú, cuyo fuerte brazo durante la noche envía los capitanes pachás que están solazándose con sus icoglans, sus negros y sus mujeres desnudas a despertarse en el otro mundo!

\* \* \*

¿Qué te importa que te olviden aquellos de quienes tú te reirías si los vieras de cerca? ¿Qué te importan sus corazones de cera o de piedra, ese tratante, que es una sanguijuela del pueblo, que sólo sirve para llenarse de oro, como la esponja se llena de agua; ese comerciante ávido, puesto de codos sobre el mostrador, ni ese joven enervado, de rostro imbécil, eunuco del corazón, que sólo admira en París las mujeres de raza y los caballos de precio? ¿Qué te importa París que sucesivamente se duerme y se despierta, y sufre pesadillas, esperando con impaciencia que brille la luz del día? ¿Qué te importa Londres, en el que el hospital es inferior al Hipódromo, ni Roma, que sólo es ya la sombra de lo que fué la antigua Ciudad Eterna?

\* \* \*

¿Qué te importa de todo eso? Entretanto, tú, de pie en el puerto, vendes a algún inglés un pasaje a bordo de tu buque; o haces rodar y alinear en la playa los fardos que durante mucho tiempo el marcader ha esperado; o sonriendo acoges a tus iguales, a tus amigos los patronos de Corinto y de Argos, y quizás en estos momentos alguna mujer de Grecia a la que una venda pagana sujeta las negras trenzas, que es madre fecunda o acaso doncella, fija en ti sus hermosos ojos transparentes, recuerda a Psara, a Chío y el mar que Canarias llenó con su fama, y admirándote desde lejos, como se admira a un rey sin osar hablarte, pasa rezando por ti.

21 de mayo de 1833.

\* \* \*

### XIII

No había cumplido aún veinte años y había abusado ya de todo lo que puede amarse, mancharse o romperse. Las pálidas voluptuosidades, al oírle, salían atropelladamente de su impura guarida, cuando su sombra pasaba cerca de ellas. Agotaba noche y día su savia en las orgías, como se gasta la cera ardiente en la mecha de los cirios. En el verano se dedicaba a la caza y en el invierno acudía al teatro de la Opera, a

oír por casualidad a Gluck o a Mozart. Jamás apagaba su sed en los grandes manantiales que hicieron brotar Homero y Shakespeare. No creía en nada, no soñaba nunca; el aburrimiento hostilizaba en la cabecera de su lecho. Su ironía infecunda ladraba a todo lo que era digno y noble; compraba el amor y era capaz de vender a Dios. La naturaleza, el mar, el cielo y las estrellas no le inspiraban otra cosa que el fastidio; no le gustaba el campo; su madre le aburría, y al fin, enervado, y no sabiendo ya qué hacer, sin odio y sin cariño, antes de morir, desazonado por el temor del día siguiente, una noche que encontró una pistola a mano, arrojó el alma al cielo, como el que arroja una taza vacía al techo del gabinete.

\* \* \*

Joven, fuste cobarde, imbécil y perverso y no te compadecemos. Cuando recorre un campo el hierro cortante del arado, ¿compadecemos acaso a la cizaña que destruye? Pero sí que compadecemos con todo nuestro corazón a la que tuvo la desdicha de dar a luz semejante hijo, a tu madre, pobre y anciana mujer, encorvada por el peso de los años, que te mecía en la cuna y a quien tu arrastras al sepulcro

\* \* \*

También compadecemos, y es sagrada para nosotros, a pesar d



su deshonra, a la triste joven, antes pura y cariñosa, que vivía cantando en su pobre cuarto donde tu oro la sedujo; que se dejó tentar creyendo que así ahuyentaba de ella el hambre y al mismo tiempo se proporcionaba la felicidad; que luego cayó rodando hasta la muchedumbre, que hoy la pisotea, que llora la virginidad perdida que tú le arrebataste; ¡pobre búcaro de flores caído en medio del arroyo!

\* \*

No eres tú a quien compadecemos, sombra vana, cifra que no te has unido nunca a otra alguna para formar ninguna cantidad; compadecemos tu reputación, ayer pura y hoy envilecida; compadecemos a tu padre, que murió siendo venerable soldado de nuestro antiguo ejército; compadecemos a tus servidores, a tus parientes y a tus amigos; y aun a tu perro, que te era muy leal y al que tratabas a palos.

\* \*

Pero tú, orgulloso sombrío, rico de infecundo corazón, que viviste impotente y que mueres en la inutilidad; tú que terminaste tus días para que se ocuparan de ti, entra en la eterna noche sin que se entere nadie; eso es lo que te corresponde. Sal del festín sin que se apague ni una sola luz; cae en el torrente sin perturbar

siquiera la superficie. Este siglo tiene un gran pensamiento y camina decidido a conseguir lo que se propone; tu sepulcro no le hará tropezar; no le preocupa el ruido que produce tu puerta al cerrarse. ¿Qué has logrado con cumplir tu capricho? Con tu voluptuosidad, la tumba; y con tu vanidad el olvido.

Abril de 1831.

\* \*

Evidentemente, muertes como esa, ignoradas o conocidas no importan al siglo ni le perjudican, ni siquiera piensa en ellas; pero cuando, agigantándose en el negro horizonte, el suicidio ciego extiende sus negras alas, y arrastra tras sí más seres a cada instante; cuando apaga en todas partes contra los designios de Dios corazones llenos de vida; cuando el hábil pintor Robert, que ocultaba tras sus miradas serenas las tormentas que agitaban su alma, rechaza el cáliz de la existencia cuando le ve vacío de amor; cuando Castlereah, ese inglés que tenía algo de cartaginés y de espartano, se hunde el acero en el corazón y muere desengañado, hastiado de poder y cansado de astucias; cuando Babbe inunda de veneno sus heridas; cuando Gros, jadeante, siendo débil y viejo, se arroja al río para que no le crean envidioso; cuando este aquí lón mortal disminuye a la familia, entonces el creyente ora y el pen-

sador medita. Tal vez la humanidad camina demasiado de prisa. ¿Qué pretende este siglo? ¿A dónde corre ese rebaño de espíritus? Increíble parece que muchos en el mundo, al ver perdidas sus esperanzas, se anticipen la muerte; este es mal de un siglo que trabaja continuamente y en el que todo se descompone. ¿Cuál será el remedio y cuál es la causa? ¿Será acaso que la fe decrece a medida que la razón aumenta, como sol que camina hacia su ocaso? ¿Será acaso que el hombre no cuenta para nada con Dios? ¿Será acaso que se sumerge en una noche profunda, cuya obscuridad sólo puede iluminar la lámpara de Jesús? ¿No es hora ya, tras de tantas tempestades, de inclinar la cabeza y de reedificar el altar? ¿Debemos echar de menos los tiempos antiguos en que los vivos creían aquello mismo que habían creído los que murieron, aquellos tiempos felices en los que la Biblia abierta deslumbraba al mundo?

\* \*

Problemas arriesgados pero dignos de meditación; cuestiones muy poco claras que inducen al pensador poeta a vagar por la ciudad en las horas en que ya sólo encuentra al trasnochador y a la ronda de la noche, que se aparece como una visión que va palpando en la obscuridad todos los rincones de las calles.

4 de septiembre de 1835.

## XIV

No insultéis nunca a la mujer que se pierde. ¿Quién sabe qué terrible peso hizo caer a la pobre? ¿Quién sabe por cuánto tiempo ha sido víctima del hambre? Cuando el viento de la desventura sacudía su virtud, ¿quién no ha visto a esas desdichadas mujeres agarrarse mucho tiempo a ella haciendo esfuerzos sobrehumanos? Son esas infelices como la gota de lluvia que se ve chispear en el extremo de una rama, en la que refleja el cielo, y que sacudiéndola con el árbol cae, y siendo perlas antes de caer, es fango cuando ha caído.

\* \*

Nuestra es la culpa; es tuya, rico, de tu oro; ese fango encierra, no obstante, aún el agua pura; para que la gota de agua salga del polvo y vuelva a ser perla y brille con su prístino brillo, basta un solo rayo de sol, como a la mujer le basta un rayo de amor.

6 de septiembre de 1835.



## XV

## CONSEJO

¡No han echado aún retoños en las ramas flotantes de nuestra tierra, en la que desde hace cuarenta años tantas almas han fracasado, las doctrinas de frutos de oro, esperanza de las naciones, que la férrea mano de las revoluciones sacudió sobre nuestras cabezas!

Los esperamos siempre. — Señor, tened compasión de los pueblos que, disfrutando de una semi-felicidad, pasan de una esperanza a otra y haced que aparezca el hombre que elijáis entre los tribunos y entre los reyes que hacéis pasar con la rapidez de un meteoro por la Francia.

¿Quién puede hoy creer que es fuerte, poderoso y soberano? ¿Quién puede, al levantar fuertes barreras, aunque sean de bronce, asegurar que nadie las traspasará, en este tumultuoso siglo de trastornos y de glorias, en el que las cañas que se inclinan en los bordes de los estanques duran más que las monarquías?

¡Reyes! el paño grosero siente envidia del terciopelo. El pueblo tiene frío durante el invierno y hambre durante todo el año; mejorad su condición. Abrid las escuelas para los hijos y los talleres para los pobres, y a todos ofrecedles el augusto asilo de vuestros brazos.

La bondad de los reyes debe hacer que los pueblos sean buenos; con frecuencia nos afligen extrañas desgracias; pensad que Dios es nuestro único Señor. Siempre hay alguien que recoja los beneficios; pensad en esto, reyes, que ocupáis unos tronos que tienen socavados sus fundamentos y a quienes agobia un pasado que quizás está preñado de un porvenir inesperado.

Dad a todos, que quizás un día os recompensarán. Dad, que ignoramos qué clase de espigas germinarán en nuestro siglo alrededor de los tronos. Dad con la mano derecha a los buenos y con la izquierda a los malos, y de igual manera que el labrador siembra su grano en el campo, sembrad vosotros limosnas en los corazones.

¡Oh reyes! el pan que se da al viejo desvalido, la pobre adolescente a quien se libra de caer en la infamia, el beneficio sonriente y oculto que se hace por todas partes donde hay necesitados, el clamor de gratitud de una madre reconocida, el niño salvado que levanta entre el pueblo y vosotros las alegres manos, son el mejor dique para contener la multitud furiosa. No os durmáis, que ya se amontonan en lontananza los elementos del porvenir.

Sucede algunas veces en nuestro siglo que un impetuoso viento de tempestad alborota de repente al oleaje humano, viento de desgracia, que, como todos los austros, está impulsado por los aires que han estado comprimidos mucho tiempo en alguna parte; viento que dispersa el humo de todos los hogares, que sopla a la vez sobre todos los hombres, y que, como antorcha en los mares, los hace espumear y arranca chispas de la cresta de sus olas; conmueve todas las ciudadelas y todos los diques, y velozmente presenta al desnudo, a la sociedad, los abismos tenebrosos, las brumosas cumbres, las llanuras serenas; viento fatal que confunde en un solo grupo, agitándolos, a los malos y a los buenos, que arranca

muchas tejas de las viejas techumbres de los imperios, y que, tomando en el Estado, de arriba a bajo, a los hombres que derriba, amontonándoles en la obscuridad en esa hora de borrasca y persiguiéndoles a un tiempo con sus ondas, con sus rumores y con sus rugidos, arrastra al pueblo en tropel y lanza toda esa tempestad a las puertas de un palacio.

Palacio sombrío que está sumergido en la obscuridad de la noche, y en el que al rugir la tormenta las ilusiones se aniquilan, unas llorando y otras riendo alegremente. Cuando llega esta hora fatal, el velo se desgarrar, y ¡adiós sueños de oro! Se despiertan en el palacio y sus moradores se encuentran con que los toca un espectro que tiene manos de carne; es la realidad que los aprecia al peso. El que antes soñaba en Carlomagno ahora se acuerda de Luis XVI. Hora tremenda para la monarquía, en la que, dudando de la eficacia de los cañones, en la que llamando a sus amigos por sus nombres, oyendo los rugidos de la tempestad, espera, con la vista fija en los cristales y los oídos en los resquicios de las puertas. Hora en la que se ve en el rincón de una cámara palidecer a la pobre reina extranjera, estrechando a sus hijas contra su corazón; en la que los niños de la familia real aprie-



tan con ternura las manos leales de algún fiel veterano, y preguntan entre sollozos a los criados, que no les responden ya, qué significan esos rumores, ese terror, ese misterio, esa conmoción de la tierra que sienten temblar bajo sus plantas, y que no tiembla bajo los pies de otros niños.

\* \*

Levantáis fortificaciones en las silenciosas Tullerías, obstruís los puentes con cañones y obuses, cubrís las boca-calles de regimientos... ¿Para qué os ha de servir? A cada instante aumenta la muchedumbre desesperada y terrible; ¿y qué le importa, en la hora de la marea, que salga y suba aullando desde el fondo del abismo amargo, la metralla a la multitud, ni el granizo al mar?

\* \*

¡Terribles acontecimientos los que se realizan en nuestros días! En ellos, sólo estrechándose los hombres unos contra otros, consiguen derribar torreones parapetos y castillos, y apoyándose inútilmente en los arrabales, las pálidas guarniciones, caen trituradas con sus férreos cañones y con las paredes que les servían de resguardo.

\* \*

¿Cómo se ha de defender un rey que esté asediado por todo

un pueblo? Más ligero sobre el oleaje que el flotante corcho, más vacilante que la sombra cuando se aproxima la luz, escuchando sin oír y mirando sin ver, se estremece al oír el bramido de la tempestad y tiembla. ¡Sólo los reyes pasan momentos semejantes!

\* \*

¿De qué les sirven en momentos tales las leales espadas, las líneas de cañones y de soldados, los encendidos vivacs, el general escogido a quien fió su custodia, que quizás está soñando ponerse otro entorchado ¿de qué le sirven sus coraceros, de qué la verja de hierro cerrada y las mechas encendidas? Tiene necesidad de un capitán heroico y sólo cuenta con un ejército. ¡Cómo oponerse al inmenso empuje de ese pueblo, mar arrastrado por una idea, vasta inundación de hombres, de mujeres y de niños!

\* \*

¡Desgraciado de él entonces! ¡Será preciso, Dios mío, que volvamos a ver la parte monstruosa de las revoluciones! ¿Quién es capaz de apaciguar el mar? ¿Quién puede contener el oleaje de París y de Londres, sobre todo cuando, atronada la ciudad por el redoble de los tambores, siente que nada en sus olas la hidra de los arrabales? ¿Qué va a suceder

en ese palacio en el que se derrumba el imperio, en el que van a caer las puertas ante la muchedumbre, en el que se habla de misteriosas fugas?...

\* \*

¡Estalló al fin la tormenta; cayeron las barreras del trono! Pero Dios guarda un tesoro para aquel que supo hacer limosna. Si en tiempos más prósperos dejó el príncipe la huella de sus pasos en los tugurios de los mendigos, si les hizo algunas veces secretos beneficios, si perdonó cuando la ley quería matar, no tiene derecho a perder la esperanza de salvarse. El pueblo puede olvidar esto en sus días de cólera, pero Dios no lo olvida jamás. A menudo el grito de compasión que saliendo del corazón pronuncian los labios, desarma con voz imperiosa al hombre cruel que tiene en sus manos una presa con la que se quiere ensañar; las madres consiguen librar a los niños de las bocas de los leones.

\* \*

En los momentos más terribles del naufragio, cuando se ve que las balas son impotentes contra la ola, cuando el populacho, lleno de cólera, ladrando en el umbral como un perro para que le abran la puerta, llega salpicando de lodo los capiteles del Louvre; cuando ese populacho, Océano

que no tiene hora fija para su reflujó en el instante en que nada le pone obstáculos, sube y aulla, ofrece con frecuencia el espectáculo que otras veces nos ha presentado la historia, de que una buena acción, escondida en un sitio sombrío, saliendo luminosa de la obscuridad detenga al pueblo colérico, parodiando a Dios: «No irás más allá!»

Diciembre de 1834

## XVI

El grande hombre que es vencido puede perder en un instante su gloria, su imperio y su brillante cetro; puede perder hasta el prestigio de su grandeza que iluminaba su frente como una aureola, pero conserva siempre su genio.

\* \*

Así, cuando en la batalla, se destruye una bandera, todo lo que en ella es seda, oropel o franja de oro queda desgarrado por el fuego de la metralla y desaparece pedazo a pedazo, como arrancado por el pico de una ave de rapiña.

\* \*

Pero esto nada importa; la bandera, a través del horrible fuego de la batalla, en medio de los gritos, las embestidas, las



voces de mando, en lo alto del asta, de donde pendía la tela de púrpura que ahora vuela hecha retazos conserva siempre el águila de bronce.

21 de febrero de 1835.

## XVII

A ALFONSO EABLE

Con frecuencia, en mis horas tristes me he acordado de ti noble amigo, severo historiador, dormido ya en la tumba; me he acordado porque echaba de menos entre nosotros tu voz augusta y fuerte y llena de equidad; porque nos falta tu mano, que sabía grabar con caracteres indelebles en un siglo en que el oro extravía a los sabios, en que el pensamiento es esclavo del dinero, tiempo de frutos abortados, de tallos rotos, de instintos desnaturalizados, de razones corrompidas, en el que todo está disperso en el espíritu humano, el presente que flota a la ventura sobre el pasado. Si estuvieras entre nosotros, tu elocuencia majestuosa vibraría tranquila y serena en medio de nuestro tumultuoso oleaje; servirías de puente tendido entre las orillas para atravesar la corriente.

\* \*

Persuadirías a los partidos de que levantan demasiado polvo

en torno de la razón y que no nos permiten verla con claridad; al pueblo, de que sobre todos indistintamente debe pesar la ley del trabajo y de que es bastante fuerte para no envidiar a nadie; al poder, que no debe vengarse nunca; que para el pensador es un espectáculo extraño y triste que la ley, que ha de ser una diosa impasible y serena, salga en determinadas ocasiones de la urna consular con miradas feroces y arrebatada de cólera.

\* \*

A los jóvenes a quienes mirabas con benevolencia, y cuya edad los mece en inquietas ilusiones, les dirías: «Amigos, habéis nacido para disfrutar de tiempos felices; no admitáis los errores de vuestros padres; madurad los pensamientos; huid de toda clase de dorados y falaces sistemas y de las esperanzas que en vuestros corazones hace brotar la América, pueblo que vive entregado a ensayos, nación de chiripa, sin raíces, sin pasado, sin historia y sin arte; libraos de la sabiduría impía y envenenada que salió del cerebro de Voltaire, hija de la ignorancia y del orgullo, que pretende aplicar las leyes de los antiguos tiempos a las costumbres actuales, que rehace un caos de todo cuanto fué un mundo, que hunde rudamente el casco estrecho de Esparta en la frente del viejo París; que en los tiempos pasados, mal com-

prendidos, ~~vola~~ descaradamente al sabio para convertirle en un monstruo que inspiraría terror a su padre, de tal modo, que, temblando, los antiguos héroes, han cubierto, por ello, su faz, y después de tres mil años, casándose con Licurgo, sus amorosas caricias han dado a luz a Robespierre!»

\* \*

Nos dirías a todos:—«No os durmáis; vigilad y estad prontos, porque ya paso a paso se desliza en la obscuridad la mano del cazador que inquiere por todas partes donde oye cantar dentro de los nidos que cobijan los pensamientos; porque los corazones más nobles están vencidos o cansados; porque Polonia, cargada de cadenas, ni aun puede morder el pie del czar que le aprieta la garganta; porque de día en día se ve que los reyes prolongan en la fragua la cadena que forjan para la gigantesca libertad, que está adormecida a su lado, No durmáis y trabajad sin descanso, grandes y pequeños, que cada uno tiene señalada su tarea en el trabajo; cada uno tiene que llevar su piedra al edificio, cuya cumbre aun ha de costar grandes sacrificios para quedar rematada. No se ha concluido el trabajo por haber logrado destronar a un rey; nada significa un rey caído; es mucho más difícil y cosa de mucho mayor empeño mejorar las costumbres

que abatir a los reyes. Nada está aún terminado; ni la ruina ni el bosquejo. Desarrolláis infinitos planos, pero no los realizáis. Os llenáis de mutuos aplausos a vosotros mismos por haber hecho multitud de leyes, que habéis amontonado al azar. Trabajad, que no ha llegado aún la hora del descanso. Buscáis algo desconocido, pero sin tener verdadera fe y verdadero cariño; nada entre vosotros brilla con verdadera luz; crepúsculos y nieblas obscurecen vuestros sistemas, y en las leyes y en las costumbres, y hasta en los espíritus, sólo aparece el alba pálida o la rubicunda puesta del sol, pero no la luz clara del mediodía.»

\* \*

Así nos hablarías escribiendo libros austeros, como hablaban en otro tiempo los antiguos cenobitas que poblaban los desiertos, como hablan todos aquellos que nos hacen enmudecer, y te escucharíamos como el mundo de entonces escuchaba a los antiguos.

\* \*

¡Ay! A cada instante ignorados y tempestuosos vientos amontonan más sombras y más brumas en nuestros horizontes; cada vez aparece el porvenir más obscuro. Con el corazón sereno, con la paz en el espíritu, te dedico estos versos, a ti que duermes el profun-



do sueño, a ti que ignoras lo que pasa entre nosotros. Te dirijo estos versos llenos de tristes presagios. El furioso combate comienza a trabarse entre el derecho de creer y el derecho de suprimir lo superfluo; la batalla en la que las leyes atacan a las ideas, se entabla otra vez en mares desconocidos; y yo mismo, en estos momentos, pensativo en mi hogar, olvidando a Procusto desde hace cinco años, oigo ladrar fuera de la puerta que encierra el drama agosto a la censura de hábito inmundo, de uñas negras, a esa perra que, humillada la frente, sigue a todos los poderes, mascando siempre con sus puercas quijadas, ¡oh Musal! algún pedazo de tu estrellado manto.

14 de septiembre de 1835.

## XVIII

AL ENVIAR LAS «HOJAS DE OTOÑO» A  
MADAME\*\*\*

## I

Este libro errante, que sale con el ala rota y apenas puede volar, que el viento lanza contra vuestra ventana, como pedrisco de granizo que golpea en las paredes, acaba de pasar por las tempestades públicas, y el pobre recién nacido tuvo que soportar el frío,

la lluvia y el huracán. Este fué su castigo por haber abandonado mi morada. Ayer cantó y hoy llora; ahora cojea, después de haberse cernido en los aires.

## II

Hasta que el viento se lo lleve conmigo otra vez, abridle, María, la puerta de vuestro gabinete y recomponed sus versos estropeados. Permitid que unos momentos descanse en vuestra alcoba, en la que se respira refrigerante calor, y que se caliente en el fuego de vuestro trípode; permitidle que a vuestro lado se acueste, y ya que es pájaro, que tiembla y que palpita aterido de frío, abrigadle bajo vuestros pies.

18 de enero de 1832.

## XIX

Poeta Anacreonte, manantial grótico que filtras desde la cumbre de la sabiduría antigua, manantial que encontramos al trepar hasta aquella altura; que fluyes en la sombra, límpido, derramándote por el césped; pláceme tus cánticos, tierno poeta: cuando la senda que conduce hasta la cima es rápida, muchas veces, cuando no fatiga el calor de los rayos solares, nos causa grata sensación

beber del arroyuelo que pasa te arrastrado; el esquife busca cernido por entre los montes.

21 de agosto de 1835.

## XX

## I

Comienza a brillar la aurora y las sombras se desvanecen; los sueños y las brumas se disipan con la noche; se entreabren a un tiempo soñolientas las pupilas y las rosas; se oye el murmullo del despertar de la naturaleza.

\*\*

Todo canta y susurra, todo habla al unísono, verdura y humo, nidos y techos; el viento habla a las encinas, el agua a las fuentes; todos los alientos se convierten en voces.

\*\*

Todo vuelve a adquirir su propia alma; el niño recupera su juguete, el hogar su llama, el violín su arco; locura o demencia en todo el mundo, cada cual reanuda el trabajo empezado.

\*\*

Todo aquello que piensa o todo lo que ama agitándose sin cesar hacia un supremo objeto se sien-

RAYOS.—9

## II

La verdad profunda; solidísimo granito que en el fondo de todos los mares encontró siempre mi áncora, al recorrer el mundo por el que pasan en el abismo obscuro innumerables sueños.

\*\*

La verdad, hermoso río que nunca se ciega, manantial en el que todos apagan su sed, tallo en el que todo florece, lámpara que Dios coloca junto a todas las causas, luz que los objetos envían radiante al espíritu.

\*\*

Arbol de ruda corteza, encina de vasta copa, que el hombre dobla o rompe según se lo permite su fuerza; cuya sombra se extiende; árbol en el que todos encuentran un refugio, unos sobre las ramas, otros en el tronco.

\*\*

Monte por el que corren todos los arroyos, precipicio en el que todos se sumergen; centella súblime, que brota del trono de Dios rayo de luz, objeto de las blas-



femias de los hombres, ojo tranquilo y supremo, que en la misma frente de Dios el hombre reventó un día.

## III

¡Oh tierra! maravillosa naturaleza, cuyo brillo susurrante llena nuestros oídos y deslumbra nuestros ojos. Playas donde mueren las olas, bosques de los cuales la brisa entresaca sombras misteriosas en el horizonte vago.

Azul con que se vela el agua del abismo amargo, cuando, dejando que mi barca huya a la merced del viento, inclinándome sobre las ondas, oigo en el interior del alma el epitalamio que canta el mar.

Azul no menos puro del sonriente cielo, que admiro cuando trato de escuchar lo que dice el espíritu, cuando intento descifrar las obscuras palabras que el viento murmura y que las estrellas escriben.

Creación pura, ser universal, océano que ciñes por entero al universo, astro que hace brotar el soplo del Señor, flores de donde acaso él recoge la miel.

\* \*

¡Campiñas, hojarascas, campariños de las aldeas, humildes y majestuosos a la vez! ¡Montes frescos, aurora pura y clara, sonrisa deliciosa del astro eterno! ¿Sois acaso un libro inagotable, en el que cada uno de los mortales desea, para vivir, leer frases tan profundas que en vano se someterían al examen en las que el ojo ve un mundo y el alma encuentra un Dios?...

\* \*

Hermoso libro que hojean los corazones cándidos, en el que los pensadores barruntan sentidos ignorados, y en el que los elegidos de Dios escriben en el margen: ¡Somos los enviados!

\* \*

¡Santo libro, en cuyas páginas el velo que flota en todos los lugares, en el que la estrella que brilla para todas las miradas sólo traza misteriosamente un nombre único, solitario, un nombre en la tierra y un nombre en los cielos!

\* \*

Libro de salvación, en que el corazón encuentra su alimento y que todos los sabios se esfuerzan por descifrar; cuyo sentido rebelde se resiste a ser explicado algunas veces; libro que deletrea Pitágoras y que lee Moisés.

Diciembre de 1834.

da, porque El creó tu alma, porque El hizo la tierra; encanta mi corazón y deslumbra mis ojos; le encuentro en el fondo de todos los misterios, y es obra suya que en el mundo brillen tus miradas, a la manera que en el cielo brillan las estrellas.

\* \*

Es Dios el que hizo del amor el móvil supremo de los actos humanos, el amor en el que todo vive, el amor en el que todo descansa; es Dios quien formó la noche más hermosa que el día; es Dios quien en tu cuerpo, mi soberana beldad, vertió la hermosura como con una copa llena y derramó el amor hasta rebosar en mi corazón.

\* \*

Deja, pues, que te ame, que el amor es la vida; es lo que se encuentra a faltar y es lo que se envidia cuando la juventud camina hacia el ocaso. ¡Sin él nada hay completo, sin él nada brilla; la belleza es la frente, el amor es la diadema; déjame que te coronel

\* \*

Lo que llena el alma no es un puñado de oro, ni tampoco el espejismo de la gloria; ambas cosas son el orgullo que traemos de los combates: no la satisface tampoco la loca ambición, que sueña

## XXI

Ayer, la noche de verano, que a entrambos nos envolvía con sus velos, ostentaba tantas estrellas, que era en verdad digna de ti; tan serena estaba y tan fresca; su brisa era tan agradable; de tal manera apagaba todos los rumores y tan cariñosamente esparcía su rocío sobre las flores y sobre nosotros.

\* \*

Estaba yo delante de ti, alegre y enamorado, porque tú me mirabas con la suprema expresión de tu cariño; yo admiraba la belleza de tu frente, y sin que una palabra tuya me revelase lo que pensabas, la tierna ilusión que de tu corazón emanaba venía a manifestarse dentro del mío.

\* \*

Y yo bendecía a Dios, cuya gracia infinita puso tanta armonía en la noche y en ti, que por devolverme la calma y por concederme la ventura, os hizo a las dos tan lindas y tan puras, tan llenas de rayos, de perfumes y de murmullos, a ti y a la noche.

\* \*

Bendigamos a Dios, rindiéndole el homenaje de nuestra fe profun-



en quimeras y que roe tristemente la corteza amarga de todas las cosas de la vida.

\*\*

El alma necesita para ser dichosa el himeneo de dos pensamientos: suspiros ahogados, manos tiernamente estrechadas, el licor perfumado del beso, que una mirada embriague a otra mirada, y oír los cánticos de esa dulce lira que se llama el corazón.

\*\*

Nada hay en el mundo que no se rija por su ley secreta, que no tenga su sitio querido y predilecto, su guarida, su retiro, al que instintos irresistibles nos encaminan noche y día; el pescador tiene su barca en que se cifra su esperanza, los cisnes el lago, las águilas las montañas y las almas el amor.

21 de mayo de 1833

XXII

CANCIÓN NUEVA SOBRE UN AIRE  
ANTIGUO

Si pasas por algún sitio cubierto de verde césped, que el cielo rocía, en el que esmalten todas las estaciones alguna flor abierta,

en el que puedan cogerse azucenas, madre selvas y jazmines, deseo recorrer ese camino donde has puesto tus pies.

\*\*

Si existe un seno palpitante de amor, digno y honrado, capaz de realizar los mayores sacrificios por la mujer querida, cuyo corazón late siempre a impulsos de los deseos más dignos, quiero hacer de él la almohada donde descanse tu frente.

\*\*

Si existe algún sueño de amor, perfumado de rosas, en el que cada día broten nuevos placeres, un sueño bendito por la mano de Dios, en el que un alma se une a otra alma, quiero de él hacer nuestro nido y colocar en él tu corazón.

18 de febrero de 1834.

XXIII

OTRA CANCIÓN

El alba nace y tu puerta está todavía cerrada; ¿por qué duermes aún, vida mía? Si se despierta la rosa, ¿por qué tú no has despertado? Vida mía, oye; escucha al amante que te canta llorando.

\*\*

Muchos somos los que llamamos a tu puerta. La aurora te dice: «Yo soy la luz!»; el pájaro te dice: «Yo soy la armonía!»; y mi corazón te dice: «Yo soy el amor!» Vida mía, oye; escucha al amante que te canta llorando.

\*\*

Te adoro como a un ángel y te amo como a una mujer. Dios, que por medio de ti, me ha completado, creó mi amor para tu alma y mis miradas para contemplar tu hermosura. Vida mía, oye; escucha al amante que te canta llorando.

Febrero de 183...

XXIV

Quisiera ser el objeto único y completo de tu pensamiento mientras que me esperas, cansada de andar, debajo del árbol a orillas del lago, lejos de las miradas de los importunos, cuando a tus pies el oloroso valle, lleno de bruma que se eleva hacia el sol, humea como un pebetero colmado de ardientes perfumes.

\*\*

Quisiera que todo cuanto alcanza tu vista, los collados,

llanuras, los floridos arbustos, el prado verde, el sendero que conduce a las aldeas y el barranco profundo, que se desborda en hojarasca, como el mar en olas,

\*\*

Que el bosque, el jardín, la casa, el nubarrón, que todos los puntos confusos que a lo lejos se ven temblar, que la rama cargada de frutos maduros, que la hoja seca que el otoño arranca, que todo cuanto se arrastra, marcha o vuela,

\*\*

Que esa tupida red de objetos que te rodea, y de la que el árbol frondoso que te cobija es el primer eslabón; que la hierba y la hoja, las olas y la tierra, la sombra, la luz y la llama, adquiriesen voz, se convirtieran en un alma y murmuraran mi nombre a tu oído.

Enghien, 14 de septiembre de 1834.

XXV

Ya que puse mis labios en tu copa llena todavía; ya que escondi entre tus manos mi frente pálida; ya que respiré algunas veces el hálito perfumado de tu alma,

\*\*

Ya que me fué concedido oír de tus labios las frases cariñosas



en las que se derrama misteriosamente el corazón; ya que he visto llorar; ya que he visto sonreír tu boca junto a mi boca y tus ojos junto a mis ojos,

\*  
\*\*

Ya que he visto brillar sobre mi orgullosa frente un rayo de luz de tu destino que está siempre velado; ya que he visto caer en la corriente de mi vida una hoja de rosa, arrancada de la flor de la tuya.

\*  
\*\*

Puedo muy bien decir a los años fugaces:—«¡Pasad, pasad! que no temo envejecer; ¡pasad arrastrando con vosotros las flores marchitas, que yo conservo en el alma una flor que nada ni nadie puede marchitar!»

\*  
\*\*

¡Aunque vuestras alas choquen contra él, no lograréis derramar el vaso donde apago mi sed, y que está lleno hasta los bordes; mi alma encierra más fuego que ceniza podéis derramar vosotros; el amor es más poderoso en mi corazón que en vosotros lo es el olvido».

1.º de enero de 1835.

## XXVI

A LA SEÑORITA J.

¡Cantad, cantad, joven inspirada! Es sagrada la mujer que canta, lo es aún para los perversos. Bendita la mujer que canta; su belleza defiende su genio. Los ojos hermosos realzan los hermosos versos.

\*  
\*\*

Yo, que vivo devorando mis propias iras, me complazco en ver brillar vuestra aurora exenta de tempestades, y sonrío cuando miro vuestros alegres ojos. Cantad, pues, esas melodías arrebatadoras. ¡Para mí la corona de espinas, para vos la corona de flores!

\*  
\*\*

Hubo un tiempo, tiempo de embriaguez, en el que la aurora que para vos brilla hoy, brillaba en mi esplendorosa primavera; hubo una época en que el orgullo, la alegría y el éxtasis se desbordaban de mis diez y siete años, como el vino puro rebosa de la copa de oro.

\*  
\*\*

Entonces, siempre presente dentro de mi alma, deslumbradora

quimera injaba en mí sus irresistibles ojos; entonces, en las rientes perspectivas de verdegueantes cielos azules, de aguas diáfanas, flotaban alucinadas mis miradas.

reflejan en las aguas del mismo arroyo; como en los bosques humedecidos, a través del ruido de las hojas, se oye el ruido de los pajarillos.

\*  
\*\*

Entonces, yo decía a las estrellas:—«Astro mío, en vano te ocultas, porque yo sé que no dejas de brillar en las alturas». Entonces, yo decía a las riberas:—«Vosotros sois la gloria, y yo llegaré hasta ella, porque cada uno de mis días es una ola.»

\*  
\*\*

Yo le decía al bosque:—«Selva sombría, como tú, encierra mi pecho innumerables murmullos.» Yo decía al águila:—«Contempla mi frente.» Yo decía a las copas vacías:—«Estoy saturado de ideas ardientes que embriagarán a las almas.»

\*  
\*\*

Entonces desde el fondo de veinte cálices, rocío, amor, perfumes y delicias subían a despararramarse en mi sueño; tenía mis canastillos llenos de flores, y como un vivo enjambre de abejas, mis pensamientos volaban hacia el sol.

\*  
\*\*

Como la luz de la luna pálida y la roja hoguera del pastor se

\*  
\*\*

Mientras que todo me estaba diciendo: ¡Ama! Escuchando esto fuera de mí mismo, embriagado de incienso y de armonía, oía, a la manera de arrebatador murmullo, el canto de toda la naturaleza en el tumulto de mis sentidos.

\*  
\*\*

Y las rosas que el abril amontonaba en las noches de verano alumbradas por la luna, los senderos que crujen bajo los pasos del viajero, los temibles escollos, los viejos troncos de árboles deformes que se inclinan en el borde de los caminos,

\*  
\*\*

Me hablaban ese idioma austero, idioma de la sombra y del misterio, que pregunta a todos:—«¿Qué es lo que se sabe?; que hay momentos en los que casi ahogada, confusamente canta notas para Orfeo y pronuncia palabras para

\*  
\*\*

La tierra me decía:—¡Poeta! El cielo me repetía:—¡Profeta! Anda, habla, enseña, bendice, in-



en las que se derrama misteriosamente el corazón; ya que he visto llorar; ya que he visto sonreír tu boca junto a mi boca y tus ojos junto a mis ojos,

\*  
\*\*

Ya que he visto brillar sobre mi orgullosa frente un rayo de luz de tu destino que está siempre velado; ya que he visto caer en la corriente de mi vida una hoja de rosa, arrancada de la flor de la tuya.

\*  
\*\*

Puedo muy bien decir a los años fugaces:—«¡Pasad, pasad! que no temo envejecer; ¡pasad arrastrando con vosotros las flores marchitas, que yo conservo en el alma una flor que nada ni nadie puede marchitar!»

\*  
\*\*

¡Aunque vuestras alas choquen contra él, no lograréis derramar el vaso donde apago mi sed, y que está lleno hasta los bordes; mi alma encierra más fuego que ceniza podéis derramar vosotros; el amor es más poderoso en mi corazón que en vosotros lo es el olvido».

1.º de enero de 1835.

## XXVI

A LA SEÑORITA J.

¡Cantad, cantad, joven inspirada! Es sagrada la mujer que canta, lo es aún para los perversos. Bendita la mujer que canta; su belleza defiende su genio. Los ojos hermosos realzan los hermosos versos.

\*  
\*\*

Yo, que vivo devorando mis propias iras, me complazco en ver brillar vuestra aurora exenta de tempestades, y sonrío cuando miro vuestros alegres ojos. Cantad, pues, esas melodías arrebatadoras. ¡Para mí la corona de espinas, para vos la corona de flores!

\*  
\*\*

Hubo un tiempo, tiempo de embriaguez, en el que la aurora que para vos brilla hoy, brillaba en mi esplendorosa primavera; hubo una época en que el orgullo, la alegría y el éxtasis se desbordaban de mis diez y siete años, como el vino puro rebosa de la copa de oro.

\*  
\*\*

Entonces, siempre presente dentro de mi alma, deslumbradora

quimera injaba en mí sus irresistibles ojos; entonces, en las rientes perspectivas de verdegueantes cielos azules, de aguas diáfanas, flotaban alucinadas mis miradas.

reflejan en las aguas del mismo arroyo; como en los bosques humedecidos, a través del ruido de las hojas, se oye el ruido de los pajarillos.

\*  
\*\*

Entonces, yo decía a las estrellas:—«Astro mío, en vano te ocultas, porque yo sé que no dejas de brillar en las alturas». Entonces, yo decía a las riberas:—«Vosotros sois la gloria, y yo llegaré hasta ella, porque cada uno de mis días es una ola.»

\*  
\*\*

Yo le decía al bosque:—«Selva sombría, como tú, encierra mi pecho innumerables murmullos.» Yo decía al águila:—«Contempla mi frente.» Yo decía a las copas vacías:—«Estoy saturado de ideas ardientes que embriagarán a las almas.»

\*  
\*\*

Entonces desde el fondo de veinte cálices, rocío, amor, perfumes y delicias subían a despararramarse en mi sueño; tenía mis canastillos llenos de flores, y como un vivo enjambre de abejas, mis pensamientos volaban hacia el sol.

\*  
\*\*

Como la luz de la luna pálida y la roja hoguera del pastor se

\*  
\*\*

Mientras que todo me estaba diciendo: ¡Ama! Escuchando esto fuera de mí mismo, embriagado de incienso y de armonía, oía, a la manera de arrebatador murmullo, el canto de toda la naturaleza en el tumulto de mis sentidos.

\*  
\*\*

Y las rosas que el abril amontonaba en las noches de verano alumbradas por la luna, los senderos que crujen bajo los pasos del viajero, los temibles escollos, los viejos troncos de árboles deformes que se inclinan en el borde de los caminos,

\*  
\*\*

Me hablaban ese idioma austero, idioma de la sombra y del misterio, que pregunta a todos:—«¿Qué es lo que se sabe?; que hay momentos en los que casi ahogada, confusamente canta notas para Orfeo y pronuncia palabras para

\*  
\*\*

La tierra me decía:—¡Poeta! El cielo me repetía:—¡Profeta! Anda, habla, enseña, bendice, in-



clina la urna de los cantos sublimes y viértela sobre los valles en las cumbres, en los aires y en los nidos.

\* \*

Pero esos tiempos pasaron: en la actualidad, aunque parezco que soy dichoso a aquellos que no me conocen, tengo el corazón muy triste; abrigo bajo mi techo un mal huésped; soy como la torre alta y espléndida que encierra una sombría atalaya.

\* \*

Cubre la obscuridad mi alma; oculto bajo aparentes prosperidades, el dolor llora en el interior de mi casa; roe un gusano mi racimo maduro, y siempre algún trueno se oye a lo lejos en mi horizonte.

\* \*

La esperanza me conduce a puertas que están cerradas. El mundo está lleno de objetos, que sólo vemos por uno de sus lados; la suerte se burla de nuestros deseos, y la vida es como la rueda de un carro que da vueltas en el polvo.

\* \*

A medida que los años, más pálidos y más tristes, van pasando sobre mí, veo que desaparecen volando mis ilusiones, como esas

abejas de vida efímera que no consiguieron elaborar miel.

\* \*

En vano trato de atizar en mi mismo el fuego tierno y ardiente del amor que arde sobre todos los tripodes, porque mi alma, inflamada, se remonta hacia el cielo convertida en humo, o cae en cenizas bajo mis pies.

\* \*

Mi estrella se ha ocultado detrás de negros nubarrones; la rosa no ha vuelto ya a abrirse en las ramas agostadas de mi existencia; en el fondo de la copa se encuentran las heces; en el fondo de los desvaríos la locura y en el fondo de la aurora la negra noche.

\* \*

Siempre alguna boca marchita, a la que compasivamente yo había alimentado, se complugo en ultrajarme; por eso pensamientos amargos y cuerdas rotas penden ahora únicamente de mi lira.

\* \*

Mi abril muere hoja por hoja; en cada rama que se desgaja, surge la espina del dolor; cada hierba cubre para mí una sierpe, y el odio sube a destruir mis obras como los machos cabríos suben a manchar con su baba los citisos en flor.

\* \*

La majestuosa naturaleza, la naturaleza que os fascina, ofende mis miradas tristes, que no resisten la luz del mediodía, que se encuentran más a su placer a la luz del alba; y la misma voz que a mí me dice que lllore, es la que os dice a vos que cantéis.

\* \*

Cantad, hermosa inspirada; saludad a esa risueña aurora, que ayer a mí también me embriagó; que no permanecen para siempre sus sonrisas ni su luz, y quizás algún día se deslizará de vuestras pupilas alguna lágrima.

\* \*

Entonces os compadeceré, con toda mi alma; que cuando una mujer llora, sus lágrimas son todo amargura, sus lágrimas son sublimes, porque brotan de un abismo más profundo que las gotas de agua que sobre las peñas de la costa arroja el mar.

1.º de marzo de 1835.

## XXVII

## LA FLOR Y LA MARIPOSA

La pobre flor decía a la pintada mariposa: — ¡No huyas! ¡Qué diferentes son nuestros destinos! ¡Yo me quedo y tú te vas!

\* \*

No obstante, nos amamos, vivimos sin la compañía de los hombres, lejos de ellos, y se dice que las dos somos flores

\* \*

Pero, ¡ay de mí! ¡tú vuelas por el espacio y mi destino cruel me encadena a la tierra, cuando quisiera con mi hálito embalsamar tu vuelo en el éter!...

\* \*

Te marchas, luego vuelves, después corres a lucir tus galas en otra parte; por eso cuando vienes todos los días al amanecer me encuentras llena de lágrimas.

\* \*

¡Ah! ¡Para que el amor fluya del mismo modo en nuestra vida, amor mío, arraiga en el suelo como yo, o dame alas como las tuyas!

ENVÍO A\*\*\*

Rosas y mariposas, la tumba nos junta tarde o temprano. ¿Por qué esperar hasta este momento? ¿Quieres que vivamos juntas en cualquier sitio?

\* \*

En cualquier sitio, en los aires, si en ellos se mece tu vuelo; en



los campos, si es en los campos donde tu cáliz vierte su tesoro.

\* \*

¡Donde tu quieras! Lo mismo me da que seas hálito o color, que seas mariposa brillante o corola llena de rocío, que seas ala o que seas flor.

Vivir juntas desde luego es el bien necesario y real; después podemos elegir al azar, o la tierra o el cielo.

7 de diciembre de 1835.

XXVIII

EN LA ORILLA DEL MAR

¡Contempla ese espléndido espectáculo! Ese inmenso paisaje, que a nuestra vista siempre termina y vuelve siempre a empezar; esos trigos, esas aguas, esos prados, ese frondoso bosque, esa choza en cuyo interior se oyen alegres risas, el Océano próximo a la llanura, ese golfo, obra de Dios, embellecido por el hombre, que ostenta el sello de las manos del uno y del otro; ese montón de rocas que sustentan a ese otro montón de torres, esas landas, esos bosques, esas crestas destrozadas, esas grutas a flor de agua que beben las mareas, esa montaña que tiene la frente

coronada de nubes, que uno de sus pliegues encierra un verde valle, como una niña lleva flores en su regazo; esa ciudad que se columbra confusamente a través de la bruma, con sus mil techos apiñados; el rumor de innumerables pasos y del roce de un bosque de ramas, de voces y de canciones que se oye a cada momento; esas olas que se deshinchán al morir en la playa, ese pájaro que cruza veloz el firmamento; aquí una carreta; allá bajo un arado, más lejos una quilla, que ambos trazan a un tiempo su surco; esos árboles, esos mástiles; en lontananza, por detrás de las lejanas colinas, esos celajes de formas inciertas; todo eso que vemos, brumoso o transparente, flotando en las claridades, vagando en las sombras, huyendo, de pie, inclinado, hormigueando o solitario, olas, rocas, céspedes, todo eso míralo con atención; todo eso es la tierra.

\* \*

¡Contempla también este otro espléndido espectáculo! Mira sobre tu frente esa inmensa extensión llena de nubes fantásticas, de la que penden cual ropajes de púrpura; esa extensión azul, que por la noche estará cubierta de sombra infinita; ese espacio colmado de armonía eterna, ese radiante sol, que poderosamente adquiere a nuestra vista todas las formas; que algunas veces, transformando en metales las nie-

blas, hace que aparezcan en el aire espléndidas ruinas; confuso hacinamiento, montones chispeantes de labores de cobre y de bronce, cayendo unas sobre otras corazas, escudos, armaduras, caparazones de oro caprichosamente agrupados en las nubes; mira ese éter, ese Océano tan azul, sin playas y sin fondo, sin límites y sin centro, en el que está como sumergido todo lo que respira, se mueve o gravita; tiene su ola que se une a las otras que pasan a un mismo tiempo, confundándose en el infinito; el aire tibio y los vientos helados, las auroras y los crepúsculos, los vientos del invierno, el ardor de las canículas, de los incensarios, las estrellas que bordan el manto oscuro de la noche, y las brumas de gasa, adornos del alba, y la confusa estrella que casi se confunde con la nocturna obscuridad; brumas, ecos, nieblas, humos, mil cosas que no tienen nombre en ningún idioma, las ondas de la luz y las ondas del ruido, todo cuanto se ve de día, todo lo que se oye durante la noche, nubes, azur, espacio, éter, abismos, ese fluido Océano, esas regiones transparentes, llenas de fuego, de resplandores y de relámpagos, hacia las que se siente arrastrada el alma del hombre, hacia las que nosotros dos queremos huir, para vivir cerca de los pájaros y lejos de los mundos; ese conjunto inefable, inmenso y maravilloso, contéplalo bien; eso es el cielo.

\* \*

La tierra es hermosa y el cielo es magnífico; pero cuando palpita tu seno y relucen tus ojos, cuando tus graciosos pasos corren ligeros pisando la hierba, promoviendo un rumor más dulce que el de una lira;

\* \*

Cuando tu fresca sonrisa, auro-ra de tu alma, se levanta reflejándose sobre mí y regocijándome, y desde tu rosada boca, donde nace, llega hasta mi frente.

\* \*

Cuando algunas veces, aunque no te vea, tu dulce voz acaricia mi oído, al modo que el murmurio del agua que se pierde en la sombra de una playa o como el canto de un pájaro que oímos en sueños;

\* \*

Cuando mi poesía, insultada y proscripta, en su camino descansa un momento sobre tu regazo, y mi pensamiento triste encuentra abrigo en el tuyo, como una lámpara nocturna que se apoya en una mano alabastrina;

\* \*

Cuando nos encontramos uno junto al otro, los dos en el valle; cuando tu alma asomada en tus



ojos, contempla, vertiendo lágrimas, el espectáculo de alguna virtud en el mundo o de alguna estrella en el cielo;

\*  
\*  
\*

Cuando brilla bajo tus cejas, como el fuego encendido debajo de las ramas, tu hermosa mirada, empañada por acerbos dolores; cuando los infortunios pasados vienen de súbito a tu memoria, y tratando se sonreírme, rompes a llorar.

\*  
\*  
\*

Cuando mi cuerpo y mi vida vibran al impulso de tu aliento como temblorosa lira; cuando tus dedos, posándose sobre los míos estremecidos, hacen cantar en mi corazón una melodía celestial;

\*  
\*  
\*

Cuando yo te contemplo, ¡oh encanto de mi vida!; cuando tu noble naturaleza se presenta a mis miradas como la ardiente zarza que contenía a Dios, abriendo todas sus flores y lanzando todos sus esplendores,

\*  
\*  
\*

La esencia que todo eso encierra, lo que tu beldad exhala noche y día como perfume compuesto del aroma de cien rosas, es superior a la tierra y al cielo; ese perfume es el amor.

7 de octubre de 1834.

## XXIX

Toda vez que amargan nuestros días perturbaciones y calamidades sin cuento; ya que todo lo que tú pretendes ligar se desata por todas partes; ya que nuestros padres y nuestras madres se fueron ya allí donde iremos todos; ya que los niños durmieron el sueño eterno antes que nosotros; ya que la tierra, hacia la que inclinas tu frente regándola con tus lágrimas, conserva nuestras raíces y algunas de nuestras flores; ya que con la voz de los que se aman confunden sus voces aquellos que en otro tiempo se amaron; ya que hasta nuestras propias ilusiones están llenas de las obscuridades de otros días; ya que al tiempo de catar el éxtasis sentimos desbordarse el dolor; ya que la vida es como una copa que no se consigue llenar ni dejar vacía; ya que a medida que avanzamos, nos hundimos más profundamente en la obscuridad; ya que la falaz esperanza agotó los cuentos que nos refería para adormecernos; ya que cuando suena la campana del reloj nada nos promete para mañana; ya que no conocemos a nadie de los que transitan por nuestro camino... levanta tu espíritu lejos de este mundo, pon tu esperanza en más altas regiones, que tu perla no se encuentra en

estos mares, que tu camino no está en la tierra. Ya que tu noche no está estrellada, ven a mecerte en las olas del mar; tu noche es oscura como la muerte y tu vida tiene olas amargas como el Océano. La sombra y el abismo tienen un misterio que nunca los mortales penetrarán; Dios les manda que enmudezcan hasta el día en que todo se aclare. Inútilmente los ojos mortales de las infinitas olas quieren buscar el fondo; inútilmente se han empeñado en sondear la profundidad del cielo. Pide a ese mundo nocturno que le conceda la paz a tu corazón solitario; pide una gota a esa urna, pide un canto a ese concierto. Levántate a esferas superiores a aquellas en que se ciernen otras mujeres, y deja vagar tus hermosos ojos entre el cielo donde están las almas y la tierra donde se encuentran las tumbas.

Octubre de 1834.

## XXXI

Ya que el florido mayo nos invita a recorrer los prados llenos de flores, ven; no te canses de admirar la campiña, los bosques, los sitios umbríos, los rayos de la luna en las orillas de los dormidos lagos, el sendero que llega a su término y el camino que comienza para llegar a él, la brisa y la primavera y el horizonte azul. Ven, y que las miradas de las pudorosas estrellas, que veladas llegan hasta nuestro mundo; que el árbol bien oliente, que el soplo abrasador del mediodía que corre sobre los campos, y la sombra y el sol, y las olas y la verdura y la claridad de toda la naturaleza hagan que se abra en tí una doble flor, la belleza en tu rostro y el amor en tu corazón.

21 de mayo de 1835.

## XXX

ESPERANZA EN DIOS

Espera, niño, espera en el mañana, ten esperanza siempre: tengamos fe en el porvenir. Cada vez que en el cielo brille la aurora, recibamos, que Dios la bendecirá. Nuestras culpas, pobre ángel mío, causaron nuestros sufrimientos. Tal vez si rezamos mucho tiempo arrodillados, cuando Dios bendi-

## XXXII

A LUIS B.

El viajero a quien conocisteis, amigo mío, y que os reveló los pesares que atormentaban su co-



ojos, contempla, vertiendo lágrimas, el espectáculo de alguna virtud en el mundo o de alguna estrella en el cielo;

\* \*  
\* \*

Cuando brilla bajo tus cejas, como el fuego encendido debajo de las ramas, tu hermosa mirada, empañada por acerbos dolores; cuando los infortunios pasados vienen de súbito a tu memoria, y tratando se sonreírme, rompes a llorar.

\* \*  
\* \*

Cuando mi cuerpo y mi vida vibran al impulso de tu aliento como temblorosa lira; cuando tus dedos, posándose sobre los míos estremecidos, hacen cantar en mi corazón una melodía celestial;

\* \*  
\* \*

Cuando yo te contemplo, ¡oh encanto de mi vida!; cuando tu noble naturaleza se presenta a mis miradas como la ardiente zarza que contenía a Dios, abriendo todas sus flores y lanzando todos sus esplendores,

\* \*  
\* \*

La esencia que todo eso encierra, lo que tu beldad exhala noche y día como perfume compuesto del aroma de cien rosas, es superior a la tierra y al cielo; ese perfume es el amor.

7 de octubre de 1834.

### XXIX

Toda vez que amargan nuestros días perturbaciones y calamidades sin cuento; ya que todo lo que tú pretendes ligar se desata por todas partes; ya que nuestros padres y nuestras madres se fueron ya allí donde iremos todos; ya que los niños durmieron el sueño eterno antes que nosotros; ya que la tierra, hacia la que inclinas tu frente regándola con tus lágrimas, conserva nuestras raíces y algunas de nuestras flores; ya que con la voz de los que se aman confunden sus voces aquellos que en otro tiempo se amaron; ya que hasta nuestras propias ilusiones están llenas de las obscuridades de otros días; ya que al tiempo de catar el éxtasis sentimos desbordarse el dolor; ya que la vida es como una copa que no se consigue llenar ni dejar vacía; ya que a medida que avanzamos, nos hundimos más profundamente en la obscuridad; ya que la falaz esperanza agotó los cuentos que nos refería para adormecernos; ya que cuando suena la campana del reloj nada nos promete para mañana; ya que no conocemos a nadie de los que transitan por nuestro camino... levanta tu espíritu lejos de este mundo, pon tu esperanza en más altas regiones, que tu perla no se encuentra en

estos mares, que tu camino no está en la tierra. Ya que tu noche no está estrellada, ven a mecerte en las olas del mar; tu noche es oscura como la muerte y tu vida tiene olas amargas como el Océano. La sombra y el abismo tienen un misterio que nunca los mortales penetrarán; Dios les manda que enmudezcan hasta el día en que todo se aclare. Inútilmente los ojos mortales de las infinitas olas quieren buscar el fondo; inútilmente se han empeñado en sondear la profundidad del cielo. Pide a ese mundo nocturno que le conceda la paz a tu corazón solitario; pide una gota a esa urna, pide un canto a ese concierto. Levántate a esferas superiores a aquellas en que se ciernen otras mujeres, y deja vagar tus hermosos ojos entre el cielo donde están las almas y la tierra donde se encuentran las tumbas.

Octubre de 1834.

### XXXI

Ya que el florido mayo nos invita a recorrer los prados llenos de flores, ven; no te canses de admirar la campiña, los bosques, los sitios umbríos, los rayos de la luna en las orillas de los dormidos lagos, el sendero que llega a su término y el camino que comienza para llegar a él, la brisa y la primavera y el horizonte azul. Ven, y que las miradas de las pudorosas estrellas, que veladas llegan hasta nuestro mundo; que el árbol bien oliente, que el soplo abrasador del mediodía que corre sobre los campos, y la sombra y el sol, y las olas y la verdura y la claridad de toda la naturaleza hagan que se abra en ti una doble flor, la belleza en tu rostro y el amor en tu corazón.

21 de mayo de 1835.

### XXX

ESPERANZA EN DIOS

Espera, niño, espera en el mañana, ten esperanza siempre: tengamos fe en el porvenir. Cada vez que en el cielo brille la aurora, recibamos, que Dios la bendecirá. Nuestras culpas, pobre ángel mío, causaron nuestros sufrimientos. Tal vez si rezamos mucho tiempo arrodillados, cuando Dios bendi-

### XXXII

A LUIS B.

El viajero a quien conocisteis, amigo mío, y que os reveló los pesares que atormentaban su co-



razón, cuando la noche extendía su manto, subió solo y triste al campanario aislado y lúgubre, donde el hombre se oculta para esconder sus pensamientos y donde los pájaros construyen sus nidos.

\* \* \*

Subió por la espiral de escalones gastados, sostenidos por paredes rajadas por el soplo violento y helado del cierzo, sin mirar hacia abajo de la escalera; después penetró bajo la bóveda de arcos apuntados, en la que la campana, esperando el momento de lanzar el toque de Oraciones, dormía, como un pájaro de bronce, en su jaula de encina.

\* \* \*

¡Vasta y poderosa campana de badajo monstruoso! Un cable muy fuerte tenía atado en el cuello, y el ojo que se aventuraba a mirar bajo su cúpula metálica veía estrecharse en su concavidad anchos círculos de sombra. Los reflejos de la luz se hundían por los bordes de la campana y el fondo de ella estaba obscuro. De momento en momento bajo esa bóveda, en la que quedaba el ambiente en vibración, se oía menearse algo sonoro, se percibían rumores deslizarse por las paredes, como si en aquella obscuridad, hablando con voces confusas, donde dormían las legiones aladas, las no-

tas cuchicheasen semi-despiertas Ruidos dudosos que llegaban a los oídos y percibía el alma, por donde el hombre se oculta para esconder sus pensamientos y donde los pájaros construyen sus nidos. que hasta cuando están adormecidos, sin movimiento y sin claridad, el volcán humea y la campana suspira. ¡La campana! jeco del cielo que resuena en la tierra, voz rugiente que habla con el lenguaje del trueno, que sirve lo mismo para la ciudad que para el mar, vaso lleno de rumor que se vacía en los aires!

\* \* \*

En esa campana, en su severa superficie, todos aquellos que la habían visitado dejaron huellas de su paso. En todas partes de ella, impuras frases grabadas en el cobre destruían la inscripción de su bautismo natal. Podía distinguirse aún en su parte más alta una corona cincelada, que había sido desfigurada a martillazos. Habían abierto muchos surcos en el metal, en los que nada había germinado; unos sembraron aquí su vida inmunda, otros escribieron sus deseos perdidos, algunos su amor, todos la impiedad, profanando de este modo la campana bendecida.

\* \* \*

Entonces, mientras que el aire soplabla con furor y en los caminos chirriaban los ejes de los carros, mientras los campos difundían su aroma, los hombres sus rumores y las chimeneas lanzaban su humo,

el viajero sintió ante aquel monumento de bronce, como el árbol inquieto siente confusamente que se posan muchas alas sobre sus hojas, posarse en su mente una bandada de pensamientos.

## I

Sola en el sombrío y alto campanario, desde donde tu soplo desciende hasta las casas estremecidas, ¡oh campana! suspendida en el espacio, que te balanceas con frecuencia, dormitas en este momento en la obscuridad, teniendo bajo tu bóveda profunda, adormecidos tus sonos, mientras que un espíritu que hacia ti se dirige silencioso también, contempla tu mutismo; ¿es qué por ventura te das cuenta, por ese instinto vago y tierno que revela siempre una hermana a su hermana, de que en esta hora en que se duerme la tarde que muere, se encuentra mi alma cerca de ti, tan vibrante como tu misma, que muchas veces despide sonidos solemnes y que se queja al amor como tú elevas tus quejas al cielo?

## II

¡Ay! En los primeros años de mi juventud, cuando tenía aún la conciencia tranquila y alegre, sobre su virgen metal, como tú, campana, mi alma también tenía escrito su augusto origen, y además una inscripción santa, la

corona que dejó impresa en ella mi madre; pero también otros transeuntes, que se dirigen al corazón por el camino de los sentidos, que cuando el acaso los trae hasta nosotros suben nuestra escalera y abren nuestra puerta, que vienen frecuentemente a encontrar al hombre en su lugar sagrado y que tañen en él; no por Dios, sino por las pasiones, turba que un día vino a visitar mi alma, y subiendo hasta ella, trocando el cuchillo en buril, sin respetar las palabras sagradas que tenía esculpidas, grabando allí la injuria, el error y la blasfemia, la rayaron en todos sentidos, como han rayado tu bronce, campana, y el nombre sagrado del Señor quedó en ella desfigurado e ilegible.

¿Pero eso qué le importa a la campana ni qué le importa a mi alma? Cuando el Espíritu Santo la reclame en su día y en su hora, cuando las toque tañendo sobre una y otra y les diga: «Cantad», de pronto por todas partes, de su conmovido seno, que ahora está obscuro, a través de su superficie, á través de sus profanaciones, su majestuoso sonido vibrará esparciéndose en los aires. ¡Será el hosanna de todas las criaturas; será, Señor, tu pensamiento, será, oh naturaleza, tu expresión! Lo que saldrá de ambas con sollozos y con sonidos,



como el agua del ventisquero, como el viento de los mares, como la luz de la aurora, será la inmensa armonía que todo lo dice, que todo lo expresa; los suspiros del corazón, los arrebatos de la multitud, el grito de lo que asciende y el clamor de lo que desploma, la conmoción de los hombres ante las pasiones, el adiós que al disiparse canta la ilusión. La esperanza extinguida, la barca estrellada contra la playa, la mujer acongojada y la doncella que sueña, la virtud que se compone de lo mejor y de lo más punzante de la desgracia, el altar envuelto en nubes de incienso, las madres reteniendo a los hijos junto a sí, la noche que impone silencio diariamente al universo, concediendo sólo la palabra al mar; las puestas del sol ardientes, las auroras estrelladas, las horas de sol y de luna, los montes y las olas proclamando a un mismo tiempo el nombre augusto que impulsa todas las voces, el himno inexplicable que con el ruido de las alas vuela desde el nido del águila hasta el de las golondrinas, y ese círculo, en torno del cual el hombre da pronto la vuelta, ese círculo que forman la inocencia, la fe, la plegaria y el amor.

## IV

Entonces es cuando, conmovidos y turbados por esos inexplicables sonidos, el pueblo en la

ciudad, el hombre en los campos y el sabio tratando vanamente de comprender esas voces, se inclinan en silencio; entonces es cuando el niño alegre corre al lado de su madre y le señala el cielo; entonces es cuando todos sienten el influjo de un bálsamo que se derrama sobre sus dolores ocultos; entonces es cuando la multitud, lo mismo que el que sufre en la soledad, se embriagan bebiendo en el mismo vaso; entonces es cuando la doncella, sentada junto a la fuente, da tregua a sus fantasías para escuchar esos ruidos lejanos; entonces es cuando los buenos, los débiles, los perversos y los creyentes, todos, prosternados ante el campanario, oyen embelesados y al mismo tiempo con terror, como el ruido sordo del mar alborotado, el clamor de la gran alma de bronce que en las alturas se lamenta.

## V

Himno de la naturaleza y de la humanidad, himno sin cesar repetido por todos los ecos, himno que desde las alturas desciende hasta el abismo, y que desde las profundidades del armonioso precipicio se remonta hasta el cielo. Cántico que se oye en los montes y en las llanuras, y que se desliza sobre las aguas en el río y hace estremecer al bosque. Himno que la mañana evapora en las aguas y que la noche adormece en el

nido de los pájaros; palabra que dice la campana a las otras campanas que suenan, y que el alma revela a las almas consoladas; salmo inmenso y sin fin, que son incapaces de traducir las lenguas de los hombres, y que expresan por completo estas dos frases supremas: *prezo y amor!*

\* \*

## VI

Y este salmo brillante, este himno superior, que tintinea en los aires menos que en los corazones, para salir más abundante de sus abismos sonoros, abre todos los poros del alma y de la campana. Las dos le cantaron a un tiempo con inefable voz, con voz tan pura como el susurro del manantial, tan casta como el suspiro de un amor secreto, tan virginal como el canto que entona cada día la aurora. Cuando ese himno se canta, todo habla en los dos instrumentos, de amor, de armonía y de éxtasis; entonces no sólo no queda en su superficie lo que resta del verbo santo, que cada día se borra, sino que tampoco nada de lo que grabó en el profanado bronce el visitador imbecil, la ironía y la afrenta, las blasfemias, la destruida corona; todo adquiere vida al impulso de sus vibraciones, y todo, metamorfoseándose en su veloz balanceo, confundirá, sin perturbar el conjunto seráfico, el canto lastimero y tierno con su voz magnífica. La blasfemia inscrita sobre el

Este es el triunfo magnífico de vuestra ley sublime, Señor. Es un espectáculo augusto e inefable, para los hombres y para los ángeles, que lo que profana el impío al pasar, apenas lo toca vuestro espíritu, se borra, y que sin pensar en su indigno ultraje cante con el amor en el corazón y con la blasfemia en la frente.

\* \*

¡Ved aquí por que pendiente, dividiéndose en arroyos, se deslizaba ola a ola la corriente de los pensamientos del viajero, aumentada a cada instante con los sollozos de su corazón. La noche, que aquel que está triste ama como a una hermana, cuando él descendió de la torre, había cubierto el horizonte; partió, y la corriente incierta de la vida arrastró hacia sucesos amontonados en otra parte a ese hombre melancólico, cuya alma, víctima de su mala suerte, sumisa y rebelde a la vez a los pensamientos que le acababan de atormentar,



era de cera para el sentimiento y de bronce para la resistencia.

\* \*

Habían desaparecido de él las manos que le hacían lanzar sonidos por todas sus lenguas y que hace poco hacían estremecer al órgano, arrancándole notas sonoras.

\* \*

Era una iglesia humilde de arco elíptico, la iglesia donde entramos, en la que desde hace trescientos años inmenso número de fieles se habían postrado a orar.

\* \*

Aquella iglesia estaba triste y silenciosa a la caída de la tarde; el altar no tenía servidores, y como un corazón sin amor, tenía apagadas las luces.

\* \*

Las antífonas, cuyos cantos reglamentó en los tiempos primitivos San Pablo, sobre las sillitas del coro, desde donde toman el vuelo, habían plegado sus alas.

\* \*

El inspirado músico, que sobre todos los asistentes esparce sus simpatías, había abandonado ya el órgano, cuerpo vasto, que se había quedado sin alma.

Las hacían brotar sus manos soberanas, crispándose y alargándose sobre el teclado, y fluir a lo largo de los grandes tubos de metal, como fluye el agua de una esponja.

\* \*

El majestuoso órgano estaba gravemente silencioso en la solitaria nave, sin producir el único concierto, el único gemido que encadena la tierra con el cielo.

\* \*

Sin producir la única voz que puede, como el murmullo de las olas y como el susurro de los bosques, balbucear en la tierra el principio de las cosas infinitas.

\* \*

Se adormecía la iglesia a la hora en que tú te duermes, tranquila naturaleza, y apenas alguna lámpara para allá en el fondo de los corredores alumbraba chisporroteando en la sombría obscuridad.

\* \*

Apenas se oía flotar en ella algún suspiro, alguna palabra pronunciada en voz baja, como cuando por un bosque que se adormece se oye pasar el último vuelo de un pájaro.

\* \*

Y experimentábamos con emoción creciente bajo aquellas bóvedas sombrías, que algo grandioso y santo y delicioso se disipaba en la obscuridad.

\* \*

Aquella iglesia estaba triste y silenciosa a la caída de la tarde; el altar no tenía servidores, y como un corazón sin amor, sus luces estaban apagadas.

\* \*

Entonces, tembloroso, inclinasteis la taciturna frente, como barco que zozobra, mientras que fuera de la iglesia se oía en la ciudad pasar inmenso murmullo de voces.

II

Las voces que pasaban decían alegremente: — Disfrutemos de los goces del mundo; para nosotros las copas de oro llenas de vinos deliciosos; para los demás los cálices rebosantes de amargura.

\* \*

»Gocemos! La vida es corta y pasa con rapidez; nadie sabe cuándo ha de morir; la lazada que une al cuerpo con el alma se desata en el momento en que menos lo esperamos.

\* \*

»Tomemos de los objetos lo agradable que contienen; el calor de la llama, el vino de la uva, el aroma de la flor y el amor de la mujer.

\* \*

»Gocémoslo todo; de la primavera hasta la última brisa, del día hasta el último rayo de luz, de la hermosura hasta la postrera sonrisa.

\* \*

»Apurémoslo todo, que transcurra nuestra vida de embriaguez en embriaguez; amigos míos, lo que va a perderse muchas veces nos acaricia mejor.

\* \*

»Del licor que apuramos prefero siempre el del fondo del vaso, que suele ser más dulce la última gota de la copa.

\* \*

»¿Por qué todos gustamos siempre de sumergirnos en el mar de



las voluptuosidades? Por ver si alguna perla desconocida se halla oculta en el fondo de esas olas.

\*\*

»Nos satisface desflorar apenas lo que podemos gozar; de nada sirve vivir faltos de aliento, como los niños cuando acaban de correr por las llanuras.

\*\*

»Gocemos libremente; nada tenemos que hacer; la felicidad nos invita; hagamos que, como un tizón encendido bajo el morillo, se deslice brillante nuestra vida.

\*\*

»No imitemos al loco que vive entregado al fastidio y que pasa la vida suspirando; los frutos más hermosos que produce la tierra suelen comerlos las bocas que ríen.

\*\*

»Como nosotros que reímos, los que viven tristes también mancillan algunas veces su alma; para emponzoñar sus corazones basta que lancen sus rayos el oro o la mujer.

\*\*

»Caen como nosotros a pesar de su loco orgullo y de su sufrimiento estéril; las olas más gi-

»Vivamos, pues, y bebamos, desde la noche hasta la aurora, para olvidarnos de nosotros mismos, y despleguemos alegremente el mantel del festín, para que sirva de mortaja a los pesares.

\*\*

»La tristeza letal es la sombra que proyecta andando el placer; caminemos, pues, dirigiendo la vista hacia el sol y no veremos esa sombra.

\*\*

»Nada debe importarnos el dolor, la desgracia y la desesperación que produzcan las alegrías, ni que dejemos tras de nosotros algo sombrío que se arrastre por nuestro mismo camino.

\*\*

»Ni lo sabemos ni queremos saberlo! Aléjense de nosotros los pesares y los dolores; cuando marchitamos coronas de flores, ¿quién se compadece de las rosas?

\*\*

»Los verdaderos bienes de este mundo, y en el otro no pensamos, consisten en todo lo que nos regocija, en todo lo que nos propor-

ciona un canto, un rayo de luz como los hay que velan por los niños?...

\*\*

»No consisten en el mañana, sino en el hoy; en todo lo que nos hace gozar o reír, en unos ojos enamorados, en senos palpitan-tes.

\*\*

»Consiste en la orgía opulenta que causa la envidia de los que están excluidos de ella, que ríe y se tambalea a la luz de las antorchas.

III

Y mientras esas voces, que aumentaban incesantemente, exclamaban:—«Alegria, placer, goces, y felicidad», vosotros exclamabais:—«Recemos».

IV

Mientras esas voces alborotaban, vosotros murmurabais con acento débil:—«Dios, que me habéis criado, me reservasteis para el combate del mundo, combate que me hace temblar!

\*\*

»Tened compasión de mí. El esquife que me arrastra no tiene velas ni remos; ¿por qué no tenéis ángeles que velen por las mujeres,

\*\*

»Sé que los días de nuestra vida son un soplo ante vuestra eternidad; sé que sólo vos sois el Ser real, eterno y luminoso, y que todo lo demás es sombra.

\*\*

»Lo sé; pero en esta sombra en la que fluctúan nuestros corazones, pregunto dónde está mi camino. ¿Alguien me responderá? Suplico y espero, llamo y escucho.

\*\*

»Pero nadie me contesta ni viene, y a cada momento veo que se tienden lazos por la vía que he de seguir. ¿Por qué no tenéis ángeles que velen por las mujeres, como los hay que velan por los niños?

\*\*

»¡Señor! Carezco del hogar tranquilo, de la familia cariñosa; ni poseo palacio soberbio, ni pobre cabaña, ni faro que me enseñe el camino, ni amistad que estreche mi mano, ni amor que la acaricie.

\*\*

»¡Señor! Estoy sola en el mundo; en él vegeto y lloro; olvidada entre



las ruinas de todos mis seres queridos, paso la vida en la soledad.

\* \* \*

»Sin embargo, no he causado ningún daño a ese mundo que no se preocupa de mí, y vos sabéis que mis acciones dignas me permiten levantar la frente.

\* \* \*

»La mitad de lo que poseo no dado gustosa a los pobres y nadie me compadece, a mí, que tengo compasión de todos; a mí, que sufro y que alivio los dolores ajenos.

\* \* \*

»Ya lo sabéis, Señor; no hay nadie que enjague mis lágrimas; todo aquello en que apoyo mi mano se rompe, todo tiembla bajo mis pies.

\* \* \*

»En la cuna no tuve juguetes y en la vida no conseguí felicidad. Señor, esta no es vuestra ley. Los rayos del sol, en mi cielo tempestuoso, uno tras otro se desvanecen.

\* \* \*

»Ni siquiera disfruto del flujo y del reflujó de las claridades y de las sombras; mi espíritu de día en día se sumerge más cada vez en pensamientos lúgubres.

\* \* \*

»Si es cierto que en los corazones inocentes que sufren difundís vuestra gracia, Señor, sostenedme, sostenedme, porque estoy a punto de caer!»

v

Contemplando estaba yo a la que a Dios dirigía sus preces en el sagrado templo, y encontrando grave y digna de aquel lugar sagrado a la hermosa desconsolada, le dije:

vi

—«Señora, ¿por qué os atormenta ese pesar, por qué no secáis las lágrimas, poseyendo como poseéis ese delicioso corazón, obscuro como la noche y tierno como la aurora?»

\* \* \*

»¿Qué os importa que la vida, que tan desigual es en el mundo sea aciaga para vos, si estáis dotada de un alma angelical?»

\* \* \*

»Quizás muy pronto esa alma volará a las regiones celestiales y os conducirá a ellas, librándoos de los sufrimientos y de las amarguras de la tierra.

\* \* \*

»Sed como el pájaro que se posa un instante en una rama frágil, y que aunque conoce que ésta se dobla, canta, sin preocuparse por ello, porque sabe que tiene alas».

25 de octubre de 1834.

se reiría de mí el que así me viera porque, lejos del tumulto de mundo, tus púdicas canciones, tus nobles elegías, vírgenes de suaves contornos y de miradas azules, pasan ante mi vista, llevando en sus frentes puras, en los sonetos esculturales, tu hermoso estilo, que lanza chispas de inspiración en frescas metáforas.

24 de octubre de 1835.

### XXXIV

ESCRITOS EN LA PRIMERA PÁGINA DE  
UN EJEMPLAR DEL PETRARCA

Cuando con el alba del cariño se colora mi alma; cuando, casto amante de Laura, sin sentir el viento helado de la burla, mi pensamiento, como una flor, se abre hoja a hoja en las profundidades del corazón, tomo tu hermoso libro, encendido en luz celestial, en el que con frecuencia, junto al éxtasis, murmura la resignación; ¡tu hermoso libro, en el que se ve, como un oleaje de cristal, que por arenas de oro fluye a su capricho, tanto amor correr sobre tanta poesía! ¡Llego a tu fuente predilecta, y sentado junto a ella, leo de nuevo tus misteriosos versos, ese envidiable tesoro, esa flor amorosa que, encerrada en los bosques, después de quinientos años perfuma aún a Vaucluse! Mientras que leo ese libro, meditabundo y reflexionando,

### XXXV

Hay hombres que en todos los sentidos dejan que transcurra su vida, entregados a sus deseos y a sus instintos; todo en ellos ocurre a la merced de lo que sobrevenga; la acción carece en ellos de dirección y el pie de inteligencia; siguen a la ventura el proyecto o el desvarío de los demás, entran por las puertas que se les abren y se dejan llevar por el viento que sopla; sólo los absorbe la brevedad del presente; ni piensan en el pasado ni se preocupan del porvenir. Su espíritu flota y duda. Marchan sin preferir ningún camino, y todo se borra en ellos mesuradamente, el fastidio con la alegría, el ayer con el hoy. Viven no más para el día. No tienen trazada ninguna regla que ponga límite a sus deseos. Cuando piensan una hora, según lo exigen las pasiones, nada lejano influye en su existencia; en la idea que siguen



en aquel momento, y para su tan hermosa, me parece que una corazón, que carece de cariño y música pura, igual y solemne, de pesares, el pasado no tiene al andar se desprenda de todos raíces y el porvenir no tiene flores. vuestros movimientos; los de las demás son rumores, pero los vuestros son un canto.

\* \*

17 de octubre de 1834.

Pero vos que sois la alegría de mi alma, que desde hace doce años fuisteis sucesivamente para mí ángel y mujer, sosteniéndome en las altas regiones y ayudándome en las bajas, ascendiéndome con vuestras alas o calmándome en vuestros brazos; vos, que hablando siempre con el corazón, hacéis perceptible a la vista la calma interior por medio de la paz exterior, la dulzura del espíritu por la salud del cuerpo, la bondad por la alegría y la virtud suprema por la suprema belleza; vos, que sois el faro que me guía, mi polo, mi imán, mientras que flotamos a merced de los acontecimientos, sabéis que todas las almas tienen que regirse por sus leyes, y todo en vos permanece sereno, fiel y resplandeciente, no descomponéis el todo armonioso, y como en la esfera celeste, nada en vos se transforma; sonriendo, vuestra alma se enlaza con vuestro espíritu; vuestra vida, algunas veces empañada por el llanto, secreta como el nido que gime en el bosque, como la muda corriente que fluye sobre el musgo, la forma el concierto dulce y tierno de la bondad, de la virtud y de la belleza, es un himno que cantáis a Dios. Al veros tan perfecta y

## XXXVI

¡Sé para siempre bendita, Eva, a quien ninguna fruta seduce, que feliz habitas de la virtud las puras cumbres, alma sin tacha y sin repliegues, que bañas tus alas candidas en un arroyo misterioso, matizado de reflejos espléndidos, oculta y lejos de las miradas del mundo!

\* \*

¿Sabes lo que dice de ti el indigente cuando pasas? — «Esa es la mujer llena de gracia que sonríe al suplicante; conmovida por nuestro infortunio, inclina hacia nuestro lecho su radiante faz y palabras melodiosas salen para nosotros de sus tiernos labios.»

\* \*

¿Sabes lo que dice de ti la inconsolable viuda, dirigiendo las miradas al cielo? — «Llegó hasta mi un ángel a echar gotas de miel en la copa de mi amargura; como el rocío sobre la hierba, sobre mi miseria llovieron sus beneficios,

y se comprendieron nuestros corazones, a pesar de que era dichosa y yo desventurada.

\* \*

«Conocí que de ninguna impureza participa su alegría y que su frente es pura como el azul del cielo, y ella comprendió bien que el dolor en que estoy sumida da resignación a mis pesares; ella comprendió mis lágrimas y yo comprendí su sonrisa.»

\* \*

Para hablar de los huérfanos, cuando al amor del hogar, juntando mis rodillas, siento en ellas a tus hijos que se te parecen; cuando les refiero que en el invierno sombrío, el hambre y otras penalidades se apoderan de los niños pobres y abandonados, que vagan por las calles descalzos;

\* \*

Mientras en silencio el grupo de tus hijos me oye y suspira, ¿sabes qué parece que me digan con sus ojos, que son iguales a los tuyos? — «Pobrecitos niños, venid a nuestra casa y en ella todos nos esforzaremos por alegraros, y nuestra madre será una madre para vosotros.»

\* \*

¿Sabes tú lo que dice mi corazón? — «Ella es indulgente y cariñosa; sus labios no rehusan catar

el más amargo licor. Madre semejante a su hija, en medio de la familia, ilumina mi frente sombría con los rayos de su cariño y de su bondad.»

\* \*

Superior a las pasiones y dominando la cólera tu noble espíritu, sólo sabe realizar acciones nobles; cuando sobre nosotros difundes tus afectos, sometes a tu influjo nuestros corazones. Del cisne sólo pueden caer plumas blancas.

18 de octubre de 1835.

## XXXVII

A LUISA B.

I

Al año que huye le sigue otro año; éste muere también a su vez; el tiempo no deja de caminar adelante, y acercándonos a los límites de la vida, un invierno más pasó sobre nuestras primaveras.

\* \*

El tiempo, los años y los días son palabras en las que la multitud no se fija bastante, son palabras profundas que nunca medita; de las horas que huyen escuchan los consejos muy pocos mortales.



\* \*

Los hombres gastan las horas fugitivas en satisfacer sus locas pasiones, en locas voluptuosidades, creyendo que Dios los echó al mundo sólo para gozar de los cantos, de los banquetes, de las risas y de la hermosura.

Consuma el hombre inútilmente la vida entregándose a los placeres. ¿Está seguro de vivir mañana? ¿Está seguro de vivir hoy? Malgastando sus días, ¿sabe qué es lo que malgasta? No cuenta su número, pero lo cuenta Dios.

\* \*

Apenas le ocurre un pensamiento serio, cuando, en un banquete que satisface sus deseos, embriagado, en él comprende que se le debilita la cabeza y que caen al mismo tiempo las flores que le coronan y sus propios cabellos.

\* \*

Cuando todos sus proyectos, uno tras otro, prematuramente se deshacen; cuando ve morir sus ilusiones; cuando conoce que el nivel de sus días, que se escurren, baja rápidamente como un torrente en el verano,

\* \*

Entonces, extrañándose, parece que reclama, y pregunta:—

«¿He apurado todo ese licor? ¿No tengo ya vino para aplacar mi sed, ni amor para saciar mi alma? ¿quién ha vaciado al mismo tiempo mi copa y mi corazón?»

\* \*

Al ver que nadie le contesta, sumido en la tristeza, con la frente pálida, débiles las manos, helado su aliento, vanamente remueve dentro de sí mismo el montón de cenizas del fuego extinguido que se llama ayer.

II

Así transcurre para nosotros la vida; pero vos, dotada de alma fuerte y de corazón magnánimo, exclamáis:—«Nada me importa que el tiempo huya sin cesar y que su soplo arrastre a su paso, a través de la duración y del espacio, los hombres y los días.»

\* \*

Porque tenéis afición a lo único que puede vivir, inclináis la frente sobre el libro del Dante o sobre las notas de Mozart. Sois apasionada por todo lo inmortal, y nada de lo que el tiempo arrebatara atrae vuestros pensamientos.

\* \*

Algunas veces, cuando el espíritu os conmueve, ardientes cantares se escapan de vuestra alma, música que entona cantos irresistibles,

tibles, cuyos sonos, que son más ligeros que el alma de los céfiros, palpitan y hacen vibrar como lirras las fibras de nuestros corazones.

\* \*

En este siglo en cuyo horizonte brillan relámpagos, en el que el mundo, lanzado de tempestad en tempestad, clama presa del terror, en medio de la noche, que se condensa más y más a cada momento, conseguís conservar una serenidad que atraviesa sin turbarse la borrasca exterior.

\* \*

Vivid siempre así, consagrada a la familia, que es el centro a cuyo alrededor todo gravita y brilla; seguid prodigando la indulgencia y economizando el vituperio; seguid siendo la mujer de corazón grave y cariñoso, que es seria para con el hombre y juguetona con el niño,

\* \*

Ya que para conservar la belleza del alma, para llenar el corazón y la cabeza de pensamientos nobles tenéis lo que en el mundo, después de Dios, es más querido y más sagrado, un padre con cabellos blancos.

31 de diciembre de 1831.

## XXXVIII

LA DUDA

A LUISA B.

En nuestros días—compadeceenos, mujer tierna y noble,—el interior del hombre presenta un sombrío cuadro, en el que una serpiente visiblemente aparece en el manantial del agua, y la incredulidad se arrastra en el fondo de nuestro corazón.

\* \*

Vos, que nunca contestáis con una sonrisa sarcástica a las aflicciones que perturban las almas; vos, que vivís siempre serena, atenta y oculta; que juntáis a una inteligencia varonil, el delicado corazón propio de la mujer;

\* \*

Si me preguntáis vos, que sois musa, a mí, que soy poeta, por qué vivo agitado, por qué está mi frente sombría, por qué en la inquietud se arrastra mi vida como en el aire una rama desgajada, por qué quiero saber qué es lo que murmuran los vientos, por qué continuamente permanezco en vela meditabundo, o por qué despierto de mi sueño antes que los pájaros y antes que los niños;



\* \*

Los hombres gastan las horas fugitivas en satisfacer sus locas pasiones, en locas voluptuosidades, creyendo que Dios los echó al mundo sólo para gozar de los cantos, de los banquetes, de las risas y de la hermosura.

Consuma el hombre inútilmente la vida entregándose a los placeres. ¿Está seguro de vivir mañana? ¿Está seguro de vivir hoy? Malgastando sus días, ¿sabe qué es lo que malgasta? No cuenta su número, pero lo cuenta Dios.

\* \*

Apenas le ocurre un pensamiento serio, cuando, en un banquete que satisface sus deseos, embriagado, en él comprende que se le debilita la cabeza y que caen al mismo tiempo las flores que le coronan y sus propios cabellos.

\* \*

Cuando todos sus proyectos, uno tras otro, prematuramente se deshacen; cuando ve morir sus ilusiones; cuando conoce que el nivel de sus días, que se escurren, baja rápidamente como un torrente en el verano,

\* \*

Entonces, extrañándose, parece que reclama, y pregunta:—

«¿He apurado todo ese licor? ¿No tengo ya vino para aplacar mi sed, ni amor para saciar mi alma? ¿quién ha vaciado al mismo tiempo mi copa y mi corazón?»

\* \*

Al ver que nadie le contesta, sumido en la tristeza, con la frente pálida, débiles las manos, helado su aliento, vanamente remueve dentro de sí mismo el montón de cenizas del fuego extinguido que se llama ayer.

II

Así transcurre para nosotros la vida; pero vos, dotada de alma fuerte y de corazón magnánimo, exclamáis:—«Nada me importa que el tiempo huya sin cesar y que su soplo arrastre a su paso, a través de la duración y del espacio, los hombres y los días.»

\* \*

Porque tenéis afición a lo único que puede vivir, inclináis la frente sobre el libro del Dante o sobre las notas de Mozart. Sois apasionada por todo lo inmortal, y nada de lo que el tiempo arrebatara atrae vuestros pensamientos.

\* \*

Algunas veces, cuando el espíritu os conmueve, ardientes cantares se escapan de vuestra alma, música que entona cantos irresistibles, cuyos sonos, que son más

tigeros que el alma de los céfiros, palpitan y hacen vibrar como lirras las fibras de nuestros corazones.

\* \*

En este siglo en cuyo horizonte brillan relámpagos, en el que el mundo, lanzado de tempestad en tempestad, clama presa del terror, en medio de la noche, que se condensa más y más a cada momento, conseguís conservar una serenidad que atraviesa sin turbarse la borrasca exterior.

\* \*

Vivid siempre así, consagrada a la familia, que es el centro a cuyo alrededor todo gravita y brilla; seguid prodigando la indulgencia y economizando el vituperio; seguid siendo la mujer de corazón grave y cariñoso, que es seria para con el hombre y juguetona con el niño,

\* \*

Ya que para conservar la belleza del alma, para llenar el corazón y la cabeza de pensamientos nobles tenéis lo que en el mundo, después de Dios, es más querido y más sagrado, un padre con cabellos blancos.

31 de diciembre de 1831.

## XXXVIII

LA DUDA

A LUISA B.

En nuestros días—compadeceenos, mujer tierna y noble,—el interior del hombre presenta un sombrío cuadro, en el que una serpiente visiblemente aparece en el manantial del agua, y la incredulidad se arrastra en el fondo de nuestro corazón.

\* \*

Vos, que nunca contestáis con una sonrisa sarcástica a las aflicciones que perturban las almas; vos, que vivís siempre serena, atenta y oculta; que juntáis a una inteligencia varonil, el delicado corazón propio de la mujer;

\* \*

Si me preguntáis vos, que sois musa, a mí, que soy poeta, por qué vivo agitado, por qué está mi frente sombría, por qué en la inquietud se arrastra mi vida como en el aire una rama desgajada, por qué quiero saber qué es lo que murmuran los vientos, por qué continuamente permanezco en vela meditabundo, o por qué despierto de mi sueño antes que los pájaros y antes que los niños;



\*\*

Por que cuando la bruma ha desgarrado sus velos yo visito los valles y contemplo sucesivamente la alfombra que forman las flores y la bóveda tachonada de estrellas, os diré: que dentro de mí llevo un enemigo, la duda, que me arrastra a vagar por el bosque sombrío, espectro miope y sordo, formado de luz y de sombra, que me muestra y me oculta a un mismo tiempo todo a medias;

\*\*

Os diré que pregunto a cada instante a un instinto interior que balbucea prisionero de mis sentidos, combatido por la necesidad de creer y el deseo de negar, y que el espíritu se ríe del corazón que llora.

\*\*

Por eso veis que hablo con frecuencia en voz baja, y que como el mendigo hambriento que delira, sentado en el umbral de una puerta cerrada, parece que como él espero a alguien, que no la abre nunca.

\*\*

¡La duda! Palabra fúnebre que en letras flamígeras veo escrita en todas partes, en el alba, en el relámpago, en el azul de ese

cielo misterioso y claro que es transparente para los ojos, pero impenetrable para las almas

\*\*

Este es el martirio que nosotros, hijos de las pasiones, sufrimos, nosotros, cuyo espíritu no puede tener vuestra serenidad sublime; nosotros, cuya cuna, peligrosamente suspendida sobre el abismo, flotó sobre el mar proceloso de las revoluciones.

\*\*

Las supersticiones, esas repugnantes víboras, hormigean en nuestro cerebro, matando todo germen, y arrastramos en nuestros corazones el cadáver putrefacto de la religión, que vivía en el alma de nuestros padres.

\*\*

He aquí por qué camino triste y meditabundo, por qué con frecuencia miro y escucho por la noche, y solitario vago al azar por un sendero durante las horas en las que aquel que pasea es sospechoso.

\*\*

¡Dichoso aquel que puede amar, y que en su noche oscura, al buscar la fe, puede encontrar el amor; al menos a ese le ilumina la luz de una lámpara, mientras espera que le alumbre el día!

¡Dichoso es ese corazón! Amar, es casi creer.

13 de octubre de 1835.

## XXXIX

DATE LILIA

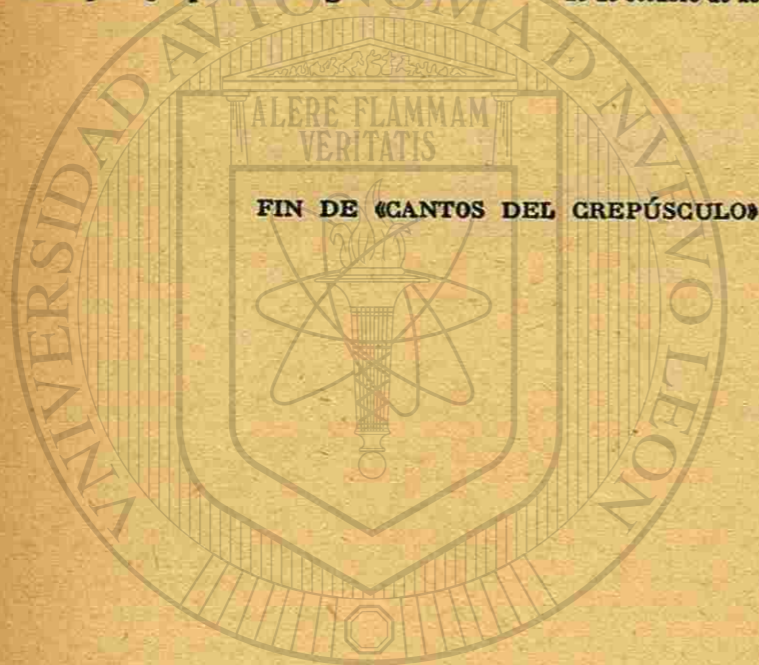
Si encontráis en alguna parte una mujer de frente pura, de paso grave, de ojos tiernos, acompañada por cuatro niños, de los que el último apenas sabe andar, que los vigila a todos, y que si pasa por su lado algún anciano mendigo pone una humilde limosna en manos del niño pequeño para que se la dé; si cuando se zahiere a un hombre bien reputado esta mujer oye en silencio la diatriba, duda de lo que oye, y después os dice:—«Esperemos para juzgar. ¿Quién es capaz de emitir un juicio imparcial? Hay gran tendencia a deslucir todo lo que brilla: la alabanza es tarda y el vituperio vuela.»—Si cuando un recuerdo, o quizás un remordimiento, o tal vez el acaso os conducen a la ciudad de los muertos, y veis, al doblar una de sus recónditas calles, rezar junto a una tumba, con sus hijos, a un ser gracioso, que llora sonriendo; si de su seno destrozado, el dolor y el éxtasis se desbordan, como sale el agua por las resquebrajadas duras de un vaso; si nada le queda

en el mundo a ese inconsolable ángel; si empañados por el llanto sus ojos castos, con más frecuencia se elevan hacia el cielo que se inclinan hacia la tumba, con tanta pesadumbre, que su corazón parece que no haya elegido aún entre su madre que está en el cielo, o sus hijos que viven en la tierra; si cuando, por la Pascua o por la Navidad, la iglesia, al caer la noche, se llena de pasos confusos y de cirios llameantes; cuando el humo a la manera de una nube sale de los incensarios; cuando en medio de los cánticos de los hombres, de las mujeres y de los niños, un alma sale de todas esas almas; si lejos de la muchedumbre, tras una columna obscura, veis sobresalir, por encima de cuatro cabezas de niños agrupados, otra cabeza de miradas puras, en las que se confunden la claridad virginal con la luz de la maternidad, ¡oh! quienquiera que seáis, bendecidla, que es ella, la hermana de mi alma inmortal, mi orgullo, mi esperanza y mi refugio. ¡Es ella! La virtud que se inclina hacia mí, la figura de alabastro escondida en mi propio hogar; el árbol que por el camino que yo recorro vierte a menudo sus frutos y su sombra siempre; la mujer que encuentra en mi alegría su felicidad suprema, y que si titubeamos mis hijos o yo, con sus palabras y sus miradas serenas, a ellos los sostiene de la mano y a mí me sostiene apo-



yando sobre el suyo mi corazón; partes; es en mi helada bruma la que si alguna vez mi inclinación me arrastra al mal, es la perfuma, y participa su naturaleza que puede castigarme, pero leza del himeneo misterioso de que me perdona; que de mis proyectos descabellados me aparta pertenece a la tierra y como y me absuelve, a quien yo amo perfume al cielo.  
siempre y que me sigue a todas

16 de octubre de 1834.



FIN DE «CANTOS DEL CREPÚSCULO»

## VOCES INTERIORES

### PREFACIO

La Porcia de Shakespeare habla en alguna parte de cierta *música* que el hombre tiene dentro de sí.— «Desgraciado, exclama, el que no la oye!»—Pues esa música también se encierra en la naturaleza: si este libro representa algo, representa el eco, débil y confuso sin duda, pero fiel, del canto que responde en nuestro interior al canto que oímos fuera de nosotros.

Por lo demás, siendo este eco íntimo y secreto para el autor la poesía, este libro, excepción hecha de nuevos matices y de desarrollos que exige la época, es sólo la continuación de los precedentes. Lo que contiene, los otros lo contenían también, con la única diferencia que en las *Orientales*, por ejemplo, la flor está más abierta; en las *Voces interiores* la gota de rocío o de lluvia estará más oculta. La poesía es como Dios: una e inagotable.

Si el hombre oye una voz, si la oye la naturaleza, también la oyen los acontecimientos. El autor siempre ha creído que era la misión del poeta fundir en un

mismo grupo de cantos esa triple palabra que encierra una triple enseñanza: la primera se dirige particularmente al corazón, la segunda al alma y la tercera al espíritu. Tres radios de un solo círculo.

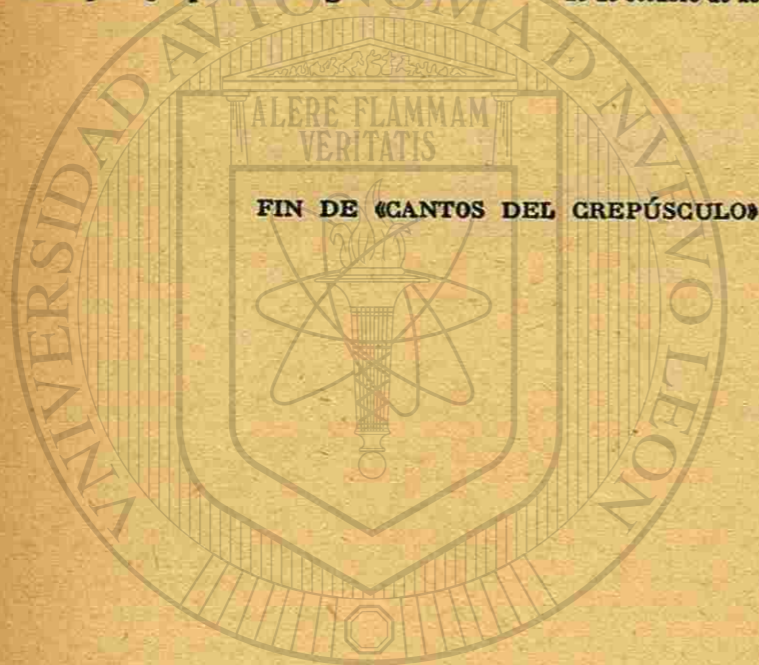
Además, en ese grupo, en la época en que vivimos, se encuentra al hombre comprendido enteramente bajo el triple aspecto de nuestra vida: El hogar, el campo y la calle. El hogar es nuestro propio corazón; el campo es donde nos habla la naturaleza, y la calle es la tormenta de los acontecimientos políticos.

Digámoslo de paso: en este choque de hombres, de doctrinas y de intereses, que se lanzan violentamente todos los días contra cada una de las obras que produce este siglo, el poeta ha de desempeñar una misión seria. Sin ocuparnos ahora de su influencia civilizadora, tiene la misión de elevar, cuando lo merezcan los acontecimientos políticos a la dignidad de acontecimientos históricos; para esto necesita abar-



yando sobre el suyo mi corazón; partes; es en mi helada bruma la que si alguna vez mi inclinación me arrastra al mal, es la perfuma, y participa su naturaleza que puede castigarme, pero leza del himeneo misterioso de que me perdona; que de mis proyectos descabellados me aparta pertenece a la tierra y como y me absuelve, a quien yo amo perfume al cielo. siempre y que me sigue a todas

16 de octubre de 1834.



## VOCES INTERIORES

### PREFACIO

La Porcia de Shakespeare habla en alguna parte de cierta *música que el hombre tiene dentro de sí*. — «Desgraciado, exclama, el que no la oye!» — Pues esa música también se encierra en la naturaleza: si este libro representa algo, representa el eco, débil y confuso sin duda, pero fiel, del canto que responde en nuestro interior al canto que oímos fuera de nosotros.

Por lo demás, siendo este eco íntimo y secreto para el autor la poesía, este libro, excepción hecha de nuevos matices y de desarrollos que exige la época, es sólo la continuación de los precedentes. Lo que contiene, los otros lo contenían también, con la única diferencia que en las *Orientales*, por ejemplo, la flor está más abierta; en las *Voces interiores* la gota de rocío o de lluvia estará más oculta. La poesía es como Dios: una e inagotable.

Si el hombre oye una voz, si la oye la naturaleza, también la oyen los acontecimientos. El autor siempre ha creído que era la misión del poeta fundir en un

mismo grupo de cantos esa triple palabra que encierra una triple enseñanza: la primera se dirige particularmente al corazón, la segunda al alma y la tercera al espíritu. Tres radios de un solo círculo.

Además, en ese grupo, en la época en que vivimos, se encuentra al hombre comprendido enteramente bajo el triple aspecto de nuestra vida: El hogar, el campo y la calle. El hogar es nuestro propio corazón; el campo es donde nos habla la naturaleza, y la calle es la tormenta de los acontecimientos políticos.

Digámoslo de paso: en este choque de hombres, de doctrinas y de intereses, que se lanzan violentamente todos los días contra cada una de las obras que produce este siglo, el poeta ha de desempeñar una misión seria. Sin ocuparnos ahora de su influencia civilizadora, tiene la misión de elevar, cuando lo merezcan los acontecimientos políticos a la dignidad de acontecimientos históricos; para esto necesita abar-



car á todos sus contemporáneos con las miradas tranquilas que la historia dirige al pasado; no dejarse engañar por ilusiones ópticas, por espejismos falaces, y que lo coloque todo en adecuada perspectiva, disminuyendo esto y engrandeciendo aquello; no debe ser cómplice de ningún hecho de fuerza; debe mantenerse con firmeza, austero y benévolo en medio del tumulto; indulgente algunas veces, lo que es difícil; imparcial siempre, lo que es más difícil aún; debe profesar de corazón la simpática inteligencia de las revoluciones, que indica que se desprecian los motines; por tener grave respeto al pueblo, que se alía con el desdén al populacho, su espíritu no debe conceder nada a las insignificantes cóleras ni a las pequeñas vanidades; que su elogio, como su vituperio, tome con frecuencia, según le convenga, ya el espíritu de la corte, ya el espíritu de las facciones: necesita saludar la bandera tricolor sin insultar a las flores de lis, y poder en el mismo libro, casi en la misma página, afejar la conducta del hombre que vendió a una mujer y elogiar al joven y noble príncipe por una buena acción; glorificar la alta idea esculpida en el Arco de la Estrella y compadecer la idea triste encerrada en la tumba de Carlos X. Debe atender a todo, ser sincero y desinteresado, y como hemos dicho ya en otra parte, no ser tributario de nada, ni de sus propios

resentimientos, ni de sus agravios personales, consiguiendo de esta guisa estar en ocasiones irritado como hombre y sereno como poeta. Es necesario, en fin, que en estos tiempos, encarnizados en la lucha furiosa de las opiniones, en medio de las atracciones violentas que su razón tiene que sufrir sin desviarse, tenga siempre presente este objeto severo: inclinarse a la parte generosa de todos los partidos y no torcerse nunca hacia su parte perversa.

El poder del poeta nace de su propia independencia.

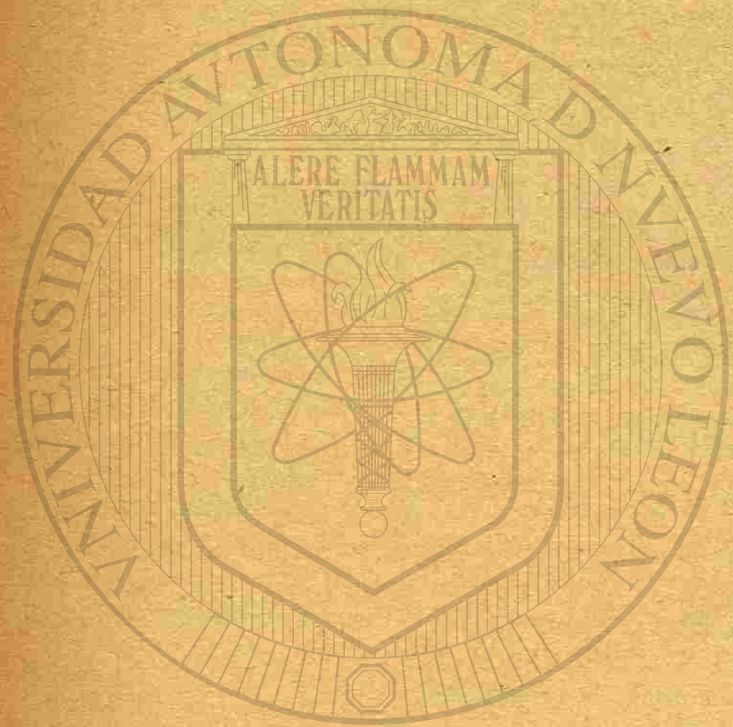
El autor, como se ve, no prescinde de ninguna de las condiciones rigurosamente necesarias en la misión que se ha impuesto. Comprendido así el resultado del arte, ha de ser éste la dulcificación de los espíritus y de las costumbres; el arte así comprendido significa civilización. A este resultado, aunque el autor de este libro carezca de mérito para desempeñar tan alta función, continuará recorriendo todo el camino que tiene abiertos su pensamiento, por el teatro, por el libro, por la novela, por el drama, por la historia y por la poesía. Lo intenta, lo ensaya y lo comprende. Muchas simpatías nobles e inteligentes le apoyan; si consigue su objeto, a ellas y no a él se deberá el éxito.

En cuanto a la dedicatoria que encabeza este libro, después de haber escrito las líneas precedentes, el autor no cree que necesite

decir que se la ha sugerido un hallándose en su situación. Cumpliendo un sentimiento tranquilo y religioso. Se comprenderá sin esfuerzo que ante estos dos monumentos, el Arco de la Estrella y la tumba de su padre, uno nacional y otro doméstico, pero los dos sagrados para él, no podían ocurrírsele más que pensamientos serios y graves: únicamente señala una omisión, y esperando que la reparen en el sitio oportuno, el autor la repara al frente de este libro, concediendo a su padre una hoja de papel, que es todo aquello que puede disponer, sintiendo que esa hoja no sea de granito; obra como cualquiera hubiera obrado

Paris. 24 de junio de 1837.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El libro  
de la  
biblioteca

## VOCES INTERIORES

tiene su lava, que primero devasta, pero que después fecunda.

\* \* \*

### I

Este siglo es grande y fuerte y está animado por un noble impulso; por todas partes va como misionero el pensamiento, y el ruido del trabajo, entre la algarabía humana, se confunde con el ruido divino de la creación.

\* \* \*

Por todas partes, en las ciudades y en la soledad, el hombre es fiel a la leche que le ha nutrido, y en el bloque informe de la sombra multitud el pensamiento activo esculpe las naciones

\* \* \*

El patíbulo envejece y se desmorona; la plaza de la Greve se lava; el motín se duerme. Van a aparecer mejores días. El pueblo tiene su cólera, como el volcán

Poderosos poetas, que Dios impulsa, lanzan sobre nosotros los rayos de sus inspiradas frentes. El arte tiene frescos valles, en los que las almas, inclinadas sobre ellos, beben la poesía en sagrados arroyos.

\* \* \*

Piedra a piedra, pensando en las antiguas y extinguidas creencias, en la sociedad que se bambolea a todos los vientos reedifica el pensador estas dos columnas santas: el respeto a los ancianos y el amor a los niños. (R)

\* \* \*

El deber, hijo del derecho, habita en nuestros hogares como un huésped augusto. Los mendigos agrupados a la sombra de los pórticos, tienen menos odio



... el corazón que tenían antes,  
y menos ira en los ojos.

\* \*  
\* \*

La austera verdad no tiene ya sus puertas cerradas y desciframos toda palabra. Nuestro espíritu, pasmado, leyendo continuamente en el libro de la naturaleza, descubre en el universo un sentido inesperado.

¡Oh poetas! El hierro y el vapor ardiente, mientras vosotros soñáis, libran en la tierra del antiguo peso a los objetos pendientes que sobre pesados ejes trituraban los empedrados.

El hombre obliga que le sirva a la materia ciega. Piensa, busca y crea. Merced a su vivo soplo, los gérmenes dispersos por toda la naturaleza tiemblan, como se estremece un bosque al soplo del viento.

Sí, todo camina, todo crece. Cada hora fugitiva que pasa deja su huella. Surge un gran siglo, y contemplando de lejos luminosas playas, el hombre ve, como un río, crecer y engrandecerse su destino.

En el magnífico progreso, del que nuestra época se vanagloria, en medio del poderoso brillo de un siglo deslumbrador, me espanta en secreto, Dios mío, que el eco de tu voz vaya debilitándose...

15 de abril de 1837.

II

«SUNT LACRYME RERUM»

I

Murió. Ninguno de los grupos del pueblo, urna de donde sale la cólera o el amor, ha manifestado a su muerte compasión, ni alabanza, ni respeto, nada. No ha cambiado en lo más mínimo el aspecto de este siglo tempestuoso, mar erizado de arrecifes, en el que el hecho, ese oleaje sombrío, se deshace en espuma a su choque contra las ideas. En ningún templo de nuestras ciudades le lloraron, ni se oyó el toque de difuntos. La prensa vocinglera, esa loba pendenciera, apenas se dignó volver la cabeza y mirar desdeñosamente; ni siquiera la oímos gruñir irritada y morder en esa púrpura; todo y todos siguieron su curso natural; las mareas en la playa, la multitud afanosa tras el dinero, el pensador tras el

desarrollo de sus ideas, todo continuó lo mismo; nadie exclamó siquiera: —«¡Un rey acaba de morir!»

I

Tétricos cañones, alineados delante de los Inválidos, como las esfinges al pie de las grandes pirámides; dragones de bronce, enormes, de abiertas fauces, terribles guardianes de ese palacio, edificado por manos de gigantes, al oír la exclamación, que en otros tiempos os hubiera hecho rugir a todos: —«¡El rey de Francia ha muerto!» —¿cómo es que como el león cautivo, sacudiendo su cadena, no os habéis estremecido sobre la cureña, y despertándoos súbitamente, no os habéis dicho unos a otros: —«¿El rey de Francia ha muerto?» —¿Cómo es que sin hacer salvas fúnebres ha sido clavado el sarcófago silenciosamente? ¿Cómo es que no ha salido siquiera de vuestros afustes, sordos cañones, el murmullo confuso que el vago batir de las alas de la noche arranca a las armaduras vacías? ¿Es que os habéis prostituido en nuestras luchas civiles, y sois ahora, como nuestros nobles, viles y sonoros? ¿Es que ya viejos y enmohecidos, remachados en vuestro sitio, arrodillados siempre ante todo lo que pasa, retirados del combate y custodiados en algún oscuro rincón por veteranos lisiados, olvidados del ejército, servís única-

mente para nacer humo ante todos los vencedores, y reservándoos para esas solemnidades, habéis arraigado en esta cobardía? ¡Cobardes cañones que la guerra rechaza, cuya voz se malgasta en las fiestas, vosotros que glorificáis a los que vienen, pero no a los que se van; vosotros que sois cortesanos de bronce desde hace treinta años, y lo mismo habéis adorado a Enrique IV que a Luis XI, habiendo tributado vuestros aplausos a todo y a todo habéis saludado, callando sólo cuando el pueblo silba! ¡Cobardes! sentís preferencias por los hombres afortunados: en el ardiente molde, al construirs el fundidor, mezcló con el estaño y el cobre el olvido de aquel que cae vencido; porque el que muere desterrado no vivió para vosotros; porque vuestros pulmones de hierro, de los que sale un hálito de fuego, permanecen mudos para Goritz, lo mismo que para Santa Elena. ¡Sois infames!... Pero no; nosotros somos los insensatos y los que merecemos el desprecio, porque vosotros nos obedecéis; sois prisioneros y esclavos. La guerra os emplazó para surgir en las batallas, y nosotros os empleamos para salpicaros con el cieno de París, y os encerramos bajo sellos dentro de un palacio centenario, para introducir en vuestro vientre un relámpago que en nada se parece al rayo. Nosotros debemos ser los infamados, porque pusimos nuestra alma abyecta en esos



bronces sagrados. Salimos del oprobio, y ellos permanecen en él cautivos; el día en que mueren los reyes proscritos, no pueden, lanzando nubes de humo, prolongar en París sus brillantes sollozos, y a semejanza de perros atados a las murallas, con quejumbroso aullido asistir a los funerales. Mudos, con los cuellos inclinados hacia el suelo, permanecéis ahí inactivos y tristes, pensando en la bajeza de los hombres, que consigue lograr que los cañones sientan el rubor de la vergüenza.

## III

Os calláis, pero yo no puedo callarme; mi Musa, que algunas veces se resiste a cantar a la aurora, nunca se niega a cantar al sol poniente; yo que en otro tiempo fui recibido como un huésped en Reims por el rey Carlos, yo que compadecí sus desgracias y que censuré sus defectos, yo no me callaré. Descenderé encorvado hasta el subterráneo profundo donde duerme su último sueño ese rey caído; suspenderé mi alma en la obscura bóveda, y sin cesar, por su triste recuerdo, mi espíritu, en estos tiempos en los que es contagioso el olvido hará que velen sus sombra mis versos religiosos. Nada me importa que todo el mundo le olvide; yo quiero dedicarle los cantos de mi lira, que yo pro-

feso afecto a todos los que padecieron, excepto a los malvados. ¿Qué me importa, después de todo, que seis años atrás ese rey fuese separado de las testas coronadas, ruina lanzada en la playa por las olas de los acontecimientos; que durante mucho tiempo viviese en la obscuridad, y que llegando a los umbrales de la vejez, sin trono y sin diadema, agonizase en el destierro, que es la primera muerte de los reyes? Le diré, sin miedo de que nadie me censure, que su advenimiento al trono tuvo por hermana a mi juventud, que Saint-Remy nos recibió dentro de sus triunfales muros en el mismo día a los dos, a él viejo, a mí casi niño, y que no quiero que el arpa que sonó en elogio suyo consienta que se cierre silenciosamente el ataúd para ese rey muerto. Mientras que en lontananza la multitud susurra, la augusta piedad, servidora de los proscritos, que los entierra con su mortaja más limpia, no pedirá inútilmente a mi afligido pensamiento un pedazo de terciopelo para cubrir ese féretro augusto.

## IV

Magnífico estaba el palacio de Versalles en aquellos días puros y felices que esmaltaban su frente con toda clase de prosperidades. El fausto allí no conocía límites;

los nobles, los palaciegos, todos que Francia no se acordaría seguían a su señor, y cómo a un de ellos ni de su triste historia, mismo término se dirigen cien así como el Océano no se acuerda caminos, a él arribaban todas las tampoco de los naufragos?... grandezas.

\*\*

En la época de nuestros padres, Versalles resplandecía aún: los leones poseen amplias cavernas y los príncipes palacios regios. Cada vez que el envidioso pueblo contemplaba desde su sencilla morada ese soberbio palacio, volvía más pálido a su obscuridad, llevando en los ojos un espléndido deslumbramiento de reyes, de mujeres y de dioses.

\*\*

Entonces reían y esperaban tres niños bajo sus artesonados techos; los dos Luises, primogénitos de Francia, y el joven y hermoso Carlos, conde de Artois, los tres nacidos bajo el regio dosel, semillas de próspera suerte para la nación; cerca de ellos estaba el rey, en quien tiene todo su principio, debajo de ellos el pueblo inmenso y encima la bondad de Dios.

## V

¿Quién les hubiera predicho entonces el cruel destino que les esperaba? ¿Quién les hubiera pronosticado que vendría un día en reyes!

\*\*

¿Quién les hubiera dicho que un día caerían desplomados del techo desnudo de las Tullerías lises y delfines, como montón de armas viejas, y que más tarde, en misteriosa época futura, un corso, que no había nacido aún, esculpiría un águila en el frontón del Louvre?

\*\*

¿Quién les diría que su morada real de Saint-Cloud se alhajaría para otro, y que en sus hermosos jardines de Le Notre, por los que sentían tanto cariño, \*deliciosos parques, en los que reparaban las juveniles fuerzas, los caballos de Crimea habían de morder un día las cortezas de los árboles seculares de Luis el Grande?

## VI

En esos felices tiempos, ¡oh Dios! con qué terror, espantada su madre, pálida y temblorosa, los hubiera estrechado contra su corazón si alguna visión, turbando sus días gozosos, se les hubiera aparecido, lanzando este grito terrible: —«Niños, los tres seréis



\* \* \*

Esa voz profética también hubiera podido añadir: —«Niños, será muy triste vuestra aurora; para vosotros serán los cetros infaustos presentes. ¿Por qué el Dios que quiere castigar a Babilonia os hace nacer en esta época al pie del trono? ¿Qué delito habéis cometido, pobres inocentes?»

\* \* \*

«Hermosos niños, que siendo tan puros y tan tiernos miráis con sorpresa que todos os adulan, veis ancianos con vestiduras de escarlata que os hablan doblada la rodilla, y que cuando los severos Malsherbes levantan la frente con orgullo, os marcháis a jugar a los jardines, sin pensar que acabarán todas esas adulaciones ni que vuestra raza, que zozobra, esconde en el misterio, en sus dos extremos, a Ravaiillac en el pasado y a Robespierre en el porvenir?»

\* \* \*

«Al Louvre, cuyos viejos muros guardan los retratos de los reyes aventureros, id a ver cómo os miran Carlos I y Jacobo II. Obscurece vuestro horizonte una nube, y el suelo extranjero, la tierra natal, el motín y la guerra desastrosa, devorarán vuestros días malditos. De vosotros tres, niños, sobre los que pesan las

antiguas ruinas de Francia, e primero se llamará Luis XVI y el último se llamará Carlos X.

\* \* \*

«El niño mayor poco apegado a la vida, que no confie en la gloria ni en el afecto del pueblo y que adquiera el valor que necesita para resistir a la negra tenebrosidad que hacia él avanza; que piense en el cielo lluvioso y en el chirrido de las ruedas de una carreta, y que entrevea en lontananza, sobresaliendo por encima de la muchedumbre, la silueta confusa de un patíbulo.

\* \* \*

«Hermanos por el nacimiento y por la desgracia, los otros dos niños huirán arrastrados por los aquilones; el reinado de Luis, rey de algunos desterrados solamente, comienza en el destierro, y el de Carlos en él sucumbe; el primero no será consagrado y el segundo carecerá de sepulcro; faltará un cadáver en Reims y otro en San Dionisio».

VII

Esa horrible leyenda es la historia de nuestros padres, que duermen el último sueño, cosa que parece increíble, nosotros que vivimos lo hemos presenciado.

\* \* \*

Esos infortunios y otros más dejó caer sobre ellos la mano del Señor; ¡ahora creed en la aurora! ¡después de esto creed en la felicidad!

\* \* \*

¡Creed en el cielo siempre límpido! ¡Tened fe en el porvenir que tanto nos halaga! ¡El porvenir es un fantasma que lo promete todo y no posee nada; tiene las manos vacías!

\* \* \*

Los colosos tienen los pies de arcilla; vuestro abismo, Señor, es un misterio insondable. ¡Luis XV fué el culpable y Luis XVI el castigado!

\* \* \*

El castigo yerra un camino y se desvía por decreto del Altísimo; el que obró mal vivió larga vida y poseyó el trono, y el inocente sucumbió en el patíbulo.

\* \* \*

Las faltas que cometió el abuelo recaerán sobre los hijos, y en vano se defenderán de ellas; cuando se precipita la nieve sobre el padre, el hijo sufre las consecuencias del alud.

\* \* \*

¡Mar profundo de las revoluciones, terribles enseñanzas en el alborotado movimiento de vuestras olas se ven flotar confundidamente!

VIII

¡Carlos XI! ¡El Señor que da y que quita todo cuanto le place forjó para su cabeza una corona demasiado pesada! El imperio aun estaba muy próximo y los tiempos eran muy difíciles. Una gran sombra se proyectaba en toda la Francia, la figura colosal del emperador. El pueblo, el ejército, la nación y la Europa dominada, petrificados por aquella poderosa mano, necesitaban un glorioso reinado, y para satisfacerse París, así como después de César, Augusto llenó las aspiraciones de Roma, después de Napoleón necesitaba de un gigante.

\* \* \*

Carlos no fué más que un hombre. Tuvo miedo de subir a la cumbre. El abismo atrae. Víctima de un vértigo falaz, cerrando los ojos a la luz, se precipitó en la abierta sima. Silencio ante su tumba, porque en ella todo termina; apenas habrá legado un vago recuerdo al pueblo, que, semejante al agua, pasa, claro o turbio,



cerca de todo, sin participar de nada más que de la obscuridad.

\* \* \*

No esperéis que yo dirija amargos reproches a ese caído; no soy el pájaro que grita en las playas del mar, y que al ver cómo se desprende el rayo de las nubes, lanza a los marineros perdidos graznidos siniestros. Aislado con frecuencia de todas las pasiones, he rehuído siempre los besos traidores y el himno con que nos halaga la popularidad con su voz aduladora, por lo que no esperéis que compre hoy elogios para mí, prodigándole vituperios: el que quiera zaherir a los reyes caídos, que convierta su calvario en una vil picota, que yo no afligiré a Carlos X en su sarcófago, como no le afligí en otros días en su destierro.

### IX

¡Descansa, hijo de Francia, en la tumba del destierro que te tiene lejos de la Patria! ¡Dormid, Majestad! Conviene que esta sombra velada, que ese anciano pastor muerto lejos del rebaño de su pueblo, ese rey casi secular, yazga en reposo eterno; que goce al menos de la paz tranquila de las tumbas, ya que mientras vivió sufrió los vaivenes del

infortunio. Pueblo, seamos ciegos, seamos fuertes y olvidemos. Jamás el hedor de los muertos atrajo a los leones. Encierra sublime grandeza el odio de un gran pueblo cuando perdona al que desciende al sepulcro y combate a sus enemigos que están en pie. Le combatisteis cuando era rey poderoso; muerto, ya no os debéis ocupar de él; yo no creo que sea digno de un pueblo como el de Francia juntar al brazo que mata la mano que abofetea.

### X

Nosotros, que somos pastores de los espíritus, que desde los bordes del camino observamos todos los pasos que da el género humano, poetas por nuestros cantos, pensadores por nuestras ideas, empujemos hacia el sendero de la razón a las almas retardadas; apresuremos la llegada de la era en que se unan con amorosa lazada el trabajo popular y el trabajo real; en la que la ira y el poder se divorcien; en la que los que sean fuertes teman a su misma fuerza, y en que tiemblen de respeto a un mismo tiempo los reyes ante sus deberes y los pueblos ante sus derechos. Ayudemos a los acontecimientos que el Señor envía para que abran una senda o para que cierren el camino a las revoluciones, cuya superficie fermenta; a los cambios re-

pentinos que todo lo conmueven, a que desaparezcan las nubes del alma, a colocar por encima de las leyes, como una aureola, el sentimiento profundo que está concentrado en nosotros, que el hombre llama duda y la mujer compasión; apliquemos en beneficio de la clemencia los altos hechos que sobrevengan en el Estado, que consiguen, al considerar a los vencidos y a los vencedores, hacer que vacile la certidumbre humana; hagamos que llegue pronto la hora en que sobre los sepulcros fríos sólo se escriban palabras de perdón y de esperanza; consigamos que muertos ya el emperador y los Capetos, no se excluya a éstos de San Dionisio ni a aquél de su Columna. De nada sirve esta acción vengativa.

\* \* \*

Llegará un día en que se comprenda en todo el mundo que ninguna ley tiene derecho, sin faltar a la equidad, a exigir que expíen todos el delito que uno solo cometió, ni a hacer que beba el hijo la hiel que derramó su abuelo. Cuando un aguilucho real caiga de su encumbrado nido, no se le castigará por haber sufrido el castigo del águila; conservando el derecho que ha comprado de confiar el poder y de entregar el trono y el Louvre al más digno, podrá el pueblo sin espanto ni zozobra ver que un niño más

juega en la ciudad, porque entonces todos exclamarán: —«Es muy justo dejarle la patria al que ha perdido el trono!»

\* \* \*

¡Oh poesía! Tu vuelo se refugia en el cielo cuando, aullando los partidos, luchan entre sí en desenfrenada orgía; cuando la necesidad, según las disposiciones de su código formidable, castiga al fuerte, al débil y aun al inocente, y sorda e implacable extiende su anatema desde la faz arrugada del anciano hasta la frente tersa del niño.

\* \* \*

Huyes entonces de un solo vuelo hacia las regiones de la luz, para que tu diáfana pureza no se salpique con el fango y con el polvo de los caminos que nosotros hollamos, y para que las nubes y las tempestades, que pasan sobre nuestras cabezas, sólo puedan desencadenarse debajo de tus pies

\* \* \*

Tu sabes que es el hombre un astro que carece de órbita, que vaga a la merced de todos los vientos; tú sabes que la injusticia habita entre los hombres, y que nuestros corazones son una espectro y el Louvre al más digno, las pasiones, grupo horrible contra el que en vano combatimos, se-



semejantes a hambrientas fieras, se han construido para los pájaros o para los cazadores?...

24 de marzo de 1837.

\* \*

Todo lo que sufre se agita a impulsos del odio; todo lo que vive arrastra un remordimiento. Sólo los muertos pueden vanagloriarse de haber roto sus cadenas. Por lo que, viendo en todas partes que se agita la vida entre la envidia y la rabia, considerando toda su maldad, tú, poesía, si algunas veces descienes hasta la tierra, a la manera que un pájaro solitario, te posas sobre una tumba!

Noviembre de 1836.

### III

¿Cuál es el fin de todo? ¿La vida o la muerte? ¿Son las olas en que flotamos, o es el abismo donde caemos? ¿Cuál es el fin lejano de tantos pasos cruzados? ¿La cuna contiene al hombre o al destino? ¿Venimos al mundo con nuestros dolores o con nuestras alegrías, a ser reyes predestinados o a ser víctimas fatales? ¿Decidnos, Señor, si no habéis creado al hombre por casualidad, si su calvario está oculto en el establo y si los delicados nidos, que el alba ilumina, en los que nacen las plumas entre flores,

¿Vasto amontonamiento cincelado por la historia, montón de piedras edificado sobre otro montón de gloria, edificio nunca visto; tú, que el hombre que inauguró nuestro siglo, en el porvenir lejano deslumbrado entreveía!

Aunque eres soberbio, no estás terminado, no, ya que ningún transeunte, sentado a tu sombra sobre la hierba, fija en ti sus miradas pensativas, mientras que, trivial errante y vagabunda, por

### IV

#### EL ARCO DEL TRIUNFO

#### I

¡Tú, cuya atrevida bóveda en lontananza, dorada por el sol poniente, cubre de azul celeste ingente Arco; tú, que elevas a gran altura la frente serena, construido para trocar debajo de ti la campiña en abismo y para servir de base a algún águila sublime que venga a posarse en ella, y que será de bronce!

\* \*

\* \*

entre tus cuatro pies hormiguea toda la ciudad, como entre los pies de un elefante.

\* \*

Algo le falta a tu real belleza, que los siglos venideros traerán para tu apoteosis. Falta que en tu cúspide aparezca el sombrío montón de años, que cuelguen confundidamente arruinados de las brechas abiertas en tu frontón.

\* \*

Te faltan las arrugas, te falta la venerable antigüedad, te falta el pasado, esa pirámide a la que todos los siglos aportan su piedra; te faltan los capiteles rotos, la hierba en los fustes; le falta a tu bóveda aquel susurro misterioso que se confunde con el silencio, el confuso cuchicheo de los recuerdos.

\* \*

La vejez corona y las ruinas deifican. Necesita tener el edificio un pasado de dolores, de triunfo o de remordimiento: nos complace al hollar su recinto, encontrar en el polvo que nuestros pies levantan alguna parte de la ceniza de los muertos.

\* \*

Necesita el frontón deshojarse como pierde su fronda un árbol; necesita que el líquen, que es el

orín del mármol, con su dorada lepra tizne sus paredes; y que la vetustez, que borra todos los primeros del arte, se pose en las esculturas, royendo sus fisonomías, como un pájaro devora un fruto ya maduro.

\* \*

Necesita que antiquísimo enlosado ondule bajo sus pórticos; que la hiedra viva trepe hasta las inertes hojas de acanto labradas en piedra; que el agua duerma en los huecos; que la cariátide conmovida se resista, ya fatigada, a sostener el arquitrabe y exclame: —«¡No puedo más!»

\* \*

No basta que entre piedras recién trabajadas giman las brisas y las noches lloren; más hermosas que un monumento recién construido son las ruinas de un antiguo palacio. Para que la luna embote a través de la obscuridad la sombra con el rayo y el rayo con la sombra, necesita disponer de ruinas a falta de tumbas.

\* \*

¿Queréis que una torre o una iglesia se conviertan en monumentos, que los de el alma idealice la forma y la altura? Pues esperad que se cubran de musgo y dejad que el tiempo trabaje en las estatuas; el tiempo, que es el gran escultor.



\* \*

Se necesita que el anciano caduco abrumado por el número de sus años, llevando a su hijo de la mano, pase por debajo del sombrío arco y nombre a Napoleón, como se nombra a Ciro, y le diga al niño señalándole con sus manos descarnadas: —«¿Ves esa enorme puerta? Pues tiene tres mil años, y por ella han pasado infinidad de generaciones que ya desaparecieron.»

II

¡París es la ciudad madre, es el sitio solemne donde el efímero torbellino gira en un centro eterno! París es fuego sombrío o estrella pura! Taciturna Isis cubierta con un velo, araña que teje inmensa tela, en la que se prenden las naciones; pecho lleno de líquido vital, al que para nutrirse de ideas acuden las generaciones

\* \*

Cuando París se dedica al trabajo en clamorosa fragua, coge a los pueblos dichosos, valientes o sabios, sus leyes, sus dioses y sus costumbres. En su hornaza, revolviéndolos todos, funde, transforma y renueva la ciencia universal que toma prestada, y después vuelve a distribuir a los pueblos sus cetros, sus diademas, sus preocupaciones y sus

sistemas, que han sido retorcidos por sus fuertes manos.

\* \*

París conserva sin darse cuenta de ello las insignias militares y los incensarios; todas las mañanas erige una gloria, todas las noches apaga un sol; con la idea y con la espada rehace, reclava y levanta la escala que desde el mundo conduce al cielo; émula de Menfis y de Roma, edifica en este siglo una Babel para los hombres y un Pantheon para los dioses.

\* \*

Ciudad envuelta por una tormenta incesante de día y de noche, despierta a ese gigante que se llama Europa con sus campanas o con sus tambores. Ya vigile o ya duerma, oye esa ciudad susurrar sobre ella un enjambre de abejas, como susurran en un bosque. París siempre clama y ruge. Nadie sabe cuánto perdería el mundo el día en que París tomase el partido de callarse.

III

¡Callará sin embargo! Cuando hayan transcurrido muchos meses, muchos años, muchos siglos; cuando esa ribera contra la que el agua se estrella bajo los puen-

tes, se restituya a los juncos que se inclinan murmurando; nito construidas por Carlomagno<sup>o</sup> y una Columna de bronce erigida<sup>a</sup> por Napoleón;

\* \*

Cuando el Sena huya por entre las piedras que le obstruyen, lamiendo alguna vieja cúpula hundida en sus aguas, escuchando el rumor del suave céfiro que lleva hasta las nubes el estremecimiento de las hojas y el canto de las aves;

\* \*

Cuando fluirá de noche, blanco y feliz en la obscuridad, adormeciendo su oleaje, largo tiempo trastornado; cuando pueda por fin oír las innumerables voces que pasan vagamente por la bóveda estrellada;

\* \*

Cuando esa ciudad, aturdida y ruda trabajadora, apresurando el destino que la espera, caiga convertida en polvo a los golpes de su propio martillo y haga de su bronce moneda acuñada y de su mármol losas para el empedrado;

\* \*

Cuando de todos los techos, de los campanarios, de los pórticos, de los frontones, de las cúpulas que hoy embellecen a la ciudad no queden ya más, en su inmensa campiña, que dos torres de gra-

\* \*

¡Tú, entonces, formarás el complemento de ese triángulo sublime! El bronce simbolizará la gloria y el granito la fe; y en cuanto a ti, tú serás la puerta abierta sobre la cumbre, que diga: —«Es preciso subir para llegar hasta mí.»

\* \*

Saludarás desde lejos a la antiquísima iglesia, a la altiva Columna, cuya fama crece de día en día, que quizás esté aún de pie o caída y semejante a la monstruosa trompeta de un desaparecido titán.

\* \*

Y sobre las dos ruinas que reunirá el destino, hará que, para ti, resplandezcan a un mismo tiempo dos signos triunfantes, que de lejos se parecen hasta confundirse, pero que de cerca, son muy diferentes: una espada y una cruz.

\* \*

Sobre vosotros tres descansarán mil años de nuestra Francia. La Columna es un cántico entonado a un imperio apenas nacido; tu concluirás el himno que ella empieza; ella exclama:—«Auster-



litz»; tú exclamarás:—«Champaubert!»

## IV

¡Entonces serás eterno y estarás completo, Arcol! Cuando todo lo que el Sena refleja en sus olas desaparezca para siempre; cuando de la ciudad que igualó a Roma sólo queden un ángel, una águila y un hombre de pie sobre tres lugares encumbrados;

Entonces será cuando el rey el sabio y el poeta, todos aquellos que tengan presente el pasado, te admirarán vivo, junto a París muerto; y para ver mejor tu faz, que destella un pensamiento sombrío, arrancarán de ti la hiedra, como levantan los nietos el velo que cubre la frente de la abuela dormida.

En los sillares de tus muros, que para ellos no serán vulgares, estudiarán nuestras costumbres, nuestros héroes, nuestras guerras, meditabundos a tus pies; crearán presenciar, a lo largo de tu animado friso, el resurgimiento del gran pueblo y del gran ejército, y exclamarán:

—«Mirad, ahí está el regimiento; esa serpiente de las batallas,

sobre sus mil pies las relucientes escamas, que ya furiosa se enrosca al pie de las torres, ya con movimiento formidable y tranquilo agujerea un fuerte de piedra y atraviesa una ciudad, con su vanguardia ruidosa, en la que redoblan veinte tambores

«Allá arriba está el emperador rodeado de sus capitanes, pensando si irá a tierras lejanas para hacer que sirvan de objeto a sus triunfos o si preferirá, para formalizar el ataque o para atender a la defensa, la curva de Anibal, el ángulo de Alejandro o el cuadro de César.

«Allí está la artillería con sus bocas abiertas, de las que el humo asciende formando densas nubes, cae y vuelve a remontarse; la artillería que deshace una ciudad, destruye las guarniciones, arruina por la brecha que abre, más ancha a cada momento, torres, cúpulas, puentes y campanarios, y que, al modo que un arado colosal, abre un surco a través de las casas.»

Y todos los recuerdos que sobre tu frente silenciosa, cada siglo, al pasar, haya dejado impresos, acudirán al pensamiento de aquellos que te admiran; arran-

carán de tus muros tu antigua historia, y dirán, colocando un glorioso penacho sobre tu invencible cimera. Se me antoja que los techos góticos se ríen, cuando el tiempo, en sus antiguos frisos, quita una piedra y pone en su lugar un nido.

—«Todo era grandioso en aquella época antigua! Si los años no hubieran devastado ese pórtico, hubiéramos encontrado curiosidades maravillosas; pero el tiempo, que hace crecer con abundancia las zarzas y la hiedra, se apodera de los monumentos y rasga del libro las páginas más interesantes.»

¶ Pero el tiempo nada arrebató a los objetos; y más de un pórtico elogiado sin razón, en sus lentas metamorfosis concluye por adquirir verdadera belleza. A los monumentos que nosotros veneramos, presta el tiempo un severo encanto; nunca, por más que rompa y cubra de moho el traje que les quita, equivale éste al traje con que los adorna

¶ El tiempo es quien llena de arrugas las piedras talladas; el que por el ángulo de un mármol árido pasa la mano inteligente; el tiempo, para corregir el monumento, enrosca una serpiente viva en los nudos de una hidra de granito.

¶ El tiempo es quien vierte en los monumentos ese vago olor de madre selva sobre los pisos que quizás sostuvieron los huesos de los cadáveres; es el que puebla de pajarillos las feroces esculturas, haciendo que vivan en los huecos y que de las bocas de piedra surian cantos y chillidos.

¶ Si alguna Venus desnuda gime convertida en mármol, el tiempo la sirve y la acaricia, y al abrigo de un pórtico heráldico, con velo púdico de hojarasca la cubre hasta la cintura, y bajo sus pies blancos y artísticos extiende una florida alfombra de hierba, fresco mosaico labrado por el mes de abril.

¶ Muchas veces el pasado oculta más de un secreto, cuya mancha reaparece sobre los antiquísimos muros; con frecuencia el edificio caído, por su soledad y por su sombra, se asemeja a un rey destronado. No hay gloria donde no hay muchedumbre. Roma quedó humillada y Venecia viste de



luto. Todas las ruínas empiezan por el orgullo; éste es el primer frontón que se desploma.

\* \*

Atenas está triste, y oculta frente al Parthenon las huellas de los ingleses y la de los cañones, y lamentándose al ver sus torres mutiladas, piensa en el artista griego que erigió con sus manos algo semejante a la sonrisa humana en el contorno de los propyleos.

\* \*

Tebas posee sus templos muertos, sobre cuyo pavimento se arrastra serpenteando la víbora de frente chata y de mirada brillante alrededor de las columnas, y sólo algún águila de gran tamaño habita como soberana en los pilares de Rhamsés, cuyas láminas de bronce se desprenden de ellos como carcomidas cortezas.

\* \*

En las ruínas de Gur, donde se oyen los graznidos de los buhos, caminando, el tigre dobla y rompe los bambúes, sale volando el buitre, y la leona al pie de aquellos muros misteriosos, acomoda el grupo inquieto de los cachorros, que aún no han abierto los ojos y que hozan buscando los pezones sobre su vientre.

\* \*

La silenciosa Palenqué yace en medio de las lagunas donde verdean malezas y arbustos sin cuento, y apenas entre sus espesos bloques de alta hierba se oye deslizar a los lagartos, y obstruyen sus paredes árboles de fruto colorado obscuro, en cuyas copas revolotean, iluminados por el sol, hermosos pájaros de color de cobre rojo.

\* \*

Jumieges, mudo en su dolor, ahoga un triste eco en su portalón normando y deja que canten en sus ruínas los nidos que se abrigan en sus torres, de los que el viento de la tarde hace caer sobre las losas una lluvia de plumas de las palomas.

\* \*

Como madre melancólica y severa que oculta bajo su manto a su niño abofeteado, el Egipto, sentado junto a las orillas del Nilo, envuelve en sus inmensas sábanas de arena sus colosales esfinges personificaciones de la muerte, cuyas caras desfiguró el pie brutal de Cambyses.

VII

Pero nadie atentará a tu púdica majestad, puerta santa; jamás verás profanado tu verdeante már-

mol; tu arcada virginal no será profanada, y los pueblos que han de nacer acudirán con la cabeza descubierta a saludar tu frente coronada.

\* \*

Siempre el pastor acurrucado en los trigales verá cernerse sobre tu remate bandadas de águilas; sobre él siempre la gloria encenderá su faro, y sólo entonando en tu loor bélicas armonías, por debajo de ti, altivo Arco, pasarán los siglos.

\* \*

Nada parecido a una afrenta se atreverá a manchar tus muros, a los que sube la marea de los años a imprimir sus huellas, y podrás en esos campos en que las tres quedarán aisladas en la soledad, contemplar con orgullo a las dos torres, tus abuelas, y a la Columna, tu hermana.

\* \*

Porque jamás se ocultó crimen alguno bajo tu base, ni se amasaron tus cimientos con sangre, y ningún delito se ha sembrado en tus raíces para proyectar sombra siniestra en tus ruínas, que pueda confundir con tus laureles su repugnante hojarasca.

\* \*

Mientras que esas ciudades, sepultadas en sus propias cenizas,

\* \*

Por eso desaparecieron. Visitados por los chacales, sus muros se van arruinando sobre las hierbas parásitas; se instalan los estanques y duermen debajo de las ruinosas bóvedas; sobre los Neronés esculpidos caminan las fieras; se abren las cavernas que les sirven de guarida allí donde existieron cámaras incestuosas. El tigre puede pasar por los sitios que fueron teatro de los crímenes que el hombre cometió.

VIII

Si en el porvenir, en días muy lejanos, cuando tres mil años hayan pasado sobre nuestros despojos mortales, a la caída de la tarde, un hombre sentado en la colina contemplase el Sena, cómo, por su aspecto triste y silencioso, los sitios donde existió París llevarían el asombro a sus miradas! Si es a la hora en que los vapores ocultan la faz del rojizo sol poniente, si es a la hora en que se ennegrecen las copas de los árboles, en ese crepúsculo en el que nada es real, en el que la flor se duerme y se des-



pierta la estrella, vería ese observador como a través de un velo, como se nos ofrecen las imágenes en los sueños, la llanura inmensa y la bruma aparecer a sus pies, ensanchándose lentamente en la vaguedad nocturna, y borrando por grados bosque, collados y céspedes, a medida que avanzase la noche, hasta invadir todo el espacio. En esa hora sombría en la que se cree ver que huyen los objetos tomando formas extrañas, le sumiría en éxtasis ver dormidos esos campos en los que cada piedra encerró un ruido. ¡Cómo prestaría oído a los rumores indecisos! ¡Cómo se imaginaria ver figuras sentadas en los arbustos inclinados, en los árboles que están a la orilla del agua, en los lienzos de los muros acariados por los cañares! ¡Cómo buscaría la vida en esa tumba suprema! Pero no, todo estará muerto. No habrá ya en esa llanura más que un pueblo desvanecido; se habrán apagado los ojos de los hombres y sólo quedarán vivos los ojos de Dios. Sólo se mantendrán en pie un Arco, una Columna, y allá abajo una iglesia semi-hundida entre la bruma.

\* \*

¡Qué espectáculo! ¡Así perecen las obras de los pueblos! El pasado es un abismo profundo. Para ese transeunte tendrá gran interés nuestra historia, sobre todo si despertando de repente, su

memoria le recuerda esa noche, una de nuestras grandes noches, víspera de nuestros grandes días, en la que el emperador, evocando un mañana glorioso, se dormía esperando ver la aparición del alba de su victoria.

\* \*

Cuando ese viajero, hacia media noche, fatigado por sus propios pensamientos, cansado de oír los mil rumores de ese mundo desaparecido; después de estar apoyado de codos mucho tiempo en las orillas de esa nada inmensa, haya tomado el camino de regreso; cuando en ese enorme desierto, no hollado por los pasos humanos, nada inquiete el rubor que Roma o París arruinados deben sentir ante los hombres; si algún ser animado vela todavía en la soledad de la llanura, verá quizás de repente saltar de tu frente un pálido relámpago y en lontananza la Columna estremecerse y contestar, y sus soldados de cobre y tus soldados de piedra ¡oh Arco! abrir con lentitud sus pesadas pupilas y admirablemente entrechocarse. Entonces, el águila de metal dormida en tu soberbia cima, incorporándose de súbito sobre sus héroes, cuyas pupilas están encendidas, sacudirá sus alas eternas. ¿Por qué despertarán? ¿de dónde saldrán esas claridades, y el viento, que soplando sobre los guerreros esculpados, hará que se muevan y que se agiten, como las

hojaz de la encina? Dios únicamente lo sabe y nadie puede penetrar sus misterios. Los guerreros se dirán unos a otros en voz baja: —«¡De piel!» y los del noventa y seis y los del mil ochocientos once, los que levantan hasta las nubes la espiral de bronce, los que liga a la tierra el zócalo de granito, todos arrastrando al combate a los caballos que relinchan, a las banderas que ahueca el viento y a los rodantes cañones, se lanzarán en tropel a encontrarse en empeñada refriega. Entonces se oirá en tus muros el sonido de los clarines; las bombas, los tambores, el galopar de los escuadrones, los gritos y el tumulto y el estruendo de la batalla, saldrán confusamente de las pierdas cinceladas, y desde la base hasta la cúspide del enorme pilar se oirán los rugidos y los clamores de cien batallas. De pronto, anonadando al enemigo vencido, sonarán los cánticos de la victoria, y las aclamaciones se contestarán desde ti hasta la Columna. Luego reinará en vosotros dos profundo silencio, el rumor festivo del triunfo llenará el valle, y a los lejos, Nuestra Señora, envuelta en la bruma, iluminando su cruz, como si fuese un lábaro, os cantará en la obscuridad un vago *Te-Deum*.

\* \*

¡Ilustre monumento! ¡Te aquí el inmenso desvarío que haces brotar en la fantasía del poeta;

Arco, hoy guerrero, ayer religioso; sueño bosquejado en la piedra, puerta milagrosa de un palacio de gigantes; cuando de polvorosa hiedra cubro tus esculturas, cuando veo en el fondo de las épocas futuras la lista de los héroes que te adornan relucir y brillar a través del ramaje frondoso de los años, como a través de las hojas de los árboles brillan las estrellas, entonces inclino la frente ante tu grandeza y te admiro; pero hijo cariñoso y visitador artístico, lamento, Arco sublime, que Fidias haya muerto y que hayas olvidado a mi padre.

2 de febrero de 1837.

V

DIOS ESTÁ SIEMPRE ALLÍ

I

Cuando el verano llega, el pobre está satisfecho; el verano es la estación de los calores; en él el aire es tibio y la aurora es fresca; el verano es la mirada de Dios.

\* \*

En el verano la noche es diáfana y semejante al día claro y límpido; la tarde se tiñe de dorados resplandores, la llanura parece de oro y se oyen cánticos en los aires.



pierta la estrella, vería ese observador como a través de un velo, como se nos ofrecen las imágenes en los sueños, la llanura inmensa y la bruma aparecer a sus pies, ensanchándose lentamente en la vaguedad nocturna, y borrando por grados bosque, collados y céspedes, a medida que avanzase la noche, hasta invadir todo el espacio. En esa hora sombría en la que se cree ver que huyen los objetos tomando formas extrañas, le sumiría en éxtasis ver dormidos esos campos en los que cada piedra encerró un ruido. ¡Cómo prestaría oído a los rumores indecisos! ¡Cómo se imaginaria ver figuras sentadas en los arbustos inclinados, en los árboles que están a la orilla del agua, en los lienzos de los muros acariaciados por los cañares! ¡Cómo buscaría la vida en esa tumba suprema! Pero no, todo estará muerto. No habrá ya en esa llanura más que un pueblo desvanecido; se habrán apagado los ojos de los hombres y sólo quedarán vivos los ojos de Dios. Sólo se mantendrán en pie un Arco, una Columna, y allá abajo una iglesia semi-hundida entre la bruma.

\* \*

¡Qué espectáculo! ¡Así perecen las obras de los pueblos! El pasado es un abismo profundo. Para ese transeunte tendrá gran interés nuestra historia, sobre todo si despertando de repente, su

memoria le recuerda esa noche, una de nuestras grandes noches, víspera de nuestros grandes días, en la que el emperador, evocando un mañana glorioso, se dormía esperando ver la aparición del alba de su victoria.

\* \*

Cuando ese viajero, hacia media noche, fatigado por sus propios pensamientos, cansado de oír los mil rumores de ese mundo desaparecido; después de estar apoyado de codos mucho tiempo en las orillas de esa nada inmensa, haya tomado el camino de regreso; cuando en ese enorme desierto, no hollado por los pasos humanos, nada inquiete el rubor que Roma o París arruinados deben sentir ante los hombres; si algún ser animado vela todavía en la soledad de la llanura, verá quizás de repente saltar de tu frente un pálido relámpago y en lontananza la Columna estremecerse y contestar, y sus soldados de cobre y tus soldados de piedra ¡oh Arco! abrir con lentitud sus pesadas pupilas y admirablemente entrechocarse. Entonces, el águila de metal dormida en tu soberbia cima, incorporándose de súbito sobre sus héroes, cuyas pupilas están encendidas, sacudirá sus alas eternas. ¿Por qué despertarán? ¿de dónde saldrán esas claridades, y el viento, que soplando sobre los guerreros esculpido, hará que se muevan y que se agiten, como las

hojaz de la encina? Dios únicamente lo sabe y nadie puede penetrar sus misterios. Los guerreros se dirán unos a otros en voz baja: —«¡De piel!» y los del noventa y seis y los del mil ochocientos once, los que levantan hasta las nubes la espiral de bronce, los que liga a la tierra el zócalo de granito, todos arrastrando al combate a los caballos que relinchan, a las banderas que ahueca el viento y a los rodantes cañones, se lanzarán en tropel a encontrarse en empeñada refriega. Entonces se oirá en tus muros el sonido de los clarines; las bombas, los tambores, el galopar de los escuadrones, los gritos y el tumulto y el estruendo de la batalla, saldrán confusamente de las pierdas cinceladas, y desde la base hasta la cúspide del enorme pilar se oirán los rugidos y los clamores de cien batallas. De pronto, anonadando al enemigo vencido, sonarán los cánticos de la victoria, y las aclamaciones se contestarán desde ti hasta la Columna. Luego reinará en vosotros dos profundo silencio, el rumor festivo del triunfo llenará el valle, y a los lejos, Nuestra Señora, envuelta en la bruma, iluminando su cruz, como si fuese un lábaro, os cantará en la obscuridad un vago *Te-Deum*.

\* \*

¡Ilustre monumento! ¡Te aquí el inmenso desvarío que haces brotar en la fantasía del poeta;

Arco, hoy guerrero, ayer religioso; sueño bosquejado en la piedra, puerta milagrosa de un palacio de gigantes; cuando de polvorosa hiedra cubro tus esculturas, cuando veo en el fondo de las épocas futuras la lista de los héroes que te adornan relucir y brillar a través del ramaje frondoso de los años, como a través de las hojas de los árboles brillan las estrellas, entonces inclino la frente ante tu grandeza y te admiro; pero hijo cariñoso y visitador artístico, lamento, Arco sublime, que Fidias haya muerto y que hayas olvidado a mi padre.

2 de febrero de 1837.

V

DIOS ESTÁ SIEMPRE ALLÍ

I

Cuando el verano llega, el pobre está satisfecho; el verano es la estación de los calores; en él el aire es tibio y la aurora es fresca; el verano es la mirada de Dios.

\* \*

En el verano la noche es diáfana y semejante al día claro y límpido; la tarde se tiñe de dorados resplandores, la llanura parece de oro y se oyen cánticos en los aires.



\*  
\*  
\*

En verano, desvelada la naturaleza, difunde la vida por todas partes, en el árbol vistiéndole de espesas hojas y en el hombre colmándole de beneficios.

\*  
\*  
\*

Todas las sombras parece que dicen a una voz:—«Viajero, ven aquí a descansar!» La naturaleza entonces envía sonrisas al alba y besos a las olas.

\*  
\*  
\*

Esconde, cubriéndola en las espesuras, lejos del mundo burlón y sordo, una lira en cada bosque y un oído en nuestro corazón

\*  
\*  
\*

Da vida y alegría a los pobres que salieron del invierno; vierte sobre ellos a plenas manos la luz del sol desde un cielo puro, y parece que les diga:—«¡Vivid!»

\*  
\*  
\*

En las chozas, en las cabañas, despreciadas por los que habitan las ciudades, alegre la naturaleza hace brotar muchas flores, para venderlas en los palacios.

\*  
\*  
\*

Este es el lujo de las moradas pobres; las flores candidas no temen perder sus perfumes ni

ensuciar sus cálices con el contacto de los andrajos de los desdichados.

\*  
\*  
\*

En la enredadera florida de un techo los jazmines se abren y se posan y la flor de lis a nadie desprecia, ella que podría despreciar a todos.

\*  
\*  
\*

Entonces, la casucha donde el musgo se ostenta entre la modesta paja muestra con cariñosa dignidad las viejas paredes bordadas de rosas.

\*  
\*  
\*

Los luminosos rayos del alba, llegando hasta las obscuridades de la casucha, producen la ilusión de que es de oro la tela de araña, extendida entre las vigas del techo.

\*  
\*  
\*

El alma del pobre entonces está contenta, bendice y aclama a Dios, de quien percibe el hálito celestial en todos los soplos de la mañana.

\*  
\*  
\*

El aire le alegra y le reanima; goza del ambiente de la primavera: canta un pájaro en su ventana y la alegría canta en su corazón.

\*  
\*  
\*

Entonces, si el huérfano se despierta sin tener hogar ni madre, y reza a Dios, oye una voz misteriosa que le dice al oído:— «¡Ven bajo mi dosel azul!»

\*  
\*  
\*

«El Louvre es igual a las cabañas bajo mi pabellón celeste; ven bajo el cielo lleno de luz, ven bajo el cielo cuajado de zafires.

\*  
\*  
\*

«Conoci a tu padre y a tu madre en sus tiempos felices y en sus tiempos desgraciados; trabajosa fué su vida, pero yo fui siempre tierno para ellos.

\*  
\*  
\*

«Yo cubrí sus sepulturas de floridas hierbas que las adornan y defienden; ven, yo soy la naturaleza; soy tu abuela, y tú eres mi nieto.

\*  
\*  
\*

«Produzco abundantes rosas y riquísimas frutas; de ellas te llenaré las manos; hablaré cariñosamente contigo y tú me sonreirás.

\*  
\*  
\*

«Deseo ver tu sonrisa, pobre niño, que estás triste y eres muy

hermoso; sonríete, y yo iré a decirselo a tu madre en su tumba.»

\*  
\*  
\*

El niño, oyendo esta voz cariñosa, olvida que es un ser abandonado en la tierra, y descende lleno de alegría desde las colinas a los bosques.

\*  
\*  
\*

Contempla placentero en ellos que el árbol tiene frutos, que la hierba tiene flores, y ve como juegan los pájaros en las altas ramas de las encinas.

\*  
\*  
\*

Se mira la cara en un remanso del arroyuelo; desaparece su tristeza; los matorrales le detienen al pasar y se sienta a jugar con las piedras.

\*  
\*  
\*

Por la noche, al regresar al albergue, donde suele dormir, no le recibirá la dueña riñéndole; le embelesan tanto las estrellas, que se acuesta y se duerme a su resplandor.

\*  
\*  
\*

—«¡Duermete tranquilamente, que Dios te despertará.»—Salta la luna y le acaricia con más suavidad el sol.



\* \*

La luna nos invita a descansar de nuestros trabajos y de nuestros dolores; hace brotar los sueños, y el sol sólo hace que se abran las flores.

\* \*

Cuando el pajarillo oculta su nido entre las colgantes ramas; cuando seca al sol sus plumas todo mojado canturrea.

\* \*

Me he imaginado con frecuencia en mis vigias que la pródiga naturaleza dedica en voz baja sus maravillas a aquellos que padecen durante el invierno.

\* \*

Es buena para todos, aun para el malvado; Dios se lo permite; pero sobre todo es cariñosa para con el pobre, que era el predilecto de Jesucristo.

\* \*

Siempre serena y majestuosa, regala al augusto indigente sus dones de reina magnífica y le prodiga sus cuidados de esclava inteligente.

\* \*

¿Tiene hambre el pobre? La naturaleza dice a la rama:—«Cae,

fruto dorado.» ¿Tienes sed?—«Corre, arroyuelo.» ¿Tienes frío?—«Vivifícale, sol.»

II

Pero ¡ay! julio está ya tocando a su fin, y disipándose el estío, cae hoja a hoja en la hierba y día por día en el pasado.

\* \*

El octubre le hace perder sus resplandores, y los bosques, en sus azules perspectivas, cubren de rojizo color las frías espaldas de los collados.

\* \*

El invierno aparece entre innumerables nubes y lanza del cielo al verano, semejante al tiempo ese segador sombrío que va siempre en pos del sembrador eterno.

\* \*

Entonces el pobre se espanta y reza, porque en el invierno duerme Dios, y el hambre lívida y flaca tiembla rondando junto al hogar apagado.

\* \*

Cree ver que una mano de hielo, mutilando el día y obscureciéndolo, arrebató todos los frutos de los árboles y todos los rayos del cielo.

\* \*

Llora al ver muerta la naturaleza, al tener que sufrir la ruda ley del invierno. De repente un ángel abre la puerta del tugurio y exclama sonriéndole al pobre:—«Soy yo.»

\* \*

Este ángel tembloroso, que da, es la limosna, de ojos tiernos, de frente cándida, semejante a la fe, que es hermana suya.

\* \*

—«Yo soy la caridad, la amiga del indigente que se despierta antes de que amanezca, cuando la naturaleza está aún adormecida, y a quien Dios dice:—«A ti te toca.»

\* \*

«Vengo a visitar tu cabaña, que tan triste está en invierno; soy la hija de la oración y abro las manos con mucha facilidad.

\* \*

«Acudo porque es cruda la estación. Acudo porque el indigente tiene frío. Acudo porque el toldo de verdura no sombrea ya el techo de tu cabaña.

\* \*

«Suplico siempre y nunca ordeno; profesando cariño a todos los hombres, dejo satisfechos a aque-

llos que dan y llevo la alegría a los que reciben.»

\* \*

Caridad, modesta y augusta, te hizo participante el Señor de lo que tiene de celeste el ángel y de lo que tiene de cariñosa la mujer.

\* \*

Sobre el abandonado lecho del anciano inclina su graciosa frente, y no hay nada tan hermoso como ella en el mundo entero.

\* \*

Como cuando estrecha entre sus manos divinas los pies desnudos de los niños y calienta su pecho entre sus rodillas.

\* \*

Va de tugurio en tugurio llevando el regocijo a los pobres, ofreciéndoles vino, pan, aceite y aliento para sufrir los sinsabores de la vida.

\* \*

Sobre todos, ama de todo corazón a los débiles desgraciados, a los que ciñen la triple diadema de la inocencia, de la pobreza, y de la pequeñez.

\* \*

Porque son mejores a esa edad que nosotros los mayores; además



del pan de que los nombres necesitan, les da el beso que hace falta a los niños.

\*\*

Mientras socorriendo su nombre comen llorando ese pan, en la calle los guía por la mano, para que no les atropellen los transeuntes.

Y si en estos instantes pasa por su lado algún rico, lo atrae hacia el niño, tirándole suavemente de la ropa.

Después, por los niños ruega también a la multitud de corazón duro, a la multitud que, cuando se la suplica se escapa como el agua que huye.

Desgraciado el ser impuro que canta alegremente, mientras el aquilón sopla sobre el pobre niño acurrucado en el umbral de una puerta.

—«Es espectáculo triste y fatal ver que, mientras en la morada de los opulentos arden luces y fuegos en los salones preparados para el festín, los pobres tiritan de frío bajo un techo lleno de goteras.

»Dadme para que yo pueda dar. Tengo en mi nido pájaros desnudos. Dad, malvados, para que Dios os perdone; dad, hombres buenos, para que Dios os bendiga.

»Dichosos los hombres caritativos! El que da a los pobres presta a Dios. El beneficio que se hace consuela el alma y nunca se echa en olvido por completo.

»Dichoso aquel que recoge en su casa por la noche al pobre y abandonado niño que llora, como recoge el avaro una moneda de oro!

»Conquista un verdadero tesoro aquel que consigue que un grupo de niños, que encontré llorando, recen por él a Dios y se queden sonriendo con alegría

»Los bienes que doy al que me ama, Dios no consentirá que los pierda; el oro que se siembra en la mano del pobre, el rico lo cosechará centuplicado en el cielo.»

aunque sabe que es frágil, no quiere que se rompa.

III

Pobres, ya brille o ya desaparezca el verano, nunca desesperéis; el Dios que sufrió y que gobierna el universo dirige sus pasos por el sendero en que vosotros camináis.

Para vestiros se desnuda, y es bueno hasta para el hombre perverso, que, como el metal lleno de moho, se endurece en el mal.

Es tierno hasta cuando apura toda la hiel por salvar al impío, que le insulta sin temerle. No es águila altiva ni soberbio león; es cariñoso y compasivo cordero.

Quando arrastramos una pesada cadena, la rompe eslabón tras eslabón. Para el espíritu es una paloma y para el corazón es un cordero.

Los que arrastráis una vida de sufrimientos, esperad, que él os ve y lo sabe todo, y el día de la justicia encontraréis la recompensa.

Es el Dios del Evangelio; tiene en sus manos vuestro corazón, y

Quando el verano desaparece, cuando llegua el invierno sombrío hasta a través del cielo que llora, se adivina su sonrisa eterna,

Porque sobre los que sufren, en invierno, en verano, de noche y de día, de diferentes urnas Dios derrama los arroyos balsámicos de su cariño,

Y su bondad inagotable ofrece a la humanidad los pechos de las dos cariñosas madres, la naturaleza y la caridad.

11 de febrero de 1837.

—«Disfrutemos de la vida, exclaman en su loca embriaguez; sentémonos a la mesa y apuremos los placeres del festín; no nos importe en qué surcos sembremos nuestros gustos; como somos ricos, hemos de derrochar nuestra riqueza; como somos jóvenes, debemos derrochar la vida.

»Cierra esa Biblia, joven religioso; abandona el colegio y la



Iglesia y ven con nosotros a nuestro palacio; rebotando alegría en él, servidos por cien criados, reímos, bebemos y cantamos, y no sólo no ofendemos a Dios, sino que le permitimos que nos muestre se cielo azul por entre los arcos de nuestros pórticos.

»¿De qué te servirá consumirte en el estudio? ¿Sabes qué dirán de ti las hermosas de ojos tiernos, cuya somisa vale un trono? — Te llamarán joven inútil y se burlarán de ti, lamentando que te empeñas en que tu rostro se vuelva amarillento como tu libro.

»Nosotros vivimos entre mujeres hermosas, entre fiestas y conciertos; gozamos de placeres desconocidos para la multitud, cuando en la orquesta la música tan pronto asciende, tan pronto baja, ya se extiende en ondas sonoras, ya vuela convertida en polvo armonioso.

»En estos tiempos los hombres hacen intervenir en todo a la música y a los cantos. Por esto, amigos, nos entusiasma la guerra, noble diosa en la que todos soñamos cuando somos niños, y que hace resonar a la cabeza de sus legiones los claires que tienen la boca de metal.

»¡Oh reyes! para vosotros reservamos la guerra y para nosotros reservamos los placeres; vivid para satisfacer el orgullo, como nosotros para satisfacer nuestras pasiones. todos tenemos nuestros prosélitos; a vosotros os temen y a nosotros nos aman; a vosotros os pertenecen los imperios, a nosotros los gabinetes perfumados; a vosotros los hombres y a nosotros las mujeres.

»Nos dan lástima los sacerdotes, los magos, los doctores y los sabios; pobres soñadores, que pretenden explicar el misterio tras el que se oculta el Eterno, ya descifrándolo en un libro, ya sentados por la noche sobre la techumbre de los palacios, deletreando estrella tras estrella.

»Nos reímos de esos locos que buscan el centro del globo obscuro del cielo! Sólo es real en el mundo lo que el hombre tiene en la mano; preferimos a su santa felicidad los placeres malditos; trocamos por una hermosa Eva su incierto paraíso y su estrellada bóveda por una manzana.

»¿Qué vale la ciencia comparada con el amor? El invierno pro-

duce la nieve y el sol la luz del día. Amemos y cantemos, sin hacer caso de palabras vacías de sentido; preferimos a los discursos lacrimosos el choque de las copas de oro, a las caras de los sabios las fisonomías de las hermosas enloquecidas.

»Naturaleza, bebemos de las corrientes que de ti fluyen; nos apresuramos siempre a gozar a expensas del pensador prudente, que opina de otro modo, y sólo nos ocupamos en aceptar todos los bienes, sin elección alguna, y en convertirlos en un mundo de placeres. Dios, por su parte, que obre como quiera.»

Entretanto, el sabio, que conoce el destino del hombre en el mundo, recoge con tristeza las migajas del festín, mientras los que así acaban de hablar se entregan a la embriaguez de la orgía; y repartiendo el pan entre los pobres olvidados y los indigentes afligidos, les dice: — «Rogad a Dios por esos hombres que cantan!»...

4 de marzo de 1837.

## VII

## A VIRGILIO

¡Oh Virgilio, oh poeta, oh maestro mío divino! Ven, salgamos de esta ciudad de murmullo vano y siniestro, dejemos esa ciudad gigantesca, dejemos a Lutecia, que era tan insignificante en tiempo de tus Césares, y que lanza ahora, bajo el brillante nombre que hoy el mundo le da, más claridad que Atenas y más ruido que Roma.

Para ti, que hiciste, como en los bosques cae el agua del cielo, caer de hoja en hoja tus versos misteriosos; para ti, cuyo pensamiento llena mi fantasía, he encontrado un sitio pintoresco y sombrío entre Buc y Meudon, sumido en profundo olvido; he encontrado, caro poeta, un puro valle situado entre dos collados deliciosos, retiro agradable para los amantes que deseen ocultarse, entre olas dormidas y entre espesas ramas, donde no penetran los rayos del sol que iluminan el bosque, fresco asilo donde impera la sombra.

Para ti lo busqué una mañana en que, alegre y satisfecho, vaga-



Iglesia y ven con nosotros a nuestro palacio; rebotando alegría en él, servidos por cien criados, reímos, bebemos y cantamos, y no sólo no ofendemos a Dios, sino que le permitimos que nos muestre se cielo azul por entre los arcos de nuestros pórticos.

»¿De qué te servirá consumirte en el estudio? ¿Sabes qué dirán de ti las hermosas de ojos tiernos, cuya somisa vale un trono? — Te llamarán joven inútil y se burlarán de ti, lamentando que te empeñas en que tu rostro se vuelva amarillento como tu libro.

»Nosotros vivimos entre mujeres hermosas, entre fiestas y conciertos; gozamos de placeres desconocidos para la multitud, cuando en la orquesta la música tan pronto asciende, tan pronto baja, ya se extiende en ondas sonoras, ya vuela convertida en polvo armonioso.

»En estos tiempos los hombres hacen intervenir en todo a la música y a los cantos. Por esto, amigos, nos entusiasma la guerra, noble diosa en la que todos soñamos cuando somos niños, y que hace resonar a la cabeza de sus legiones los claires que tienen la boca de metal.

»¡Oh reyes! para vosotros reservamos la guerra y para nosotros reservamos los placeres; vivid para satisfacer el orgullo, como nosotros para satisfacer nuestras pasiones. todos tenemos nuestros prosélitos; a vosotros os temen y a nosotros nos aman; a vosotros os pertenecen los imperios, a nosotros los gabinetes perfumados; a vosotros los hombres y a nosotros las mujeres.

»Nos dan lástima los sacerdotes, los magos, los doctores y los sabios; pobres soñadores, que pretenden explicar el misterio tras el que se oculta el Eterno, ya descifrándolo en un libro, ya sentados por la noche sobre la techumbre de los palacios, deletreando estrella tras estrella.

»Nos reímos de esos locos que buscan el centro del globo obscuro del cielo! Sólo es real en el mundo lo que el hombre tiene en la mano; preferimos a su santa felicidad los placeres malditos; trocamos por una hermosa Eva su incierto paraíso y su estrellada bóveda por una manzana.

»¿Qué vale la ciencia comparada con el amor? El invierno pro-

duce la nieve y el sol la luz del día. Amemos y cantemos, sin hacer caso de palabras vacías de sentido; preferimos a los discursos lacrimosos el choque de las copas de oro, a las caras de los sabios las fisonomías de las hermosas enloquecidas.

»Naturaleza, bebemos de las corrientes que de ti fluyen; nos apresuramos siempre a gozar a expensas del pensador prudente, que opina de otro modo, y sólo nos ocupamos en aceptar todos los bienes, sin elección alguna, y en convertirlos en un mundo de placeres. Dios, por su parte, que obre como quiera.»

Entretanto, el sabio, que conoce el destino del hombre en el mundo, recoge con tristeza las migajas del festín, mientras los que así acaban de hablar se entregan a la embriaguez de la orgía; y repartiendo el pan entre los pobres olvidados y los indigentes afligidos, les dice: — «Rogad a Dios por esos hombres que cantan!»...

4 de marzo de 1837.

## VII

## A VIRGILIO

¡Oh Virgilio, oh poeta, oh maestro mío divino! Ven, salgamos de esta ciudad de murmullo vano y siniestro, dejemos esa ciudad gigantesca, dejemos a Lutecia, que era tan insignificante en tiempo de tus Césares, y que lanza ahora, bajo el brillante nombre que hoy el mundo le da, más claridad que Atenas y más ruido que Roma.

Para ti, que hiciste, como en los bosques cae el agua del cielo, caer de hoja en hoja tus versos misteriosos; para ti, cuyo pensamiento llena mi fantasía, he encontrado un sitio pintoresco y sombrío entre Buc y Meudon, sumido en profundo olvido; he encontrado, caro poeta, un puro valle situado entre dos collados deliciosos, retiro agradable para los amantes que deseen ocultarse, entre olas dormidas y entre espesas ramas, donde no penetran los rayos del sol que iluminan el bosque, fresco asilo donde impera la sombra.

Para ti lo busqué una mañana en que, alegre y satisfecho, vaga-



ba con el corazón lleno de amor; Para ti lo busqué recorriendo el bosque con aquella que conoce todos los secretos que en mi alma se ocultan, y que sola conmigo, perdidos en aquellas soledades, sería mi Licoris si yo fuera tu Gallus.

\* \*

Porque ella profesa con entusiasmo el culto misterioso a la antigua naturaleza: como nosotros, poeta, se apasiona de todos sus rumores: se reduce el ruido de los alegres nidos que sale del sombrío bosque, y por la tarde contemplan en el fondo del valle los collados que se reflejan invertidos en el lago; le place ver cuando se hunde el sol en el ocaso, cómo va perdiendo su resplandor rojizo, y la pobre cabaña, y el antro cuya entrada obstruyen los matorrales, el agua que corre, los prados, los montes y el refulgente espacio.

\* \*

Ya que estamos en la estación de las clemátides, poeta, si tú quieres, por la noche recorreremos los tres ese valle salvaje, separando las ramas, sin que despierten ecos nuestros silenciosos pasos; iremos los tres, es decir, los dos, para estudiar la soledad, y allí la sorprenderemos en su secreta actitud. En la dudosa penumbra, que hace que el árbol de un tronco nudoso adquiera por lo

noche monstruoso perfil humano, dejaremos humear, al lado de un citiso, nuestra hoguera que se apague, por no haber ningún pastor que la atice, y escuchando los vagos murmullos de la noche, a la luz de la luna, rápidamente atravesaremos las malezas y podremos ver de soslayo cómo danzan los sátiros, que Alphisibeo imita.

23 de marzo de 18...

## VIII

¡Permitidme que os hable, encantadora joven! Dante os hubiera colocado entre los ángeles y Virgilio entre las diosas. Son irresistibles vuestros ojos, tenéis frente escultural y abris los labios con expresión juguetona; podríais llevar altiva entre las más altivas la coraza de las antiguas guerreras. La multitud de las beldades del gynecio o del serrallo admiraría vuestros labios de coral. Cellini sonreiría al veros dotada de tan atractivas gracias, y esculpiendo vuestra figura en un vaso griego, os haría salir de un hermoso cáliz de oro o de una azucena convertida en mujer, pero sin dejar de ser azucena, o de una de esas maravillosas flores del loto, que trabajaron sus manos, ricas flores del arte, envidia de la naturaleza.

\* \*

¡Permitidme que os hable, beldad de ojos divinos! Era un día esplendoroso el primer día que os vi. ¿El recuerdo de ese día ha dejado un rayo de luz en vuestro corazón, como lo dejó en el mío? ¿Os sonreís?... Dadme la mano y venid conmigo. La primavera abre sus flores, el camino está protegido por la sombra, el aire es tibio, y no lejos de aquí, en los próximos bosques, el musgo verde y espeso tiende una alfombra a los pies de las encinas.

21 de abril de 1837.

## IX

MIENTRAS LA VENTANA ESTABA ABIERTA

Poeta, tenías la ventana abierta cuando la mujer a la que en voz baja tu corazón habla, con frecuencia en un sillón reclinaba la cabeza, y decía:—«No os fiéis de mí, amigo, porque ahora mi vida se desliza a la sombra de la vuestra.»

\* \*

«No os fiéis de que mis miradas se fijen en vuestros ojos y de que reserve mi más cariñosa sonrisa para vuestra sonrisa grave; no os fiéis de que, consagrándome a

vuestro cariño, os ofrezca mi corazón, como un libro en el que sólo vos tenéis derecho a escribir,

\* \*

«Que nadie sabe si llegará un día en que me excite la curiosidad de perturbar vuestro cariño y de sobresaltar vuestra mirada, o me asalte el inquieto capricho, el burlón deseo de destruir de repente la paz de vuestro corazón, de igual manera que un niño destruye un objeto precioso.

\* \*

«Todos los hombres queréis que la mujer conserve dignidad y altivez, porque esto satisface vuestro orgullo, y que consigan las llamas de vuestro amor, que reflejan sobre nosotras, que la altiva se convierta en sumisa a vuestro cariño.

\* \*

«Enorgulleceos de que soy así. Porque esos hombres que veis pasar con frialdad por mi lado, y que corren cariñosos tras otras mujeres, si yo quisiera—pero no pienso en ello porque no quiero perturbar vuestra paz,—mis ojos soñolientos harían pronto brotar llamas en los suyos.»

\* \*

Así hablaba una mujer encantadora, tierna y digna, dejando



sobre los brazos del sillón de terciopelo arrastrar sus mangas, y tú te imaginabas que a esa mujer amante le sonreía el libro de la *Iliada*, que tenía abierto sobre las rodillas.

\*\*\*  
 ¡Hermoso libro que los dos juntos leéis con frecuencia! La apasionan como a ti sus atrevidos combates, en los que la guerra agita sus olas, y aunque es mujer, no aborrece al poeta que canta a Helena, esa mujer que te enamora, a pesar de que prefiere los ancianos a las hermosas.

\*\*\*  
 Ella sube algunas veces a la cumbre de sus jóvenes amores, a mirar en el oleaje de los tiempos pasados qué sombra proyecta en ella esta quimera; porque así como de un monte cae el agua a torrentes, el pasado murmurador sale y corre en arroyos brotando de tu seno, gigante Homero,

26 de febrero de 1837.

## X

A ALBERTO DURERO

En los antiguos bosques, en los que la savia corre desde la madera negra de los alisos hasta el tronco blanco de los álamos, muchas veces a través de un claro

entre la espesa arboleda, pálido, asustado, no atreviéndote a mirar hacia atrás, te has apresurado a salir, tembloroso y convulso, antiguo y pensador pintor, ¡oh Alberto Durero! Se comprende, estudiando tus hermosos cuadros, que en los frondosos bosques, tus ojos visionarios veían distintamente, a pesar de la obscuridad, al fauno de aplastados dedos, al silvano de ojos verdes, a Pan, que cubre de flores el asilo donde tú te recoges, y a la antigua driade que tiene las manos llenas de hojas.

\*\*\*  
 Los bosques para ti son un mundo temible; en ellos se confunde ante tus miradas lo ideal con lo real; en ellos se inclinan pensativos los seculares pinos, los gigantes olmos cuyos torcidos ramajes muestran sus formas extrañas, y en su grupo sombrío, agitados por los vientos, nada hay completamente muerto ni completamente vivo. El berro bebe; el agua corre; los fresnos, sobre las pendientes, bajo las hierbas silvestres y sobre las zarzas trepadoras, encogen lentamente sus pies renegridos y nudosos. Las flores, de cuello de cisne, toman a los lagos por espejos; y para ti, que al pasar por allí despertabas a extrañas quimeras de escamosas espaldas, que apretaban con sus dedos los nudos de los árboles y que en el fondo de un antro obs-

curo fijaban los relumbrantes ojos, para ti, la vegetación, el espíritu, la materia y la fuerza están cubiertos de piel ruda o de corteza viva.

\*\*\*

Por los bosques jamás he vagado como tú, maestro, sin que en mi corazón haya penetrado el horror, sin ver estremecerse la hierba y sin ver que el viento mecía confusos pensamientos colgados en todas las ramas. Sólo Dios, que es el testigo de los hechos misteriosos, sólo Dios sabe con qué frecuencia, en estos sitios salvajes, he sentido en ellos como dentro de mí palpar y vivir un alma, y sonreírse y hablarse en la obscuridad en voz remisa las encinas monstruosas que tanto abundan en los bosques.

20 de abril de 1837.

## XI

Ya que en la tierra todas las almas ofrecen a alguien su música, su llama o su perfume; ya que todos los objetos presentan en el mundo sus espinas o sus rosas a sus amores; ya que abril presta a las encinas grato murmullo; ya que la noche concede a las penas el olvido en el sueño; ya que el aire proporciona a los pája-

ros la movediza rama; ya que la aurora regala a las clemátides gotas de rocío; ya que cuando llega a descansar en la playa la onda amarga estampa un beso sobre la ribera; te doy en estos momentos, inclinado hacia ti, lo mejor de lo que yo poseo.

Recibe, pues, mi triste pensamiento, que, como impregnado de rocío, te lo dedico llorando. Recibe, amor mío, mis innumerables deseos; acepta la luz y la sombra de todos los días de mi vida. Recibe mi entusiasmo, mi embriaguez y mi cariño, y todas las caricias que te dedico en mis canciones. Toma mi espíritu, que libremente boga a la ventura y del que tu mirada es la única estrella. Admite mi Musa, mecida por horas soñolientas, y que, llorando cuando tú lloras, tiene casi siempre los ojos anegados en llanto. Acepta, beldad celeste, ídolo mío, mi corazón, al que nada le quedaría si perdiese tu cariño.

## XII

A OL

¡Oh poeta! Voy amorosamente a remover hasta el fondo de tu profundo pensamiento.



\* \*

No la conocías; la viste por primera vez una tarde cuando el sol iba hacia su ocaso, una tarde en que de repente se te apareció fresca y hermosa en un luminoso sitio, menos brillante que ella. En sus cabellos relucían las facetas de mil diamantes; andaba majestuosamente, era blanca, de ojos negros, de alta estatura, y entusiasmaba a la multitud que la veía pasar. Todo en ella era fuego brillante o ardor sonriente. Algunas veces las palabras caían de su boca como las espigas doradas caen del saco de la espigadora. Salía de sus labios un vapor luminoso. Todos lanzaban exclamaciones, admirando sucesivamente su frente en la que bullían mil pensamientos, abierta ante el amor su inefable sonrisa, y como dos respiraderos de un encendido foco, sus ojos, que permitían adivinar su corazón ardiente. Andaba, y pasó como inflamado pájaro, encendiendo sin saberlo un hogar en los corazones, fijando únicamente la vista en el camino que iba siguiendo y dejando a todos deslumbrados al pasar.

\* \*

Tú la contemplabas sin atreverte a aproximarte a ella, porque el barril de pólvora tiene miedo a las chispas.

26 de mayo de 1837.

## XIII

Joven poeta, ese malvado hace una guerra cobarde y no le asusta tu indignación; créeme y no hagas caso de ese Zoilo de miradas traidoras; no hagas caso de ese desdichado socarrón. Respira en la atmósfera de tu desprecio y tu odio hace su felicidad. Sabe que puede manchar impunemente las reputaciones mejor adquiridas y que es demasiado venenoso para que nadie le quiera tocar. Nada teme: es semejante al hongo disforme que brota en una noche al pie de una encina, que deja pacer los cabritillos a su alrededor y que hincan los dientes en los tiernos arbustos, porque tiene el convencimiento de que si se acercan a él sabrá vengarse, y como está henchido de veneno, espera tranquilo que se atrevan a morderle.

18 de mayo de 1837.

## XIV

ABRIL. —A LUIS B.

Luis, he ahí el tiempo de respirar el aroma de las rosas, de abrir los cristales de las ventanas que por tanto tiempo estuvieron

\* \*

cerradas; el tiempo de admirar las bellezas divinas de la naturaleza, que flotan en los montes, en los bosques y en los barrancos, en las ondas, en la sombra y en los vientos.

\* \*

Luis, he aquí el tiempo de que repose el alma en la tranquila sonrisa impregnada de una vaga llama que irradia en la frente del cielo diáfano; he aquí la hora de que se dilate el corazón como agua que humea y de que las nubes y las brumas se disipen en la extensión azul.

\* \*

He aquí el tiempo en que los amantes marchen unidos por debajo de los verdes pabellones de los árboles y de que sacudan sus alas, humedecidas por el invierno; he aquí la hora de que cante el ruiseñor, cuya voz tierna encierra bastante armonía para que se difunda por todos los amores que salen del corazón.

\* \*

## XV

LA VACA

Llegó el tiempo de que crezcan los trigos, de que juegue el niño, murmure el agua y se recolecten las frutas y las rosas; llegó el tiempo de que el cabritillo, furtiva y graciosamente, mordiendo en las hojas bajas de algún árbol inclinado, haga preciso que acuda corriendo el cabrero.

Llegó el tiempo en que, pensando en los ya pasados dolores exclamamos: —«Ya desapareció». Llegó el tiempo en que el sol derrama la alegría, en que los nidos cantan en los árboles: nosotros, mientras en lontananza todo vibra y tiembla satisfecho, nos encaminaremos al bosque, y si vos así lo queréis, andando, juntos meditaremos;

\* \*

Meditaremos entrambos en aquella lindísima doncella que duerme eternamente enterrada bajo la hierba salpicada de florecillas de oro, donde el pájaro va a buscar los granos de mijo, y que este invierno pasado, creyendo gozar aún de larga vida, hizo que le prometiera su madre un traje de primavera.

Abril de 1837.



sueño de la casa, los dogos, en sus perreras oyen los alegres cantares del centinela que les despier-ta, el canto del gallo, se había de-tenido en aquellos momentos una vaca soberbia, enorme, bermeja y manchada de blanco, cariñosa como una cierva en medio de sus cervatillos; hormigueaba bajo su vientre un grupo de niños peque-ñuelos, de dientes de mármol, frescos, pero firmes, y todos a la vez gritando llamaban a otros más pequeños, que se apresura-ban temblando a robar a la leche-  
ra ausente, la leche, que extraían chupando los pezones fecundos de su madre la vaca; ésta, compla-ciente y poderosa y llena del teso-ro de la vida, apenas movía sus costados, pintados como la piel del leopardo, y distraída miraba vagamente al azar en la inmensi-dad.

De este modo, naturaleza, fuen-te de vida de los humanos, madre universal de toda cosa creada, todos nosotros a la vez, místicos y carnales, buscando sombra y leche bajo tus flancos eternos, todos confundidos permanecemos suspendidos por todas partes de tus colosales pechos; y mientras que hambrientos armamos gran vocerío, en tus inagotables ma-nantiales apagamos la sed, tú, tranquila, inmóvil, estás pensa-do en Dios.

15 de mayo de 1837.

## XVI

## PASADO

Era un antiguo castillo de la época de Luis XIII. El sol po-niente enrojecía el solitario edi-ficio. Desde lejos, cada ventana, transformada en una fragua, había perdido su forma; parecía una inmensa brasa, y el techo desaparecía entre los rayos de fuego que lanzaba el sol.

A nuestra vista se extendía, como derruida gloria, uno de esos parques en los que la hierba ha borrado el camino, en los que en un rincón sobre un pedestal gris, la taciturna estatua del invierno, casi cubierta por la hiedra, se oculta como si tuviera frío.

La gran alberca dormía como lago solitario. Un Neptuno verdi-negro se enmohecía en el agua, los cañares ocultaban las olas, el agua se filtraba en la tierra y los árboles mezclaban unos con otros sus ramajes, que en otros tiempos inspiraron las rimas de Boileau.

Veíanse en algunos instantes correr por los espesos bosques hermosos ciervos, que parecía que desafiaban ufanos a los cazadores; y en el mármol blanco, que anti-  
guísimo tronco de árbol apuntala, debajo de un plantío de carpes, trocado en barrera, se oía suspi-rar a las dos hermanas, Gabriela y Venus.

Ya no pasaban por aquellos jar-dines mudos con las capas levan-das marcialmente por la punta de los espadones; los tritones parecían que habían cerrado los ojos, y en la obscuridad, entre-abriendo sus mandíbulas de pie-dra, presa del fastidio, una anti-gua gruta bostezaba sumida en el fango de los bosques.

Entonces les dije:—Ese casti-llo abandonado encerró el amor, con tanta intensidad como palpi-ta en vuestros corazones, y risas, y gloria e innumerables fiestas; y su pasada alegría es la que le convierte hoy en sombrío, como se ennegrece un vaso enmohecido por el licor que en él está conte-nido.

Entraban en esa gruta, cuyo piso cubre el musgo, con los ojos

bajos y el seno palpitante, la hermosa Caussade o la joven Candale, de un regio amante con-  
quista feudal, que al penetrar en la gruta decía: «Señor», y al salir: «Luis» al monarca.

Entonces, como ahora, dos co-razones unidos vagaban bajo aquellos árboles, que de tantos amores fueron testigos, él llamaba a su duquesa ángel entre las muje-res, y con miradas ardientes y con el alma apasionada se deslum-braban el uno al otro.

Entonces se oían risas apaga-das, perdidas en el fondo de los bosques; risas que nacían de otros amantes entregados a la felicidad. De vez en cuando una pausa dete-nía el curso de sus delirios: él preguntaba con ternura:—«¿Por qué suspiras?» Ella cariñosamente le respondía:—«¿Por qué te que-das pensativo?»

Los dos, el ángel y el rey, con las manos entrelazadas, camina-ban contentos y orgullosos, ho-llando los verdes céspedes, cam-biando sus miradas, sus hálitos y sus pensamientos!... ¡Tiempos des-vanecidos, esplendores eclipsa-dos, soles traspuestos en el ho-rizontel...

1.º de abril de 1835.



sueño de la casa, los dogos, en sus perreras oyen los alegres cantares del centinela que les despier-ta, el canto del gallo, se había de-tenido en aquellos momentos una vaca soberbia, enorme, bermeja y manchada de blanco, cariñosa como una cierva en medio de sus cervatillos; hormigueaba bajo su vientre un grupo de niños peque-ñuelos, de dientes de mármol, frescos, pero firmes, y todos a la vez gritando llamaban a otros más pequeños, que se apresura-ban temblando a robar a la leche-  
ra ausente, la leche, que extraían chupando los pezones fecundos de su madre la vaca; ésta, compla-ciente y poderosa y llena del teso-ro de la vida, apenas movía sus costados, pintados como la piel del leopardo, y distraída miraba vagamente al azar en la inmensi-dad.

\* \*

De este modo, naturaleza, fuen-te de vida de los humanos, madre universal de toda cosa creada, todos nosotros a la vez, místicos y carnales, buscando sombra y leche bajo tus flancos eternos, todos confundidos permanecemos suspendidos por todas partes de tus colosales pechos; y mientras que hambrientos armamos gran vocerío, en tus inagotables ma-nantiales apagamos la sed, tú, tranquila, inmóvil, estás pensa-do en Dios.

15 de mayo de 1837.

## XVI

## PASADO

Era un antiguo castillo de la época de Luis XIII. El sol po-niente enrojecía el solitario edi-ficio. Desde lejos, cada ventana, transformada en una fragua, había perdido su forma; parecía una inmensa brasa, y el techo desaparecía entre los rayos de fuego que lanzaba el sol.

\* \*

A nuestra vista se extendía, como derruida gloria, uno de esos parques en los que la hierba ha borrado el camino, en los que en un rincón sobre un pedestal gris, la taciturna estatua del invierno, casi cubierta por la hiedra, se oculta como si tuviera frío.

\* \*

La gran alberca dormía como lago solitario. Un Neptuno verdi-negro se enmohecía en el agua, los cañares ocultaban las olas, el agua se filtraba en la tierra y los árboles mezclaban unos con otros sus ramajes, que en otros tiempos inspiraron las rimas de Boileau.

\* \*

Veíanse en algunos instantes correr por los espesos bosques hermosos ciervos, que parecía que desafiaban ufanos a los cazadores; y en el mármol blanco, que anti-  
guísimo tronco de árbol apuntala, debajo de un plantío de carpes, trocado en barrera, se oía suspi-rar a las dos hermanas, Gabriela y Venus.

\* \*

Ya no pasaban por aquellos jar-dines mudos con las capas levan-das marcialmente por la punta de los espadones; los tritones parecían que habían cerrado los ojos, y en la obscuridad, entre-abriendo sus mandíbulas de pie-dra, presa del fastidio, una anti-gua gruta bostezaba sumida en el fango de los bosques.

\* \*

Entonces les dije:—Ese casti-  
llo abandonado encerró el amor, con tanta intensidad como palpi-ta en vuestros corazones, y risas, y gloria e innumerables fiestas; y su pasada alegría es la que le convierte hoy en sombrío, como se ennegrece un vaso enmohecido por el licor que en él está conte-nido.

\* \*

Entraban en esa gruta, cuyo piso cubre el musgo, con los ojos

bajos y el seno palpitante, la hermosa Caussade o la joven Candale, de un regio amante con-  
quista feudal, que al penetrar en la gruta decía: «Señor», y al salir: «Luis» al monarca.

\* \*

Entonces, como ahora, dos co-razones unidos vagaban bajo aquellos árboles, que de tantos amores fueron testigos, él llamaba a su duquesa ángel entre las muje-res, y con miradas ardientes y con el alma apasionada se deslum-braban el uno al otro.

\* \*

Entonces se oían risas apaga-das, perdidas en el fondo de los bosques; risas que nacían de otros amantes entregados a la felicidad. De vez en cuando una pausa dete-nía el curso de sus delirios: él preguntaba con ternura:—«¿Por qué suspiras?» Ella cariñosamente le respondía:—«¿Por qué te que-das pensativo?»

\* \*

Los dos, el ángel y el rey, con las manos entrelazadas, camina-ban contentos y orgullosos, ho-llando los verdes céspedes, cam-biando sus miradas, sus hálitos y sus pensamientos!... ¡Tiempos des-vanecidos, esplendores eclipsa-dos, soles traspuestos en el ho-rizontel...

1.º de abril de 1835.



extraviados en la cuenta de su número, yo cuento las sombras y tú cuentas las claridades.

## XVII

## EN EL MAR

Cerca de la barquilla del pescador que se balancea, cuando los dos al caer el día bogamos en nuestro esquife, dejando que cante aquél y que gima el oleaje;

Quando nos sentamos al abrigo de las extendidas velas y a su sombra, cuando tu mirada fija parece que quiera recoger la luz de las estrellas;

Quando los dos creemos leer lo que está escrito en el libro de la naturaleza, repóndeme: ¿en qué consiste que en tanto que mi corazón suspira, tus labios se sonríen?

Dime, ¿cómo es que a cada oja que pasa el pensamiento llena mi alma, como una copa de hiel? Es que yo miro el ramaje de los árboles mientras que tú contemplas al cielo;

Es que yo veo las olas sombrías y tú los brillantes astros; es que,

Todos los mortales, cumpliendo la suprema ley, bogamos hasta el fin de la vida: no hay hombre alguno en el mundo que no siembre o que no trabaje en suelo estéril.

El hombre vive sobre un mar que ruga; el huracán tuerce su rumbo, rema en medio de una profunda obscuridad, y la esperanza se le escapa por las hendiduras de su bajel.

Su vela, que agujerea el viento poco a poco se va desgarrando; las corrientes se burlan de su camino, y los obstáculos escorazón suspira, tus labios se pumean sin cesar sobre su proa.

¡Ay! todo en la naturaleza cumple la ley que le ha sido impuesta: donde quiera que dirijamos nuestras miradas, vemos siempre una onda que se estremece y un hombre que camina.

¿Dónde vas?—Hacia la eterna noche. ¿Dónde vas?—Hacia el eterno día. ¿Y tú?—A indagar

si es preciso creer.—¿Y tú?— Yo voy hacia la gloria.—¿Y tú?— Yo voy en busca del amor.

Todos camináis hacia la tumba, todos vais hacia lo desconocido; águila, buitre o paloma, caéis donde todo cae y de donde nada vuelve jamás.

Vais los desconocidos al mismo lugar a donde van los hombres más celebrados, donde va la flor que se abre en abril, donde va la aurora, donde va la noche.

¿Para qué os tomáis tanto trabajo, para qué sufrís tantas inquietudes? Bebed el agua de las fuentes, sacudid las bellotas de las encinas, amad, y después, entregaos al sueño eterno.

Porque después que, como las abejas, pasáis la vida trabajando, soñando maravillas, viviendo con inquietud y con sobresalto,

¿Sabéis qué es lo que va a posarse sobre vuestra más linda rosa o sobre la más cándida de vuestras azucenas? Es el olvido para las cosas y la tumba para el hombre,

Porque el Señor pone fuera de nuestro alcance las frutas en cuanto las hemos cogido. Al navío le manda:—«¡Encalla!» A la llama le dice:—«¡Espira!» A la flor le dice:—«¡Marchítate!»

Al guerrero, que se cubre de gloria, le dice:—«Me reservo la última palabra; sube, asciende, que desde la cumbre más alta la caída será más profunda.»

Dice a la joven enamorada:—«Deslumbra pronto a tu amante; sé hermosa antes de morir; brilla por un instante, que luego serás ceniza eternamente.»

Mortal, el orden sobrehumano, al que te opones, te envuelve y te absorbe: quéjate, si te atreves, a Dios, que creó al cielo tan grande y al hombre tan pequeño.

Que dude o que niegue, el mortal pasa combatiendo por el camino de su vida, y la armonía eterna pesa como una ironía sobre el tumulto de los hombres.



\*  
\* \*

Todos los falsos bienes que envidiamos pasan en un soplo como una tarde de mayo, y todo se extravía en la obscuridad: nada nos queda de la vida, excepto el haber amado.

Por eso yo humillo la cabeza cuando tú yergues la frente; por eso yo, sombrío poeta, escucho lo que me dicen las olas.

Por eso, para que me respondan sobresaltado e inquieto las interrogos, y en el fondo del abismo que sondeo columbro el cieno mezclado con el agua.

No contemples el abismo como lo hago yo; tú, por el contrario, cándida y pura, hacia la luz blanca de las estrellas dirige las tranquilas miradas.

Haces bien: contempla cómo los astros fulguran en el cielo, ya que el instinto te atrae hacia las alturas. Mira cómo Dios sonríe, mientras yo miro cómo el hombre llora.

9 de noviembre de 1835.

## XVIII

Algunas veces en Virgilio, divino poeta, que era casi un ángel, despiden los versos extraño resplandor: es porque comenzaba a entrever en sueños lo que sucedería en lo futuro; es porque era el poeta que cantaba en los momentos en que Jesús lanzaba los primeros vagidos en la cuna; es que, sin que él mismo lo supiese, poseía una de esas almas que el lejano Oriente teñía con sus vagas claridades y que se bañaba en la luz naciente del Cristo misterioso.

Dios quiso que al nacer el Hijo del hombre, la aurora de Belén purificase la frente de Roma.

22 de marzo de 1837.

## XIX

A UN RICO

Joven, te compadezco; y esto no obstante, admiro tu inmenso y delicioso parque, cuyo límite no se columbra, triste o alegre, según la estación que rige el tiem-

po, de doce leguas de extensión, lleno de árboles y de matorrales y de caseríos.

Admiro tus dominios, y sin embargo, te compadezco, porque en tus frondosos bosques, en los que la primavera derrama todo su esplendor, no se encuentra una sola ruina tan miserable como lo es un hombre gastado, marchito, desprovisto de ilusiones, rico y sin voluptuosidad, joven y sin pasiones, cuyo corazón destrozado no encierra otra cosa sino un triste montón de copas vacías, de vasos rotos, que sólo conservan el fastidio, y de los que huyeron para siempre la pureza, la alegría y el amor.

Me inspiras lástima, tú, que te figuras causar envidia; esa espléndida morada lanza sobre tu corazón y sobre tu vida, irónica sombra, y se ríe, encerrando tu juventud destruida dentro de un marco deslumbrador.

¿Crees poseer verdaderamente ese floreciente territorio, en el que el árbol forma una cúpula, en el que el estanque aparece dorado a los rayos del sol poniente y donde en el bosque, el monte en cuya cumbre sobresale una torre, dibuja tan hermoso grupo?

¡Ese es un sitio sagrado para el que sabe encontrar en los prados, en las aguas y en los valles la silueta de la faz eterna, de la que el rostro humano sólo es la sombra carnal!

¿Qué haces tú ahí? Nunca se te ve, cuando la primera luz de la mañana ilumina las techumbres, salir, coger una flor, copa irisada, que las plantas presentan a los pájaros, llenas de rocío, detenerte algunas veces, reanudar en el libro la interrumpida lectura, caminando lentamente, cuando el rumor del viento corta en estrofas inciertas la monótona canción que murmurán las fuentes.

Nunca has recorrido de cumbre en cumbre la crestería que forman los collados; nunca has gozado en mirar el agua que refleja algún sauce nudoso, retorcido como un atleta; jamás, fijando tu espíritu indiferente en algún misterio, has tratado de comprender en qué se ocupa el olmo secular inclinado y mirando extenderse a sus pies la inmensidad de la llanura.

Nunca en el verano, cuando el sol fulgura en el mediodía, cuando toda la naturaleza está amorrida, nunca el cervatillo peretzoso, agazapado en el interior del



agreste antro, te vió en la soledad caminar lenta y gravemente, como temiendo despertar a alguien, y vagar por los tupidos bosques, en los que el silencio duerme sobre el colchón de terciopelo formado por el musgo.

\* \*

¿Qué te importa todo eso? Te fatigan la vista el verdor de los campos, las nubes y el azul del cielo. No eres de esos locos que van vanagloriándose de ello, aguzando el oído para atender a las voces que cantan por todas partes, que dan gracias al Señor porque hizo que floreciese la primavera, que recogen los nidos y que contemplan durante mucho tiempo algún hongo, extraño monstruo de la hierba. Tu espeso bosque parece que reclame en el mes de abril que le recorran parejas de amantes, frentes reflexivas y corazones que suspiren; y tú que los recorres, te afanas en calcular cuánto te producirá la tala; en calcular que París, que es un anciano que tiritá de frío en el invierno, espera con ansia el fuego para entrar en calor. Mientras nuestros ojos son presa del encanto contemplando la naturaleza, tus miradas sólo se fijan en los trigos convertidos en harina y la pradera en heno; para ti el labrador sólo es un rústico a quien se paga; para ti toda nube de humo ondulante, en el claro paisaje, sale de un hogar impuro, donde

cuece alguna grosera vianda. Cuando la tarde va a expirar, cuando te retiras montado a caballo, con las piernas pendientes, y ves que los boyeros desalados, con sus vigorosos brazos pican a dos gigantes bueyes, que por torcido camino se apresuran a regresar antes de tiempo al establo, en presencia de ese cuadro, sólo piensas en los reparos de mampostería que tienes necesidad de disponer, en vender tus silos y en si menguará o no tu renta.

\* \*

Cuando llega la hora del crepúsculo, después de haber pasado un día monótono, te encierras en tu casa, sin sospechar que las tibias noches de otoño vierten su casto aliento sobre las colinas; pero eso nada te importa. Tampoco sabes que hay quien pasa la vida al lado de las modestas jóvenes, cuyas sonrosadas frentes brillan al reflejo de las lámparas, que están sentadas formando círculo, bordando y departiendo entre sí familiarmente; que ocultan sus deseos y su corazón, quizá embalsamado por un vago amor, flor que nadie coge, perfume que sólo se percibe hablando en voz baja con ellas. Ese cuadro te hace burlescamente sonreír y sepultarte vivo en una habitación de tu casa con otros hombres como tú, sentados alrededor de una mesa cubierta con un tapete

verde, a la luz de cuatro bujías, y pasar la noche jugando. Sin embargo los rayos de la luna iluminan de lleno tu ventana.

\* \*

\* \*

¡Oh ridículo insensato! Te lo digo verdaderamente; esos dominios, esos prados, esos bosques y esos valles, esos campos que hasta en el invierno ofrecen sus atractivos, no te pertenecen, no los posees; no los comprendes.

\* \*

Los paseantes, los niños y los poetas que gozan de la espesura de tu bosque, el pintor que le recorre enamorado del paisaje, el amante a quien sólo preocupa una mujer, el sabio cuyo corazón rebosa amargura y vienen a refrescar en esta soledad, aquél su amor y éste su estudio; todos los que, saboreando la belleza de ese lugar, desean, separándose de los hombres, aproximarse a Dios, y que disipando aquí sus tristes sinsabores adquieren en el bosque algo del inmenso reposo de la creación, todos los hombres pobres, pero que no son ambiciosos y que a ti te dan lástima, son en este frondoso parque más ricos que tú, están en su casa más que tú en la tuya, aunque tú seas dueño de talar el bosque y de vender sus frutos.

Para ellos nada hay estéril en esos frescos lugares. Todo ahí encierra dones secretos para el que sabe recogerlos. El espíritu que se ve en esos sitios libre del rugido de las pasiones, medita junto a un árbol muerto y junto a las ruinas de un antiguo puente. Todos los objetos que componen el bosque responden a algún objeto semejante que existe en el bosque del alma. La extinguida hoguera de un pastor recuerda el amor ardiente. Todo sirve para aconsejar al que piensa, sea joven o viejo. Nos pinchan las zarzas lo mismo que los envidiosos; las hojas invitan a tener fe, y las olas, fluyendo ligeras, nos advierten que nos apresuremos, porque las horas pasan veloces. Para ellos nada es mudo ni está frío, nada está muerto. Una gota de sangre que esmalte una pluma despierta en sus almas un remordimiento; los manantiales se truecan en ríos de lágrimas; la flor que se inclina al margen del río les dice: «Acordaos, almas huérfanas!» Para ellos el antro profundo oculta en su cavidad un sueño brillante, y la noche, en su cielo colmado de constelaciones, el árbol, a través de su ramaje, les enseñan el astro luminoso y las palomas blancas, prestando consuelo a los corazones desgraciados, porque los pájaros les dicen: «¡Amad!» y las estrellas: «¡Creed!»



\* \*

He aquí lo que en tus dominios la vaga obscuridad de las murmurantes ramas vierte en las almas de los que sufren.—¿Y tú qué haces?—Todos los años va a hundirse en corrientes de oro al fondo de tu cofre el inefable tesoro de todo ese murmullo, de esa sombra, de esos rumores que salen de los árboles estremecidos por el viento, y abandonas esos bosques, en los que el amor se embriaga, por un palco de la Opera.

\* \*

¡Si al menos la música te llegase al corazón! Pero no; entre ti y el arte el oro levanta una infame barrera. El espíritu que comprende el arte comprende también todo lo demás. Vas, pues, allí a dormirte en el teatro, sin sospechar siquiera que así como los tesoros que te produce tu heredad, Gluck es un bosque sublime y Mozart es un claro y riente manantial.

\* \*

Duermes en el teatro, y algunas veces, sonriéndote la moda, te llama la atención, diciéndote:—«Admira, rico!» Entonces, aturdido y voceando, te despiertas y preguntas cómo se llama el autor, entendiéndolo que siempre la musa sea un hombre, porque se ofende-

ría tu extraño orgullo si te dijeran que aquella obra que te sirve de espectáculo era una urna en la que una mujer había vertido todo su corazón.

\* \*

¡Señor de esa soberbia heredad, guijarro vil incrustado en radiantes rubíes, muérdago parásito lichado por la savia de las encinas, miserable rico!—Vive, pues, así, ya que eso para ti es vivir. Vive sin corazón, sin fe y sin pensamiento; vive para esa pasión vil que se llama oro y para esa otra pasión vana que se llama orgullo. Vegeta, ya que sólo tienes sangre en las venas, ya que no te das cuenta de que Dios se estremece en cañas, que abre sus ojos con la aurora y que canta con los pájaros; ya que en las colinas que descienden en suave declive, donde humean las cabañas junto al lago, bajo los árboles, en tus propios jardines, eres tan poco perspicaz en tu ávido instinto, eres tan reacio a la vida y a sus armonías, como el lobo salvaje que vaga por las selvas.

22 de mayo de 1837.

XX

Mirad. Los niños están sentados en el suelo formando corro. Cerca de ellos está su madre, tan joven, que podría tomársela por

Su hermana mayor; inquieta, contemplando sus inocentes juegos, se agita pensando en el porvenir que a ella y a ellos les reservará el destino.

Junio de 1834.

\* \*

Junto a ella se extinguen los lloros y nacen las risas. Su corazón es tan puro, tan semejante al de los niños, su claridad es tan casta, que al transcurrir su vida llena de cuidados a través de sus días, se transfigura en poesía.

\* \*

Les sigue siempre, vigilante y previsora, ya enero los junte alrededor del hogar, ya la dulce brisa del mes de mayo, que riza el arroyuelo, remueva sobre sus cabecitas las hojas, mientras juguetean bajo la copa de los árboles.

\* \*

Algunas veces, cuando al pasar cerca de ellos un mendigo contempla con envidia un hermoso juguete de plata, la madre, que está presente, sólo necesita dirigir una sonrisa a sus hijos para convertir el juguete en una limosna y a los niños en ángeles.

\* \*

Y yo, que tengo a la vista a la madre y a los hijos, mientras que muy cerca de mí los pequeñuelos

## XXI

En el antiguo jardín, cuyas espaciosas calles sombrean dos filas de tilos, tan castos y tan velados, que la flor que allí se abre parece un incensario; donde las horas, marcando en la arena sus pasos desde el alba hasta la noche, proyectan sucesivamente en las pilas de las fuentes de mármol los rayos del sol y la sombra de los árboles, vosotros sabéis, ¡oh ángeles! que yo, pensativo y cariñoso, contemplaba a la claridad del día cómo jugueteaba el pájaro volando, cómo se plegaban las ramas y cuántos y cuán abundantes tiernos pensamientos invadían mi imaginación, mientras que el querido niño, en cuya frente depositaba mis besos, correteando sin cesar, hacía apresurar mis pasos y me llevaba arrastrando hacia la gruta engalanada con los festones de las hiedras.



## XXII

## A LOS PÁJAROS QUE HUYERON

Niños, volved; poco ha, imprudentemente, regañando contra vosotros, os he desterrado de mi gabinete. ¿Qué motivo me disteis para eso? ¿Qué hicisteis, bandidos de labios de color de rosa? ¿Qué crimen habéis cometido? ¿Qué travesura? ¿Haber roto en mil pedazos un jarro del Japón? ¿Haber agujereado aquel retrato viejo? ¿Haber enriquecido mi hermoso misal gótico, trazando con vuestras manos dibujos fantásticos? No, nada de eso. Esta mañana, aprovechando los momentos en que os habéis quedado solos en mi cuarto, cogisteis entre mis papeles una hoja que contenía el conjunto informe de algunos versos, que yo estaba componiendo, y de común acuerdo, los habéis arrojado al fuego para divertirlos, para contemplar cómo suben las chispas por entre la ceniza negra. Esto es todo: pensabais en jugar y creíais haber obrado bien.

\* \*

¿Famosa pérdida, en verdad! No. ¿Dictar versos? ¿Para qué? no debo encolerizarme, ¿Qué valor tiene una estrofa que nació mientras vosotros jugueteabais, ni una oda llena de ver-

dos hinchados, o de pesados alejandrinos, montados unos sobre otros, como los estudiantes al levantarse de sus bancos? Otro os hubiera dicho:—«Muchas gracias; me habéis robado la presa que destinaba al folletín»; pero yo os he regañado. He cometido un error grave y ridículo; chiquillos deliciosos, que no quisisteis incomodar a Hércules, yo os asusté diciéndoos:—«¡Idos de aquí! Dejadme solo!» ¡Pobre de mí! Ya me quedé solo; ¿y qué? ¡Vaya un triunfo! ¿Pero a vosotros qué os importa?... Encontrasteis la libertad fuera de mi cuarto, respirasteis el aire libre, corristeis al hermoso parque a disfrutar del cielo claro, de la primavera, de la naturaleza apacible, de ese poema de Dios que vale más que los míos, en el que el niño puede coger una flor, como una estrofa viva, sin que nadie le riña ni le asuste, y yo quedé solo y triste, deslizándome por la pendiente que se llama fastidio; porque hacía ya mucho rato que estaba sentado en la antesala, esperando, al doctor inglés, que no os puede ver y que aguardaba a que vosotros salierais para entrar.

\* \*

¿Qué haré? ¿Leer algún libro? No. ¿Dictar versos? ¿Para qué? Todo me aburre: los esmaltes blancos o azules, la esfera que hace dar vueltas al cielo sobre su eje, los hermosos insectos pinta-

dos en mis tazas de Sajonia, todo me aburre; tengo el pensamiento fijo en vosotros. En cuanto hubisteis salido perdí la alegría, me quedé sin la satisfacción que me causa el ruido que movéis a mi alrededor, y sin poder contemplar cómo el más pequeño se esfuerza a leer señalando con el dedo las palabras, ni vuestras risas francas y sinceras, que ponen al descubierto sartas de perlas colocadas entre los labios.

\* \*

Seguramente los espíritus, los silfos y las hadas, que las bocanadas del viento traen a mi cuarto; los gnomos acurrucados allá arriba, cerca del techo; los duendes familiares, que cuchichean en los rincones a mis vasos chinescos, todo ese invisible enjambre de alegres demonios, ha debido reírse a carcajadas cuando en su presencia os vieron extraer de mi cartera los exámetros, a medio hacer y sin corregir, sacarlos de ella y arrojarlos al fuego, y aplaudir con gran contento al ver que con esos versos tan feos habíais levantado una llama tan hermosa.

\* \*

Niños traviesos, a quienes obligué a salir de aquí, volved a mi cuarto a charlar, a saltar, a cantar, a abrir todos cuantos libros queráis, a darme empujoncitos en el brazo mientras estoy escri-

biendo. Convengo en que obré mal y en que vosotros tenéis razón; ¿pero quién no regaña alguna vez sin motivo? Es preciso ser indulgentes. Ya que todos somos miserables, los pequeños no deben ser severos. Niños queridos, todas las mañanas vuestra alma cariñosa se abre a la alegría, como una ventana a la luz del día, y verdaderamente sería un hermoso milagro que el niño alegre fuese un dechado de prudencia. El destino os acaricia en la niñez; pero nosotros, que ya reflexionamos, que somos hombres, tenemos el carácter agrio y pendenciero, tenemos nuestros días de mal humor y de fastidio. Esta mañana llovía, y hoy hace mucho frío. Por el cielo ha pasado hace poco una nube de mal aspecto. Además siempre se tiene algún remordimiento. Esto nos hace ser malos algunas veces; comprenderéis lo que os digo cuando la edad ensombrezca vuestros rostros, cuando seáis mayores.

\* \*

Ya os dije que hice mal, pero estoy ya bastante castigado; debéis perdonarme y volver a mi cuarto; venid, hagamos las paces. Tomad; os entrego mis lápices, mis papeles, mi antiguo compás despuntado, mis lacas, todos esos juguetes del hombre que envidia el niño; os entregaré todo lo que queráis. Podéis sentaros sobre mi mesa-escritorio, o subiros a



ella de pie; podéis cantar, arrastrar mi sillón grande, y arrojar al banco esculpido, todos a la vez, vuestros agudos juguetes, que estropean la madera. Os permitiré también, os lo permitiré con todo mi corazón, que hojeéis siempre que queráis mi Biblia pintada, que hasta ahora habéis tenido miedo de tocar, y en una de cuyas lminas se ve a Dios Padre vestido de emperador.

23 de abril de 1837.

## XXIII

Después quemaréis los versos que tengo esparcidos sobre mi mesa, si os divierte ver cómo se convierten en humo; no sería tan complaciente para con vosotros si estuviéramos en casa del notable poeta Mery, cuyos versos vuelan hasta los cielos. Pero, ¡qué importan los míos!... Vosotros sois toda mi poesía y mi espíritu se acomoda a vuestros caprichos; sois los reflejos y los rayos de luz con que ilumino mis sombrías rimas. Niños, cuya vida anima la esperanza; niños, a quienes la ignorancia da alegría, nunca habéis sufrido y no podéis apreciar cuando el pensamiento cansa y fatiga al taciturno poeta, qué dulce calor difunde en él vuestras sonrisas. ¡No podéis comprender cuánto necesita entonces de la serenidad que brilla en vuestras frentes!

Volved a mi cuarto, si no queréis que permanezca triste y

¿En qué pienso? ¡Ay! Separado de vosotros, hijos míos, lejos del techo bajo que habitáis, en vosotros pienso, en vosotros que sois la esperanza del estío de mi vida, vástagos que todos los años crecen y agrandan la sombra del muro de mi existencia. Pienso en los dos pequeños que lloran riéndose, que empiezan a balbucear, y que juegan y se quejan y que disputan; pienso después con inquietud en los dos mayores, que, más talluditos, inclinan algunas veces la cabeza, el uno curioso y el otro pensativo.

Solo y triste en la playa, por la tarde, escuchando las canciones de los marineros, en la hora en que las olas, abriéndose y cerrándose, confunden con el viento sus hálitos marinos, y en la que se perciben en los aires inefables ecos, que provienen de la tierra o que emergen de las aguas,

estoy pensando en vosotros, hijos negro capuz; el mar aparece muy míos, en la casa, en la familia, hinchado. El soplo del huracán en la alegre mesa, en el fuego del hogar y en todas las solicitudes hace resonar su trompa.

Marineros náufragos, perdidos allá a lo lejos que tendéis inútilmente los brazos a la ingrata tierra; oíd cómo el huracán sopla en el tubo de su trompa.

Julio de 1836.

## XXIV

UNA NOCHE EN LA QUE SE OYE EL MAR SIN VERLE

¿De dónde salen esos rumores sordos que se oyen hacia el mar, esas voces profundas y llorosas que resuenan sin cesar, que rugen de continuo interrumpidas solamente por el soplo del huracán que toca su trompa?

¡Cómo llueve esta noche, cuya bondad no tiene término, huésped mío! Allá en lontananza al ver que siendo aún tan pequeño el cielo está todo cubierto de es ya tan grave y tan juicioso,



Como pajarillo blanco que, solo un astro como lo hizo Herschell sobre un arrecife, ve que sube o un mundo como lo descubrió hacia él el Océano desde el fondo Colón?  
de las tinieblas, contempla ya la vida, inmensa y sombría, ve cómo avanza paso a paso; pero, a pesar de eso, cariñosa madre, no os asustéis.

\* \*

No os inquietéis, y cariñosamente besad la frente reflexiva del niño, que no es un sabio, que no es un prodigio, que sólo es un soñador: más vale que sea así; esto debe enorgulleceros. La meditación es hermana del genio; el niño soñador precede al hombre pensador, y el pensamiento es tan poderoso, que muestra a Milton el cielo y a Dante el infierno.

\* \*

Un día será grande; no dudéis que le espera un porvenir de gloria al niño misterioso que todo lo pregunta y que todo lo inquiere. ¿Quién sabe si recogerá del suelo, sin gran fatiga, el colosal cincel que al morir dejó caer Miguel Angel y esculpirá en el mármol sorprendentes batallas? ¿Quién sabe si, como Francisco I o como Bonaparte, tomará para jugar al ajedrez a la Europa por tablero? ¿Quién sabe si irá, bogando a toda vela, o ajustando a sus ojos el cristal del telescopio, y encontrará su vista perspicaz en la esfera azul o en el mar profundo

¿Quién sabe lo que le reservará el porvenir? Dejad que crezca ese niño serio, que ni siquiera se da cuenta de la curiosidad con que le vemos crecer. Quizá piense ya ese niño débil del mismo modo que pensaba aquel otro niño que luego se llamó Virgilio, en el combate que persigue siempre al que es poeta brillante; quizá piense ya en intentarlo, en vencer, y en que pregone la gloria su nombre brillante con las cien voces estridentes de sus trompetas.

9 de junio de 1835

## XXVI

Hermosa niña, el amor es al principio como un espejo, en el que la mujer coqueta y linda gusta verse retratada, y al que se mira alegre o pensativa; después, como la virtud, cuando se ha posesionado de vuestro corazón, lanza de él el mal y el vicio, y refleja el alma pura y blanca.

\* \*

Después, descendiendo un poco, resbalan vuestros pies y llega a ser un abismo; en vano las manos

se cogen a los bordes, porque dando tumbos caéis en el fondo del agua. El amor es atractivo, puro y mortal. ¡No te fíes de él! Le sucede a la mujer que se abandona al amor lo que al niño que, atraído por la corriente de un río, se mira en él, se lava y se ahoga.

25 de febrero de 1837.

se dentro de un torbellino con una llaga abierta en el flanco; en un rincón están la venganza y el hambre, impías hermanas, acurrucadas las dos juntas sobre un cráneo roído, la pálida miseria, la ambición, el orgullo alimentándose de sí mismo, la inmunda lujuria y la avaricia infame; más lejos la cobardía, el miedo, la traición, y más abajo aún, en la profundidad del abismo, el odio haciendo muecas de dolor.

\* \*

## XXVII

## DESPUÉS DE UNA LECTURA DEL DANTE

Cuando el poeta pinta el infierno, pinta su propia vida. Su vida, que es una sombra que huye de los espectros que la persiguen; bosque misterioso, en el que, asustado, sus pasos se extravían fuera de los caminos conocidos; sombrío viaje, que obstruyen disformes obstáculos; espiral de bordes dudosos, de enormes profundidades, cuyos círculos temibles avanzan cada vez más hacia la obscuridad, donde se mueve el infierno indeciso y vivo. Esa pendiente se pierde en la obscura bruma; en cada una de sus gradas está sentada una queja, y se oye un débil rumor de crujidos de dientes en aquella impenetrable noche. Allí están las visiones, los ensueños, las quimeras; los ojos que el dolor convierte en amargos manantiales; y el amor, pareja enlazada, triste y ardiente, pasa abrasándose

Eso es la vida, inspirado poeta, y obstruyen su brumoso camino terribles obstáculos. Pero para que nada falte en ella, en su camino estrecho nos mostráis siempre, de pie a vuestro lado y guiando vuestros pasos al genio de frente serena, de ojos resplandecientes, a Virgilio, que os dice: «¡Continuemos!»

6 de agosto de 1837.

## XXVIII

## PENSAR, DUDAR

A LUISA B.

Ya os he dicho que nuestra incurable llaga, que nuestra nube negra, no disipada por ningún viento, que lo que hace palidecer y arrugar la frente, que lo que más nos hace sufrir, es la áspera ansie-



dad, es la fatal agonía que hunde nuestros corazones en el abismo, cuando la suerte, poniéndonos cara a cara con nuestra miseria, plantea ante nosotros de súbito esta sombría cuestión: —¿Alma, qué crees? —Esa es la vacilación profunda y temible en que se encuentra ante la esfinge que llamamos el mundo, nuestro espíritu, más temeroso que deslumbrado, que no se atreve a decir que no y que no puede decir que sí.

\* \* \*

Esa es la imperfección de nuestra raza. ¿De qué está cierto y bien seguro el hombre? ¿Qué es lo permanente? ¿Qué es lo transitorio? ¿Qué es lo quimérico y qué es lo real? ¿Cuándo obtendremos la explicación del cielo? ¿Por qué en los senderos, llenos de sofismas, tropezamos todos? ¿Por qué, espíritus oscuros, temblamos durante la noche, en las horas en que la bruma invade el corazón lo mismo que el firmamento? Hasta el alba es sombría y oculta un gran problema, y algunos pensadores, encontrando escollos hasta en los niños, dudan lo mismo de las cunas que de los ataúdes.

\* \* \*

Ved ese hombre; es justo, bueno y prudente. No hay hiel interior alguna que haga palidecer su rostro; si por alguna parte tiene el corazón ya muerto, podrá tener

pesares pero no remordimientos; el odio ajeno puede haberle creado enemigos, pero no el suyo propio; es un sabio de la época de Aurelio o de Adriano. Es pobre, pero vive satisfecho: su cabeza está cubierta de cabellos blancos y llenan su cerebro tranquilos pensamientos. Profesa afecto fraternal a todos los hombres, es hermano de los desgraciados y padre de los desvalidos. Su vida es muy sencilla, y se desliza lejos del ruido de las ciudades. Pasa los días en los campos recreándose en mirar cómo bailan los campesinos, leyendo algún libro antiguo, griego, en el que reviven los héroes de Atenas y de la Lacedemonia, dando limosna a los niños que encuentra a su paso. Todos los días, cuando el sol descende, él descende también y regresa a su casa y se sienta a la mesa, en la que toma frugal comida; luego entra en su dormitorio, y ¿qué hace allí ese justo que vive contento? Sin deseos, sin faustos y sin dolores, piensa, medita y duda...

\* \* \*

¡En las tinieblas humanas todo se presenta brumoso y vacilante! Sobre todo en los días en que todo se hunde, en que la desgracia se apodera de nuestra alma y sacude nuestra vida, cuando somos víctimas de la suerte fatal, cuando no poseemos ya otra cosa más que un libro roto, una noche tenebrosa, un pensamiento hun-

didado ante el abismo que se abre a nuestros pies, un corazón que han abandonado las ilusiones, frágil barquilla sin mástiles, sobre el que las pasiones, furiosos marineros, patalean y se baten por la elección del camino; cuando sólo se piensa, haciendo furiosos esfuerzos, en buscar para salvarse una brújula, un puerto, un ánora para anclar, un faro para asegurar la dirección, ¡con qué terror, pilotos angustiados, nos damos cuenta de que nos falta la fe, la fe, esa pura antorcha que tranquiliza al sobresaltado, esa palabra de esperanza que está escrita en la última página del libro, esa chalupa única en la que se puede salvar la tripulación!

\* \* \*

¿Por qué, pobres insensatos, nos mostramos, pues, tan orgullosos? —Di, alma siempre serena, ¿qué piensas tú, tú, a quien la suerte expone con tanta modestia a la gloria y con tan dulce facilidad al odio; tú, cuyo espíritu, siempre igual y siempre puro, razonable y tranquilo, en las alturas, lejos de nosotros, brilla como una estrella fija en el fondo del cielo espléndido; sol, al que no llega el vaivén del abismo y de la inmensidad; donde flotan, desperdigados por los vientos, tantos astros fatigados y tantos mundos que cuelgan? ¿qué piensas, qué te parece de nuestra arrogancia y nuestra ceguedad? ¡Debes

mirar con lástima nuestras falsas glorias, y nuestro loco orgullo, que se apoya en el vacío, debe provocar en ti extraña compasión!.. ¡Ten compasión de nosotros pero compasión tierna, porque escuchamos y oímos y nada podemos comprender!

\* \* \*

Nuestra falta de fe, nuestra incredulidad, ignorancia o ciencia, sabiduría o vanidad, llámela como quiera nuestro orgullo, ¿es el vicio de este siglo o es la desgracia del hombre? ¿Es un mal pasajero o es una eterna desgracia? ¿Habría creado Dios el cielo que las nubes ocultan eternamente nuestra vista, para que le estudiemos? Dios no ha confirmado al hombre en ninguna certidumbre. Pensar no es creer. Hay momentos en que oímos una voz que confusamente nos dice: —«Vuestra obra es perecedera; no confiéis en ella; todo cuanto el hombre edifica, lo edifica sobre arena; todo lo que construye, pronto o tarde lo cubre la hierba; todo lo que levanta, lo erige para que lo destruyan los vientos del desierto. Todos los asilos donde se refugia vuestra alma, la gloria, que sólo es una púrpura; el amor, que sólo es una llama; la altiva ambición con su manto de estrechas banderas ondeantes; la riqueza, siempre sentada sobre su gavilla de mieses; la ciencia,



tan altiva y tan soberbia; el poder bajo el dosel y el placer entre las flores, no son más que tiendas de campaña; el edificio está en otra parte. ¡Pasad más adelante; buscad más lejos los verdaderos bienes; la tienda de campaña sólo dura un día, mortales!»

\* \*

Oímos esta voz, que nos deja mucho tiempo pensativos, y creemos ver el cielo menos obscuro por momentos, como a través de la bruma se distinguen las playas y se ven llenas de vagas perspectivas.

\* \*

¿Qué creer? Muchas veces, quizás con ojo avizor, he abordado ese problema, en el que se pierde la sonda, esas vastas cuestiones cuyo aspecto cambia de perspectiva a cada instante; he removido la superficie y el fondo, me he sumergido en ese abismo y he llegado hasta su profundidad.

\* \*

Os aseguro, vientos de la mañana y de la tarde os aseguro, estrellas de la noche, que impulsado por austero pensamiento, muchas veces he intentado, muchas veces he ascendido solo, buscando en el espacio algo que me conteste, a esos altos sitios desde los que se ve la figura del mundo. Con frecuencia he creído sobre las altas

y desiertas cumbres, que mientras que los ríos, los campos, los bosques, las ciudades y las ruinas yacían detrás de mí, los montes humeaban como incensarios, y que en lontananza el Océano desparramando sus olas, mezclaba su murmullo salvaje con el murmullo inmenso de la naturaleza.

\* \*

Y yo preguntaba a las olas que rugían, a los torreones que se derrumbaban, a la noche llena de estrellas, a las flores, a los torrentes, a las pintadas frutas, a los montes, a los campos y a los bosques:—«¿Sabéis algo?...»

\* \*

Con frecuencia, en las horas en que la tarde y el viento hacen que el viajero camine pensativo, me he dicho a mí mismo:—La inmensa naturaleza, la creación que sirve a la criatura, lo sabe todo; todo estaría claro para el que pudiese comprenderlo. Como el mudo que sabe la palabra de un gran secreto, y pugna porque no puede revelarlo, parece que haya momentos en que la naturaleza quiera decir lo que sabe, pero Dios le ataja la palabra. En vano prestáis oído, que no comprendéis sus murmullos; porque ese cántico que se escapa de las campiñas fértiles, confundido con el rumor que sale de las ciudades,

os rugientes truenos, los vientos sordos o lastimeros, las olas del mar, que vienen, aullan y se van, todas esas voces no son más que un tartamudeo inmenso.

\* \*

Sólo el hombre puede hablar, pero el hombre no sabe lo que sucede en el mundo, y por inexplicable sentencia todo se lo oculta una nube, y el alma del que muere huye llevándose consigo la explicación del misterio. Por eso empezar sonriendo y concluir negando es lo más cómodo, es lo más fácil y es lo que hacen los hombres. Lo poco que creemos se armoniza con lo poco que somos.

\* \*

Ya que Dios así lo hizo, será esto lo más conveniente para nosotros; quizás mayor claridad nos cegaría: con frecuencia se rompe la rama que está demasiado cargada de frutos. ¿Qué sería de nosotros, si Dios, desde la altura de su eternidad, precipitase sobre la razón humana el torrente de la verdad? El vaso es demasiado pequeño para contenerla entera, y basta que cada alma recoja una gota, aunque esté mezclada con el error. Todos los hombres tienen en sí algo obscuro que rechaza la fe. Dios y la muerte son palabras sin fondo que ocultan un abismo. Del corazón más sublime

se apodera el terror cuando se atreve a surcar esos grandes mares que no pueden franquearse de un solo vuelo. Pocos pájaros atraviesan el Océano sin dar reposo a sus alas. No hay un solo creyente que no dude ni tiemble en ciertos momentos. ¿Qué alma no es débil y no se siente fatigada? Resignémonos y continuemos nuestro camino. Todo cuerpo arrastra su sombra y todo espíritu su duda

Septiembre de 1835.

## XXIX

A EUGENIO, VIZCONDE H.

Ya que le plugo al Señor quebrantarte, ¡oh poeta!; ya que plugo al Señor comprimir tu cabeza con su mano omnipotente, convirtiéndola en una urna santa que contenga el éxtasis, encerrar en ella el genio y marcarla con un sello de bronce;

\* \*

Ya que el Señor te concedió por insondable misterio, un pozo para que no bebas, una voz para que calles, y soplando en tu frente como barquilla errante y llena de agua, hizo rodar tu espíritu a través del Océano sin fondo de la locura;



tan altiva y tan soberbia; el poder bajo el dosel y el placer entre las flores, no son más que tiendas de campaña; el edificio está en otra parte. ¡Pasad más adelante; buscad más lejos los verdaderos bienes; la tienda de campaña sólo dura un día, mortales!»

\* \*

Oímos esta voz, que nos deja mucho tiempo pensativos, y creemos ver el cielo menos obscuro por momentos, como a través de la bruma se distinguen las playas y se ven llenas de vagas perspectivas.

\* \*

¿Qué creer? Muchas veces, quizás con ojo avizor, he abordado ese problema, en el que se pierde la sonda, esas vastas cuestiones cuyo aspecto cambia de perspectiva a cada instante; he removido la superficie y el fondo, me he sumergido en ese abismo y he llegado hasta su profundidad.

\* \*

Os aseguro, vientos de la mañana y de la tarde os aseguro, estrellas de la noche, que impulsado por austero pensamiento, muchas veces he intentado, muchas veces he ascendido solo, buscando en el espacio algo que me conteste, a esos altos sitios desde los que se ve la figura del mundo. Con frecuencia he creído sobre las altas

y desiertas cumbres, que mientras que los ríos, los campos, los bosques, las ciudades y las ruinas yacían detrás de mí, los montes humeaban como incensarios, y que en lontananza el Océano desparramando sus olas, mezclaba su murmullo salvaje con el murmullo inmenso de la naturaleza.

\* \*

Y yo preguntaba a las olas que rugían, a los torreones que se derrumbaban, a la noche llena de estrellas, a las flores, a los torrentes, a las pintadas frutas, a los montes, a los campos y a los bosques:—«¿Sabéis algo?...»

\* \*

Con frecuencia, en las horas en que la tarde y el viento hacen que el viajero camine pensativo, me he dicho a mí mismo:—La inmensa naturaleza, la creación que sirve a la criatura, lo sabe todo; todo estaría claro para el que pudiese comprenderlo. Como el mudo que sabe la palabra de un gran secreto, y pugna porque no puede revelarlo, parece que haya momentos en que la naturaleza quiera decir lo que sabe, pero Dios le ataja la palabra. En vano prestáis oído, que no comprendéis sus murmullos; porque ese cántico que se escapa de las campiñas fértiles, confundido con el rumor que sale de las ciudades,

os rugientes truenos, los vientos sordos o lastimeros, las olas del mar, que vienen, aullan y se van, todas esas voces no son más que un tartamudeo inmenso.

\* \*

Sólo el hombre puede hablar, pero el hombre no sabe lo que sucede en el mundo, y por inexplicable sentencia todo se lo oculta una nube, y el alma del que muere huye llevándose consigo la explicación del misterio. Por eso empezar sonriendo y concluir negando es lo más cómodo, es lo más fácil y es lo que hacen los hombres. Lo poco que creemos se armoniza con lo poco que somos.

\* \*

Ya que Dios así lo hizo, será esto lo más conveniente para nosotros; quizás mayor claridad nos cegaría: con frecuencia se rompe la rama que está demasiado cargada de frutos. ¿Qué sería de nosotros, si Dios, desde la altura de su eternidad, precipitase sobre la razón humana el torrente de la verdad? El vaso es demasiado pequeño para contenerla entera, y basta que cada alma recoja una gota, aunque esté mezclada con el error. Todos los hombres tienen en sí algo obscuro que rechaza la fe. Dios y la muerte son palabras sin fondo que ocultan un abismo. Del corazón más sublime

se apodera el terror cuando se atreve a surcar esos grandes mares que no pueden franquearse de un solo vuelo. Pocos pájaros atraviesan el Océano sin dar reposo a sus alas. No hay un solo creyente que no dude ni tiemble en ciertos momentos. ¿Qué alma no es débil y no se siente fatigada? Resignémonos y continuemos nuestro camino. Todo cuerpo arrastra su sombra y todo espíritu su duda

Septiembre de 1835.

## XXIX

A EUGENIO, VIZCONDE H.

Ya que le plugo al Señor quebrantarte, ¡oh poeta!; ya que plugo al Señor comprimir tu cabeza con su mano omnipotente, convirtiéndola en una urna santa que contenga el éxtasis, encerrar en ella el genio y marcarla con un sello de bronce;

\* \*

Ya que el Señor te concedió por insondable misterio, un pozo para que no bebas, una voz para que calles, y soplando en tu frente como barquilla errante y llena de agua, hizo rodar tu espíritu a través del Océano sin fondo de la locura;



\* \* \*

Puesto que quiso que cayeses, y que sólo la muerte helada te hiciese revivir, abriendo tu pensamiento para otros horizontes; pues que Dios, al encerrarte en la jaula de carne, pobre águila, te concedió sus alas y no su vista, te dió el alma y te negó la razón;

\* \* \*

Al menos partes llevando cándida vestidura, hermano mío, y regresas a Dios como cae el agua que se derrama por su peso natural; vuelves a Dios, candoroso y puro, como hacia El va la luz y como va el aroma que desde las flores asciende hacia el cielo.

\* \* \*

No hablaste ni obraste mal; como muere una virgen, como vuela un ángel, así abandonaste el mundo; nada manchó tu mano ni tu corazón; apenas tuviste tiempo para pensar.

\* \* \*

Así como el diamante, cuando el fuego lo abrasa, desaparece completamente y sin dejar ceniza, como un relámpago se disipa sin dejar sombrío rastro, sin dejar sombra en el mundo, así se desvaneció tu espíritu.

\* \* \*

Carinoso compañero de mi pasada infancia, destinado de ante-

mano a un triste porvenir, dime si ahora que la muerte ha despertado tu alma, dime si ahora te acuerdas de aquellos tiempos.

\* \* \*

Debes acordarte de nuestros tiernos años; cuando los destinos de los dos unían nuestras existencias; cuando Napoleón brillaba como un faro, y cuando nosotros, niños, oíamos el toque de su clarín victorioso, como una jauría oye el sonido de la bocina.

\* \* \*

Te acordarás de las Fuldenses y de la grande calle de árboles, en la que nuestras voces infantiles y nuestros juegos despertaron en los rincones de sus muros, en las fuentes, en los nidos de los pájaros y en los huecos de las encinas tantos ecos deliciosos.

\* \* \*

¡Tiempos felices! ¡Aurora pronto disipadal! ¿Por qué Dios pone lo mejor de la vida al principio de ella?... Cualquiera hubiera dicho que el antiguo monasterio, para presenciar nuestra alegría, abría misteriosamente sus adormecidos ojos. ¿Te acuerdas, hermano mío? Pasada la hora del estudio, ¡cómo corríamos por aquella soledad! Escondidos tras de los árboles, para cazar esos insectos saltarines, nos llegaba la hierba hasta las rodillas, porque la hierba era muy alta y nosotros muy bajitos.

\* \* \*

Niños vivarachos, corríamos desenfrenados, persiguiendo en los aires a los alados insectos; por la noche estábamos rendidos, cansados de tanto jugar, y entrábamos alegres y bulliciosos donde estaban nuestras madres, que nos colmaban de caricias.

\* \* \*

Después nos mecía el mismo sueño a los dos, acostados en la misma cama; luego despertábamos al mismo tiempo; y mojando en la leche acabada de ordeñar el mismo pan, causaba risa en la misma mesa nuestro extraordinario apetito, y volvíamos a nuestros juegos y a hacer ramilletes de flores.

\* \* \*

Y ahora duermes en lo alto de la verde colina que, abierta a todos los vientos y entregada a todos los furios del invierno, no tiene más techumbre que el cielo, y ahora duermes convertido en cenizas en un lecho de arcilla, y yo permanezco entre los seres vivientes de la ciudad.

\* \* \*

Yo me quedé en el mundo para seguir soportando las amarguras de la vida; para oír sonar mi nombre en los clarines de la celebridad, y ocultar, como en Esparta son-

riendo, cuando entra en ella la envidiosa felina que me roe el vientre y que abrigo bajo mi vestidura. Voy a continuar mi empedrada obra; voy a entregar mi barca frágil a las embravecidas olas; voy a luchar contra la suerte y a envidiar a los que duermen el sueño silencioso y eterno.

\* \* \*

Me consagro a placeres austeros. Como el sacerdote se consagra a la Iglesia, yo me entrego al arte que entusiasma, al arte que civiliza, mejorando a los hombres, y que, como el sembrador que arroja a lo lejos los granos, sembrando la naturaleza en el alma humana, hará que en ella germine Dios.

\* \* \*

Cuando el pueblo en el teatro escucha mis pensamientos esparcidos en los dramas que yo he compuesto, corro allí, e inclinado hacia el apiñado público, estudiándole de cerca sobre mi frondoso drama, cuyo ramaje se dobla, oigo caer sus lágrimas, como cae la lluvia en las hojas de los árboles del bosque.

\* \* \*

¡Pero qué trabajo tan ingrato! Sobre todo cuando la envidia, con el corazón repleto de amargura, con la mirada vacía, convierte, en las viles necesidades de las



luchas vulgares, la boca sonriente de un amigo en una boca que muerde. ¡Qué vida y qué siglo! ¡Virtud, gloria, poder, genio y fe, todo aquello en lo que debíamos creer, lo que nos resta de los esplendores pasados, provocan la risa y se escarnece!

\* \*

¡Cuánta calumnia y cuánta bajeza! Cuántos libelos, que flagelan sin cesar todo lo puro, todo lo noble y todo lo digno; que hiriendo a la verdad con mercenaria lanza, pálida y crucificada, le ofrecen de beber en la esponja de hiell

\* \*

El hombre en pos del placer se lanza por cien senderos; sólo piensa en vivir alegre; su único ídolo es el dinero. Nuestras pasiones abren infames garras, y con ellas arrastran, como si fuese un harapo, lo que conservaban nuestras almas de sagrado y casto. ¿A qué conduce tanto odio, tomarse tanto trabajo y ocasionar tanto daño, cuando todos hemos de morir, cuando descenderemos donde todos descenden, cuando dentro de poco, sólo seremos una sombra, un puñado de polvo, sobre el que la hierba crecerá?...

\* \*

¿Para qué agotar la vida en vanas voluptuosidades? ¿Por qué

crearse fortunas infames con los infortunios ajenos? Todo cae en el suelo, y la fruta verde que pende de las ramas no se madura mañana para la boca hambrienta que hoy es devorada a su vez.

Lo que creemos ser y lo que somos, belleza, riqueza, honores, todo cuanto sueñan los hombres y todo lo que hacen, confusamente a través de aclamaciones o de silbidos, se lo llevan rápidamente las nubes al abismo profundo del olvido.

\* \*

Causa eterna y lúgubre fatiga ver el pueblo alborotado rebasar sus diques en terribles momentos, cuando ese sombrío océano de los espíritus, cuyo fondo es insondable, forma alrededor de toda idea grande un tempestuoso murmullo... ¡Oh, nada de esto se oye en la alta colina, donde tú tranquilamente descansas!

\* \*

Allí puedes reposar; allí mueren los vanos clamores de los hombres. Todos los días, desde el Levante hasta el Poniente, paseando sobre tu fosa su ardiente antorcha, impasible el sol semejante a la esperanza, dora por ambos lados, sin ninguna preferencia, la cruz de tu sepulcro.

\* \*

Allí tú sólo oyes el rumor de la agitada hierba y de los sacudidos matorrales, los pasos del sepulturero, el tenue golpecito de frutas que caen al suelo desde los árboles y la canción que entona el boyero cuando desciende a la llanura, de regreso a su hogar.

Mayo de 1837.

XXX

A OLIMPO

Un día, el amigo que te resta después de tu desgracia, lamentaba tus infortunios, y mientras él te compadecía, tu sonrisa sublime contestaba a sus lágrimas:

I

«He aquí que te encuentras ya, tú, a quien admiró la multitud, desarraigado, marchito, caído sobre una pendiente, como un derribado cedro.

\* \*

«Ahí estás, caído a los pies de innumerables envidiosos y de transeuntes burlones, tú, cuya frente soberbia humillaba y obscurcía a las frentes inferiores.

\* \*

«Tu frondosa copa yace en el polvo, tus raíces están al descubierto, fuera de su sitio, y no debes esperar ya ni abrigo de la tierra ni compasión del cielo.

\* \*

«Ayer fueron objeto de veneración tus ojos y tu frente severa, ayer respetaron tu nombre, y hoy los malvados se conjuraron para exterminarte, arrastrados por la envidia.

\* \*

«Lanzando gritos de alegría se reunieron para gozar contando tus heridas y contando tus dolores, como se juntan los bandidos para contar el dinero sobre el piso de piedra de su antro.

\* \*

«Tu pura fama, digna de ser imitada, perdió ya su prestigio, babeada en todos los sentidos por los repugnantes reptiles que la ensucian.

\* \*

«Iluminada por la llama, a todas horas visible, de tu radiante nombre, tu vida, expuesta a las orillas del camino, es un blanco que se ofrece a todo el que pasa,



luchas vulgares, la boca sonriente de un amigo en una boca que muerde. ¡Qué vida y qué siglo! ¡Virtud, gloria, poder, genio y fe, todo aquello en lo que debíamos creer, lo que nos resta de los esplendores pasados, provocan la risa y se escarnece!

\* \*

¡Cuánta calumnia y cuánta bajeza! Cuántos libelos, que flagelan sin cesar todo lo puro, todo lo noble y todo lo digno; que hiriendo a la verdad con mercenaria lanza, pálida y crucificada, le ofrecen de beber en la esponja de hiell

\* \*

El hombre en pos del placer se lanza por cien senderos; sólo piensa en vivir alegre; su único ídolo es el dinero. Nuestras pasiones abren infames garras, y con ellas arrastran, como si fuese un harapo, lo que conservaban nuestras almas de sagrado y casto. ¿A qué conduce tanto odio, tomarse tanto trabajo y ocasionar tanto daño, cuando todos hemos de morir, cuando descenderemos donde todos descienden, cuando dentro de poco, sólo seremos una sombra, un puñado de polvo, sobre el que la hierba crecerá?...

\* \*

¿Para qué agotar la vida en vanas voluptuosidades? ¿Por qué

crearse fortunas infames con los infortunios ajenos? Todo cae en el suelo, y la fruta verde que pende de las ramas no se madura mañana para la boca hambrienta que hoy es devorada a su vez.

Lo que creemos ser y lo que somos, belleza, riqueza, honores, todo cuanto sueñan los hombres y todo lo que hacen, confusamente a través de aclamaciones o de silbidos, se lo llevan rápidamente las nubes al abismo profundo del olvido.

\* \*

Causa eterna y lúgubre fatiga ver el pueblo alborotado rebasar sus diques en terribles momentos, cuando ese sombrío océano de los espíritus, cuyo fondo es insondable, forma alrededor de toda idea grande un tempestuoso murmullo... ¡Oh, nada de esto se oye en la alta colina, donde tú tranquilamente descansas!

\* \*

Allí puedes reposar; allí mueren los vanos clamores de los hombres. Todos los días, desde el Levante hasta el Poniente, paseando sobre tu fosa su ardiente antorcha, impasible el sol semejante a la esperanza, dora por ambos lados, sin ninguna preferencia, la cruz de tu sepulcro.

\* \*

Allí tú sólo oyes el rumor de la agitada hierba y de los sacudidos matorrales, los pasos del sepulturero, el tenue golpecito de frutas que caen al suelo desde los árboles y la canción que entona el boyero cuando desciende a la llanura, de regreso a su hogar.

Mayo de 1837.

XXX

A OLIMPO

Un día, el amigo que te resta después de tu desgracia, lamentaba tus infortunios, y mientras él te compadecía, tu sonrisa sublime contestaba a sus lágrimas:

I

«He aquí que te encuentras ya, tú, a quien admiró la multitud, desarraigado, marchito, caído sobre una pendiente, como un derribado cedro.

\* \*

«Ahí estás, caído a los pies de innumerables envidiosos y de transeuntes burlones, tú, cuya frente soberbia humillaba y obscurecía a las frentes inferiores.

\* \*

«Tu frondosa copa yace en el polvo, tus raíces están al descubierto, fuera de su sitio, y no debes esperar ya ni abrigo de la tierra ni compasión del cielo.

\* \*

«Ayer fueron objeto de veneración tus ojos y tu frente severa, ayer respetaron tu nombre, y hoy los malvados se conjuraron para exterminarte, arrastrados por la envidia.

\* \*

«Lanzando gritos de alegría se reunieron para gozar contando tus heridas y contando tus dolores, como se juntan los bandidos para contar el dinero sobre el piso de piedra de su antro.

\* \*

«Tu pura fama, digna de ser imitada, perdió ya su prestigio, babeada en todos los sentidos por los repugnantes reptiles que la ensucian.

\* \*

«Iluminada por la llama, a todas horas visible, de tu radiante nombre, tu vida, expuesta a las orillas del camino, es un blanco que se ofrece a todo el que pasa,



\* \* \*

»En el que cien flechas, silbando siniestramente siempre en la obscuridad, se clavan sucesivamente, unas dirigidas a tu corazón y otras apuntando a tu gloria.

\* \* \*

»Tu reputación, que a menudo hemos aclamado, se dispersa y huye al soplo nocivo de los hombres, como la hoja al soplo del viento.

\* \* \*

»Tu alma, que ayer proclamábamos árbitra del derecho y del deber, es hoy como una taberna, en la que la gente se asoma a las ventanas para contemplar dentro de ella la loca orgía que exalta los corazones y rebosa las copas de vino.

\* \* \*

»Se han apoderado de ti tus enemigos, han agostado tu vida en flor, y han arrastrado tu reputación por el barro de las callejuelas.

\* \* \*

»Tus hermosas vestiduras irritaban sus furioses, y han envilecido tu púrpura y han convertido en forzado a un emperador.

\* \* \*

»Nada te defiende ya; para odiarte todos se confabulan, todos te han abandonado; tus amigos se han quedado inmóviles, como los que señalan silenciosamente las ruinas de un palacio.

II

»Pero para el que comprende la magnanimidad de tu alma, ahora eres más grande que jamás lo fuiste; tu vida, que hoy dificultan los obstáculos, ofrece el rumor de un torrente.

\* \* \*

»Los que en tus días tempestuosos y sublimes se acercan a ti sin sobresalto, dicen que han visto terribles abismos que amenazaban tragarte.

\* \* \*

»Pero quizás a través del precipicio inmenso y a través de tu corazón podrá distinguirse la perla de la inocencia, si se profundiza en su interior.

\* \* \*

»Se detienen en el camino aquellos que ven tu alma envuelta en nieblas; pero yo, que soy juez y testigo, sé que se encuentra una bóveda estrellada, si se avanza más.

\* \* \*

»Mas, ¿qué te importa que el mundo encarnizado te persiga y que tu nombre sea para él como los copos de nieve, lanzados a todos los vientos?

\* \* \*

¿Qué saben los hombres? Deberían callar. ¿Con qué derecho juzgamos, nosotros que no podemos ver nada en el cielo ni en la tierra sin postrarnos de hinojos?...

\* \* \*

»Somos tan insensatos, que no nos damos cuenta de nuestra ignorancia, que no comprendemos que la certidumbre no puede ser patrimonio de la razón del hombre, como no puede éste asir las olas con las manos.

\* \* \*

»Las moja en ellas un momento pero huyen de él en seguida; se le escapan, sin poder ellas nunca calmar la sed de la boca ni la del corazón.

\* \* \*

»Las apariencias nos engañan y nos fascinan. ¿Es de día? ¿Es de noche? Nada hay absoluto. Todos los frutos tienen su raíz y toda raíz tiene su fruto.

\* \* \*

»Lo que hace palidecer vuestra fisonomía da serenidad a mi frente; todo lo del mundo tiene dos aspectos: una faz sombría y otra luminosa.

\* \* \*

»La nube negra, terror de los marineros que se ponen lívidos cuando la ven llegar, para el labrador que lucha con la aridez de la tierra significa un saco lleno de espigas.

\* \* \*

»Para juzgar a un destino misterioso; lo que yace en el fango, quizá muy pronto adquirirá alas en el cielo.

\* \* \*

»Un alma se transforma, y próxima a abrirse, se arrastra y espera; hoy es larva informe, y al brillar el alba de mañana será mariposa de brillantes colores.

III

»Entretanto, tú sufres; tú, sobre quien la ironía agota todas sus invectivas, al ver que la calumnia te muerde por todas partes.



\*  
\*\*

»Huyes pálido y goteando sangre, y en la soledad penetra la tristeza en tu alma, como el agua en un pozo filtrándose gota a gota.

»Huyes a la soledad como león herido, lamentando tu amarga suerte, y al llegar la noche, te encuentra en la misma actitud en que te dejó la mañana.

»Allí, pensativo, buscando reposo en la obscuridad y en el silencio, meditando algunas veces en la soledad, desde el alba hasta la noche, en la forma de las montañas;

»O contemplando desde la árida playa el esquife combatido por las olas, que huye rompiendo el hilo que ligaba a la tierra el corazón de los marineros;

»Y el inmenso Océano que surcan mil velas en el que el sol se oculta, el Océano que respira como un pecho humano, levantándose y deprimiéndose alternativamente;

»Desde lo alto de las rocas de la playa, desde el fondo de los bosques frondosos, confundes tu espíritu con las grandes armonías de inexplicable sentido,

»Que abarcando todo cuanto hay en el mundo, alcanzan desde el águila hasta la serpiente y difunden la naturaleza toda en el pensamiento del hombre.

»Consuélate, poeta: un día, quizá muy pronto, conocerán los hombres su error y te aplaudirán los que hoy te zahieren.

»Tu ultrajada gloria se verá restablecida mañana, como brilla el mármol del suelo lavado al día siguiente de un festín.

»En vano tus enemigos habrán lanzado al mundo su burlona risa; en vano habrán esparcido por los caminos los secretos de tu corazón.

»No prevalecerán los hombres que sobre ti tendieron traidoras redes, y pasarán como los fuegos

\*  
\*\*\*  
\*\*

IV

\*  
\*\*\*  
\*\*\*  
\*\*

fatuos pasan a través de los cañaverales,

»Conservarán siempre hacia ti el odio que los demonios mantienen contra Dios, pero un soplo apagará en su boca impura sus palabras de fuego.

»Se desvanecerán, y la multitud encantada contemplará con asombro su desaparición, verá que del montón de sombras que sobre ti amontonó la envidia surge de nuevo tu frente majestuosa.

»Entretanto, ten lástima de esa multitud que desconoce tus cantares, y que por todas partes se desliza arrastrada por perversas pendientes.

»Deja que en ese caos, que nada ilumina, se arrastren culebreando los ignorantes; deja que en él se arrastre el orgulloso, cuya voz enronquece la cólera, como el agua engruesa los torrentes;

»Deja que allí se arrastre la beldad sin amor, que nos extravía, cuya flotante ropa es una red en la que quedan presos los insensatos;

»Deja que allí se arrastren los retóricos que vociferan al hablar, y esos hombres sin fe, sin culto y sin brújula, que viven a tientas,

»Y los viles aduladores que se arrastran ante el poderoso, y los ciegos ambiciosos que, como las hiedras, trepan unos sobre otros.

»No, poeta; tú no arrastras la misma cadena que los hombres que viven no más que un día; son viles y tú eres grande; su yugo lo forma el odio, y el tuyo lo forma el amor.

»No tienes nada de común con ese mundo menguado de empozoñador aliento, porque es para tus ojos espectáculo sublime que la mano del Señor,

»Lejos del común sendero en que la multitud se lanza tras las ilusiones, vive cavando en ti el genio, con el potente arado de la pasión.»

»Cuando hubo terminado de hablar, tú le contestaste con voz

\*  
\*\*\*  
\*\*\*  
\*\*\*  
\*\*\*  
\*\*\*  
\*\*



enternecida, con voz parecida a la suya, pero más fuerte, como si el mar hablase dirigiendo sus palabras a un río.

«No me consueles ni te aflijas; estoy sereno y tranquilo. No miro a este mundo, sino que dirijo mis miradas a un mundo invisible.

«Los hombres, amigo mío, no son peores de lo que puedes suponer; pero la suerte es cruel; ella es la que llena de vino o de hiel el puro cristal de la copa.

«Vivo meditando y escucho cómo suspiran los cipreses en torno de las cruces, cómo murmura el río y cómo llora la cabaña en un rincón de la llanura.

«Recogiendo el grito sordo del pájaro que huye, del carro que arrastra las mieses, los gemidos de las cañas y los murmullos de las matas de hierba;

«Escuchando el arrullo de las olas, que pueden adormecerme, sin temer a los vientos, vago errante por los sitios más elevados desde los que se oye gemir a todo lo que fué creado.

«Desde allí veo, como lámpara encendida ante un altar, humear la lejana chimenea, y durante la noche comparo con las luces que se encienden en el cielo las lucecitas que alumbran el mundo.

«Allí entrego a todos los vientos mi sereno espíritu, como las aves les entregan su pluma; allí medito sobre la desgracia del hombre, y desde allí oigo mejor el ruido incesante de esa fragua,

«Allí contemplo conmovido todo cuanto mi vista alcanza, olas, tierra, vegetación, y veo al hombre en lontananza atravesar la naturaleza como misterioso transeunte.

«¿Por qué quejarme, pues? ¡Los hombres sufren sin descanso innumerables aflicciones; llegó la noche para mí, y sólo conservo en mi horizonte,

«Algo como un rayo de la tarde, en lo alto de un monte obscuro, el divino rayo del amor, que cubre de oro todavía la parte pura y suprema de mi alma!

«Sin duda alguna, durante el abril de mi vida, siendo joven y crédulo, ignorando el fondo de las cosas, tuve sueños de oro, como todos los soñadores del mundo.

«Sin duda vi coronada mi frente por la juventud con su guirnalda de rosas; ¿pero me crees ahora bastante loco para imaginarme que las rosas son eternas?

«Las quumeras, que siendo niño creí tocar con mis manos, han desaparecido de mi vista para siempre, y digo a la felicidad lo mismo que dice el marino al alejarse de las playas.

«¿Qué me importa?... Me delecto en mi profunda calma; sobre todo tengo compasión a las mujeres: pero yo vivo teniendo fijos los ojos en el cielo, adonde llegan sólo las alas y las almas.

«Dios da a cada uno el destino que le corresponde, lo mismo al fuerte que al débil; como cuidadoso maestro, se levanta temprano para distribuir el trabajo entre los mortales.

«Seamos grandes y cumplamos nuestra misión; dejemos que, acia-ros o funestos, brillen sobre nosotros el rayo y el sol, esas dos claridades celestes.

«Dejemos que ruja debajo de nosotros el huracán irritado, que nos asedia sin cesar, y conservemos la tranquilidad en nuestra frente, como el monte conserva la nieve.

«Porque ningún mortal puede por mucho que se obstine quebrantar con sus pasiones estas dos leyes, que se llaman Expiación y Destino.

«Que el orgullo humano dé el nombre que quiera al Destino; su rueda inmensa y fatal siempre dará vueltas hacia Dios, siempre dará vueltas hacia el hombre.»

XXXI

LA TUMBA Y LA ROSA

La tumba dice a la rosa:—  
«¿Qué haces de las lágrimas del rocío que sobre ti vierte la aurora,



flor de mis amores?»—Y ella le contesta:—«¿Qué haces tú, de lo que cae en tu abismo, que siempre está abierto?»

\* \*

La rosa dice:—«Sombria tumba, el rocío lo convierto en un perfume de ámbar y de miel.» La tumba responde:—«Flor plañidera, cada alma que recibo la convierto en ángel en el cielo.»

3 de junio de 1837.

## XXXII

¡Oh Musa! detente; Musa que cantas la ley justa y el derecho soberano; de cuya boca salen palabras ardientes, chispas del fuego que arde dentro de tu alma; nada digas aún, deja que corra el tiempo, espera que llegue el momento oportuno de hablar. Sufre lo que estás presenciando como virgen resignada, y que ni una sola contracción de tus labios revele la cólera que ruge en el fondo de tu corazón. En este siglo en que cada uno de los hombres, ahogando o fecundando algo, se esparce a la ventura, como el agua en una tempestad, en el que por todas partes se muestran la impotencia y la rabia, el más fuerte es aquel que sabe contener su fuerza. La superficie del Océano, algunas veces no presenta ni una sola arruga; no gastes, pues

tu fuerza y tu energía hasta que llegue la hora de estallar, hora que está más cercana de lo que se ree. El que sabe refrenar su fuerza, la aumenta.

\* \*

Conserva delante de todos la actitud majestuosa de una diosa prudente, que espera para castigar; que reuniendo su fuerza, como un sagrado tesoro, pudiera haber blandido el látigo hace tiempo, pero que no ha querido castigar aún.

\* \*

Sigue contemplando el cielo y el mundo para que te vean pasar tranquila por entre todos aquellos que se dedican a trabajos inmundos, los traficantes viles, enamorados del oro; los engañadores públicos, cuya maldad se oculta en su alma hipócrita y que dora por el exterior algún falso mérito; los que en las calles venden sus discursos y están dispuestos, si les pagan para ello, a escarnecer la ley; los falsos amigos, que siembran las enemistades y los odios; los locos que pasan la noche y el día en los placeres repugnantes de las orgías.

\* \*

Escudriña sus corazones con tus ardientes miradas, y cuando el pueblo se pregunte:—«¿Sobre quiénes van á caer los rayos que

amagan nuestras cabezas?»—Que tres por el barro la fimbria de cada uno de ellos, repasando su tu manto; y que todos esos tiemblos desde este momento al ver conducta presa del terror, temblando exclame:—«¿Quizás sobre junto a ti, formidable, posando su garra de león sobre tu inspirada lira su cólera soberbia amordazada a tus pies.

\* \*

Mientras llega esa hora, permanece impassible y serena. No arras-

Septiembre de 1836.

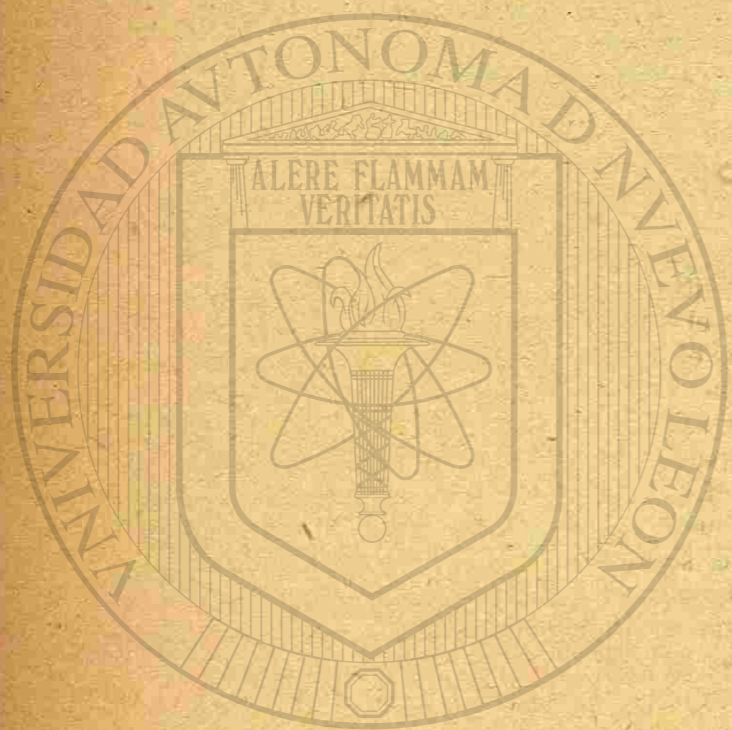
ANIL

MA DE NUEVO LEÓN

®

DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

## HOJAS DE OTOÑO

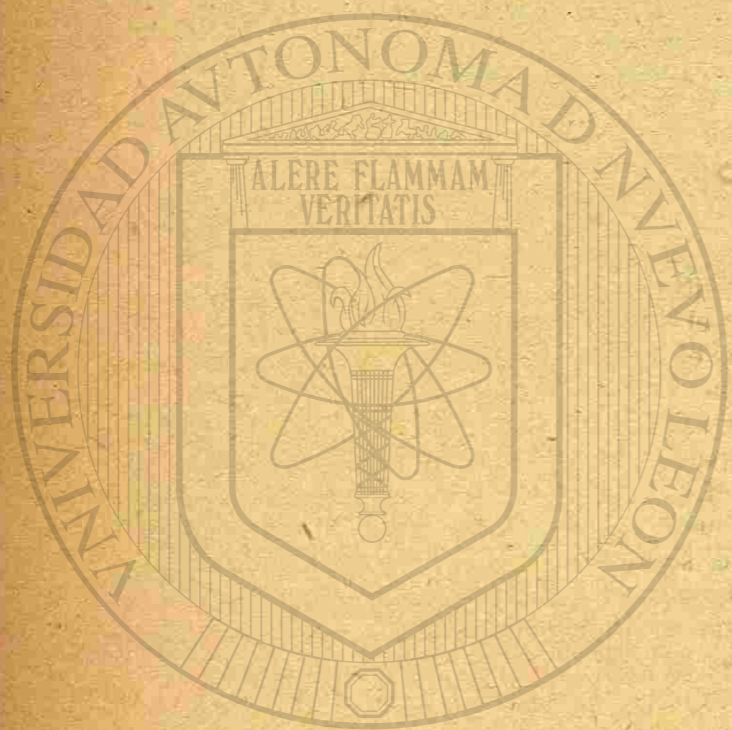
### PREFACIO

El actual momento político es rumor sordo que producen las grave, nadie lo duda, y el autor revoluciones, hundidas aún en menos que ninguno. En el interior están puestas en tela de juicio todas las soluciones sociales, todas las piezas principales del cuerpo político están metidas en la fragua de una revolución y colocadas en el yunque sonoro de la Prensa; la antigua palabra *pairía*, que en otros tiempos fué tan brillante casi como la palabra *monarquía*, se transforma como ésta y cambia de sentido; resuena perpetuamente la tribuna en la prensa y la prensa en la tribuna; el motín se hace el muerto. En el exterior, aquí y allá, ante la faz de Europa, se asesina a pueblos enteros, se les deportan en masa, se les carga de cadenas; Irlanda está convertida en un cementerio, Italia en un presidio; la Siberia se puebla con los desterrados de Polonia; en todas partes, hasta en los Estados más tranquilos, sale de su lugar algo carcomido, y llega a todos los oídos el

Indudablemente en semejantes

debajo de todos los reinos de Europa sus galerías subterráneas, que sirven de ramificación a la revolución central, cuyo cráter es París. Tanto en el interior como en el exterior, se ven en estos momentos luchar las creencias y trabajar las conciencias; aparecen nuevas religiones balbuceando fórmulas, malas por una parte y buenas por otra, que sólo son transformación de las antiguas religiones que mudan de piel; se ve que Roma, la ciudad de la fe, se dispone a levantarse quizás hasta la altura de París, que es la ciudad de la inteligencia; se ven depurarse en todas partes las teorías, las utopías y los sistemas, y sondear la cuestión del porvenir como se sondeó la cuestión del pasado. A estas alturas nos encontramos en el mes de noviembre de 1831.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

## HOJAS DE OTOÑO

### PREFACIO

El actual momento político es rumor sordo que producen las grave, nadie lo duda, y el autor revoluciones, hundidas aún en menos que ninguno. En el interior están puestas en tela de juicio todas las soluciones sociales, todas las piezas principales del cuerpo político están metidas en la fragua de una revolución y colocadas en el yunque sonoro de la Prensa; la antigua palabra *pairía*, que en otros tiempos fué tan brillante casi como la palabra *monarquía*, se transforma como ésta y cambia de sentido; resuena perpetuamente la tribuna en la prensa y la prensa en la tribuna; el motín se hace el muerto. En el exterior, aquí y allá, ante la faz de Europa, se asesina a pueblos enteros, se les deportan en masa, se les carga de cadenas; Irlanda está convertida en un cementerio, Italia en un presidio; la Siberia se puebla con los desterrados de Polonia; en todas partes, hasta en los Estados más tranquilos, sale de su lugar algo carcomido, y llega a todos los oídos el

Indudablemente en semejantes

debajo de todos los reinos de Europa sus galerías subterráneas, que sirven de ramificación a la revolución central, cuyo cráter es París. Tanto en el interior como en el exterior, se ven en estos momentos luchar las creencias y trabajar las conciencias; aparecen nuevas religiones balbuceando fórmulas, malas por una parte y buenas por otra, que sólo son transformación de las antiguas religiones que mudan de piel; se ve que Roma, la ciudad de la fe, se dispone a levantarse quizás hasta la altura de París, que es la ciudad de la inteligencia; se ven depurarse en todas partes las teorías, las utopías y los sistemas, y sondear la cuestión del porvenir como se sondeó la cuestión del pasado. A estas alturas nos encontramos en el mes de noviembre de 1831.



momentos, ante el conflicto de las ideas, de las creencias y de los errores, que están embebecidos en dilucidar y en redactar después de discusión pública la nueva fórmula de la humanidad en el siglo diez y nueve, se tendrá por una locura publicar un libro de versos desprovistos de interés. Pero, ¿por qué ha de ser locura?

El autor ha creído siempre que el arte tiene su ley, que nunca deja de seguir, como todo lo del mundo. ¿Porque la tierra tiemble no hemos de poder caminar? Fijaos en el siglo diez y seis; ese siglo marca una gran época para la sociedad humana, pero también una gran época para el arte: fué el paso de la unidad religiosa y política a la libertad de conciencia y a la libertad social; el paso de la ortodoxia al cisma, de la disciplina al examen, de la gran síntesis sacerdotal, que constituyó la Edad Media, al análisis filosófico, que la disolverá, es todo eso; y es también el cambio magnífico y deslumbrador de innumerables perspectivas desde el arte gótico hasta el arte clásico. Es en todas partes en el suelo de la antigua Europa el advenimiento de nuevos sucesos y al mismo tiempo la aparición de obras maestras del arte. Mientras se convocaba la dieta de Worms, se estaba pintando la capilla Sixtina. En aquella época vive Lutero, pero también vive Miguel Ángel.

Porque en la hora presente

algunas antiguallas vayan desapareciendo entre nosotros una tras otra, no es motivo para que no surjan otras novedades de sus escombros; para que el arte, que es eterno, no continúe floreciendo entre las ruinas de una sociedad que ya no existe y entre los albores de una sociedad que no existe todavía. Porque en la tribuna haya muchos Demóstenes y Cicerones, porque contemos con demasiadas Mirabeaus, no es esto motivo para que no podamos tener en algún oscuro rincón un poeta. Es cosa evidente que, cualquiera que sea el tumulto de la plaza pública, el arte persiste, el arte se empeña siempre en ser fiel a sí mismo, *tenax propositi*: porque la poesía no se dirige sólo a un vasallo de una monarquía, o a un senador de una oligarquía, a un ciudadano de una república, ni al hijo de ninguna nación; se dirige al hombre en absoluto. Al adolescente le habla de amor, al padre de la familia, al anciano del pasado, y hágase lo que se quiera, cualquier carácter que tengan las revoluciones futuras, a pesar de todos los cambios políticos, existirán siempre niños, madres, doncellas, ancianos y hombres que amarán, que gozarán y que sufrirán. Para ellos, pues, se escribe la poesía. Las revoluciones, que son los gloriosos cambios de edad de la humanidad, todo lo transforman, menos el corazón humano. El corazón humano es como la tierra; puede sembrar-

se, plantarse o edificar lo que se quiera en su superficie; pero no por eso dejará de seguir produciendo sus verduras, sus flores y sus frutos naturales; jamás las azadas ni las sondas le perturbarán en sus profundidades; continuará siendo siempre tierra, como él será siempre corazón humano; será siempre él la base del arte, como ella sigue siempre siendo la naturaleza. Para destruir el arte sería preciso destruir primero el corazón humano.

Puede presentárenos una objeción de otra clase. No cabe duda que hasta en el momento más crítico de una crisis política puede aparecer en el horizonte una obra de arte; pero la atención y la inteligencia de todo el mundo, ¿no serán absorbidas en la obra social que elaboran en común para que se fijen todos los ojos en esta obra de arte? Esta sólo es cuestión de segundo orden, cuestión de éxito; cuestión del librero y no del poeta. Los hechos contestan ordinariamente sí o no a las objeciones de esta clase, que en el fondo son poco importantes. Indudablemente hay momentos en que los negocios materiales de la sociedad se imponen y los accidentes políticos que se encuentran en el camino embrollan y absorben la atención general; pero ¿esto qué importa? Además, porque el viento no sea favorable para la poesía, según se dice, esto no es un motivo para que la poesía no desplegue el vuelo.

Al contrario que los buques, los pájaros sólo vuelan bien contra el viento, y la poesía es como los pájaros. *Musa ales*, dice un escritor antiguo.

Por este motivo es más hermosa y más fuerte cuando se lanza en medio de los huracanes políticos. El que siente la poesía de cierto modo, prefiere verla habitar en las montañas y entre las ruinas, cerniéndose sobre los aludes, batiendo sus alas mientras ruge la tempestad, que verla que huye en busca de primavera eterna; prefiere que sea águila a que sea golondrina.

Apresurémonos a declarar ahora que en todo lo que el autor acaba de decir, para explicar la oportunidad de dar a luz el libro de verdadera poesía que aparece en los momentos en los que la prosa domina en los espíritus, y que tal vez publica por eso, no ha querido aludir ni remotamente a su propia obra, cuya insuficiencia conoce. Comprende el autor que el artista que es capaz de probar la vitalidad del arte en medio del estruendo de una revolución, el poeta que hace brillar la poesía entre dos motines, es un gran hombre, es un genio, un ojo, *ojsalmo*, como dice admirablemente la metáfora griega, y el autor nunca tuvo la pretensión de aspirar al esplendor de altos títulos. No; si publica en este mes de noviembre de 1831 las HOJAS DE OTOÑO es porque cree que es curioso ofrecer a la luz



pública el contraste que ofrecen la tranquilidad de sus versos y la agitación febril de los espíritus. Experimenta, al abandonar este libro inútil al oleaje popular, que arrastra por el suelo tantas obras mejores, el placer melancólico que se encuentra en lanzar una flor a un torrente para ver lo que le sucede. Si se le permite usar una imagen algo atrevida, dirá que el volcán de una revolución se abrió ante sus pies, le tentó y se precipitó en él. Sabe perfectamente el autor que Empedocles no es un gran hombre y que sólo ha quedado de él la huella de su zapato.

Deja, pues, tranquilo que este libro siga su destino *liber ibis in urben*, y mañana se volverá a otra parte. Además, ¿qué representan estas páginas que entrega al acaso, para que las arrastre el primer viento que sopla? Hojas caídas, hojas muertas, como las hojas del otoño. No se encontrará en estas páginas poesía ruidosa y tumultuosa, sino versos serenos y apacibles, versos de familia, del hogar doméstico, de la vida privada, versos del interior del alma. Son como miradas tristes y resignadas que se lanzan aquí y allá, sobre lo que existe y sobre lo que ha existido; representan el eco de esos pensamientos, inexpresables muchas veces, que despiertan confusamente en nuestro espíritu los mil objetos de la creación que sufren o que languidecen a nues-

tro alrededor; una flor que se marchita, una estrella que cae, un sol que se pone, una iglesia sin techo, la llegada inesperada de un amigo de colegio casi olvidado, pero siempre querido en lo íntimo del alma; la contemplación de los hombres de poderosa voluntad que cambian el destino, o a quienes éste destroza; el paso por el mundo de uno de esos seres débiles que no piensan en el porvenir, ya sean niños, ya sean reyes. Encarnan también estas páginas la vanidad de los proyectos y de las esperanzas, el amor a los veinte años y a los treinta; describen la tristeza que se encuentra en la dicha, se ocupan de la infinidad de pesares que nos asaltan en la vida; son esas elegías que el corazón del poeta deja escapar por todas sus hendiduras

Hace dos mil años que dijo Terencio: *Plenus rimarum sum; ac atque illac Perfluo.*

Este es el sitio oportuno de contestar a los que preguntaron al autor si comprendería en este libro las dos o tres odas que le inspiraron los acontecimientos actuales y que publicó en otras partes. El autor no puede satisfacer estos deseos, porque en las HOJAS DE OTOÑO no cabe la poesía que se llama política y que él llama histórica: esas poesías vehementes y apasionadas perturbarían la calma y la unidad de este libro; además, el autor piensa incluirlas en una colección de poesías políticas, que espera para

publicarla un momento más oportuno.

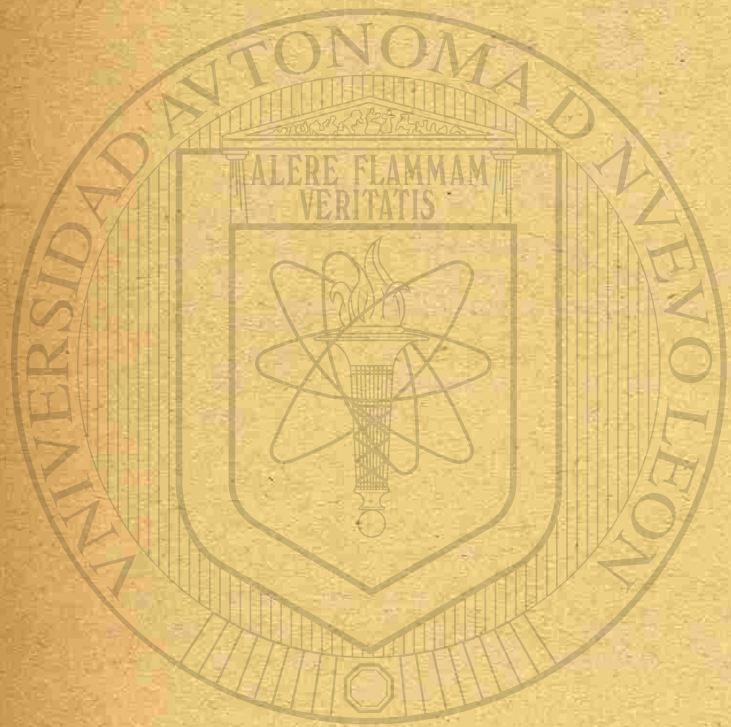
De lo que será esa colección, de las simpatías que la hayan inspirado, se puede juzgar por la poesía cuarenta del libro que publicamos. Esto no obstante, en la posición independiente y desinteresada en que el autor permanece, desprovisto de odio y de gratitud política, sin deber nada a los poderosos de hoy, cree tener derecho para decir de antemano que estos versos los ha producido un hombre honrado, sencillo y serio, que desea todas las libertades y todos los progresos, siempre que se realicen con precaución y con prudencia; que en realidad no profesa la misma opinión que profesaba diez años atrás sobre los varios incidentes que constituyen las cuestiones políticas, pero que en este cambio de convicción siempre le aconsejó la conciencia y nunca su propio interés. Repetirá también lo que ya ha dicho en otra parte, esto es, que cualquiera que sea su par-

cialidad apasionada en favor de los pueblos en la inmensa cuestión que se agita en el siglo diez y nueve, entre ellos y los reyes, no olvidará nunca las opiniones, la creencia, ni los errores de su primera juventud. No necesitará que nadie le recuerde que era a los diez y siete años estuardista, jacobino y caballero; que casi amó a la Vendée antes que a la Francia; que si su padre fué uno de los primeros voluntarios de la gran República, su madre, cuando tenía quince años, fué un vendeano como madame de Bonchapel y como madame de La Rochejaquelein. Jamás insultará a la raza caída, porque tuvo fe en ella; por otra parte, cualesquiera que sean las faltas y aun los crímenes, esta es la época de pronunciar el nombre de Borbón con gravedad y con respeto, ya que en el día de hoy el anciano que fué rey tiene coronada la cabeza de cabellos blancos.

París, 24 de noviembre de 1831.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## HOJAS DE OTOÑO

\* \*

¡Quizás os referiré en otra ocasión cuántos cuidados, cuántas solicitudes, cuánto cariño, prodigados para sostener mi vida, sentenciada a muerte desde mi nacimiento, me hicieron ser dos veces el hijo de mi querida madre!...

I

Había cumplido el siglo dos años; Roma reemplazaba a Esparta, y ya en Bonaparte apuntaba un Napoleón; que en el primer cónsul, la frente del emperador rompía ya la máscara, que le venía estrecha. Entonces en Besancon, antigua ciudad española, nació, hijo a la vez de sangre bretona y de sangre lorenesa, un niño pálido, enteco y débil. Abandonado de todos, menos de aquella que le dió el ser, su cuello se doblaba como frágil caña, por lo que su madre le hizo construir al mismo tiempo la cuna y el ataúd. Ese niño, que naturalmente debía borrarse del libro de la vida, porque no ofrecía esperanzas de ver el sol del día siguiente, ese niño era yo.

\* \*

El amor maternal es el amor que nadie puede echar en olvido; es el pan maravilloso que un Dios reparte y multiplica; es la mesa preparada siempre en el hogar paterno: cada uno tiene en ella su parte y al mismo tiempo la ocupa toda entera.

\* \*

Os referiré un día, cuando la dudosa noche impulse a hablar a mi vejez charladora, cómo el destino de gloria y de terror, que hizo que el emperador remo-



viése el mundo todo, me arras-  
tró con su soplo tempestuoso y  
entregó mi infancia a todos los  
vientos; porque cuando el aquilón  
bate las olas palpitantes del Océa-  
no, éste zarandea al mismo tiem-  
po al colosal navío de tres puen-  
tes que a la hojía de los árboles  
de la playa que, arrastrada por  
él, rueda hasta el mar.

Ahora, joven todavía y ya experi-  
mentado, llevo grabados pro-  
fundamente en mí algunos recuer-  
dos, y puede comprenderse que  
he sufrido mucho al ver los plie-  
gues que en mi frente trazaron mis  
pensamientos. Quizás más de un  
anciano palidecería si pudiese pe-  
netrar, como en un abismo, entre  
las olas que agitaron mi alma, en  
la que mi pensamiento vive. Vería  
lo que sufrí, vería lo que intenté,  
vería lo que me mintió, y se con-  
vencería de que en mi tierna edad,  
en la que el porvenir me debía son-  
reír, el libro de mi corazón tiene  
escritas ya todas sus páginas.

Si algunas veces se escapan de  
mi cerebro los pensamientos y se  
dispersan por el mundo mis can-  
ciones; si me place ocultar el  
amor y el dolor bajo los velos de  
una novela irónica y burlona; si  
conmuevo el teatro con mi fan-  
tasia; si he chocado ante los ojos  
de la muchedumbre con hombres

vivos como ella, hombres que yo  
creo que hablan al pueblo con  
mi propia voz; si mi cabeza, foco  
que ilumina mi espíritu, arroja  
de sí versos que hierven y humean  
en el ritmo profundo, molde mis-  
terioso del que sale la estrofa  
abriendo sus alas en el espacio, es  
que el amor, la tumba, la gloria,  
la vida, la ola que huye perseguida  
por otra ola, todos los alientos,  
todos los rayos, propicios o fata-  
les, hacen relucir y vibrar mi  
alma de cristal, mi alma que tiene  
mil voces, mi alma que Dios puso  
en el centro de todo, como un eco  
sonoro.

Pero pase sin mancharme por  
los días infaustos, y sé de dónde  
vengo si ignoro a dónde voy. El  
huracán de los partidos, con sus  
vientos de fuego, sin alterar las  
olas, ha removido mi alma. Nada  
inmundo quedó en mi corazón; no  
hay en él limo impuro que aguar-  
de el soplo de un viento para em-  
pañar su transparencia.

Después de entonar mis cán-  
ticos, oigo y contemplo al empe-  
ñador caído, levantándole un tem-  
plo en la obscuridad. Amo a la  
libertad por sus frutos y por sus  
flores, al trono por su derecho,  
al rey por sus desgracias, fiel  
siempre a la sangre que han infil-  
trado en mis venas, mi padre

que era un veterano, y mi madre,  
que era una vendedora.

Junio de 1830

A M. LUIS B.

Lyrnessi domus alta, solo Laurentis  
sepulcrum.

VIRGILIO.

\*\*

Luis, cuando en uno de vues-  
tros viajes vayáis a visitar a Bur-  
deos, a Pau, a Bayona y sus de-  
liciosas playas, a Tolosa la romana  
en la que en días más venturosos,  
siendo niño, saqué la poesía de sus  
flores, pasad por Blois.—Cuando  
lleguéis allí, dejad en casa a  
vuestros compañeros de expedi-  
ción, y mientras que se quedan  
jugando, hablando o durmiendo,  
acompañado sólo de vuestro libre  
pensamiento, atravesando a Blois  
subid la escalera de calles jamás  
inundada por el Loira en tiempo  
de avenidas; dejad a un lado el  
castillo, aunque es sombrío y  
poderoso, aunque conserva en la  
fachada una mancha de sangre;  
admirad al pasar su torre octó-  
gona, pero pasad. Y saliendo  
de la ciudad, hacia el Mediodía,  
buscad un montecillo verde, cir-  
cular, que sufre la carga de un  
árbol grande, de igual manera que  
la cimera de un casco soporta mo-  
vediza pluma. Lo encontraréis,

Luis, la casa que desde allí se  
divisa, que tiene paredes de piedra  
con techos de pizarra, blanca y  
cuadrada, situada en la falda de  
la verde colina y que, oculta  
apenas a las miradas curiosas, se  
destaca pintorescamente entre  
dos vergeles, encierra grandes re-  
cuerdos para mí. Contempladla,  
que esa casa perteneció a mi pa-  
dre. En ella se retiró cuando puso  
fin a la guerra aquel a quien tan-  
tas veces os he nombrado en mis  
versos, a quien vos no conocisteis  
y que hubierais querido si le  
hubieseis tratado

Contemplando esa casa, amigo  
mío, recordad a vuestra madre  
y a vuestra hermana y pensad:—  
«Mi amigo no volverá ya a ver en  
ella dormido a su anciano padre! Perdió la santa defensa que pro-  
tege la vida hasta más allá de la  
niñez; perdió al prudente piloto



que ofrece su experiencia al joven marinero para dominar las tempestades. De su padre muerto sólo le queda el augusto recuerdo: ya no coronará su gloria con su vejez; ya no oirá de sus labios el relato de sus batallas, ya no acariciará sus cabellos blancos con manos infantiles; ya no estará orgulloso de dar a conocer a la muchedumbre a su padre, el venerable veterano, el antiguo general; ya está desierto ese hogar, en el que el padre se estremecía regocijado cuando el perro fiel con sus alegres ladridos le anunciaba que volvía su hijo a la casa paterna.

\* \* \*

»Cayó el gran árbol que estaba solo en el valle, y en adelante el arbusto sufrirá desnudo la furia del aquilón. Cuando desaparece el abuelo del seno de la familia, el grupo de huérfanos, que componen la madre, el niño y la doncella, se estrecha más alrededor del padre, que ocupa desde entonces el sitio del abuelo. Se abrigan a su sombra, contra los ardores del sol y contra las inclemencias de la lluvia y se apoyan en su tronco. A él le corresponde vigilarles, enseñarles, sufrir, trabajar por todos y sacrificarse; pronto, a su ancianidad desaparecerá la prudencia, sus años desaparecerán sucesivamente, robándole la alegría y el amor, los sueños

de gloria y de grandeza, y disipados los sueños dorados de la esperanza, no le quedará otra ilusión que la del trabajo. La espigadora que recorre los barbechos para llenar el cesto de espigas, se quita los vestidos de los días de fiesta y los cuelga de un arbusto; pero por la tarde, de las ramas del arbusto recoge esos vestidos, y cantando regocijada volverá a su casa, hermosa y bien vestida; pero en el valle de lágrimas de la vida no halla nunca el hombre en la tarde de su existencia el arbusto verde donde encuentre colgados la esperanza, la ilusión, la inocencia y el amor de que se ha desprendido.

\* \* \*

»Tiene que continuar la tarea emprendida, mientras que su familia, estrechada a su alrededor, sobre su frente, en la que los años imprimirán la huella de sus pasos, verá caer y amontonarse sin cesar la nieve de los días, que blanquea nuestra cabeza.

\* \* \*

»Del veterano de tantas guerras hoy no le queda a su hijo, mudo y resignado, sino una tumba vacía y esa casa blanca y cuadrada, que se distingue al pie de la colina y que conserva el perfume de la cariñosa hospitalidad.

\* \* \*

»Al menos hubiera poseído en París un sepulcro de piedra o de pórfido; las tumbas de las águilas del imperio están allí; allí reposan dos antiguos generales que murieron en el día de la victoria, como los antiguos héroes, o que, echando quizás de menos los cañones y las bombas, murieron en ese otro campo de batalla que es la tribuna; sus hijos colocaron juntas las cenizas de unos y de otros, con la idea quizá de que éstos pudiesen conversar en el otro mundo con aquellos que fueron sus compañeros de armas.

\* \* \*

»Esa casa de Blois, risueña, aunque enlutada, pequeña y elegante, con hiedra en el umbral de la puerta, consigue que el viajero la contemple como delicioso retiro para descansar de la vida; ¡tan frescos colores pintan su fachada nueva! ¡tan cercada está de árboles verdes y de flores! ¡Casa y sepulcro! ¡Ay! Para encontrar los restos del padre que desapareció en la sombría y eterna noche, ¿dónde ha de dirigir su hijo los inciertos pasos?... ¡Solitaria casa, tú no encierras sus mortales despojos; tumba, tú tampoco posees su cadáver!»

Junio de 1830.

## III

SUEÑO DE UN TRANSEUNTE A  
PROPÓSITO DE UN REY

*Præbete aures, vos qui continetis multitudines et placetis vobis in turbis nationum, quoniam non custodistis legem justitiæ, neque secundum voluntatem Dei ambulastis.*

SAP. VI.

El otro día, carrozas y caballos moviendo gran estrépito, llevaban al rey de Nápoles vestido de rigurosa gala a la corte. Yo me hallaba en el Carrousel, confundido con la multitud, que fluía incesantemente por sus tres portillos, y que es capaz de atravesarlos cuatrocientas veces cada año para ver pasar a un príncipe o para ir a mirar la hora en el cuadrante. Seguía yo lentamente a la multitud, pensando que vivía aún en el mundo el hijo primogénito del antiguo pueblo romano, que en día memorable arrancó del suelo las torres de la Bastilla. Me paré; el suizo había cerrado la verja de hierro. Redoblaban los tambores, y entre aclamaciones pasaba cada uno de los coches, tirado por ocho caballos. Los sonos de las músicas llenaban los anchos patios del palacio, llenos de oficiales que erguan la cabeza empenachada. y los bravos corce-



les pasaban sin asombrarse, orgullosos de ver que ante ellos se inclinaban las banderas. Fijándose en aquella tumultuosa algazara, una vieja andrajosa, que llevaba un cesto colgado de su brazo, decía en voz alta:—«Un rey! ¡He visto tantos reyes en la época del emperador!...»

Entonces acudieron a mi imaginación las carrozas doradas, la lujosa corte imperial con sus rojas libreas, y mientras pasaba ante mí cien veces el pueblo inquieto y vocinglero, me quedé pensativo, recordando otros tiempos pasados. La vieja se marchó hacia la plaza de la Greve, prosiguiendo su camino, y me dejó meditabundo, como cuando el pájaro, al abandonar el bosque, deja temblorosa la rama donde antes se posó.

¡Oh! exclamé, extendiendo la mano sobre mi frente; filosofía, has descendido hasta el pueblo, y los pequeños dirigen a los grandes altivas miradas; el pueblo ha llegado hasta ti; llegó tarde, pero llegó. Sabe ya despreciar; nada le causa admiración, ni ama, ni teme; sabe sobre todo pronunciar austeros juicios. Se dirige muchas veces a sí propio, estas preguntas:—«¿Cómo se gobierna el mundo?

¿Qué hacen los reyes? ¿Por qué ocupan el trono? ¿Por qué destierran?» Medita en la actualidad como un juez supremo; lo comprende todo, y se cree bastante fuerte para castigar y para absolver el pueblo, a quien destierran y que permite reinar a los reyes. La corte viste de gala, mientras que debajo de ella, como bajo el buque que se balancea en el Océano el mar se mueve incesantemente, el pueblo ruge, el pueblo del que las miradas de ningún rey puede sondear el fondo.

La demencia y la traición dicen sin cesar:—«¡Oh reyes! confiad vuestra tarea al sinnúmero de brazos ilustres que sostienen vuestros pasos. Dormid; no estudiéis nada, ni meditéis nunca; temed que vuestra frente, rodeada de mágico prestigio, al ensancharse haga saltar la corona.»

Yo digo lo contrario:—¡Oh reyes! velad, velad y gobernad lealmente: no nos quitéis los derechos que hemos adquirido; no tiréis demasiado de la brida rebelde, que conseguiréis que se encabrite la libertad que os sostiene; sed de nuestra época y seguid los consejos leales; tratad de ser grandes, ya que ha crecido el pueblo. Oid en lontananza ese murmullo,

que se oye de vez en cuando y que crece sin medida a cada momento; lo produce el pueblo que viene; es la marea alta que sube sin cesar, atraída por su planeta. Cada siglo a su vez, sea de hierro o de oro, se sumerge en el mar, como un cabo sobre el que saltan las olas, con sus leyes, sus costumbres y sus monumentos; todo eso desaparece para siempre en el fondo de un Océano que no tiene reflujos. ¡Desgraciado de aquel que por la tarde se queda retrasado en la playa, y no pregunta al pescador que huye en su barca por qué se oye en el espacio tan confuso ruido! ¡Reyes, daos prisa a entrar a convivir con el siglo actual y a abandonar las antiguas playas!... Dejad sitio bastante al mar de la moderna multitud, porque sino pereceréis sumergidos en el oleaje en que se hundió el siglo pasado.

De este modo las palabras de la anciana que pasó removieron mis pensamientos en el fondo de mi cerebro. Estaba en ellos completamente absorbido, cuando un soldado, que estaba en su punto de centinela, me dijo en voz alta:—¡Compañero, ya se ha puesto el sol!

18 de mayo de 1830.

## IV

De todo, nada. De todos, nadie.  
CALDERÓN.

¿Qué te importa, corazón mío el nacimiento de los reyes, ni la victorias que obligan a que se volteen las campanas y atruenen el espacio los cañones, ni glorificar al Señor con cultos pomposos, ni ver de noche, en las ciudades despiertas, brillantes iluminaciones?

Aparta de la tierra tus miradas y fijalas sólo en la grandeza de Dios. En el mundo todo es vanidad; la gloria desaparece con rápido vuelo; las coronas, las mitras de oro brillan, pero duran no más que un instante; no valen más que la hebra de hierba que Dios ha creado para que la golondrina construya su nido.

Cuanto mayor es la grandeza humana, más pronto se extingue, la bomba alcanza antes al obelisco gigante que a la humilde torrecilla donde se abrigan las palomas. Siempre por medio de la muerte Dios se une a los reyes; la dorada



corona tiene por remate su cruz,  
y su templo esta embaldosado  
con sus tumbas.

\*\*

Ni la altara de las torres, ni  
el esplendor de los palacios del  
mundo, ni Napoleón, ni César,  
ni Mahoma, ni Pericles, nada hay  
que no caiga, nada hay que no se  
hunda en el misterioso abismo  
que confunde al espíritu: a pocos  
pies debajo de la superficie de la  
tierra reina el silencio más pro-  
fundo; sólo en el exterior suenan  
el ruido y el estruendo.

30 de junio de 1830

V

LO QUE SE OYE EN LO ALTO DE  
LA MONTAÑA

Oh altitud!

¿Habéis subido alguna vez si-  
lenciosamente a la cumbre de un  
monte para ver el cielo más de  
cerca? ¿En las playas del Sund  
o en las costas de la Bretaña?  
¿Habéis tenido alguna vez el  
Océano al pie de alguna montaña,  
y en la cima, en medio de la  
inmensidad, inclinado hacia las  
olas, os habéis puesto a escuchar?

Os diré lo que desde allí se oye.  
—Al menos, un día que, soñolien-  
to, mi pensamiento tendió su  
vuelo por una playa, y desde la  
cumbre de un monte, cuyo pie se  
sumergía en el golfo amargo, vió  
a un lado la tierra y al otro el mar,  
escuchaba yo, y oí; y jamás voz  
semejante salió de ninguna boca,  
ni conmovió tanto el oído de na-  
die.

\*\*

Primero oí un ruido, confuso,  
inmenso, más vago que el viento  
que pasa por entre árboles espe-  
sos, lleno de armonías brillantes,  
de suaves murmullos, delicioso  
como un canto que se oye de  
noche, fuerte como el choque de  
las armaduras cuando la pelea  
estrecha los escuadrones y sopla  
furiosa en la boca de los clarines.  
Era ese ruido semejante a una  
música inefable, que fluída osci-  
laba sin cesar alrededor del mun-  
do, y que en los vastos horizontes,  
en sus olas sonoras, rodaba ensan-  
chando sus órbitas infinitas hasta  
el fondo, en el que su flujo iba  
a perderse en la obscuridad junto  
con el tiempo, el espacio, la forma  
y el número. Como otra nueva at-  
mósfera esparcida y desbordada,  
el himno eterno inundaba todo  
el globo: el mundo, envuelto en  
esta sinfonía, como vuela en los  
aires, corría por en medio de esta

concierto. Pensativo oía yo esas  
arpas etéreas.

\*\*

Pronto distinguí, confusas y  
veladas, dos voces en ese solo  
rumor, mezcladas una con otra,  
desde la tierra y desde el mar, ex-  
tendiéndose hasta el cielo, que  
entonaban a un tiempo el canto  
universal; y distinguía una de  
otra, como se diferencian dos  
corrientes que se cruzan bajo las  
olas.

\*\*

Una venía de los mares, ento-  
nando un himno de gloria; era la  
voz de las olas, que se hablan unas  
a otras; la otra se elevaba de la  
tierra en que vivimos, y era triste:  
era el murmullo humano, y en el  
gran concierto que suena noche  
y día, cada ola tenía su voz y  
cada hombre producía su ruido.

\*\*

Como acabo de decir, el Océano  
tranquilo esparcía su voz alegre,  
y cantaba como un arpa en el  
templo de Sión, celebrando la  
hermosura de la naturaleza. Su  
clamor, arrastrado por las ráfagas  
del viento, ascendía sin cesar  
triumfalmente hasta la presencia  
de Dios, y cuando una de las olas,  
que él sólo puede domar, caía  
y quedaba silenciosa, otra se le-

vantaba para cantar a su vez.  
Como el bíblico león amansado  
por Daniel, el Océano, durante  
algunos momentos, bajó el diapa-  
són de su voz alta, y yo creía,  
en la encendida puesta del sol,  
ver pasar la mano de Dios por  
la melena de oro que se movía  
sobre el agitado mar.

\*\*

Y al mismo tiempo, como ha-  
ciendo contraste con esa augusta  
música, la otra voz, semejante al  
grito de un corcel, que se asusta,  
clamaba, como el gozne enmoheci-  
do de la puerta del infierno, y se  
oían lloros, gritos, injurias, anate-  
mas y maldiciones entre el rugido  
tonante del rumor humano, como  
al llegar la noche se ven pasar a  
bandadas por los valles las aves de  
rapiña. ¿Qué era ese tumulto, en el  
que vibraban mil ecos? Era el gri-  
to de dolor del mundo y del hom-  
bre que lloraban. Esas dos voces  
extrañas e inauditas, que rena-  
cían sin cesar y que sin cesar se  
desvanecían, que oye el Eterno  
durante toda la eternidad, tienen  
un nombre: una de ellas se llama  
*Naturaleza* y la otra *Humanidad*.

\*\*

Entonces medité, y mi espíritu  
jamás desplegó tanto sus alas;  
en mi sombra jamás había colum-  
brado tanta luz; y medité por  
largo tiempo, contemplando alter-



corona tiene por remate su cruz,  
y su templo esta embaldosado  
con sus tumbas.

\*\*

Ni la altara de las torres, ni  
el esplendor de los palacios del  
mundo, ni Napoleón, ni César,  
ni Mahoma, ni Pericles, nada hay  
que no caiga, nada hay que no se  
hunda en el misterioso abismo  
que confunde al espíritu: a pocos  
pies debajo de la superficie de la  
tierra reina el silencio más pro-  
fundo; sólo en el exterior suenan  
el ruido y el estruendo.

30 de junio de 1830

V

LO QUE SE OYE EN LO ALTO DE  
LA MONTAÑA

Oh altitud!

¿Habéis subido alguna vez si-  
lenciosamente a la cumbre de un  
monte para ver el cielo más de  
cerca? ¿En las playas del Sund  
o en las costas de la Bretaña?  
¿Habéis tenido alguna vez el  
Océano al pie de alguna montaña,  
y en la cima, en medio de la  
inmensidad, inclinado hacia las  
olas, os habéis puesto a escuchar?

Os diré lo que desde allí se oye.  
—Al menos, un día que, soñolien-  
to, mi pensamiento tendió su  
vuelo por una playa, y desde la  
cumbre de un monte, cuyo pie se  
sumergía en el golfo amargo, vió  
a un lado la tierra y al otro el mar,  
escuchaba yo, y oí; y jamás voz  
semejante salió de ninguna boca,  
ni conmovió tanto el oído de na-  
die.

\*\*

Primero oí un ruido, confuso,  
inmenso, más vago que el viento  
que pasa por entre árboles espe-  
sos, lleno de armonías brillantes,  
de suaves murmullos, delicioso  
como un canto que se oye de  
noche, fuerte como el choque de  
las armaduras cuando la pelea  
estrecha los escuadrones y sopla  
furiosa en la boca de los clarines.  
Era ese ruido semejante a una  
música inefable, que flúida osci-  
laba sin cesar alrededor del mun-  
do, y que en los vastos horizontes,  
en sus olas sonoras, rodaba ensan-  
chando sus órbitas infinitas hasta  
el fondo, en el que su flujo iba  
a perderse en la obscuridad junto  
con el tiempo, el espacio, la forma  
y el número. Como otra nueva at-  
mósfera esparcida y desbordada,  
el himno eterno inundaba todo  
el globo: el mundo, envuelto en  
esta sinfonía, como vuela en los  
aires, corría por en medio de esta

concierto. Pensativo oía yo esas  
arpas etéreas.

\*\*

Pronto distinguí, confusas y  
veladas, dos voces en ese solo  
rumor, mezcladas una con otra,  
desde la tierra y desde el mar, ex-  
tendiéndose hasta el cielo, que  
entonaban a un tiempo el canto  
universal; y distinguía una de  
otra, como se diferencian dos  
corrientes que se cruzan bajo las  
olas.

\*\*

Una venía de los mares, ento-  
nando un himno de gloria; era la  
voz de las olas, que se hablan unas  
a otras; la otra se elevaba de la  
tierra en que vivimos, y era triste:  
era el murmullo humano, y en el  
gran concierto que suena noche  
y día, cada ola tenía su voz y  
cada hombre producía su ruido.

\*\*

Como acabo de decir, el Océano  
tranquilo esparcía su voz alegre,  
y cantaba como un arpa en el  
templo de Sión, celebrando la  
hermosura de la naturaleza. Su  
clamor, arrastrado por las ráfagas  
del viento, ascendía sin cesar  
triumfalmente hasta la presencia  
de Dios, y cuando una de las olas,  
que él sólo puede domar, caía  
y quedaba silenciosa, otra se le-

vantaba para cantar a su vez.  
Como el bíblico león amansado  
por Daniel, el Océano, durante  
algunos momentos, bajó el diapa-  
són de su voz alta, y yo creía,  
en la encendida puesta del sol,  
ver pasar la mano de Dios por  
la melena de oro que se movía  
sobre el agitado mar.

\*\*

Y al mismo tiempo, como ha-  
ciendo contraste con esa augusta  
música, la otra voz, semejante al  
grito de un corcel, que se asusta,  
clamaba, como el gozne enmoheci-  
do de la puerta del infierno, y se  
oían lloros, gritos, injurias, anate-  
mas y maldiciones entre el rugido  
tonante del rumor humano, como  
al llegar la noche se ven pasar a  
bandadas por los valles las aves de  
rapiña. ¿Qué era ese tumulto, en el  
que vibraban mil ecos? Era el gri-  
to de dolor del mundo y del hom-  
bre que lloraban. Esas dos voces  
extrañas e inauditas, que rena-  
cían sin cesar y que sin cesar se  
desvanecían, que oye el Eterno  
durante toda la eternidad, tienen  
un nombre: una de ellas se llama  
*Naturaleza* y la otra *Humanidad*.

\*\*

Entonces medité, y mi espíritu  
jamás desplegó tanto sus alas;  
en mi sombra jamás había colum-  
brado tanta luz; y medité por  
largo tiempo, contemplando alter-



nativamente, después del abismo obscuro que me ocultaban las olas, el abismo insondable que se abría en mi alma. Después me pregunté: ¿por qué el hombre está en el mundo, con qué objeto, qué hace el alma, qué es mejor, ser o vivir, y por qué Dios, que es el único que sabe leer en su libro, casa eternamente con himeneo fatal el canto de la naturaleza con el gemido de la humanidad?

27 de julio de 1829.

## VI

### A UN VIAJERO

Le une partie du monde ne sait point comme l'autre vit et se gouverne.

FELIPE DE COMMINES.

Regresáis de uno de esos largos viajes que nos hacen envejecer prematuramente y adquirir experiencia apenas salidos de la cuna; en vuestra larga carrera, habéis visto las olas de todos los mares, y el surco que vuestro bajel ha abierto en ellos pudiera dar la vuelta al mundo.

\* \* \*

El sol de veinte cielos alumbró vuestra vida; vuestros inconstantes deseos os llevaron a todas par-

tes para que dejaseis o recogiereis, y semejante al labrador que siembra y que cosecha, en todos los sitios que habéis recorrido habéis tomado y dejado algo a vuestro paso.

\* \* \*

Mientras que yo, menos dichoso y con menos experiencia que vos, contemplaba el paso uniforme de las estaciones por el mismo horizonte; como el árbol verde, que señala desde lejos mi casa, echando raíces en el umbral de la puerta, vegetaba yo aislado, deshojando allí mis días.

\* \* \*

Cansado de cambiar de paisajes y de hombres, regresáis al fin fatigado en demanda de reposo, y melancólicamente me referís vuestras excursiones infecundas, y vuestros pies, que han hollado el polvo de tres mundos, se calientan junto al fuego de mi hogar.

\* \* \*

Y ahora, llena la mente de pensamientos, acariciando las cabezas blondas de los niños, me habláis, preguntándome con amarga solicitud:—¿Dónde está tu padre? ¿Dónde tu hijo? ¿Dónde tu madre? ¿Viajan también?...?

\* \* \*

En el viaje que están haciendo no brillan el sol ni la luna; ningun-

no al emprenderlo puede llevar consigo sus bienes ni su oro; Dios no lo permite: el viaje que han emprendido es largo y sin término; en él se camina con lentitud; ese viaje lo haremos todos.

\* \* \*

Presencie su partida, como asistí a la vuestra. En diversas estaciones los tres, uno tras otro, me abandonaron para siempre; después de su hora última enterré a esos seres, para mí tan queridos. Fui como un avaro, y escondí dentro de la tierra mi tesoro.

\* \* \*

Los vi partir. Consternado y afligido, he visto por tres veces un paño negro sembrado de blancas lágrimas tendido en esta casa; besando las manos frías de esos tres seres, lloré como una mujer; pero después de verles cerrados en el ataúd, mi alma se persuadió de que sus almas abrían sus alas de oro.

\* \* \*

Les vi partir como tres golondrinas, que van a buscar muy lejos otras primaveras más hermosas y estíos más frescos; mi madre entrevió el cielo, y partió la primera, y al expirar, sus ojos velados por la agonía destellaron celestial resplandor, que nunca olvidaré.

\* \* \*

La siguió muy pronto mi primogénito; después mi padre, noble veterano, curtido por el sol de cuarenta años de guerra: ahora los tres duermen el sueño eterno, y sus espíritus están haciendo el sombrío viaje para llegar allá adonde todos iremos.

\* \* \*

Si queréis darme gusto, cuando en el espacio brille la luna, subiremos los dos a la colina donde yacen nuestros antepasados, y os preguntaré, señalándoos la ciudad muerta que no está lejos de la ciudad dormida: ¿cuál de las dos duerme mejor?

\* \* \*

Venid; los dos, silenciosos y echados en el suelo, oiremos, mientras París hace callar su ruidoso torbellino, a ese millón de muertos, a esa mies humana, surgir confusamente de sus sepulcros, como los granos surgen del surco en que fueron sembrados.

\* \* \*

¡Cuántos viven alegres que debían llorar eternamente a los seres a quienes amaron! El tiempo trae consigo el olvido; el recuerdo de los que murieron se desvanece con mucha rapidez; tardan más en convertirse en polvo que en



borrarse de nuestra menguada mente.

\*\*\*  
¡Viajero, viajero, cuán locos somos! ¿Quién sabe cuántos muertos quedan olvidados a cada hora que pasa, y de los más dignos y de los más queridos? ¿Quién puede presumir cuántos dolores se embotan, quién puede sospechar cuántas tumbas ocultan cada día las matas de hierba que crecen?

6 de julio de 1829.

VII

ANTE UN VENTISQUERO DEL RÓDANO

Causa tangor ab omni.  
OVIDIO.

Muchas veces, cuando mi espíritu, que sufre muchas transformaciones, flota y rueda adormecido en el mar de la vida, Dios, foco de la verdadera luz, que no alumbra a los ojos humanos, misterioso sol que abrasa al alma, le hiere con uno de sus rayos y le recoge y le hace remontarse hasta los cielos.

\*\*\*

Entonces, mi elevada poesía, como nube errante, vuela capri-

chosa, sin elegir el camino, desde el Occidente al Sur, desde el Norte hasta el Oriente; y al columbrar, desde la altura de las radiantes bóvedas, las ciudades del mundo, desdeñándolas, huye de ellas.

\*\*\*

Después, en el celaje de la mañana, brillando como una estrella, tan pronto recorta una franja para su velo; tan pronto, como un guerrero que hace crujir el metal de su arnés al andar, lanza relámpagos al bosque que susurra; tan pronto al pasar enrojece su negra armadura en la fragua del sol poniente.

\*\*\*

Al fin, sobre un encumbrado monte, sobre Alpes de nieve, envidioso huracán la desgarrará. ¿Pero qué importa? Suspendeda la nube sobre el abierto abismo, se trueca en fresco ventisquero, y con los mil florones que erizan su cima fabrica una corona para el monte gigantesco.

\*\*\*

Como la alta cima de la colosal montaña, levanta también su formidable cresta. El arco iris vacilante brilla en su flanco de acero, y todas las tardes, mientras queda sumida en la sombra la falda de la montaña, el sol, obrando como la lava sobre la nieve, convierte en cráter el ventisquero.

siempre hacia el cielo, y vuelven a caer en el seno de los mares.

1.º de mayo de 1823.

VIII

A M. DAVID, ESCULTOR

D'hommes tu nous fais dieux.  
RÉGNIER.

\*\*\*  
Su frente blanca brilla de noche como una aurora eterna; el gamo, asustado, huye con pies veloces como unas alas; la misma águila le teme; la tempestad se arrastra debajo de él; el ojo humano apenas alcanza a distinguirlo: ¡tan cercano está del cielo!

\*\*\*

Solo hasta sus alturas, sin temor y sin vértigo, mi espíritu, olvidándose del mundo, contempla ese día estrellado, ese cielo que no es azul, y ve muy de cerca los esplendores siderales con que la noche dibuja en lontananza esas sombrías catedrales.

\*\*\*

Le hiere otra vez, le precipita y cambia los prismas del ventisquero en olas mezcladas con cieno. Entonces cae, entonces, despertando ecos mil, vuelve a caer convertido en torrente en el océano del mundo, en el caos ciego y sordo, en el mar inmenso y profundo en el que se parecen unas a otras todas las olas.

\*\*\*

Así mis pensamientos, lanzados incesantemente por un soplo divino en un círculo eterno, desde el océano de la vida, cuyas olas también son amargas, ascienden

Si yo fuera uno de esos hombres geniales de uno de los siglos que fueron, que reinan aún en nuestra época desde el fondo del pasado; si yo fuera un príncipe o un poeta, o uno de esos genios cuyo recuerdo no puede borrar el tiempo, y que en días de calma o de tempestad, ya se les adore, ya se les ultraje, su memoria llega hasta el porvenir;

\*\*\*

Si yo fuera uno de esos focos luminosos, en los que se fijan todos los ojos y que viven en el pensamiento universal; si yo fuese uno de esos hombres cuyas estatuas se ven combatidas en todos los momentos por el oleaje de las edades, y que si caen destronados de su pedestal, con el bronce augusto que los simboliza se funden campanas para los templos o cañones para las batallas:



\*\*

Si yo fuese uno de esos hombres sublimes, David, mi cuerpo, creado para ser víctima del dolor, bajo tu influencia creadora renacería para vivir eternamente. Y en el remate de algún monumento o de algún teatro, coloso de bronce o de piedra, surgiría en lo alto de la ciudad como gigante centinela que la vigilase, ostentando una actitud eterna de genio y de majestad.

\*\*

Porque tú, cuando muere un héroe, sabes resucitarle, le sacas de la tumba para hacerle vivir perpetuamente. Rival de Ferrara y de Roma, das la vida al mármol frío de Carrara y al metal humeante, que en estatuas transformas. Los grandes hombres se tranquilizan en su sepulcro cuando tus manos poderosas, extrayéndolos del bloque o del molde encendido, los lanzan de pie en el mundo de la vida.

\*\*

Sin ti, su grato recuerdo se perdería en el olvido; tú refrescas su gloria esculpiéndola sobre un pedestal; el fanal de la fama se perdería para el mundo, extinguiéndose, sin marcar en los mares ni el derrotero ni los escollos si tu soplo no reanimase su luz; tú, para evitar los abismos, levantas

el sublime coloso que en su mano ostenta el faro.

\*\*

Cuando a tu vista brilla el pensamiento en las facciones de un gran hombre, te apresuras a reproducirle en mármol, lo fijas, y los pueblos, contemplando la estatua, exclaman: «¡Es él!» Pero antes de que pueda comprenderlo la multitud, vaga mucho tiempo por tu cerebro, como ola flameante en el fondo del volcán subterráneo, y antes de que salga a la luz del día la dejas que hierva por algún tiempo en tu alma.

\*\*

Llena nuestras ciudades de tus radiantes colosos, y multiplicate sin cesar entre tus semidioses. Convierte nuestras ciudades en Corintos; haz que el metal conserve tu sello, orgullo del granito. ¡Honor a la tierra que tú pisas! tu cabeza ardiente es un gran molde del que la idea sale tallada en bronce.

\*\*

Bonaparte hubiera querido re-  
nacer gigantesco y marmóreo,  
trabajado por tus manos; Crom-  
well, su abuelo y su maestro,  
te hubiera entregado su frente  
sobrehumana; hubieras esculpi-  
do para España a Carlos V y a  
Carlomagno para Francia, po-

niendo un pie sobre la hidra de Alemania y el otro sobre las siete colinas de Roma; próximo a descender al sepulcro, César te hubiera confiado sus cenizas, y te hubiera elegido Alejandro para que le esculpieses en el monte Athos.

28 de julio de 1828.

## IX

A M. DE LAMARTINE

Te referent fluctus.  
HORACIO.

Hace poco la misma borrasca azotaba nuestros dos esquifes; las mismas espumosas olas nos lanzaban contra los mismos arrecifes; los mismos odios desbordados hinchaban el oleaje contra nuestras barquillas; y a la manera de Océano agitado, la multitud aullaba a nuestros pies.

\*\*

¿Qué iba a ser de mí en esa borrasca? ¿de mí, que apenas acababa de salir de la cuna, que vivía al aire libre y en la humilde obscuridad? ¿Por qué entregué al mar, que le rechaza, mi nido de musgo, en el que apenas penetraba la luz? ¿por qué entregué a las ráfagas mi hermoso vestido

nupcial, para que le desgarraran como una vela?

\*\*

¿Por qué en mis sueños delirantes, en mis ensueños de adolescente, me entusiasmaban los navegantes atrevidos, que, presintiendo un nuevo mundo, encaminaron a él sus pasos, cuya mirada se fijaba siempre en el cielo, cuya alma era la obstinada brújula, que busca siempre un polo desconocido?

\*\*

Esos gamas, de quienes nada es capaz de aplacar la ambición indomable, sabían que no conocíamos por completo la obra de la creación inmensa. Esos Colones que con sus poderosas manos, pesan la tierra y pesan el mar en la balanza de los cielos, y viendo que allá arriba rinde la suprema causa, conocen que falta algo para conseguir el equilibrio universal.

\*\*

En busca del contrapeso que le falta, navegan impertérritos para descubrir el complemento del globo. Parten, y se les complace teniéndolos por locos; las ondas los arrastran, y el universo olvida el viaje y a los viajeros... De repente salen de las profundidades del mar trayendo de él



\*\*

Si yo fuese uno de esos hombres sublimes, David, mi cuerpo, creado para ser víctima del dolor, bajo tu influencia creadora renacería para vivir eternamente. Y en el remate de algún monumento o de algún teatro, coloso de bronce o de piedra, surgiría en lo alto de la ciudad como gigante centinela que la vigilase, ostentando una actitud eterna de genio y de majestad.

\*\*

Porque tú, cuando muere un héroe, sabes resucitarle, le sacas de la tumba para hacerle vivir perpetuamente. Rival de Ferrara y de Roma, das la vida al mármol frío de Carrara y al metal humeante, que en estatuas transformas. Los grandes hombres se tranquilizan en su sepulcro cuando tus manos poderosas, extrayéndolos del bloque o del molde encendido, los lanzan de pie en el mundo de la vida.

\*\*

Sin ti, su grato recuerdo se perdería en el olvido; tú refrescas su gloria esculpiéndola sobre un pedestal; el fanal de la fama se perdería para el mundo, extinguiéndose, sin marcar en los mares ni el derrotero ni los escollos si tu soplo no reanimase su luz; tú, para evitar los abismos, levantas

el sublime coloso que en su mano ostenta el faro.

\*\*

Cuando a tu vista brilla el pensamiento en las facciones de un gran hombre, te apresuras a reproducirle en mármol, lo fijas, y los pueblos, contemplando la estatua, exclaman: «¡Es él!» Pero antes de que pueda comprenderlo la multitud, vaga mucho tiempo por tu cerebro, como ola flameante en el fondo del volcán subterráneo, y antes de que salga a la luz del día la dejas que hierva por algún tiempo en tu alma.

\*\*

Llena nuestras ciudades de tus radiantes colosos, y multiplicate sin cesar entre tus semidioses. Convierte nuestras ciudades en Corintos; haz que el metal conserve tu sello, orgullo del granito. ¡Honor a la tierra que tú pisas! tu cabeza ardiente es un gran molde del que la idea sale tallada en bronce.

\*\*

Bonaparte hubiera querido re-  
nacer gigantesco y marmóreo,  
trabajado por tus manos; Crom-  
well, su abuelo y su maestro,  
te hubiera entregado su frente  
sobrehumana; hubieras esculpi-  
do para España a Carlos V y a  
Carlomagno para Francia, po-

niendo un pie sobre la hidra de Alemania y el otro sobre las siete colinas de Roma; próximo a descender al sepulcro, César te hubiera confiado sus cenizas, y te hubiera elegido Alejandro para que le esculpieses en el monte Athos.

28 de julio de 1828.

\*\*

¿Por qué en mis sueños delirantes, en mis ensueños de adolescente, me entusiasmaban los navegantes atrevidos, que, presintiendo un nuevo mundo, encaminaron a él sus pasos, cuya mirada se fijaba siempre en el cielo, cuya alma era la obstinada brújula, que busca siempre un polo desconocido?

IX

A M. DE LAMARTINE

\*\*

*Te referent fluctus.*  
HORACIO.

Hace poco la misma borrasca azotaba nuestros dos esquifes; las mismas espumosas olas nos lanzaban contra los mismos arrecifes; los mismos odios desbordados hinchaban el oleaje contra nuestras barquillas; y a la manera de Océano agitado, la multitud aullaba a nuestros pies.

Esos gamas, de quienes nada es capaz de aplacar la ambición indomable, sabían que no conocíamos por completo la obra de la creación inmensa. Esos Colones que con sus poderosas manos, pesan la tierra y pesan el mar en la balanza de los cielos, y viendo que allá arriba rinde la suprema causa, conocen que falta algo para conseguir el equilibrio universal.

\*\*

¿Qué iba a ser de mí en esa borrasca? ¿de mí, que apenas acababa de salir de la cuna, que vivía al aire libre y en la humilde obscuridad? ¿Por qué entregué al mar, que le rechaza, mi nido de musgo, en el que apenas penetraba la luz? ¿por qué entregué a las ráfagas mi hermoso vestido

En busca del contrapeso que le falta, navegan impertérritos para descubrir el complemento del globo. Parten, y se les complace teniéndolos por locos; las ondas los arrastran, y el universo olvida el viaje y a los viajeros... De repente salen de las profundidades del mar trayendo de él



un mundo, como el buzo sale después de haber encontrado una perla.

\* \*

Esto imaginaba yo también. Cuando arriesgué a los peligros del mar insensatamente mi navecilla, también yo buscaba un mundo. Pero apenas me alejé de la ribera, vi que en el salvaje Océano se iniciaba, en medio de un torbellino, la lucha que me desgarraba entre las velas del navío y las alas del aquilón.

\* \*

Durante el huracán sombrío entreví tu glorioso mástil, que más adelantado que el mío combatía en la obscuridad el austro furioso. En la desencadenada tempestad combatimos juntos; yo en mi barca, tú en tu bajel, como el hermano al lado de su hermano

\* \*

El austro bramaba en nuestras antenas, el oleaje saltaba por encima de nuestros puentes, nuestras banderolas se destrozaban no pudiendo resistir a la furia de los vientos, y las olas furiosas, como yeguas húmedas, se erguían y relinchaban lanzando espumarajos, y el relámpago, enrojeciendo el oleaje, prestaba melenas de llamas a esos corceles del mar.

\* \*

Nosotros, azotados por la tempestad, cantando en tono más alto que el huracán, admirábamos la belleza y la inmensidad del espumeante Océano. Mientras que se lanzaba en el abismo el rayo como serpiente de fuego, nosotros, audaces marineros, cantábamos, dejándole pasar sobre nuestras cabezas, y le veíamos, que, como el ave de las tempestades, bañaba sus alas en las olas.

\* \*

Cambiando nuestras señales y saludándonos con la voz, como dos golondrinas hermanas, queríamos entrambos a un mismo tiempo doblar el mismo promontorio, conseguir la misma victoria, sobrepujar al siglo encendido en cólera; intentábamos el mismo viaje, y veíamos surgir de la tempestad al mismo envidioso Adamastor.

\* \*

Muy pronto la obscuridad, cada vez más densa, o alguna corriente que te arrastró, me hizo perder de vista tu poderosa nave, cuya sombra flotaba cerca de mi barquichuelo. Quedé solo, continuó soplando el huracán, el tiempo obscuro y el viento contrario; la sombra me envolvió, aislándome, y si no conservara la brújula, no

hubiera sabido ya a dónde dirigirme.

\* \*

\* \*

En tan fatal sobresalto pasé las noches y los días, pensando en el país natal, en mi niñez y en mis amores. Si imploraba a las rugientes olas, las cavernas marítimas se abrían en el fondo de los mares; si invocaba al cielo, la tempestad, con más estrépito y con más rabia, sacudía su fajo de relámpagos.

\* \*

\* \*

Durante mucho tiempo, dejando que rugiesen los huracanes, te busqué, llamándote; por fin te veo brillar en el lejano horizonte. Pero no eres ya la nave por las airadas olas combatida, errante y sin rumbo, que soñaba ideales conquistas y que aventuraba en la furia de las borrascas un viaje misterioso.

\* \*

Entra en el puerto, sublime navío; echa el áncora lejos de los escollos; oye la aclamación unánime con que la multitud te saluda; olvida los sufrimientos del viaje, el furor de las olas y la cólera del huracán; ponte al abrigo de los naufragios y riete de los vientos que agitan las cadenas del puerto.

Eres ahora un buque magnífico que mecen las ondas apacibles que en el Océano en calma entra por la parte de Oriente. Delante de sus velas va caminando deslumbradora estrella; jamás aparece sin que una esplendente aurora se levante detrás de ella.



\* \*

Regresas de tu América, después de encontrar el mundo. En medio del mar, con la fuerza de tu sople lírico, has abierto las puertas de otro mundo, has despertado un nuevo universo, una creación semejante a la que brilla a la luz del sol; has puesto al descubierto los astros infinitos que dan vueltas alrededor del alma.

\* \*

Puedes decir al que lo dude:—«Vengo de ese mundo y he cogido los frutos. Vuestra aurora no es la verdadera aurora, y vuestra noche no es la verdadera noche. Vuestro sol no es tan esplendoroso como aquél; la luz de aquel mundo brilla más que la vuestra; en aquel cielo aparece la faz de Dios, y yo he visto irradiar una cruz de estrellas, envuelta en sus nocturnos velos, como un lábaro eterno.»

\* \*

Les hablarás de aquella atmósfera de verdura, que han urdido las altas hierbas de sus desiertos, de los bosques en los que el céfiro esparce todas las semillas en los aires; de los grandes e impenetrables bosques; de los cabos, de donde vuelan las nubes como el incienso de los sagrados trípodos;

des; de sus frutas, dulces como la ambrosía, y de las minas de la poesía, cuyo oro depositas a sus pies.

\* \*

Podrás también hablarles, sin agotar por eso tu universo, de sus montes de ágata y de pórfido, de sus ríos inmensos como mares; de ese mundo recién nacido les describirás la asombrosa belleza; les hablarás de esa tierra virgen y fecunda para todos, de esa patria que a nadie rechaza, y tu voz inspirada y melodiosa las hará caer de rodillas.

\* \*

En lo sucesivo, en todos tus viajes al mundo que descubriste, la multitud irá a despedirte a las playas, y te rodeará como pueblo que se agrupa en torno de su rey. Millares de aclamaciones seguirán por mucho tiempo tu nave al patir, te desearán viento próspero, y después pensarán en ti hasta que vuelvan a sentarse en la playa para esperar tu regreso triunfal.

\* \*

Pero ya tu bajel duerma en el puerto, ya se entregue a los embates de las olas del mar, que gimean en los costados de mi barco, en tu serenidad sublime dirige una vez que otra las miradas hacia

el abismo, y distinguirás un punto negro en tu cielo límpido, y el lón debe compadecer a Lapeytorbellino sombrío y rápido que rouse. Eran uno y otro dos predestinados.

Junio de 1830.

\* \*

Ese es el torbellino que desgarró mi vela; es el huracán furioso que apaga toda estrella a medida que se atreve a mostrarse en el cielo. Es la tormenta que la arrastra, es la nube ardiente que me escarnece desde la atmósfera, y que, dando vueltas como una rueda, deja caer sobre mí popa las centellas del relámpago.

\* \*

Si distingues ese punto negro, acuérdate del amigo cariñoso y fiel, que siempre siguió de cerca al viento que se dormía en tu velamen. Acuérdate que desde el seno de la tempestad te vió llegar a la playa triunfante, y que entonces, levantando la cabeza, se olvidó del peligro en que le tenía preso la tempestad, para celebrar cantando tu triunfo.

\* \*

Si mi mundo invisible huye de mí y no puedo alcanzarlo; si mi misterioso navío se estrella contra esa tierra ingrata que tenazmente voy buscando. llora, amigo, por

21 de abril de 1830.

X

Estuat infelix.

Un día las colinas al monte Atlas, celosas, le dijeron:—«No tienes como nosotras verdegueantes praderas, sitios cubiertos de hierba menuda y fresca, adonde vienen las jóvenes a pasear libremente, a reír y a cantar; a nuestros pies el Océano se estrella murmurando quedamente, y en nuestras alturas la primavera y el rocío hacen que se abran infinidad de flores. Pero en tu montaña gigante sólo se ciernen las águilas: ¿quién, como la rama donde el pájaro hace el nido, doblega tus inmensas espaldas de granito? ¿Por qué se ven en tus negros flancos tan profundos abismos? ¿por qué estallan en ti tantas tempestades? ¿quién colocó tanta nieve en tu cumbre, quién inclina de ese modo tu cima, en la que no sonríe jamás la primavera? ¿Qué sudor es ése que te inunda?»—El Atlas respondió:—«Soy así porque soporto el peso de un mundo.»



tes de tomar la maza con la mano, te sonríes y exclamas: —¿Qué me importa?

## XI

## DESPRECIO

Yo contra todos y todos contra mí.  
ROMANCE DEL VIEJO ARIAS.

¿Quién sabe los pensamientos celosos, los odios que la envidia va acumulando, los resentimientos, las enemistades, las pasiones y las tormentas que rugirán a tu alrededor, joven, que apareces con la frente serena?

\* \*

Tú lo ignoras; porque mientras que debajo de tus pies abren la boca las serpientes; mientras que esos rivales, que tú creías dignos, van asediándote, o de noche secretamente tienden lazos infames en el camino que tú has de recorrer, distraído, sumido en tus propios pensamientos, mirando estás a otra parte.

\* \*

O si hasta ti algunas veces llegan sus clamores, si tu cólera, abriendo sus dos alas inflamadas, fulmina contra la multitud que se encarniza contra ti, antes que el volcán encuentre la salida, an-

\* \*

Inmediatamente se presentan tu imaginación la familia, la niñez, el amor, Dios, la patria y la libertad, el deber de pulsar la lira y de rejuvenecer la escena; Napoleón, ese dios del que tú serás el sacerdote; todos los grandes hombres, a los que sus épocas despreciaron y que constituyen la religión del porvenir.

II

¡Proseguid en vuestra tarea, enemigos de su fama, necia multitud! ¡En torno de su genio zaherid y morded; criticad sin tregua y sin remordimiento; sin descansar, haced rodar vuestro peñasco, envidiosos! El es poeta, canta, sueña y duerme.

\* \*

Vuestra voz estridente, que vibra como una espada, sólo es una voz más que se confunde con el ruido que él levanta. La gloria es un concierto que despierta mil ecos, coros de demonios, armonías divinas, cánticos angélicos.

\* \*

El poeta no os conoce. Sabe perfectamente que exigen los días

del verano el agrio chirrido de las cigarras y que las flores han de tener espinas. Esta es una ley de la naturaleza, por lo que debe aplastarse a las cigarras; el exceso del bien es un mal; la rosa de Bengala no tiene espinas, pero tampoco perfume.

\* \*

\* \*

Después de todo, los amigos y los enemigos pasan y se disipan, y la muchedumbre se precipita en la misma tumba. Nada puede deslucir al espíritu que Dios distingue. Tronos, cetros, laureles, templos, carros triunfales, pueden forjar para los reyes coronas de gloria con todo aquello que el genio desdeña en el mundo.

\* \*

¿Qué le importan, pues, los gritos que hacen enronquecer vuestras gargantas? ¿Qué les aprovecha a las olas echar espuma a la proa de la nave? El poeta no sabe cómo os llamáis, y no se cuida de vosotros, y cuando para derribar el edificio que él ha levantado corre el sudor por vuestra frente, hasta ignora que esa indigna faena os fatiga.

III

Además, cuando él quiera, Zoi- los envidiosos, sabe que puede, con su soplo, apagar el clamor de

En vano le rodean vuestras innumerables legiones; sabe que cuando quiera levantarse, cubrirá con su inmensa sombra todas vuestras cabezas; le bastará pronunciar una palabra para extinguir vuestras voces débiles; como una carreta que pasa, no dejará oír el susurro que levantan millares de mosquitos

\* \*

Cuando él quiera, esas antorchas con que ilumináis vuestros templos, vuestros ídolos, vuestros dioses y vuestro hogar, faros deslumbradores, palidecerán al menor brillo de las chispas que haga saltar de los pies de su corcel.

26 de abril de 1830.

## XII

Tú, que durante tanto tiempo has visto brillar a mi lado el día diáfano y puro de la prosperidad; tú, que cuando mi alma vacilaba y como un viajero te preguntaba qué camino había de



seguir, adormecías en tu seno mis ideas tenebrosas, y te limitabas a contestarme: —«Seamos dichosos!» Contempla cómo hoy la sombra invade nuestro celaje, hazte cargo de que la vida es sombría; mira cómo la desgracia va borrando poco a poco el azul radiante de nuestro firmamento, y cómo a nuestra vista se va obscureciendo y tomando los tintes negros del crepúsculo. ¿En el cielo, del que se va apoderando la noche, ves tú brillar en lontananza la lejana estrella, como un ojo luminoso, vivo e inteligente? De todas las verdades que la felicidad no nos deja ver, esa sola se nos aparece; es la primera que nos fascina con su brillante luz. Nuestro cielo, que ya la sombría noche reclama, no tiene bastante claridad para apagar la de esa estrella, y del Sur, del Poniente o del Septentrión, cada sombra que aparece presta a ese astro un rayo. Llegará después la noche, y cuando más densas se hagan las tinieblas, más espléndidas las claridades se ofrecerán a nuestra encantada vista; mejor veremos en la obscuridad chispear todas las verdades juntas, gravitar en torno de un imperioso centro y romper y renovar su coro misterioso. La noche fatal, que la desventura trae, hace ver más claro el destino humano y nos señala en sus dos extremos estas palabras, escritas con caracteres de fuego: —«Alma inmortal! ¡Eternidad de Dios!»

\* \*

Porque mientras brilla el día, los rayos ardientes del sol ciegan nuestros ojos y nuestra alma, y tranquilamente dudamos; pero la noche devuelve al cielo sus estrellas, lámparas que Dios suspende de sus etéreas bóvedas. La vista en las profundidades descubre a cada instante mundos nuevos cuya existencia no sospechaba, soles luminosos que en el abismo obscuro de la noche ve brillar.

9 de agosto de 1829.

## XIII

Quot libras in duce summo?  
JUVENAL.

Es cosa que halaga y que los demás envidian, captarse la pública estimación para toda la vida, ser elegido por un pueblo para vengar su afrenta, dejar huella en la historia, cantar y adquirir envidiable fama. Es cosa que halaga recorrer la tierra usurpada, haciendo vasallos a los reyes, ser Napoleón, ser el Dante; sin duda alguna son felices los héroes y los poetas, los que consiguen que la fuerza los convierta en reyes y los que logran que el espíritu los convierta en dioses. Es cosa que halaga que los con-

quistadores, los legisladores y los profetas brillen en la noche humana como luminosas antorchas, y que de un joven de veinte años se acuerden veinte siglos...

16 de julio de 1830.

que se espera todas las noches ver una mujer que pasa, besar un guante que se cae, en el que ansiamos agotar la vida en el amor, el poder y la gloria; en el que el joven es puro, digno, sublime y tiene fe en todas las purezas!...

\* \*

## XIV

Oh primavera, gioventú dell'anno!  
Oh gioventú, primavera della vita!

Os hablo siempre con placer, cartas de mi juventud, cartas de amor; me exalto con vuestra embriaguez y os leo entusiasmado y puesto de rodillas. Permitidme que durante unos momentos recobre vuestra edad; dejadme que me oculte, ahora que soy ya un hombre cuerdo, para llorar con vosotras.

\* \*

¡Tenía entonces diez y ocho años y vivía lleno de ilusiones; cantando, la esperanza me mecía en sueños esplendorosos; lucía para mí un astro; tú eras para mí un Dios, que yo sólo nombraba en secreto! ¡Era yo aquel niño, del que el hombre casi se avergüenza hoy!

\* \*

¡Tiempo venturoso de delirios, de alegría y de entusiasmo, en el

RAYOS.—17

En la actualidad sentí, vi y sé. ¿Qué importa si hoy menos ilusiones vienen a abrir mi puerta, que gime al abrirse? Esa edad ardiente, que me pareció sombría al lado de la felicidad a cuya sombra me abrigo, vierte en mí sus rayos ahora.

\* \*

¿Qué mal os hice, años juveniles de mi existencia, para que tan pronto huyeseis y os alejaseis de mí, creyendo dejarme contento? ¿Qué mal os causé para que me aparezcáis hoy tan hermosos, hoy que va no puedo gozar de vosotros?

\* \*

¡Ayl! ¡cuando, tardíamente, la edad juvenil ha transcurrido, la edad de nuestros amores y de nuestros delirios se nos aparece, estáticos y con lágrimas en los ojos vemos marchitas sus ilusiones y sus quimeras!



seguir, adormecías en tu seno mis ideas tenebrosas, y te limitabas a contestarme: —«Seamos dichosos!» Contempla cómo hoy la sombra invade nuestro celaje, hazte cargo de que la vida es sombría; mira cómo la desgracia va borrando poco a poco el azul radiante de nuestro firmamento, y cómo a nuestra vista se va obscureciendo y tomando los tintes negros del crepúsculo. ¿En el cielo, del que se va apoderando la noche, ves tú brillar en lontananza la lejana estrella, como un ojo luminoso, vivo e inteligente? De todas las verdades que la felicidad no nos deja ver, esa sola se nos aparece; es la primera que nos fascina con su brillante luz. Nuestro cielo, que ya la sombría noche reclama, no tiene bastante claridad para apagar la de esa estrella, y del Sur, del Poniente o del Septentrión, cada sombra que aparece presta a ese astro un rayo. Llegará después la noche, y cuando más densas se hagan las tinieblas, más espléndidas las claridades se ofrecerán a nuestra encantada vista; mejor veremos en la obscuridad chispear todas las verdades juntas, gravitar en torno de un imperioso centro y romper y renovar su coro misterioso. La noche fatal, que la desventura trae, hace ver más claro el destino humano y nos señala en sus dos extremos estas palabras, escritas con caracteres de fuego: —«Alma inmortal! ¡Eternidad de Dios!»

\* \* \*

Porque mientras brilla el día, los rayos ardientes del sol ciegan nuestros ojos y nuestra alma, y tranquilamente dudamos; pero la noche devuelve al cielo sus estrellas, lámparas que Dios suspende de sus etéreas bóvedas. La vista en las profundidades descubre a cada instante mundos nuevos cuya existencia no sospechaba, soles luminosos que en el abismo obscuro de la noche ve brillar.

9 de agosto de 1829.

### XIII

Quot libras in duce summo?  
JUVENAL.

Es cosa que halaga y que los demás envidian, captarse la pública estimación para toda la vida, ser elegido por un pueblo para vengar su afrenta, dejar huella en la historia, cantar y adquirir envidiable fama. Es cosa que halaga recorrer la tierra usurpada, haciendo vasallos a los reyes, ser Napoleón, ser el Dante; sin duda alguna son felices los héroes y los poetas, los que consiguen que la fuerza los convierta en reyes y los que logran que el espíritu los convierta en dioses. Es cosa que halaga que los con-

quistadores, los legisladores y los profetas brillen en la noche humana como luminosas antorchas, y que de un joven de veinte años se acuerden veinte siglos...

16 de julio de 1830.

que se espera todas las noches ver una mujer que pasa, besar un guante que se cae, en el que ansiamos agotar la vida en el amor, el poder y la gloria; en el que el joven es puro, digno, sublime y tiene fe en todas las purezas!...

\* \* \*

### XIV

Oh primavera, gioventú dell'anno!  
Oh gioventú, primavera della vita!

Os hablo siempre con placer, cartas de mi juventud, cartas de amor; me exalto con vuestra embriaguez y os leo entusiasmado y puesto de rodillas. Permitidme que durante unos momentos recobre vuestra edad; dejadme que me oculte, ahora que soy ya un hombre cuerdo, para llorar con vosotras.

\* \* \*

¡Tenía entonces diez y ocho años y vivía lleno de ilusiones; cantando, la esperanza me mecía en sueños esplendorosos; lucía para mí un astro; tú eras para mí un Dios, que yo sólo nombraba en secreto! ¡Era yo aquel niño, del que el hombre casi se avergüenza hoy!

\* \* \*

¡Tiempo venturoso de delirios, de alegría y de entusiasmo, en el

En la actualidad sentí, vi y sé. ¿Qué importa si hoy menos ilusiones vienen a abrir mi puerta, que gime al abrirse? Esa edad ardiente, que me pareció sombría al lado de la felicidad a cuya sombra me abrigo, vierte en mí sus rayos ahora.

\* \* \*

¿Qué mal os hice, años juveniles de mi existencia, para que tan pronto huyeseis y os alejaseis de mí, creyendo dejarme contento? ¿Qué mal os causé para que me aparezcáis hoy tan hermosos, hoy que va no puedo gozar de vosotros?

\* \* \*

¡Ayl! ¡cuando, tardíamente, la edad juvenil ha transcurrido, la edad de nuestros amores y de nuestros delirios se nos aparece, estáticos y con lágrimas en los ojos vemos marchitas sus ilusiones y sus quimeras!



\* \*

¡Olvidémosla! Cuando muere la juventud, dejémonos arrebatarse por el mismo viento que se la llevó. Muerta la juventud, nada queda ya de nosotros mismos, y el hombre sólo es un fantasma errante que pasa sin proyectar siquiera su sombra en la pared.

Mayo de 1830.

XV

Sinite parvulos venire ad me.  
JESUCRISTO.

Los niños están bien a mi lado. ¿Quién os ha dicho que la pompa de jabón hinchada por mi soplo, caiga en el suelo al soplo indiscreto de los niños? ¿Quién os dice que sus juegos y que sus gritos asustan a las musas y auyentan a las Peris?... ¡Venid, niños, venid todos a la vez!

\* \*

¡Venid y rodeadme! Reid, corred, gritad; vuestros ojos risueños verterán sobre mí rayos de alegría; vuestra voz infantil me encantará, porque es la única que proviene del exterior, sin perturbar en mí espíritu el coro de las voces interiores.

\* \*

¡Sois importunos queriéndolos separar de mí! ¿No sabéis que se queda más sereno y más tranquilo nuestro corazón después que hemos visto a los niños jugar y corretear? ¡No sabéis vosotros cuánto placer me causa ver al través de mis trágicas fantasías pasar esas cabecitas rubias!

\* \*

¿Tan deliciosa es para vosotros la vida, que preferís, a oír su inocente algazara, tener la casa vacía y muda? Por compasión, no privéis al corazón del poeta del rayo del sol, al cielo sombrío, de la sonrisa del niño.

\* \*

—Pero sus risas, sus gritos y sus riñas desvanecerán en ti la inspiración de la musa y esos cantos delicados que murmura en voz baja tu alma... —¿Qué me importan, musa, cantos y vanidades, perder tu gloria y mi inmortalidad, si gozo por una hora de alegría?

\* \*

No es envidiable la ambición ni el destino del poeta; canta siempre para despertar un eco en la lontananza, por conseguir un vano ruido que pasa y desaparece, para

\* \*

vivir saturado de hieles y de amargura, para expiar durante el día los delirios de sus noches, para conquistar un nombre después que haya caído en la tumba.

\* \*

Prefiero la alegría, prefiero gozar de la dicha de estar en mis momentos de ocio rodeado de la familia, aunque la gloria ingrata y frívola, aunque mis versos, ahuyentados por las risas de los seres queridos, huyan, como ante un grupo de estudiantes huye una bandada de pajarillos.

\* \*

Pero no; sus risas y sus juegos no son obstáculo a mis cantos. La pintoresca oriental abre con más intenso perfume sus vistosas flores; la balada resulta más fresca, y la oda no empuja con soplo menos ardiente el grupo de sus estrofas aladas.

\* \*

Mis himnos reverdecen más brillantes y perfumados, como un jardín en la primavera. Sabed, amigos míos, amigos míos cuya alma está agotada, que la infancia con sus rientes colores da poesía a nuestros versos, como la aurora riega con su rocío a las flores.

\* \*

¡Niños, venid! Para vosotros son los jardines, los patios y las escaleras; conmoved los pisos, los techos y los pilares; corred y susurrad como la abeja en el campo. ¡Oh juventud! ¡mi alegría, mi felicidad, mi alma y mis cantos te acompañarán siempre donde tú vayas!

\* \*

Existen para los corazones sordos a los clamores vulgares voces armoniosas, acordes, rumores que sólo se oyen en los sitios retirados; notas de un gran concierto, que se interrumpe con frecuencia; vientos, olas, hojas del bosque, ruidos de los que el alma soñolienta forma secretas músicas.

\* \*

Yo, cualquiera que sea el mundo, el hombre y el porvenir, ya tenga necesidad de olvidar o de acordarme, ya sufra, ya sea dichoso, sólo deseo habitar en la ciudad de los vivos, en una casa que llenen continuamente los gritos, las risas y los lloros de los niños.

Si alguna vez te vuelvo a visitar, hermoso país, cuya lengua sonora tanto me agrada, cuya campiña es tan pintoresca, bello



país en el que, siendo yo niño, seguía a Napoleón, hermosas ciudades de Valencia, de Castilla, de Aragón, de la inolvidable España,

No quiero cruzar vuestras llanuras, ni vuestras ciudades, ni pasar por vuestros puentes de un arco construido entre dos montes, ni contemplar vuestros palacios romanos o moriscos, ni vuestro Guadalquivir, que serpentando huye, más que sentado sobre uno de esos rústicos carros, que andan moviendo mucho ruido con las campanillas sonoras de sus mulas.

11 de mayo de 1830.

XVI

Quando el libro sobre el que se queda dormido todas las noches mi pensamiento; cuando el aire de la casa y los cuidados del hogar; cuando el murmullo de la ciudad resuena; cuando las múltiples ocupaciones que llenan nuestros días, en su círculo limitado pesan durante mucho tiempo sobre mi cabeza y obligan a la mirada de mi alma a dirigirse hacia la tierra, mi fantasía se escapa al fin, se va, corre, y en la llanura toma el sendero que tomará mañana, que la extravía a la ventura, pero que

la hace regresar a su sitio, como coreel prudente que conoce el camino. Corre hacia los bosques, donde en la sombra indecisa flotan tantos rayos, tantos murmullos y tantas voces, y se internan en la espesura de las selvas.

27 de junio de 1830.

XVII

Flevile nescio quid.  
OVIDIO.

¿Por qué ocultarte? Aquí estabas sola y llorando. ¿Qué es lo que pasó ante tus ojos delirantes? ¿Qué sombra pasó flotando sobre tu alma? ¿La causó un hondo pesar, o siniestro presentimiento alguno de los recuerdos juveniles del pasado, o la vaga debilidad propia de la mujer?

¿Veías huir ya el amor con sus dulzuras y las ilusiones, esas jóvenes hermanas que en la mañana de la vida vemos danzar en un porvenir ilimitado, asidas de las manos, coronadas de flores, y que mueren antes de que termine la tarde de la existencia?

¿Viste acaso salir de las dormidas tumbas alguna sombra do-

liente y amiga que te preguntaba en voz baja qué día, por la tarde, irías a rezar ante las cruces de piedra, de las que penden muchas flores marchitas?

Pero no; esas visiones no te perseguían. Tenemos bastante motivo para llorar cuando comprendemos que en el mundo todas las mieles tienen un fondo de amargura, todos los cielos son sombríos, todas las ambiciones engañosas, todas las esperanzas falaces, y que no hay manos que puedan retener las olas ni coger la sombra.

Todo lo que vuela en el mundo a merced del céfiro que tiene alas de oro, de púrpura y de zafiro, nos hace correr huyendo delante de nosotros; pero se disipa el polvo de las alas de oro, de zafiro o de púrpura, cuando el niño consigue apoderarse de la frágil mariposa, cuando el hombre realiza su esperanza.

Llora, pues. Las lágrimas sientan bien hasta en la felicidad; tus cantos son más tiernos cuando suenan confundidos con tu llanto; tus ojos puros y fascinadores son más irresistibles cuando los enjugas; cuando en el verano acaba

de llover, el campo está más hermoso, y a la luz del sol el cielo hace brillar con mayor intensidad su color azul, lavado por la lluvia.

Llora como Raquel, llora como Sara. Siempre se sufrió en el mundo y siempre se padecerá. ¡Desgraciados los insensatos que ríen! El Señor nos levanta cuando caemos; prefiere los desgraciados a los buenos, los que lloran a los que rezan.

¡Llora y aprenderás! Las lágrimas son un don del cielo. Muchas veces el llanto, que sigue al abandono o al error, reanima nuestras fuerzas abatidas; muchas veces el alma, al considerar la duda que huye, comprende que el día anterior, que amanece en la obscuridad vierte estos gratos rocíos.

Llora, pero haces bien ocultándote para llorar. Busca en ti misma tu propio consuelo. Para calmarte, en el fondo de tu corazón oculta aparte el tesoro de tus lágrimas y las saborearás con fruición.

La flor, que se abre al rocío de la mañana y que no desea que la



uz del mediodía haga admirable el esplendor tímido de sus hermosos colores, para que no la vean miradas indiscretas, en el fondo del cáliz que guarda su aroma esconde muchas veces una perla húmeda.

Junio de 1830.

¿Dónde encontraré la felicidad? —me preguntaba. —¡Desgraciado! Dios mío, la felicidad vos me la habéis concedido.

Nacemos e ignoramos que la niñez pasajera, apacible arroyo que corre sin arrastrar una sola gota amarga, es la edad de la dicha, es el momento más feliz que el hombre, sombra que pasa, obtiene en el mundo. Más tarde amamos. Guardamos dentro del corazón juvenil un nombre misterioso que jamás pronuncian los labios. Aspiramos a las dulzuras del inefable himeneo; envidiamos al agua que huye, a la nube que vuela; sentimos estremecimientos en el alma al oír el timbre de una voz querida; soñamos durante el día y nos agitamos por las no-

ches, y entre las miradas de todas las mujeres sólo buscamos una mirada, entre las plantas de abril sólo buscamos una flor, y en el cielo rojizo sólo buscamos un astro.

Después, celosos y apresurados, deshojamos las flores en la frente de la esposa; ¡sentimos, somos dichosos, y por lo tanto, insensatos! Miramos casi con lágrimas en los ojos; vemos que el ardor del mediodía marchita nuestra primavera, nuestra mañana y nuestra juventud, sin tener esperanza de que renazcan una ni otra; perdemos las ilusiones, y envejecemos bajo el peso, siempre creciente, del remordimiento; borramos de la frente las manchas y las arrugas; sentimos pasión por el arte, por los versos, por los viajes infructuosos, por los lejanos climas, por los mares que cruzamos; echamos de menos aquella edad en la que no dormíamos; y al mismo tiempo nos creemos desgraciados y aseguramos que ayer éramos locos, porque ahora vivimos con más calma y tenemos más cordura.

Por fin llegamos a la vejez; como flores mustias, blanquean nuestros cabellos, y pasan nuestros años; nos lamentamos de haber perdido los días venturosos de la niñez, y nos burlamos al

mismo tiempo del amante y del poeta, y estando ya próximos a descender al sepulcro, llamamos a nuestro alrededor, con los ojos empañados por el llanto, a nuestros hijos, que están viviendo con los suyos propios.

## XIX

Lo toit s'egaye et rit.  
ANDRÉS CHENIER.

De este modo, Dios mío, el hombre camina siempre con talante cada vez más sombrío, desde la radiante cuna hasta la sombría tumba.

¿Es esto haber vivido? ¿Es esto haber gozado de alegría, de amor y de felicidad? ¿Es locura quejarse? ¿Este es el néctar que llena nuestra copa? ¡Ay! Nacemos para vivir y deseamos la muerte; crecemos lamentando haber perdido la niñez, envejecemos quejándonos de haber perdido la juventud, morimos lamentando haber perdido la vejez y la vida.

¿Dónde encontraré la felicidad? —me preguntaba. —¡Desgraciado! Dios mío, la felicidad vos me la habéis concedido.

28 de mayo de 1830.

Quando aparece el niño, el círculo de la familia se regocija y aplaude ruidosamente. Su inocente mirada, que brilla, hace animar los ojos de todos, y las frentes más tristes y más ceñudas se desarrugan de repente al ver aparecer al juguetón y alegre niño.

Ya se introduzca en mi casa el agradable sol de junio, ya en el mes de noviembre brille en el hogar confortador fuego, cuando llega el niño, llega para nosotros la alegría. Reímos, le reñimos, le llamamos, y su madre tiembla al verle andar con pasos inseguros.

Algunas veces, removiendo las llamas, nos hablamos de la patria, de Dios, de los poetas y del alma que se purifica rezando; pero aparece el niño... y adiós cielo, adiós patria, adiós poetas, adiós filosofía... suspendemos esas conversaciones para colmarle de caricias.



\* \*

Por la noche, cuando dormimos, cuando el espíritu sueña, cuando se oye que gimen, como voces que lloriquean, las olas entre las cañas, si de repente en lontananza brilla el alba como un faro, su claridad despierta en los campos una orquesta de campanas y de pájaros.

\* \*

Niño, tú eres la aurora y mi alma es la llanura, que con sus más aromáticas flores se embalsama cuando tú la respiras; mi alma es el bosque, cuya espesura se llena para ti solo de suaves murmullos y de rayos de oro.

\* \*

¡Porque tus hermosos ojos destellan infinita dulzura, tus manecitas ligeras y suaves no han causado aún daño alguno, tus pies no se han manchado aún en el fango de la tierra, tu cabeza es sagrada, niño de cabello rubio, hermoso ángel que ostentas aureola de oro!

\* \*

Eres para nosotros la paloma del arca: tus pies no pueden andar por sí solos, tus alas son de azur; contemplas el mundo sin comprenderlo todavía; gozas de doble

virginidad, de la del cuerpo, en el que nada es inmundo, y de la del alma, en la que todo es puro.

\* \*

¡Es delicioso el niño con su cándida sonrisa, con su buena fe, con su vocecita que todo lo quiere decir, con sus lágrimas que se secan en un momento, dejando vagar su vista atónita por todas partes, presentando con afán el alma a la vida y la boca a los cariñosos besos!

\* \*

¡Señor! preservadme, preservad a todos los que amo, a mis hermanos, a mis padres, a mis amigos y aun a mis propios enemigos, de que vean el estío sin flores, la jaula sin pájaros, la colmena sin abejas y la casa sin niños.

18 de mayo de 1830.

XX

Beau, frais souriant d'aise a cette vie amère.

SAINT-BEUVE.

Dentro de una oscura alcoba, el niño duerme junto al lecho de su madre, y mientras que reposa

con los ojos cerrados, su infantil imaginación sueña.

\* \*

\* \*

En sus sueños mágicos ve durante unos instantes la arena de la playa llena de diamantes, iluminada por ardientes soles, y en ella hermosas damas que llevan en sus manos sus preciosas almas.

\* \*

En su prodigioso sueño ve correr arroyuelos, y oye una voz que canta en el fondo de sus aguas. Ve a sus hermanas más hermosas, a su padre que las acaricia, y a su madre, que tiene alas como los ángeles.

\* \*

Ve muchas cosas a cual más bella; ve lleno el corredor de azucenas y de rosas; ve lagos de plata en los que nadan peces de colores, y en los que las olas se ocultan entre cañas de oro.

\* \*

Sigue soñando, niño; duerme, amor mío, ya que ignoras todavía a dónde la vida se dirige. Te arrastra como alga muerta; pero, ¿qué importa? La corriente te lleva, pero tú no te despiertes.

Sin cuidado, sin recelo, recorre durmiendo tu camino, que la mano fría de la inquietud, no ha escrito aún en tu frente cándida, tersa y risueña, la palabra ¡Mañana!

\* \*

Duerme en la inocencia: tranquilos los ángeles, que conocen la suerte de los mortales, viéndole desarmado, sin miedo y sin inquietud, besan llorando de ternura sus manecitas.

\* \*

Los ángeles desfloran con sus labios la boca del niño; éste, al verles llorar, exclaman: —¡Gabriell! Pero el ángel que está a su lado y que le mece en la camita, se pone un dedo en la boca y con otro dedo señala al cielo.

\* \*

Entretanto, su madre, que él contempla despierta a su lado, cree que una pesadilla está afligiendo a su hijo; le oye suspirar, se acerca, y le hace sonreír dándole un beso.

10 de noviembre de 1831.



\* \*

Por la noche, cuando dormimos, cuando el espíritu sueña, cuando se oye que gimen, como voces que lloriquean, las olas entre las cañas, si de repente en lontananza brilla el alba como un faro, su claridad despierta en los campos una orquesta de campanas y de pájaros.

\* \*

Niño, tú eres la aurora y mi alma es la llanura, que con sus más aromáticas flores se embalsama cuando tú la respiras; mi alma es el bosque, cuya espesura se llena para ti solo de suaves murmullos y de rayos de oro.

\* \*

¡Porque tus hermosos ojos destellan infinita dulzura, tus manecitas ligeras y suaves no han causado aún daño alguno, tus pies no se han manchado aún en el fango de la tierra, tu cabeza es sagrada, niño de cabello rubio, hermoso ángel que ostentas aureola de oro!

\* \*

Eres para nosotros la paloma del arca: tus pies no pueden andar por sí solos, tus alas son de azur; contemplas el mundo sin comprenderlo todavía; gozas de doble

virginidad, de la del cuerpo, en el que nada es inmundo, y de la del alma, en la que todo es puro.

\* \*

¡Es delicioso el niño con su cándida sonrisa, con su buena fe, con su vocecita que todo lo quiere decir, con sus lágrimas que se secan en un momento, dejando vagar su vista atónita por todas partes, presentando con afán el alma a la vida y la boca a los cariñosos besos!

\* \*

¡Señor! preservadme, preservad a todos los que amo, a mis hermanos, a mis padres, a mis amigos y aun a mis propios enemigos, de que vean el estio sin flores, la jaula sin pájaros, la colmena sin abejas y la casa sin niños.

18 de mayo de 1830.

XX

Beau, frais souriant d'aise a cette vie amère.

SAINT-BEUVE.

Dentro de una oscura alcoba, el niño duerme junto al lecho de su madre, y mientras que reposa

con los ojos cerrados, su infantil imaginación sueña.

\* \*

\* \*

En sus sueños mágicos ve durante unos instantes la arena de la playa llena de diamantes, iluminada por ardientes soles, y en ella hermosas damas que llevan en sus manos sus preciosas almas.

\* \*

En su prodigioso sueño ve correr arroyuelos, y oye una voz que canta en el fondo de sus aguas. Ve a sus hermanas más hermosas, a su padre que las acaricia, y a su madre, que tiene alas como los ángeles.

\* \*

Ve muchas cosas a cual más bella; ve lleno el corredor de azucenas y de rosas; ve lagos de plata en los que nadan peces de colores, y en los que las olas se ocultan entre cañas de oro.

\* \*

Sigue soñando, niño; duerme, amor mío, ya que ignoras todavía a dónde la vida se dirige. Te arrastra como alga muerta; pero, ¿qué importa? La corriente te lleva, pero tú no te despiertes.

Sin cuidado, sin recelo, recorre durmiendo tu camino, que la mano fría de la inquietud, no ha escrito aún en tu frente cándida, tersa y risueña, la palabra ¡Mañana!

\* \*

Duerme en la inocencia: tranquilos los ángeles, que conocen la suerte de los mortales, viéndole desarmado, sin miedo y sin inquietud, besan llorando de ternura sus manecitas.

\* \*

Los ángeles desfloran con sus labios la boca del niño; éste, al verles llorar, exclaman: —¡Gabriell! Pero el ángel que está a su lado y que le mece en la camita, se pone un dedo en la boca y con otro dedo señala al cielo.

\* \*

Entretanto, su madre, que él contempla despierta a su lado, cree que una pesadilla está afligiendo a su hijo; le oye suspirar, se acerca, y le hace sonreír dándole un beso.

10 de noviembre de 1831.



## XXI

Algunas veces, cuando todo duerme, me siento alegre bajo la bóveda estrellada que en el azul centellea, y me pongo a escuchar si de las alturas oigo caer algún rumor, y así pasan para mí, sin que yo me dé cuenta, las horas, contemplando conmovido el eterno espectáculo que el radiante cielo ofrece al mundo durante la noche.

\* \*

Con frecuencia me he forjado la ilusión de que esas ardientes estrellas, cuando el mundo duerme, sólo ostentaban sus luces para mí; que yo era el único predestinado para admirarlas; que era yo, sombra oscura y silenciosa, el misterioso rey de aquella fiesta nocturna, y que el cielo para mí solo se iluminaba.

Noviembre de 1829.

## XXII

## A UNA MUJER

C'est une ame charmante.  
DIDEROT.

Hermosa, si yo fuese rey, te daría mi imperio, mi dosel, mi cetro, mi pueblo, mi corona de oro, mis baños de pórvido y mis flotas por una mirada de tus ojos.

\* \*

Si yo fuese Dios, te daría el mundo y el mar, los ángeles y los demonios, el caos profundo, el espacio, el cielo y la eternidad por un beso de tus labios.

8 de mayo de 1829

## XXIII

Quien no ama, no vive.

Quienquiera que seáis, joven o viejo, rico o sabio, si aun no habéis expiado durante la noche el momento de deslizarse un paso

ligerero y cadencioso, o de ver pasar un velo blanco que rápidamente huye en la obscuridad, y que, como un meteoro, en la noche oscura, os deja en el corazón una estela radiante;

\* \*

\* \*

Si sólo conocéis, por haberlo oído decir al poeta enamorado que canta y que suspira, esa suprema ventura que puede conseguir la juventud, de poseer un corazón enteramente y sin reserva, de no tener más luz, ni más estrellas que dos ojos adorados;

\* \*

Si no habéis jamás esperado, taciturno y sombrío, al pie de los cristales del balcón de un salón de baile, espléndidamente iluminado, la hora en que termine la fiesta para ver a la beldad que adoráis, brillante como un relámpago, joven, rosada, con ojos azules, pasar a través del resplandor luminoso de la sala, coronada de flores;

\* \*

Si no habéis jamás sentido el frenesí celoso de ver la mano querida entre otras manos, de ver el corazón querido latir junto a otros corazones; si jamás habéis visto, poseídos de noble ira, el vals impuro voltear con rapidez

lasciva, deshojando en su vuelo mujeres y flores;

Si jamás habéis descendido de las colinas hasta la llanura lleno el corazón de emociones divinas; si jamás, al atardecer, bajo los tilos, bajo un cielo estrellado, junto con la mujer amada, habéis aspirado, ocultos, la voluptuosidad de la sombra, hablándoos en voz baja en la más completa soledad;

\* \*

\* \*

Si, nunca en las horas en que todo dormita, mientras ella, olvidada, duerme, no habéis llorado como un niño, y sufriendo incesantemente no la habéis llorado cien veces desde las primeras horas de la noche hasta el aparecer de la aurora, creyendo siempre que vendría si no cesabais de llamarla;



\* \* \*

Si nunca habéis sentido que la mirada de una mujer en vuestra alma iluminaba otra alma, que con su amor os pudiera abrir un cielo en el mundo; si nunca habéis sentido que por esa mujer que hace mofa de vuestras lágrimas gustoso expiraríais a sus pies... si no habéis sentido nada de esto, nunca habéis amado, nunca habéis sufrido!

Noviembre de 1831.

XXIV

Mens blanda in corpore blando.

Señora, en torno de vuestra persona tanta gracia derramáis, vuestro canto es tan dulce, vuestra danza tan arrebatadora, vuestras miradas tan irresistibles, toda vuestra persona atrae de tal manera al corazón, que cuando aparecéis, joven astro, iluminando nuestra noche con esa radiante sonrisa, que nos hace estremecer de gozo como el pájaro en los bosques cuando amanece la aurora, un pensamiento de ternura se despierta en el fondo de nuestros corazones, que se ponen tam-

bién a cantar. Pero vos no oís ese canto; vos no lo conocéis, señora. Porque el casto pudor envuelve vuestra alma con sus blancos velos, y el ángel a quien el cielo encargó vuestra custodia no se ha ruborizado jamás cuando, atentamente, mira lo que pasa dentro de vos.

22 de mayo de 1837.

XXV

Amor, ch' a null' amato, amar perdona,  
Mi preso del costui piacer si forte  
Che, come vedi, ancor non m' abbandona.  
DANTE.

Contemplar en el baño, sin velo ninguno, a una joven inocente, seguir de lejos las velas en el mar, ver fulgar en el cielo las estrellas y en la hierba los gusanos de luz.

\* \* \*

Ver alrededor de silenciosos ídolos bailar en corro a las sultanas, ver cómo huyen de noche deslizándose por el golfo las góndolas iluminadas,

\* \* \*

Mirar la luna tranquila dormir bajo la copa de los árboles del

camino; oír cómo se quejan las un vástago frágil puede salir tan arpas, preludiando romanzas de tierno y tan verde de esa rama amor; vagar por los vergeles, tan negra, cuando al atardecer las andaluzas arrojan flores desde sus balcones,

\* \* \*

\* \* \*

De las flores que el abril ostenta despojar los olorosos céspedes; ver tras de ausencia larga y cruel, destacarse en el horizonte el paisaje de la ciudad natal; eso es nada: todos los bienes fabulosos o reales que nos concede el destino nada valen para mí; los cambiaría mi alma enamorada por ti, cuando me miras fijando tus ojos azules en mis ojos negros.

12 de septiembre de 1828.

XXVI

Oh! les tendres propos et les charmantes  
[choses]  
Que me disait Aline en la saison des roses!  
Doux zéphir qui passiez alors dans ces beaux  
[lieux],  
N'en reportiez-vous rien à l'oreille des dieux!  
LEGRATS.

XXVII

Mira esa gruesa rama; es dura, y las nubes vierten la lluvia a mares sobre su corteza resquebrajada, verás cómo una tierna hoja agujerea sus nudos tan duros, y te preguntarás a ti misma cómo

Pregúntame entonces por qué, mujer amada, cuando en mi alma cerrada y endurecida penetra tu soplo después de haber soportado la lluvia de las lágrimas, por qué corre y se remonta hasta ella toda mi savia; por qué mi alma, cual flor abierta, arroja de pronto versos, que yo deshojo a tus pies.

\* \* \*

Es que todo lo del mundo se rige por sus leyes inexorables; es que la noche clara sucede a las noches sin luna; es que todo en la tierra tiene reflujos incesantes; es que el viento necesita el árbol y el céfiro las hojas. Es que después de mi desgracia se me apareció tu sonrisa; es que yo era el invierno y tú eres la primavera.

7 de mayo de 1829.

A MIS AMIGOS L. B. Y S. B.

Esta ciudad, amigos, es Rouen; la ciudad de las calles antiguas, de las vetustas torres, despojos de



razas que desaparecieron, la ciudad de los cien campanarios que ensordecen los aires, la de los castillos, de los palacios y de las cárceles, cuyo frontis erizado de flechas y de agujas desgarran sin cesar las brumas del mar.

\* \*

Rouen os retiene en su seno y os aparta de mí. Muchas veces me ha ocurrido la idea de ir a ver a Saint-Ouen, medio destruido, y nunca he cumplido este deseo, porque siempre me han privado de ello la familia, el estudio, los quehaceres, y sobre todo la vaga inquietud que hace que el hombre tema realizar sus deseos.

\* \*

Diferí ese viaje. La vida se pasa difiriendo las cosas. De proyecto en proyecto y de espacio en espacio, vuela constantemente el loco espíritu del hombre. Al fin, un día, cansado de engañosos sueños, exclamamos: ¡Ya es hora de realizarlos! Entonces volvemos la vista a nuestro alrededor y observamos que ya la muerte nos acecha.

\* \*

Esto sucede con todos mis planes. ¿Cuándo os volveré a ver, España, Venecia con tu golfo, Roma con tu campiña? ¿Cuándo volveré a ver a Sicilia, roída por

subterráneo volcán; a Grecia, que tan familiar es para mí; a Cerdeña que no he visto nunca; a las pirámides del Nilo y a las catedrales del Rhin?

¡Quién sabe! Quizás nunca, ¿Cuándo podré refugiarme a orillas del mar, o en un monte cubierto de nieve, o en algún antiguo torreón lleno de las sombras de los héroes, en el que el sol, dorando las cimas de las torrecillas, refleje sobre mi frente sus ardientes rayos?

\* \*

Quizás nunca tampoco. Entretanto vivo como una sombra vana, olvidada en el espacio y perdida entre el vulgo. Tengo tres hijos que animan mi hogar, y cuando la sabiduría entreabre la puerta de mi casa, oigo que me dice: —Amigo, debes estar contento. ¿Qué te importa que esté hecha de un modo o de otro la tienda de un día, que tendrás muy pronto que plegar?

\* \*

Además, la imaginación me sugiere cien veces todo cuanto deseo ver; y lo que deseo ver ¡se me aparece tan hermoso! Mi imaginación me representa las Romas y las Córdoba, que lanzan brillantes resplandores, cuando tú,

Musa, sacudes en sus sombríos pilares tu espléndida antorcha.

\* \*

Veo Alhambras, gigantescas catedrales babeles que en las nubes esconden sus cimas, negros Escoriales, misteriosos retiros, ciudades antiquísimas semiarruinadas, en las que se oye noche y día el sonido de mil campanas aladas, que alegremente habitan de día en las torres.

\* \*

De este modo sueño, y las ciudades más espléndidas no eclipsarán las de mis ensueños con sus esplendores ideales; quiero conservar esta ilusión, ya que la ilusión se desvanece demasiado pronto. Todos los hombres con su fantasía crean en la imaginación un mundo mágico de arte y de poesía; cada uno de nosotros tiene su tierra de Canaán.

\* \*

Sigamos, pues, soñando. ¿Por qué queremos descender de las alturas de la fantasía y tocar aquello que soñamos? ¿Qué haremos después? No tendremos ya finalidad que perseguir, ni esperanza que nos seduzca; desde la tierra que se nos concedió no volveremos ya a la tierra prometida; Moisés hizo bien en morir.

\* \*

Permanezcamos lejos de los objetos que encantan nuestra vista. El arco iris es un poco de vapor, la nube es humo. El ideal se deshace en polvo si lo toca la realidad. Consumen al alma los sueños de gloria y los sueños de amor. Como el niño que hace pompas de jabón, cada hombre sopla burbujas de espuma, en las que se refleja un cielo.

\* \*

¡Frágil pompa suspendida en una caña, que tiembla al más ligero choque, vacila y se disipa! ¡Estos son nuestros proyectos, nuestros placeres y nuestras vanidades! ¡Loca creación, que el céfiro más leve desbarata! ¡Esfera de mil colores, formada con una gota de agua, mundo que un soplo crea y que otro soplo destruye!

\* \*

Soñar es ser felices y esperar es vivir. Viajar, recorrer países lejanos, es abrigar locos deseos. Hay bastante con el viaje eterno. Todo camina en el mundo hacia un fin misterioso. ¿Dónde va el espíritu del hombre? ¿Dónde va el hombre en la tierra? ¿Dónde va la tierra en el cielo?



\* \*

¿Lo sabremos algún día?  
 ¿Quién romperá vuestros velos,  
 oscuros firmamentos, sembrados  
 de nubes de apiñadas estrellas?  
 ¿Quién puede, ¡oh mar! descender  
 a tus profundidades y registrar-  
 las? ¿Qué ciencia nos lo enseñará?  
 Buscad en el lecho de los mares,  
 y en el Océano conocido jamás  
 podréis sondear la perla divina  
 del alma.

\* \*

¿Qué debemos hacer, qué de-  
 bemos pensar? ¿Negar, dudar o  
 creer? ¡Encrucijada tenebrosa!  
 ¡Triple camino en las tinieblas  
 de la noche! El hombre más sabio  
 se sienta al pie de un árbol y  
 murmura: «Señor, iré donde tú  
 me envíes.» Espera, y por los tres  
 sombríos caminos, meditabundo  
 y taciturno, oye caminar al géne-  
 ro humano.

Mayo de 1830.

## XXVIII

A MIS AMIGOS S. B. Y L. B.

Lamento vuestra ausencia, mis  
 queridos amigos, el pintor y el  
 poeta; no me encuentro sin vos-

otros y de continuo os estoy ha-  
 mando; aborrezco a la Norman-  
 día, porque os retiene tanto tiem-  
 po.

\* \*

Lleváronse consigo toda mi poe-  
 sia: uno en su inspirado laúd y el  
 otro en sus inspirados pinceles;  
 en el manantial de su poesía y de  
 su pintura bebía la inspiración  
 mi Musa favorita.

\* \*

¡Adiós, pues, manantial! ¡Adiós,  
 cariñosos corazones que dulcifica-  
 ban toda mi vida! ¡Adiós, pues,  
 a la alegría que esos dos seres, de  
 tan diferente genio, infundían en  
 mi pecho con idéntica amistad!

\* \*

Creo verles aquí aún cuando  
 pasaban discutiendo la ojiva y el  
 arco delante de un viejo pórtico;  
 o verles en sus momentos de des-  
 canso buscar detrás de una celo-  
 sia unos ojos negros a través  
 del varillaje de un abanico.

\* \*

De la joven bella y del antiguo  
 monasterio, tú, píntanos la belle-  
 za; tú, descríbenos el misterio,  
 con ese encanto peculiar de los  
 dos; a través del transparente

velo y de la amarillenta muralla,  
 sabéis ver, amigos míos, en la  
 mujer el amor y Dios en el tem-  
 plo.

\* \*

Proseguid vuestro camino, ar-  
 tista y apóstol, hermanos geme-  
 los; aquél nos pinta el universo  
 que éste nos explica, porque para  
 vuestra felicidad, cada uno de  
 vosotros tiene en la tierra su  
 porción propia; el pintor tiene  
 el mundo; el poeta, el alma, y  
 los dos, la inspiración del Omni-  
 potente.

15 de mayo de 1830.

## XXIX

Obscuritate rerum verba saepe obscurantur.  
 GERVASIUS TILBERIENSIS.

## LA PENDIENTE DE LA IMAGINACIÓN

Amigos, no ahondéis la pro-  
 fundidad de vuestros desvaríos.  
 No queráis cavar en el suelo de  
 vuestras llanuras florecientes, y  
 cuando se ofrece a vuestros ojos  
 el Océano dormido, nadad en la  
 superficie o recorred sus orillas.  
 El pensamiento es sombrío; por  
 pendiente insensible se desliza

desde el mundo real a la invisible  
 esfera; su espiral es profunda, y  
 cuando a ella se descende, sin  
 cesar se prolonga y se ensancha,  
 y el que pasa rozando alguno de  
 sus fatales enigmas, regresa pá-  
 lido de ese viaje vertiginoso.

\* \*

El otro día acababa de llover,  
 porque han empañado este año  
 el estío los cierzos y las lluvias,  
 y el hermoso mes de mayo, cuya  
 apacibilidad suele ser engañosa,  
 toma la máscara del abril, que  
 sonríe y que llora. Había subido  
 el transparente de góticos colori-  
 nes de mi ventana, y contemplaba  
 desde lejos las flores y los árboles.  
 Las gotas de la lluvia brillaban  
 en el verde césped al recibir los  
 rayos del sol, y mi abierta ventana  
 traía desde el jardín a mi tran-  
 quilo espíritu la algazara de los  
 niños que jugueteaban y el canto  
 enamorado de los pájaros. París,  
 con sus grandes olmos, con sus  
 casas, con sus cúpulas, todo él  
 flotaba ante mi vista envuelto en  
 la espléndida luz del sol de mayo.  
 Me quedé absorbido en estas tres  
 armonías, primavera, mañana, in-  
 fancy, que se confundían ante  
 mis ojos y en mi imaginación: el  
 Sena, como yo, dejaba fluir con  
 suavidad las olas por su pendiente  
 y el astro del día evaporaba al  
 mismo tiempo en las playas el  
 agua del río en nieblas y mi pen-  
 samiento en desvaríos.



\* \*

¿Lo sabremos algún día?  
 ¿Quién romperá vuestros velos,  
 oscuros firmamentos, sembrados  
 de nubes de apiñadas estrellas?  
 ¿Quién puede, ¡oh mar! descender  
 a tus profundidades y registrar-  
 las? ¿Qué ciencia nos lo enseñará?  
 Buscad en el lecho de los mares,  
 y en el Océano conocido jamás  
 podréis sondear la perla divina  
 del alma.

\* \*

¿Qué debemos hacer, qué de-  
 bemos pensar? ¿Negar, dudar o  
 creer? ¡Encrucijada tenebrosa!  
 ¡Triple camino en las tinieblas  
 de la noche! El hombre más sabio  
 se sienta al pie de un árbol y  
 murmura: «Señor, iré donde tú  
 me envíes.» Espera, y por los tres  
 sombríos caminos, meditabundo  
 y taciturno, oye caminar al géne-  
 ro humano.

Mayo de 1830.

## XXVIII

A MIS AMIGOS S. B. Y L. B.

Lamento vuestra ausencia, mis  
 queridos amigos, el pintor y el  
 poeta; no me encuentro sin vos-

otros y de continuo os estoy ha-  
 mando; aborrezco a la Norman-  
 día, porque os retiene tanto tiem-  
 po.

\* \*

Lleváronse consigo toda mi poe-  
 sia: uno en su inspirado laúd y el  
 otro en sus inspirados pinceles;  
 en el manantial de su poesía y de  
 su pintura bebía la inspiración  
 mi Musa favorita.

\* \*

¡Adiós, pues, manantial! ¡Adiós,  
 cariñosos corazones que dulcifica-  
 ban toda mi vida! ¡Adiós, pues,  
 a la alegría que esos dos seres, de  
 tan diferente genio, infundían en  
 mi pecho con idéntica amistad!

\* \*

Creo verles aquí aún cuando  
 pasaban discutiendo la ojiva y el  
 arco delante de un viejo pórtico;  
 o verles en sus momentos de des-  
 canso buscar detrás de una celo-  
 sia unos ojos negros a través  
 del varillaje de un abanico.

\* \*

De la joven bella y del antiguo  
 monasterio, tú, píntanos la belle-  
 za; tú, descríbenos el misterio,  
 con ese encanto peculiar de los  
 dos; a través del transparente

velo y de la amarillenta muralla,  
 sabéis ver, amigos míos, en la  
 mujer el amor y Dios en el tem-  
 plo.

\* \*

Proseguid vuestro camino, ar-  
 tista y apóstol, hermanos gеме-  
 los; aquél nos pinta el universo  
 que éste nos explica, porque para  
 vuestra felicidad, cada uno de  
 vosotros tiene en la tierra su  
 porción propia; el pintor tiene  
 el mundo; el poeta, el alma, y  
 los dos, la inspiración del Omni-  
 potente.

15 de mayo de 1830.

## XXIX

Obscuritate rerum verba saepe obscurantur.  
 GERVASIUS TILBERIENSIS.

## LA PENDIENTE DE LA IMAGINACIÓN

Amigos, no ahondéis la pro-  
 fundidad de vuestros desvaríos.  
 No queráis cavar en el suelo de  
 vuestras llanuras florecientes, y  
 cuando se ofrece a vuestros ojos  
 el Océano dormido, nadad en la  
 superficie o recorred sus orillas.  
 El pensamiento es sombrío; por  
 pendiente insensible se desliza

desde el mundo real a la invisible  
 esfera; su espiral es profunda, y  
 cuando a ella se descende, sin  
 cesar se prolonga y se ensancha,  
 y el que pasa rozando alguno de  
 sus fatales enigmas, regresa pá-  
 lido de ese viaje vertiginoso.

\* \*

El otro día acababa de llover,  
 porque han empañado este año  
 el estío los cierzos y las lluvias,  
 y el hermoso mes de mayo, cuya  
 apacibilidad suele ser engañosa,  
 toma la máscara del abril, que  
 sonríe y que llora. Había subido  
 el transparente de góticos colori-  
 nes de mi ventana, y contemplaba  
 desde lejos las flores y los árboles.  
 Las gotas de la lluvia brillaban  
 en el verde césped al recibir los  
 rayos del sol, y mi abierta vent-  
 ana traía desde el jardín a mi tran-  
 quilo espíritu la algazara de los  
 niños que jugueteaban y el canto  
 enamorado de los pájaros. París,  
 con sus grandes olmos, con sus  
 casas, con sus cúpulas, todo él  
 flotaba ante mi vista envuelto en  
 la espléndida luz del sol de mayo.  
 Me quedé absorbido en estas tres  
 armonías, primavera, mañana, in-  
 fancy, que se confundían ante  
 mis ojos y en mi imaginación: el  
 Sena, como yo, dejaba fluir con  
 suavidad las olas por su pendiente  
 y el astro del día evaporaba al  
 mismo tiempo en las playas el  
 agua del río en nieblas y mi pen-  
 samiento en desvaríos.



\* \*

Entonces vi con los ojos de la mente, alrededor mío, a mis amigos, no confusamente, sino con la misma claridad que los veo cuando vienen por la noche a mi casa; al uno con sus brillantes pinceles y al otro con sus versos de ardiente inspiración; todos los demás amigos estaban formando círculo; éíamos y mirábamos; nadie faltaba a la reunión; asistían hasta los que se hallaban realizando largos viajes, acudían hasta los difuntos, conservando el mismo aspecto que cuando vivían. En cuanto contemplé durante algunos instantes con los ojos de mi pensamiento a todos mis compañeros sentados junto al hogar, vi que temblaban sus confusos semblantes y que por grados palidecían y se borraban sus facciones descoloridas, y todos ellos, como un arroyo que se pierde en un lago, se desvanecían alrededor de mí

\* \*

¡Vi con los ojos del pensamiento una innumerable multitud, un caos de voces, de ojos, de pasos; hombres a quienes jamás había visto, hombres que yo no conocía, vi todos los vivos! ¡Vi ciudades murmurando como un bosque

de América o susurrando como una colmena llena de abejas, caravanas acampadas en el ardiente desierto, marineros dispersos por el Océano! Vi los dos polos, el mundo entero, el mar, la tierra, los Alpes de frente nevada, el Etna con su sombrío cráter, y a un mismo tiempo el otoño, el estío, la primavera y el invierno, los valles que descendían desde la tierra hasta el mar y los mares que inundaban las campiñas, los cabos y los grandes continentes, brumosos, verdes o dorados, inundados constantemente por la inmensidad de los mares.

\* \*

¡Todo esto, como un panorama, en una cámara oscura, se reflejaba en mi espíritu; todo esto vivía en él y pasaba! Entonces, fijándose más atentamente mi pensamiento y mi vista en infinitas perspectivas que el soplo del viento o el paso de las estaciones me ofrecían a cada momento, vi surgir de pronto, y algunas veces del fondo de las olas, al lado de las ciudades vivas de los dos mundos, otras ciudades desconocidas, nunca vistas, sepulcros ruinosos de los tiempos pasados, en donde se hallaban amontonadas torres y pirámides y ciudades que bañaban sus pies en el mar y sus cabezas en el cielo húmedo. Algunas de ellas salían de debajo de las

\* \*

ciudades vivas, y desde los siglos pasados hasta la edad presente pude contar tres pisos de Romas. Y mientras confundíendose los clamores y griterío de todas las ciudades de los vivos con el murmullo del pueblo o con los pasos del ejército, las ciudades del pasado, cerradas y mudas, sin lanzar humo por sus chimeneas, sin que surgiese ningún rumor de su seno, callaban y parecían colmenas vacías. De improviso oí gran estruendo. Las razas muertas de las desoladas ciudades abrieron las puertas y vi que marchaban como las ciudades vivas, pero levantando una polvareda mucho mayor. Entonces vi las torres, los acueductos, las pirámides y las columnas; el interior de las antiguas Babilonias, a Cartago, Tiro, Tebas y Sión, de donde incessantemente salían las generaciones.

\* \*

Así lo abarqué todo; el mundo con su faz antigua y con su faz moderna, el pasado y el presente, los vivos y los muertos, la humanidad entera. Todo me hablaba a la vez y se me hacía comprensible, el habla del pelasgo Orfeo y del etrusco Evandro, las ruinas de Irmensul, la esfinge agipcia y la voz del nuevo mundo, que no es más joven que el antiguo.

\* \*

No podría describiros lo que veía. Era como un inmenso edificio edificado con el hacinamiento de siglos y de lugares, en el que no se podían encontrar ni los bordes ni los centros; que sustentaba en todas sus alturas naciones, pueblos, razas; millones de obreros humanos, que dejando por doquiera sus huellas, trabajaban de noche y de día, hablando cada uno un idioma y sin entenderse, y yo recorría, en busca de alguien que me respondiera, de grada en grada, esa Babel del mundo.

\* \*

En ese sueño espantoso me sorprendió la noche, obscureciéndolo todo, y en las regiones que la mirada no puede escudriñar cuanto más numerosos eran los hombres, la obscuridad era más densa; y sólo un soplo que pasaba de vez en cuando, como para enseñarme aquel hormiguero humano, iluminaba con resplandores fugaces aquella vasta noche.

No tardaron las tinieblas en envolverme, se disipó el horizonte,



las formas se desvanecieron, y el hombre y los objetos y el ser con el espíritu flotaron a mi soplo y temblé. Todo huía de mi vista. Quedé solo. La extensión quedó sombría. Únicamente se distinguía en lontananza, a través de la sombra, como de un Océano de olas negras y apretadas, en el espacio y el tiempo, amontonada la colección de las unidades.

XXX

## RECUERDO DE LA INFANCIA

A José, conde de S.

Cuncta supercilio.  
HORACIO.

El doble mar del tiempo y del espacio, por el que el navío de la humanidad navega y va y vuelve sin cesar, quise sondearlo, quise llegar a su fondo de arena, cavar y escrutar allí, por sacar de su abismo alguna extraña riqueza y decirnos si su lecho es de roca o es de fango. Mi espíritu sumergióse en ese seno, y en sus profundidades nadó solo y desnudo, bogando desde lo inefable hasta lo invisible... De pronto se volvió, lanzando terrible grito, fascinado, jadeante, estúpido y lleno de terror, porque en el fondo había encontrado la eternidad.

Mayo de 1830.

Un día que en el Pantheon se celebraba una gran fiesta, vi pasar a Napoleón, cuando yo no tenía más que siete años. Para contemplar su figura heroica me escabullí del lado de mi madre, porque las hazañas realizadas por ese hombre exaltaban mi imaginación; mi cariñosa madre, que con facilidad se sobresaltaba, asustábase al oírme hablar de guerras, de asaltos y de batallas en mis años más tiernos.

Lo que hizo que de mí se apoderase un santo temor cuando apareció el emperador a la cabeza de su séquito, mientras los otros niños preguntaban a sus madres si era aquel el héroe, no fué el ver que le seguía todo un pueblo, ni verle desde lejos cubierta la cabeza con sus viejo sombrero,

más hermoso en él que una diadema, ni que fueran tras de él diez vasallos coronados, que temblando se fijaban en sus espuelas, ni sus veteranos granaderos, ni el voltrear de las campanas, ni los coros que cantaban; lo que me conmovió y dejó en mi ánimo cierta impresión de gravedad para siempre, fué, entre los cánticos de gloria, entre las aclamaciones que levantaba, ver a aquel hombre soberano pasar silencioso y grave como un dios de bronce.

\* \*

Por la noche se lo conté a mi padre, mientras se despojaba de su uniforme de guerra y yo jugaba con sus charreteras; pero mi padre sacudió la cabeza sin contestarme. Con frecuencia una idea se apodera de nuestro espíritu y se nos aparece a cada instante: la cándida infancia tiene sus asombros.

\* \*

Al día siguiente, para ver la puesta de sol, subí con mi padre a la colina que domina París por la parte de Levante, y caminábamos los dos; él pensativo y yo divagando. Aquel hombre se me aparecía como un ser extraor-

dinario. Hablando con mi padre, le pregunté: — «¿Por qué el emperador, el enviado de Dios, que todo lo mueve, que todo lo dirige, que todo lo dirige, que todo lo dirige, ni sus veteranos granaderos, ni tiene esa inmovilidad y esas miradas frías?...» Mi padre, cogiendo con sus manos mi débil cabeza y mostrándome lejos el espacioso horizonte, me contestó: «La tierra, que ante tus ojos aparece inmóvil, se conmueve más que el aire, más que las olas y más que las llamas, porque el germen de todo cuanto existe se agita en su seno. En sus tenebrosas profundidades, noche y día siente sumergirse las raíces, serpientes que se nutren en los arroyos de las savias predispuestas, y que las abrevan sin cesar, corren por ella muchas llamas, y tan pronto empapa el cristal, que transforma en diamante, tan pronto en alguna mina sombría alumbrá montones de carbunclos; o saliendo a la luz, todavía con más magnificencia, coloca sobre la frente del Etna un penacho de oro. Continuamente está trabajando el interior de la tierra, y su flanco universal se estremece incessantemente. Gota a gota el manantial de todos los ríos se filtra en ella por la noche. La tierra hace aparecer en su superficie los trigos, las ciudades, los bosques y los hombres. Contempla cómo todo verdea, cómo todo ríe, cómo todo está vivo; pues bien, mientras tú estás mirando todo eso, en el seno de la tierra



que nunca se agota de tanto en sus playas un nuevo ejército, producir, las futuras cosechas tal vez en la obscuridad del alma tiemblan confusamente. de ese hombre surge el sol de un segundo Austerlitz.▶

\* \*

»De la misma manera, hijo mío, trabaja el alma activa y fecunda del poeta que crea y del soldado que edifica. Pero no se conoce; la llama interior que los consume no aparece al exterior. Así también Napoleón, rodeado de esplendores y que tanto ruido hizo al forjar su corona, ese hombre célebre que ves inmóvil y mudo cruzar las calles, mientras un pueblo le aclama, quizás siente bullir y germinar en el fondo de su cerebro un porvenir. Tal vez en su imaginación perspicaz entrevé que la Europa se transformará en una Francia inmensa, y que Berlín, Viena, Madrid, Moscú, Londres y Milán vendrán anualmente a París a rendirle homenaje; que el Vaticano será vasallo del Louvre; que se hundirán en el abismo los antiguos tronos, y que de todas sus ruinas surgirá para la humanidad otro Carlomagno con otro globo de oro en la mano. Y dentro del espíritu en donde bulle ese gran designio tal vez ya caminan los futuros batallones, tal vez ya se llenan las playas de Cherburgo de trabajadores y de instrumentos, tal vez ya se esté construyendo un buque colosal, tal vez flota en sus mares una nueva armada y

Algún tiempo después vi pasar nuevamente a ese héroe, más grande en París que César en Roma, y recordé lo que años atrás oí de los labios de mi padre. Se le tributaban honores casi divinos, y le volví a ver pasar también pensativo, también inmóvil como la primera vez. Le preocupaba tormentosamente su colosal proyecto; cien águilas le escoltaban, como a un César romano; marchaban sus regimientos con las banderas desplegadas; sus pesados cañones, con las bocas inclinadas, corrían atravesando entre la multitud, produciendo el ruido del bronce sobre las cureñas; pero en seguida la figura del héroe desapareció ante mi vista envuelto en nubes de polvo, y pasó. Pronunciaban su nombre todos los labios, las campanas eran echadas al vuelo y tronaban los cañones; su séquito producía gran estrépito en las calles, y con clamores y vitores, el pueblo saludaba a ese transeunte glorioso.

Noviembre de 1831

tan pronto se difunde en delicados versos, como al son del piano, que se estremece cuando cantáis, se explaya en dulcísimas notas musicales.

XXXI

A MADAME MARÍA M.

Ave María, gratia plena.

Vuestras miradas son tímidas y vuestra frente serena. Aunque por pudor o por tener de nosotros compasión nos ocultéis vuestra alma cuando el soplo celeste agita vuestro corazón, como fuego escondido bajo la ceniza, de repente se inflama y centellea.

\* \*

Dejad que oigamos con frecuencia esa voz, que permanece silenciosa. Cuando visteis la luz del día cantaba un ruiseñor. Un sol delicioso os vió nacer. Siendo niña estaba a la cabecera de vuestra cuna un ángel que os marcó con el sello poético, quizás un Dios, quizás vuestro padre.

\* \*

Dos vírgenes hermanas, la poesía y la música, llenan vuestro pensamiento de infinitas dulzuras; vuestro genio ha gozado de dos auroras a la vez, vuestro espíritu

\* \*

Hacéis soñar al poeta que sin cesar piensa en vos cuando el cielo está oscuro, cuando la media noche extiende sus velos; porque el alma del poeta que se compone de sombra y de amor, es una flor nocturna que se entrea bre al morir el día y expone su corola a la luz de las estrellas.

9 de diciembre de 1830.

XXXII

PARA LOS POBRES

Qui done au pauvre, prete a Dieu.  
V. H.

En vuestras fiestas invernales, vosotros los felices del mundo, ¡oh ricos! cuando el baile os agita en voladores círculos; cuando por todas partes a vuestro alrededor veis brillar las lámparas, candelabros y espejos, y la alegría en el rostro de todos los convidados; cuando con sonoro acento, en vuestra feliz morada, oís en e



reloj la voz grave de las horas, caminan agobiados bajo el peso ¿pensáis algunas veces que, quiza en aquel preciso momento en las calles inmediatas, se detiene un indigente hambriento y ve pasar vuestras iluminadas siluetas tras de los vidrios del salón lleno de luces?...

\* \*

Pensad que está allí abajo, transido de frío y helado por la nieve, ese padre indigente, que al contemplar vuestra fiesta, exclama en voz reconcentrada:— ¡Cuánta riqueza para uno solo! ¡Qué rico debe ser! ¡Cuántos amigos acuden a su festín! ¡Es muy dichoso, sus hijos le sonríen; con lo que valen sus juguetes tendrían para comer pan los míos!

\* \*

Después el indigente compara con vuestro salón de baile su miserable hogar apagado y pobre, sus hijos hambrientos, su madre pálida y andrajosa, tendida sobre un montón de paja, en el suelo y tiritando, la anciana abuela, que el invierno enfrió ya lo bastante para hacerla entrar en la tumba.

\* \*

Dios ha establecido estos grados en la fortuna humana; unos

de las penas, y pocos son convidados al banquete de la dicha; todos no pueden sentarse en él con igual facilidad. Una ley, que nos parece injusta en el mundo, dice a unos: ¡Gozad! y a los otros: ¡Envidiad!

Este pensamiento, amargo y sombrío, fermenta en silencio en el corazón de los miserables. Ricos hombres felices, que os adormecéis en la voluptuosidad, tened cuidado de que los desheredados de la fortuna no os arranquen de las manos esos bienes superfluos que atraen sus miradas; que os los arranque la caridad.

La benéfica caridad que el pobre idolatra, que es la madre de aquellos que tienen la suerte por madrastra, que levanta y sostiene a los caídos y a los infelices; la que, sacrificándose cuando sea preciso como el Dios mártir, cuyo ejemplo sigue, exclamará: «Bebed, comed, ésta es mi carne, ésta es mi sangre.»

Que sea ella, ¡oh ricos! la que las alhajas, los diamantes, las cintas y las perlas, para que el indigente

se alimente, de los brazos de vuestros hijos y del seno de vuestras mujeres las quite, para dárselos a los pobres.

so:—«Nos compadeció»; para que el indigente, helado de frío, fije miradas menos feroces en vuestros salones de baile.

\* \*

\* \*

Dad, ricos. La limosna es gemido de la oración. Cuando un anciano, en el umbral de vuestras puertas, helado por el frío del invierno, en vano os pide de rodillas; cuando sus pequeñuelos, con las manos amoratadas por el frío, recogen a vuestros pies las migajas del banquete, Dios, ofendido, aparta la vista de vosotros.

Dad, para tener a Dios propicio; para que hasta el mismo perverso se incline al pronunciar vuestro nombre; para que tengáis un hogar tranquilo; para que un día, en vuestra última hora, alcance la absolución de vuestros pecados la oración que rece un mendigo por vosotros en el cielo.

Enero de 1830.

\* \*

Dad, para que Dios, que dota a las familias, dé fuerza a vuestros hijos y gracia a vuestras hijas; para que vuestra viña produzca fruto en abundancia; para que el trigo se amontone en vuestros graneros; para que seáis mejores; para que veáis en vuestros sueños pasar ángeles por la noche.

XXXIII

A... TRAPISTA EN LA MEILLERAYE

Hermano mío, la tempestad fué terrible; el huracán impetuoso que soplabá arrastrándonos de escollo en escollo, cuando vos partisteis abrió de par en par el vasto abismo y amontonó las olas alrededor de vuestro esquiife.

\* \*

Dad; porque llegará un día en que abandonaréis el mundo y en que vuestras limosnas os proporcionarán en el cielo una riqueza. Dad, para que diga el menestero-

Sucesivamente, de prisa, para evitar el naufragio, para aligerar

\* \*



reloj la voz grave de las horas, caminan agobiados bajo el peso ¿pensáis algunas veces que, quiza en aquel preciso momento en las calles inmediatas, se detiene un indigente hambriento y ve pasar vuestras iluminadas siluetas tras de los vidrios del salón lleno de luces?...

\* \*

Pensad que está allí abajo, transido de frío y helado por la nieve, ese padre indigente, que al contemplar vuestra fiesta, exclama en voz reconcentrada:— ¡Cuánta riqueza para uno solo! ¡Qué rico debe ser! ¡Cuántos amigos acuden a su festín! ¡Es muy dichoso, sus hijos le sonríen; con lo que valen sus juguetes tendrían para comer pan los míos!

\* \*

Después el indigente compara con vuestro salón de baile su miserable hogar apagado y pobre, sus hijos hambrientos, su madre pálida y andrajosa, tendida sobre un montón de paja, en el suelo y tiritando, la anciana abuela, que el invierno enfrió ya lo bastante para hacerla entrar en la tumba.

\* \*

Dios ha establecido estos grados en la fortuna humana; unos

de las penas, y pocos son convidados al banquete de la dicha; todos no pueden sentarse en él con igual facilidad. Una ley, que nos parece injusta en el mundo, dice a unos: ¡Gozad! y a los otros: ¡Envidiad!

Este pensamiento, amargo y sombrío, fermenta en silencio en el corazón de los miserables. Ricos hombres felices, que os adormecéis en la voluptuosidad, tened cuidado de que los desheredados de la fortuna no os arranquen de las manos esos bienes superfluos que atraen sus miradas; que os los arranque la caridad.

La benéfica caridad que el pobre idolatra, que es la madre de aquellos que tienen la suerte por madrastra, que levanta y sostiene a los caídos y a los infelices; la que, sacrificándose cuando sea preciso como el Dios mártir, cuyo ejemplo sigue, exclamará: «Bebed, comed, ésta es mi carne, ésta es mi sangre.»

Que sea ella, ¡oh ricos! la que las alhajas, los diamantes, las cintas y las perlas, para que el indigente

se alimente, de los brazos de vuestros hijos y del seno de vuestras mujeres las quite, para dárselos a los pobres.

so:—«Nos compadeció»; para que el indigente, helado de frío, fije miradas menos feroces en vuestros salones de baile.

\* \*

\* \*

Dad, ricos. La limosna es gemido de la oración. Cuando un anciano, en el umbral de vuestras puertas, helado por el frío del invierno, en vano os pide de rodillas; cuando sus pequeñuelos, con las manos amoratadas por el frío, recogen a vuestros pies las migajas del banquete, Dios, ofendido, aparta la vista de vosotros.

Dad, para tener a Dios propicio; para que hasta el mismo perverso se incline al pronunciar vuestro nombre; para que tengáis un hogar tranquilo; para que un día, en vuestra última hora, alcance la absolución de vuestros pecados la oración que rece un mendigo por vosotros en el cielo.

Enero de 1830.

\* \*

Dad, para que Dios, que dota a las familias, dé fuerza a vuestros hijos y gracia a vuestras hijas; para que vuestra viña produzca fruto en abundancia; para que el trigo se amontone en vuestros graneros; para que seáis mejores; para que veáis en vuestros sueños pasar ángeles por la noche.

XXXIII

A... TRAPISTA EN LA MEILLERAYE

Hermano mío, la tempestad fué terrible; el huracán impetuoso que soplabá arrastrándonos de escollo en escollo, cuando vos partisteis abrió de par en par el vasto abismo y amontonó las olas alrededor de vuestro esquiife.

\* \*

\* \*

Dad; porque llegará un día en que abandonaréis el mundo y en que vuestras limosnas os proporcionarán en el cielo una riqueza. Dad, para que diga el menestero-

Sucesivamente, de prisa, para evitar el naufragio, para aligerar



la nave, expuesta a la terrible tempestad, casi engullido por las alborotadas olas, fué preciso que alijaseis al mar placeres, libertad, fantasía, familia, amor, todos esos tesoros.

\* \* \*

Además necesario fué que vos, solo y desnudo, bogaseis solitario, arrastrado por la corriente del oleaje, sin tocar tierra jamás, sin llevar en el esquiife, separado de los nuestros, más que la vela y la brújula, al alma y a Dios.

Mayo de 1830.

XXXIV

BIEVRE

A. M. Luisa B.

Un horizon fait a sonhait pour le plaisir des yeux.

FENELON.

I

¡Sí; este es el valle, el valle umbrío y tranquilo! Aquí el verano esparce grata frescura; aquí duran mucho tiempo las efímeras flores; aquí el alma contempla, escucha. adora y aspira y tiene

piedad del mundo, loca morada, en la que el hombre cada día deja menos espacio para Dios.

Un río en el fondo, bosques sobre las dos pendientes: aquí, grandes álamos festoneados de trepadora viña, praderas en las que el segador ve curtirse sus brazos nervudos; allí, pensativos sauces llorando sobre la playa, y que, como una mujer indolente que se baña, dejan que moje el agua el extremo de su cabellera.

\* \* \*

Allá, bajo el vado, se ven, entre aguas cenagosas, cuando le atraviesan, las piernas de las jornaleras; campos cuadrilongos de dorado trigo; estanques de agua límpida; en la parte sombría, paredes gredosas y techos negros; terrenos oscuros en los barrancos, que las lluvias destruyen, y en lontananza un acueducto que parece un puente erigido en el aire.

\* \* \*

Y coronando sus vedergueantes colinas las profundidades del cielo, surge el pabellón construido por Dios, que, llenando de día de pliegues azules el espacio, parece

un dosel suspendido sobre el sol, de cuyo ropaje sólo son visibles los clavos de plata durante la noche.

\* \* \*

Ese es uno de los sitios donde el corazón se siente vivificado; algo celestial flota en aquel ambiente que le embriaga; es uno de los sitios que siendo yo niño prefería, en el que la belleza serena, íntima e inagotable, derrama en el alma el sublime olvido de todo aquello que es desagradable así del mundo como de los hombres.

II

Si cuando nace el alba se camina por las lomas cubiertas de bosque, que sirve de abrigo a los cervatillos, por el áspero camino cuyas piedras lastiman los pececitos de los niños, cuando el sol aparece y el árbol siente correr su savia bajo la corteza, el valle parece un hermoso ensueño; la niebla se disipa, la naturaleza se despierta, la flor rosada se abre, la brisa suspende en ella una abeja y el rocío una gota cristalina.

\* \* \*

En su pintoresco paisaje, en canto de la vista, el arbusto,

el ave de paso, la hierba que tiembla y reluce, el árbol viejo que la edad doblega, la torrecilla que está junto al molino, el agua diáfana del arroyo, todo lo que sonríe, todo lo que canta, todo lo que suspira, todo lo que alienta, todo lo que habla, todo produce armonioso rumor.

III

Si por la tarde, dejando que el pensamiento divague errante, de sendero en sendero, desde lo alto de la colina, descendemos a la casa, que os excita durante todo el día a mirar hacia abajo, al fondo de la pradera, y que se presenta a la imaginación como una hermosa flor;

\* \* \*

Si estáis dentro de ella, vos, cuyas manos consiguen que el piano hable la lengua propia de vuestra alma; si es en uno de aquellos instantes dulces y misteriosos en los que la música, espíritu de arrobamientos y de delirio, cuyas alas hacen el ruido de una lira, reverbera en vuestros cantos el brillo de vuestros ojos;

\* \* \*

Si vuestros hijos pequeñuelos, que buscan constantemente, con-



funden sus alegres risas con las melodías que moduláis; si vuestro noble padre sonríe contemplando los juegos de los niños y oyendo vuestro canto; si todo esto sucede, oyendo vuestra voz que penetra en el interior del alma, bajo ese cielo tachonado de estrellas, se cree en la familia, en el reposo, en la dicha; el corazón se inunda de alegría y de amor, sentimos que nuestros ojos se humedecen, levantamos las manos al cielo y no podemos por menos que exclamar: —¡Gracias, Señor!

IV

No se desea ya nada más; porque allí nuestra alma se sume en la contemplación de la naturaleza y en la poesía, sin pensar de que cerca, y oculto tras los bosques y tras la cadena de colinas azules, a cuatro pasos, que llamamos cuatro leguas, duerme el gigante París.

No nos acupamos ya de si la opulenta ciudad, capital predilecta del mundo que está en fusión, abre o cierra tal día sus cráteres humeantes, ni de cómo miran los reyes en el momento actual hervir en ese Vesubio de hombres la lava de los sucesos.

Mayo de 1830.

## XXXV

## PUESTAS DE SOL

Merveilleux tableaux que la vue découvre à la pensée.  
C. NODIER.

I

Plácenme las tardes serenas y tranquilas, ya doren la frente de antiguas guaridas sepultadas entre la hojarasca, ya en lontananza ensanche su cortinaje la bruma, ya los rayos del sol desgarran en el cielo azul un grupo de amontonadas nubes.

\*\*

¡Mirad el cielo! Corren las nubes reunidas en el espacio, impulsadas por los vientos y agrupando sus caprichosas formas; de repente fulgura en ellas un pálido relámpago, como si de súbito un gigante de los aires las cortase con su formidable espada.

\*\*

El sol brilla aún a través de sus sombras; ya parece que forme

sobre ellas esbeltas cúpulas de suspende Dios con profusión en oro, ya las hace brillar como el la inmensidad del cielo, como un techo de una choza, ya disputa guerrero que cuelga en las vigas las nieblas al horizonte, ya recorta del techo sus resonantes armaduras sobre ellas grandes lagos de luz al caer sobre los húmedos céspedes.

\*\*

Después se cree ver en el barrido cielo, suspendido, un gran cocodrilo, de espalda ancha y rayada, con tres filas de dientes de acero; y que sobre su cobrizo vientre se desliza un rayo y que cien nubes ardientes brillan junto a sus flancos oscuros. como escamas doradas.

\*\*

Después se levanta en ellas un palacio. Después tiemblan por unos momentos y todo huye. El edificio de nubes destruído se desploma de repente, se esparce en lontananza por el cielo, y sus conos rojos penden con la punta hacia abajo, sobre nuestras cabezas, semejantes a montañas puestas del revés.

\*\*

Esas nubes de oro, de cobre, de hierro, en las que duermen produciendo murmullos sordos el huracán, la tromba y el rayo, las

El sol, precipitado desde las alturas como un globo de cobre, se lanza contra las fraguas removiditas, cayendo sobre ellas; su choques, que las desbarata, y hace, en copos de fuego, saltar hasta el cenit la ardiente espuma de las nubes.

Mirad el cielo; desde que huye el día en cualquier sitio y en cualquier tiempo que sea, con inefable amor contempladle al través de sus velos, que siempre hallaréis un misterio oculto en el fondo de su grave hermosura; se halla este misterio en el invierno, cuando los velos son fúnebres como una mortaja, y se encuentra también en el verano, cuando la noche los borda de rutilantes estrellas.

Junio de 1828.

II

El día va desapareciendo en lo alto de los cielos tras los velos del celaje; de vez en cuando se aven-



tura a aparecer una estrella; la noche lentamente va subiendo a su trono de tinieblas; una parte del cielo está ya oscura, en la otra brilla escasa luz, y sucediendo a la puesta del sol, el crepúsculo expira por momentos sobre los negros collados.

22 de julio de 1828.

## III

Y allá abajo, alumbrando artificialmente los cristales de sus balcones y ventanas con su catedral de flechas dentadas, con las torres de sus palacios y las de su cárcel, con sus altos campanarios, irguiéndose como una sierra colosal, la ciudad con sus innumerables techos se destaca en el horizonte.

Quisiera presenciar desde una alterosa torre cómo la ciudad se abre bajo mis pies como un abismo; quisiera huir, oyendo cómo muere el vasto murmullo de la ciudad, que de día suena con más estrépito que el Sena, cuando ese gran río se irrita contra los puentes.

Quisiera contemplar a la antigua ciudad, extendida en su le-

cho delante de mí, dejando escapar suspiros de su boca, como si la obligase a gemir la fatiga, y vigilando solo, sobre ella, entre los ruidos sordos del Océano y de la multitud, tener a mis pies la gigante dormida.

Quiero ir más lejos, más lejos aún! A la luz rojiza del sol poniente, gustaría de ver cómo la obscuridad crece y se extiende en los campos; la ciudad está demasiado cerca de mí; la oigo y la veo; para entregarme por completo a mis pensamientos, la voz cascada de París murmura demasiado cerca de mí.

Quiero huir bastante lejos para que un matorral me oculte la niebla, que París lleva en la frente como un penacho, esa nube eterna detenida encima de sus torres; para que el zumbido débil del mosquito que pasa apague en mis oídos la gran voz de la ciudad.

28 de agosto de 1827.

escalones de oro de un edificio de nubes; y espantados vemos a lo lejos en la esfera azul, en una isla del aire que con audaz vuelo se aventura en el éter, subir hasta el cielo, con sus escaleras, sus puentes y sus grandes torres, alguna Babel desmesurada

8 de julio de 1831.

## VI

El sol se ha puesto esta tarde entre nubes. Mañana rugirá el huracán, volverán a aparecer otra vez el día y la noche, después el alba con sus claridades, y todos los días y todas las noches pasarán así. Pasarán así en multitud sobre los mares, sobre los montes, sobre los ríos y sobre los bosques, como confuso himno cantado por los muertos queridos que amábamos cuando vivieron. Y la superficie de las aguas y la frente de las montañas, arrugadas pero no envejecidas, y los bosques siempre verdes, se rejuvenecerán; pero yo, inclinando más cada día la cabeza, pasaré; y helado a pesar del sol ardiente, desapareceré del mundo en medio de la fiesta de la naturaleza, sin que por eso deje ésta nunca de ser fértil ni magnífica.

Abril de 1829.

## IV

¡Dadme alas y hasta las nubes dejadme que vuele, dejadme que subal! En estas pobres regiones bastante he soñado y he sufrido ya. Dejadme volar hacia otros mundos. Basta ya de seguir un faro en las noches tenebrosas; basta ya de sueños y de dudas; la voz misteriosa que oigo acá en el mundo quizás la oiré con más claridad allá arriba.

Prestadme alas o facilitadme velas; quiero llegar hasta las estrellas, o ir en un bajel hasta el extremo del mundo; quizás allí se encuentre la llave del misterio que explique el orden universal, y quizás los poetas lean con facilidad esa página del cielo.

Septiembre de 1828.

Algunas veces, entre los pliegues de engañosas nubes, allá arriba, a través de la brecha vaporosa que agita el viento de la tarde, detrás de las últimas nieblas, acaso más lejos, aparecen de repente a la vista los mil



fundir en sus obras, en otro tiempo inspiradas por la gracia o el amor, el fresco encanto de la edad juvenil.

## XXXVI

\* \*

Llega un día en que de repente el artista que gasta pródigamente sus días, en el peso de su frente conoce el peso de los años. Se despierta una madrugada acosado por una idea, que le hace exclamar: —«He malgastado mis hermosos días y pocos me quedan ya! Veo el fondo de mi vida, como el hombre pródigo ve que está vacío el fondo de su arca.» Conoce que los rayos ardientes del sol hacen inclinar su cabeza, de igual manera que al mediodía, hacen doblar las flores; cuando se aventura a andar, cumpliendo con la ley de su destino, contempla a su paso, mojados los céspedes, como por la mañana, y sabiendo que su aurora ya se ha disipado, exclama: —«Esto lo produce la lluvia, pero no el rocío!»

Ese encanto se pierde para siempre. Cuando se van buscando al acaso esos pensamientos, que en el camino encontramos y que permiten que, por la noche, entre el artista en su gabinete orgulloso y altivo, cuando sale para meditar, cuando vaga errante, ya por los prados, ya por los bosques, ya por las enrucijadas tumultuosas de París, siempre en el fondo de todo, siempre en su espíritu, hasta en las ocasiones en que el arte le embriaga y le sonríe, encuentra con gran tristeza la pesadumbre de haber visto desaparecer su pasado, cualquiera que éste haya sido.

Noviembre de 1831.

## XXXVII

\* \*

Esto es hecho. Su genio ha adquirido madurez; puede llegar mejor a las más altas cumbres; el hogar que enciende arroja menos humo; cuando asciende su astro levanta menos cantidad de bruma; su celebrado corcel recorre mejor los campos acotados; pero ya no conserva, ya no puede di-

## LA ORACIÓN PARA TODOS

¡Ora pro nobis!

I

Mi hija se dispone a rezar. Anochece ya; va desapareciendo el crepúsculo vespertino; la bruma

borra poco a poco los contornos de las colinas apenas se oye a lo lejos el ruido lejano de algún carro...; la naturaleza va a entregarse al reposo, y el árbol del camino se sacude al viento de la noche el polvo que se posó sobre él durante el día.

\* \*

\* \*

Empiezan en el celaje a centellear las estrellas; la última luz del sol va apagándose; las tinieblas empiezan a platear la superficie del agua; surcos, senderos y matorrales, todo se confunde y se borra; inquieto el viajero, no acierta a encontrar su camino.

\* \*

El día terminó; recemos, que ya aparece la noche grave y serena. El viejo pastor, el viento en las grietas de las torres, los estanques, los rebaños, todo sufre y todo se queja. La naturaleza, fatigada, tiene necesidad de dormir, necesita oraciones y amor.

\* \*

Esta es la hora en la que los niños hablan con los ángeles. Mientras que nosotros corremos en busca de locos placeres, todos los niños, mirando al cielo, juntas

Luego se dormirán. Entonces, saliendo de la obscuridad, el enjambre numeroso de sueños de oro que nacen cuando se disipan los últimos ruidos del día, y oyendo desde lejos la respiración de las rosadas bocas de los niños, así como a los capullos de las flores acuden las abejas, acudirán a posar su vuelo en las blancas cortinas de los lechos infantiles.

\* \*

¡Delicioso sueño de la cuna, oración de la infancia, cuya voz acaricia siempre y no ofende jamás; dulce religión, que solaza y que sonríe; prelude del concierto de la noche solemne! Como para dormir el pájaro introduce la cabeza bajo el ala, el niño adormece en la oración su inocente espíritu.

II

Hija mía, ve a rezar. Primero reza por la que tantas noches meció tu cuna, por la que te tomó



fundir en sus obras, en otro tiempo inspiradas por la gracia o el amor, el fresco encanto de la edad juvenil.

## XXXVI

\* \*

Llega un día en que de repente el artista que gasta pródigamente sus días, en el peso de su frente conoce el peso de los años. Se despierta una madrugada acosado por una idea, que le hace exclamar: —«He malgastado mis hermosos días y pocos me quedan ya! Veo el fondo de mi vida, como el hombre pródigo ve que está vacío el fondo de su arca.» Conoce que los rayos ardientes del sol hacen inclinar su cabeza, de igual manera que al mediodía, hacen doblar las flores; cuando se aventura a andar, cumpliendo con la ley de su destino, contempla a su paso, mojados los céspedes, como por la mañana, y sabiendo que su aurora ya se ha disipado, exclama: —«Esto lo produce la lluvia, pero no el rocío!»

Ese encanto se pierde para siempre. Cuando se van buscando al acaso esos pensamientos, que en el camino encontramos y que permiten que, por la noche, entre el artista en su gabinete orgulloso y altivo, cuando sale para meditar, cuando vaga errante, ya por los prados, ya por los bosques, ya por las enrucijadas tumultuosas de París, siempre en el fondo de todo, siempre en su espíritu, hasta en las ocasiones en que el arte le embriaga y le sonríe, encuentra con gran tristeza la pesadumbre de haber visto desaparecer su pasado, cualquiera que éste haya sido.

Noviembre de 1831.

## XXXVII

\* \*

Esto es hecho. Su genio ha adquirido madurez; puede llegar mejor a las más altas cumbres; el hogar que enciende arroja menos humo; cuando asciende su astro levanta menos cantidad de bruma; su celebrado corcel recorre mejor los campos acotados; pero ya no conserva, ya no puede di-

## LA ORACIÓN PARA TODOS

¡Ora pro nobis!

I

Mi hija se dispone a rezar. Anochece ya; va desapareciendo el crepúsculo vespertino; la bruma

borra poco a poco los contornos de las colinas apenas se oye a lo lejos el ruido lejano de algún carro...; la naturaleza va a entregarse al reposo, y el árbol del camino se sacude al viento de la noche el polvo que se posó sobre él durante el día.

\* \*

\* \*

Empiezan en el celaje a centellear las estrellas; la última luz del sol va apagándose; las tinieblas empiezan a platear la superficie del agua; surcos, senderos y matorrales, todo se confunde y se borra; inquieto el viajero, no acierta a encontrar su camino.

\* \*

El día terminó; recemos, que ya aparece la noche grave y serena. El viejo pastor, el viento en las grietas de las torres, los estanques, los rebaños, todo sufre y todo se queja. La naturaleza, fatigada, tiene necesidad de dormir, necesita oraciones y amor.

\* \*

Esta es la hora en la que los niños hablan con los ángeles. Mientras que nosotros corremos en busca de locos placeres, todos los niños, mirando al cielo, juntas

Luego se dormirán. Entonces, saliendo de la obscuridad, el enjambre numeroso de sueños de oro que nacen cuando se disipan los últimos ruidos del día, y oyendo desde lejos la respiración de las rosadas bocas de los niños, así como a los capullos de las flores acuden las abejas, acudirán a posar su vuelo en las blancas cortinas de los lechos infantiles.

\* \*

¡Delicioso sueño de la cuna, oración de la infancia, cuya voz acaricia siempre y no ofende jamás; dulce religión, que solaza y que sonríe; prelude del concierto de la noche solemne! Como para dormir el pájaro introduce la cabeza bajo el ala, el niño adormece en la oración su inocente espíritu.

II

Hija mía, ve a rezar. Primero reza por la que tantas noches meció tu cuna, por la que te tomó



en el cielo para ponerte en el espuma, los íntimos recuerdos que mundo; por tu tierna madre, que producen afrenta o amargura y dividiendo en dos partes su vida, que hacen subir el rubor al rostro. bebió siempre el absintio y guardó para ti la miel.

\* \*

Luego reza por mí; yo lo necesito más que ella. Tu madre es como tú, buena, sencilla y leal; lleva la frente erguida y tiene el corazón puro; es prudente y cariñosa; sufre la vida con paciencia, se resigna a las desgracias, sin odiar al que las produce;

Conozco la vida mejor que ella, y te enseñaré, cuando seas mayor y debas instruirte, que es una locura dejarnos engañar por la ambición, por la fortuna y por el arte; y que a menudo encontramos la ignominia en vez de la gloria, y que en tan azaroso juego se puede perder el alma.

\* \*

Siempre cortando flores, nunca su mano casta rozó siquiera la corteza del vicio; ningún lazo es capaz de arrastrarla a mentirosas alegrías; olvida por completo las amarguras pasadas, y no se alojan en su mente esos malos pensamientos que pasan por el espíritu como una sombra por encima del agua.

Viviendo se altera el alma; y aunque de los mortales sea claro el fin, y nos deje ver la causa, apresuramos la vejez cuando nos entregamos al error o al vicio; por más que el hombre, internado ya en la vida, tenga que equivocarse y que dudar en muchas ocasiones. Todos los mortales dejan alguna parte de sí mismos entre los breñales del camino; el cordero los vellones de lana, el hombre la virtud.

\* \*

No sabe lo que son las miserias que en el mundo nos asaltan — ¡y ojalá tú siempre las ignores! — los placeres falsos, las vanidades, los remordimientos, las inquietudes que roen el alma, las pasiones que flotan sobre el corazón como la

Reza, pues, por mí. Di esta oración: — ¡Señor, Señor Dios mío, sois mi padre, sois bueno y sois todopoderoso; os suplico por todos nosotros! — ¡Deja que vaya tu ora-

ción adonde tu alma la envía, y limpio como las aras sagradas, no te preocupes por el camino que se lavan cada día que tome;

\* \*

## III

Reza por todos los que pasan peregrinando por el mundo; por aquellos que se les borran los senderos, en el mar o en la tierra; por el insensato que cifra su alegría en un manto de seda o en la velocidad del galope de un caballo; por todo aquel que sufre y trabaja; por todo el que obre bien y por todo el que obre mal; y la oración hacia el cielo.

\* \*

Quando la oración que rezas por mí vuela hacia Dios, me quedo como el esclavo que se sienta en el valle y deposita su carga en la margen del camino; me encuentro más aligerado, porque tu oración me quita el peso del haz de penas, de faltas y de errores que arrastro gimiendo

Por aquel a quien manchan los placeres, abrazándole desde la noche hasta la mañana; que la hora consagrada al rezo la pasa en los festines, que celebra infame orgía en los instantes de la noche en que el alma eleva al Cielo su religioso himno, y que cuando acaba la oración prosigue en sus placeres, como si Dios no la hubiera oído.

\* \*

Reza por tu padre. Reza para que yo sea digno de ver pasar en mis sueños un ángel que se cierna como un cisne, para que mi alma se purifique; con tu cándido halito borra mis pecados, para que mi corazón quede inocente y excluir a nadie, porque tú crees

\* \*



por los que niegan, porque la infancia substituye a la fe. *la entreabre en el horizonte su pupila protegida por pestañas de oro.*

\* \*

Reza también por los que duermen el sueño de la tumba, en ese negro precipicio que nos está tragando incesantemente. Esas almas en su adversidad necesitan que se las quite el moho de sus cuerpos, y no dejan de sufrir por estar silenciosas; reza por ellas; es necesario compadecer a los muertos.

IV

Póstrate en el suelo, cae de hinojos sobre la tierra, en la que está enterrado el padre de tu padre y la madre de tu madre, en la que todo el que vivió duerme eternamente, en el abismo en que se mezclan todas las cenizas de los hombres.

\* \*

Cuando duermes, niña, sonríes. La alegre bandada de los sueños revolotea en las tinieblas en que está sumida, se asusta al oírte respirar, se va, pero vuelve en seguida; y abres por fin tus hermosos ojos a la vez que el alba, que también es un ojo celestial,

Pero los perversos no pueden dormir así; se agitan inquietos y fríos en sus lechos. Los ángeles no cantan himnos alrededor de ellos; les persigue en sus sueños el mal que causaron; su noche carece de crepúsculo; el implacable remordimiento, convertido en gusano del sepulcro, les roe el corazón.

\* \*

Rezando tú por ellos puedes alcanzar que el remordimiento tome alas y desaparezca volando; que un grato calor reanime su cuerpo yerto, y que llegue hasta ellos un rayo de luz y de vida, algo semejante al murmullo de los vientos de los bosques y de las aguas.

\* \*

Cuando paseas pensativa, a pesar de tu edad infantil, por las playas, junto a las que las olas gimen, o por debajo de árboles de espesas cimas, algunas veces, en los suspiros de las olas y de las brisas, ¿no oyes una voz que te pregunta:—Niña, cuando rezas por mí?

\* \*

\* \*

Esa es la súplica de los muertos. Cuando los muertos tienen quien les rece, sobre la tierra que los cubre crece la hierba más lozana y florida y ningún demonio se burla de ellos; los muertos olvidados sumidos están en noche fría, y siempre algún árbol que nace sobre ellos les clava despiadadamente las raíces hasta el corazón.

\* \*

Reza para que el padre, el tío y los abuelos, que necesitan de nuestras oraciones, se agiten conmovidos en sus tumbas, cuando oigan que los nombras, cuando sepan que en el mundo no los olvidamos.

V

No me corresponde a mí, paloma mía, rezar por todos los mortales, por los vivos que no tienen fe, ni por los muertos que yacen en la tumba; no me corresponde a mí, cuya alma está llena de errores y vacía de fe, rezar por el género humano, porque mi voz es deficiente acaso, Dios mío, para rezar por mí mismo.

VI

Si por los réprobos de la tierra hay quien deba rezar, eres tú, cuya inocencia subyuga; eres tú, cuya cándida plegaria puede redimir a los demás. Pregúntale a ese Padre augusto, que sonríe cuando oye tus oraciones, por qué el árbol ahoga al arbusto, y qué es lo que hace, desde lo justo a lo injusto, vacilar a la razón del hombre. Pregúntale que si la sabiduría sólo pertenece a la eternidad, por qué su soplo nos abate, por qué incesantemente deshoja a la humanidad en la tumba.

\* \*

Los niños velan en el santo lugar por aquellos que están consumidos por los vicios; son las flores que le perfuman, son los incensarios que humean, son las voces que llegan hasta Dios. Dejemos que recen arrodillados los niños: nosotros, que somos pecadores, todos hemos cometido faltas graves, todos nos encontramos en la pendiente del abismo; dejemos que la niñez ore por nosotros.

Niña, distribuye tus plegarias como una limosna; reza por tu



padre, por tu madre y por tus abuelos, por el rico a quien Dios niega la felicidad, por el pobre, por la viuda, por el crimen, por el vicio, reza por todas las miserias del mundo.

\*  
\*\*

Rézale, y cuando notes que se llene tu alma de grato calor, será que El se te acerca, hija mía, y entonces vierte, como antiguamente María la hermana de Marta, todo su perfume a los pies del Señor.

## VII

Niña, cuando todo el día habéis jugado bajo los árboles tú y tus hermanos, y estáis rendidos de cansancio por la noche, necesitáis tomar leche o algún alimento frugal y que vuestra madre arrodillada os lave los pies; pues bien, recorre el mundo un ser que camina entre los hombres sirviéndoles y prestándoles consuelo, a toda hora y en todos lugares, un buen pastor que busca las ovejas descarriadas, un peregrino que viaja de un punto a otro; ese pasajero, ese pastor, ese peregrino es Dios.

\*  
\*\*

Cuando la noche llega está muy cansado y es preciso, para verle sonreír, encontrar un alma que le sirva, un niño que le rece, un poco de cariño. Niña, tú que no sabes engañar, ofrécele tu corazón inocente, temblando y con la vista baja, como precioso cáliz del que temes que se derrame ni una sola gota.

¡Flotad en los aires, mirra o cinamomo, oloroso nardo, éter, dictamo, perfumes olorosos! ¡Prados que las ondas riegan, vapores del altar, pétalos de la rosa, donde liba la abeja; jazmín, gamón, humeantes incensarios, ramas verdes y frágiles, donde la golondrina hace nido en la primavera; azucenas abiertas a los frescos rocíos, ámbar que Dios dora, soplo de la aurora, hálito de la tarde, aroma de la savia de los bosques, olor de la playa que se percibe de noche, ramos de flores de los altares, llama majestuosa de las siete lámparas de oro, espíritu de las rosas, flotad en los aires! ¡Fiestas, que os regocijen el incienso y la algazara! ¡Olores desconocidos, flores abiertas a las brisas de las noches, fragancias imperecederas, que los arcángeles fieles traen en sus alas cuando descenden del cielo! ¡Esencias

suavísimas de los vergeles de la luz; en esa augusta esfera saturáis al alma que ruega entre sollozos; al alma del niño huérfano que suplica por su padre, cuya boca suspira como inefable lira, con voz que hace sonreír, con voz que hace brotar las lágrimas!

\*  
\*\*

## VIII

Cuando esa alma reza, está un ángel de pie a su lado, rozando sus cabellos con las plumas de las alas y enjugando con sus besos los ojos que las lágrimas humedecieran; ángel que acudió al oír que le llamaba el niño, espíritu que sostiene el libro donde deletrea el inocente, y que espera a que éste haya terminado para remontar el vuelo.

\*  
\*\*

Su hermosa frente inclinada parece un vaso preparado para recibir las lágrimas que destila el corazón infantil; el ángel recoge las lágrimas del cariño y los suspiros del dolor; sin cambiar de naturaleza, se llena con las expansiones del alma del niño, como el vaso de cristal se llena de agua hasta los bordes sin cambiar de color.

\*  
\*\*

Sin duda recoge para el Señor el llanto del niño gota a gota y

esa azucena hoja a hoja. Después regresará a formar en las celestiales legiones, conservando esos suspiros y esos perfumes para presentarlos como en copa rebosante para satisfacer la necesidad de amor, única sed de Dios.

## IX

Apartada siempre del camino que sigue el pecador, camina hacia donde Dios te dirige; niña, conserva tu alegría; azucena, conserva tu blancura.

\*  
\*\*

Sé numilde y nada te importen los ricos ni los poderosos, a quienes el más tenue soplo arrastra; la verdadera fuerza radica en el corazón inocente. A menudo Dios desprecia las altas torres, pero mira con cariño el nido de musgo donde canta una tierna voz.



\* \*

Permanece en la soledad y en la pobreza; vive sin inquietud y no te preocupes de otra cosa sino de la eternidad. Se encuentran lejos de nuestras ciudades y lejos de nuestros tranquilos y puros lagos, islas florecientes arrulladas por ondas azuladas, en las que se pueden lavar los remordimientos, que poseen tal encanto, que hasta el incrédulo cae de hinojos en sus playas. La sombra que las inunda nos devuelve la calma y nos hace mejores; su paz es tan profunda, que jamás en sus olas se han vertido lágrimas. El día, que esplendoroso refleja en sus llanuras, halla las aguas tan serenas, que apenas su celaje empaña con alguna nube.

\* \*

Esos lagos que nada alborota, Dios los coloca en el mundo, entre montes gigantescos, lejos del soplo letal de los sombríos océanos, para que ningún viento árido, para que ninguna ola traidora ricen ni envenenen sus aguas transparentes, en las que se refleja el cielo.

\* \*

Hija mía, alma feliz, lago de candida pureza, no abandones ese

umbrío valle, ya que te ofrece Dios en él, cariñoso abrigo. Lago que el cielo perfuma; el mundo es un mar cuyo soplo es tempestuoso, y su flotante espuma, si cayera sobre ti, haría amargas tus aguas.

x

Y tú, celeste amigo, que eres custodio de su infancia, que de día y de noche le defiendes con tus alas invisibles, trípode donde su alma se inflama, espíritu de su oración, ángel de mi niña, cisne de su lago puro,

\* \*

Te la entregó Dios y yo te la confío; sostén, realza, exhorta, inspira y fortifica su frágil naturaleza humana, para que conserve siempre, alegre o pesarosa, la mirada pura, el alma translúcida y la serenidad que hace que todo el día, sin que ella te vea, apartando de su corazón falsos deseos y falsas pasiones, estés delante de ella adorándola, como ella está adorando a Dios.

Junio de 1830.

antiguo; donde la cascada, impulsada por el viento, azota los peñascos, que cubre con sus brillantes lágrimas;

## XXXVIII

PAU

\* \*

Si os dicen que el arte y la poesía son de la ambrosía eterno raudal, que es el ruido que produce la multitud que os sigue, o de rico salón la fantasía ociosa, o la rima que huye alcanzada por otras rimas, no, no le prestéis fe.

\* \*

Sagrados poetas, id y derramad vuestro espíritu en las cumbres, en las cimas nevadas, combatidas por el aquilón; en los desiertos, donde el espíritu se recoge; en los bosques, que el otoño va despojando hoja a hoja; en los lagos que dormitan a la sombra de los valles;

\* \*

Por todas partes donde la naturaleza brilla con su hermosura, donde la hierba nace espesa para el rebaño que bala blandamente, donde las ágiles cabras ramonean los citisos en flor, donde canta el pastor, sentado bajo un arco

\* \*

En todas partes en donde el sol poniente haga crecer la sombra, en todas partes donde los montes entrelacen sus abruptas cadenas, por donde se extiendan campos floridos, opulentas ciudades, donde haya cosechas, donde las ramas estén cargadas de frutos, donde el pájaro pueda beber el rocío, allí os esperan, id y cantad.

\* \*

Id a las florestas; id a los valles, formad allí un concierto de sus notas aisladas; robad a la naturaleza, que se ofrece a vuestra vista, ya la entristezca el invierno, ya



\* \*

Permanece en la soledad y en la pobreza; vive sin inquietud y no te preocupes de otra cosa sino de la eternidad. Se encuentran lejos de nuestras ciudades y lejos de nuestros tranquilos y puros lagos, islas florecientes arrulladas por ondas azuladas, en las que se pueden lavar los remordimientos, que poseen tal encanto, que hasta el incrédulo cae de hinojos en sus playas. La sombra que las inunda nos devuelve la calma y nos hace mejores; su paz es tan profunda, que jamás en sus olas se han vertido lágrimas. El día, que esplendoroso refleja en sus llanuras, halla las aguas tan serenas, que apenas su celaje empaña con alguna nube.

\* \*

Esos lagos que nada alborota, Dios los coloca en el mundo, entre montes gigantescos, lejos del soplo letal de los sombríos océanos, para que ningún viento árido, para que ninguna ola traidora ricen ni envenenen sus aguas transparentes, en las que se refleja el cielo.

\* \*

Hija mía, alma feliz, lago de candida pureza, no abandones ese

umbrío valle, ya que te ofrece Dios en él, cariñoso abrigo. Lago que el cielo perfuma; el mundo es un mar cuyo soplo es tempestuoso, y su flotante espuma, si cayera sobre ti, haría amargas tus aguas.

x

Y tú, celeste amigo, que eres custodio de su infancia, que de día y de noche le defiendes con tus alas invisibles, trípode donde su alma se inflama, espíritu de su oración, ángel de mi niña, cisne de su lago puro,

\* \*

Te la entregó Dios y yo te la confío; sostén, realza, exhorta, inspira y fortifica su frágil naturaleza humana, para que conserve siempre, alegre o pesarosa, la mirada pura, el alma translúcida y la serenidad que hace que todo el día, sin que ella te vea, apartando de su corazón falsos deseos y falsas pasiones, estés delante de ella adorándola, como ella está adorando a Dios.

Junio de 1830.

antiguo; donde la cascada, impulsada por el viento, azota los peñascos, que cubre con sus brillantes lágrimas;

## XXXVIII

PAU

\* \*

Si os dicen que el arte y la poesía son de la ambrosía eterno raudal, que es el ruido que produce la multitud que os sigue, o de rico salón la fantasía ociosa, o la rima que huye alcanzada por otras rimas, no, no le prestéis fe.

\* \*

Sagrados poetas, id y derramad vuestro espíritu en las cumbres, en las cimas nevadas, combatidas por el aquilón; en los desiertos, donde el espíritu se recoge; en los bosques, que el otoño va despojando hoja a hoja; en los lagos que dormitan a la sombra de los valles;

\* \*

Por todas partes donde la naturaleza brilla con su hermosura, donde la hierba nace espesa para el rebaño que bala blandamente, donde las ágiles cabras ramonean los citisos en flor, donde canta el pastor, sentado bajo un arco

\* \*

En todas partes en donde el sol poniente haga crecer la sombra, en todas partes donde los montes entrelacen sus abruptas cadenas, por donde se extiendan campos floridos, opulentas ciudades, donde haya cosechas, donde las ramas estén cargadas de frutos, donde el pájaro pueda beber el rocío, allí os esperan, id y cantad.

Id a las florestas; id a los valles, formad allí un concierto de sus notas aisladas; robad a la naturaleza, que se ofrece a vuestra vista, ya la entristezca el invierno, ya



la alegre el verano, la misteriosa que murmura toda la creación.

\* \* \*

Todo lo llena Dios. El mundo es su templo; es su obra viva, en la que todo le escucha y le contempla, todo le habla y le eleva himnos; El es solo y único. En su creación todo sonríe y está alegre; la estrella que le mira es una llama y la flor que se agita delante de él es un perfume.

\* \* \*

Divinos vates, embriagaos de la belleza del mundo, de los céspedes, de los arroyos, del ramaje, de las primeras flores tempranas que produce febrero, del agua, del aire de los prados,

\* \* \*

Hermanos de las águilas, apasionados amigos de las montañas salvajes, copiad sobre todo a la naturaleza en los instantes en que un viento borrascoso, acrecentando el ronco zumbido, en lontananza llena el espacio de nubes y de sombras, e inclina al borde de los negros precipicios los sacudidos árboles.

\* \* \*

Contemplad la pureza divina del alba, cuando la neblina toda-

vía inunda los campos; cuando la frente, oculta aún entre el ramaje, levanta el sol, cual si fuera la cúpula dorada de un palacio de Oriente que se acercara.

\* \* \*

Contemplad la puesta del sol; cuando en la sombra el obscuro paisaje, lleno de innumerables sombras, se desvanece poco a poco cuando el monte, que yergue la alterosa cumbre, parece en aquella semiobscuridad un gigante yaciente, que, apoyándose sobre el codo, mira y reflexiona.

\* \* \*

Si encerráis en vuestros espíritus un mundo interior de imágenes, de ideas, de sentimientos de amor, de pasiones ardientes, para fecundar ese mundo cambiadle constantemente por el otro universo que os inspira, y confundid vuestra alma con la creación.

\* \* \*

¡Oh poetas! El arte es el acento sublime, sencillo, diverso, profundo, misterioso, íntimo, que huye como el agua, y que como ella se desvía fácilmente, que se reproduce como un eco en todas las criaturas, y que, pulsado por vuestras poderosas manos, se exhala de la inmensa lira de la naturaleza.

8 de noviembre de 1831.

lo que diga la multitud; porque, ¿qué le importa al manantial dónde van a perderse sus aguas? ¿Qué me importa a mí, teniendo la vista fija en el porvenir, a dónde va el viento de otoño, cuyo soplo seca, y que pasa llevándose en sus inquietas alas las hojas de los árboles y los versos del poeta?

\* \* \*

Soy joven aún; y si mi frente, en la que germinaron tantas obras y tantas pasiones, se ve surcada por las arrugas que marca cada día que pasa, como un surco abierto en ella por el arado de mi pensamiento, en el curso de mi vida no he visto pasar aún treinta veranos. Soy hijo de este siglo. Cada año un error se desvanece en mi espíritu; con asombro y desengañado de todo, únicamente rindo ya culto a la santa patria y a la santa libertad.

\* \* \*

Odio cordialmente a la opresión. Me sublevo cuando oigo en cualquier sitio del mundo, bajo el reinado de un rey déspota, que demanda piedad un oprimido pueblo; cuando veo entregada a los verdugos turcos por los reyes cristianos la Grecia, nuestra madre, que está agonizando; cuando vertiendo sangre Irlanda expirante, está clavada en la cruz; cuando la Germania se revuelve encadenada por diez reyes; cuando

### XXXIX

Antes que mis queridas canciones, jóvenes y perfumadas, hubiesen sido ultrajadas por el mundo, apartadas del pueblo ingrato que las pisotea, florecían y se multiplicaban verdes y frescas sobre mi frente.

\* \* \*

Hoy, del árbol desprendidas, son flores agostadas por el aquilón, y que vuelan desparramadas, sucias de fango o de polvo, a merced de las olas o a merced de los vientos.

\* \* \*

Como hojas mustias, las veo caer en el suelo; y la multitud que me rodea, poniendo sus plantas sobre ellas, pasa y se ríe al ver al árbol desnudo.

6 de septiembre de 1828.

### XL

Toi vertu pleure si je meurs!  
ANDRÉS CHENIERE.

Voy a decir la última palabra y a cerrar para siempre este libro, que será en adelante extraño a mi pensamiento. No escucharé



do Lisboa, antes dichosa y espléndida, pende de la horca, rindiendo el cuello a Miguel; cuando soporta el gobierno de Albani el país de Catón; cuando Nápoles come y dormita; cuando con su bastón, pesado cetro que el miedo ha divinizado, el Austria rompe las alas al león de Venecia; cuando estrangula a Módena su archiducque; cuando Dresde lucha y llora postrada junto al lecho de un rey caduco; cuando Madrid se adormece con sueño letal; cuando Viena retiene a Milán; cuando al león de Bélgica, inclinado como el buey que ara la tierra, no le quedan dientes para romper su mordaza; cuando un repugnante cosaco enfurecido viola a la infeliz Varsovia, y manchando su

sudario, profana a la pura doncella que yace en el sepulcro. Poseído de este odio, maldigo irritado a esos reyes, que enseñan sus corceles manchados de sangre hasta el vientre. Me hago cargo entonces de que el poeta debe ser un juez; me hago cargo de que la musa, indignada, puede atarles á su trono como si los atara a infamante picota, y trocar en argolla su cobarde corona, y marcar en la frente a esos reyes con versos que presagien el porvenir. La musa debe proteger a los pueblos inermes; en estos casos olvido el amor, la niñez, la familia, abandono el ocio y los cantos lisonjeros, y a mi tierna lira añado una cuerda de acero.

Noviembre de 1831.

FIN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





100